

BT660

.L5

C6

0223 98



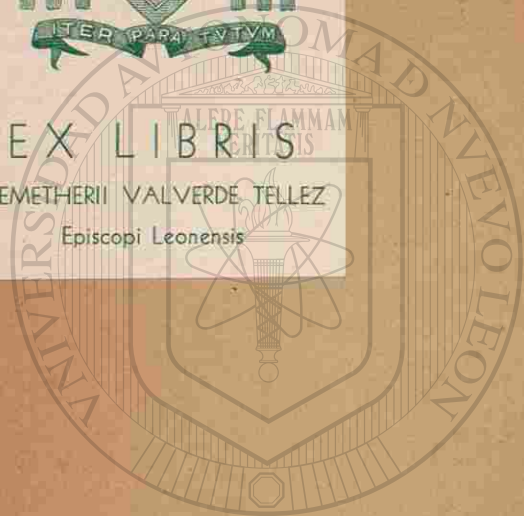
1080015051



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIDA

DE LA

BIENAVENTURADA VIRGEN LIDUVINA,

MODELO DE ENFERMOS,

ESCRITA EN FRANCES POR EL ABATE COUDURIER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

Por una Religiosa de la Enseñanza,

Bajo la inspección del Pbro. Gabino Chávez,
cuidadosamente corregida,
anotada y precedida de un prólogo por el mismo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tollaz

QUERÉTARO, Silla Alfonsina
LUCIANO FRIAS Y SOTO, IMPRESOR.
Biblioteca Universitaria
Flor-baja número 12.

1898.

39334
FRIAS Y SOTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APROBACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA.

La narración que se nos ha hecho, acerca de la Vida de la Bienaventurada Liduvina, escrita por el Abate Coudurier, Capellán de la Escuela Normal del Ain y de las Incurables, declara que esta obra está tomada de las fuentes más auténticas, y que estando llena de edificación y de interés será muy útil su lectura, no sólo á las personas enfermas y de flaca salud, sino aún á todas las que anima el sentimiento del amor de Dios y el amor de las almas.

Nós, la aprobamos por las presentes y la recomendamos á todos los fieles.

Dado en nuestra Visita Pastoral en Lélea, el lunes Santo, 14 de Abril de 1862.

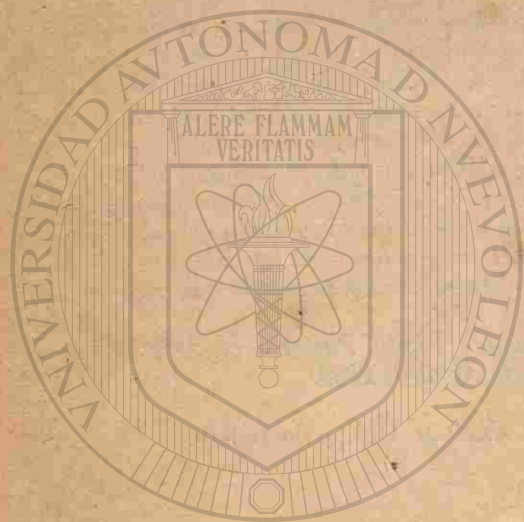
✠ Pedro Enrique, Obispo de Belley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

002199



APROBACIÓN DE LA TRADUCCIÓN CASTELLANA.

Constándonos como nos consta, que la "Vida de la Bienaventurada Liduvina," escrita en Francés por el Abate Coudurier, ha sido traducida bajo la inmediata inspección del Presbítero D. Gabino Chávez, quien la ha corregido con todo esmero, damos voluntariamente la aprobación que se solicita para publicarla, y junta con la Novena que lleva al calce, la aprobamos y recomendamos á los fieles de nuestra Diócesis.

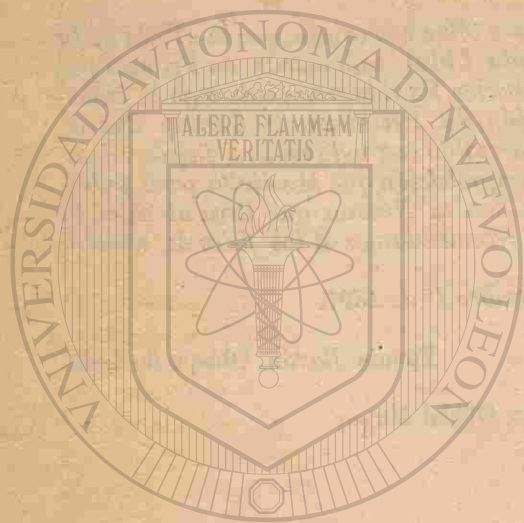
León, Noviembre 1º de 1897.

Tomás Barón, Obispo de León.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL LECTOR.

UANDO en el año de 1881 publicábamos la hermosa vida de San Estanislao de Kostka, ya decíamos, que una de las lecturas más útiles, más provechosas y más sólidas que pueden hacer los fieles, es la de la vida de los Santos; que produciendo primores la Francia en este género, pocas de esas publicaciones pasaban a nuestro idioma, por lo cual habíamos querido traducir la Vida de San Estanislao, bella, simpática, atractiva, é impregnada de una unción maravillosa que penetrando dulcemente el alma del lector le conmueve, le encanta y le mejora. Desgraciadamente, la impresión, hecha en los forros de otra obra en suscripción, salió descuidadísima, hirviendo en erratas y gozando de muy escasa circulación.

En el año de 1890, pudimos también dar á luz la vida de Santa Rosa de Lima, Patrona de la América; y con esa ocasión, escribimos en el prólogo: «Si es siempre interesante y provechosa la

lectura de la vida de los Santos, cuánto más útil y ventajosa será la de una Santa tan simpática, tan vecina á nosotros por las mismas ó muy semejantes costumbres, por el uso de nuestro mismo idioma, y por haberse santificado en medio del mundo y en el estado de la pobreza, sin pertenecer á ningún monasterio ni clausura, pudiendo así, ser el modelo de tantas jóvenes que aspiran por consagrarse á Dios enteramente, sin querer ó sin poder abandonar su lugar ni el mundo en donde viven?» Y poco después, añadimos: «¿Quién mejor que nuestra Santa, puede servir de modelo á las Hijas de María, en el respeto á los templos, en el culto á la divina Eucaristía, en el despego de lo terreno y en el amor á su propia santificación? ¡Ojalá, termináramos, y este libro, volando por todas partes, ayude á combatir al espíritu del mal, horriblemente desencadenado en nuestros días, y á santificar á las jóvenes cristianas.»

Ni hemos cambiado de modo de pensar en los años subsecuentes; antes hemos publicado la preciosa vida de una Santita, escrita en francés por Monseñor de Segur, de la que se han hecho varias ediciones, y hemos colocado en el «Amigo de las Niñas Católicas,» tanto esta última vida repartida en lecciones, como la pequeña vida que es como un relámpago de luz y de amor, de la Bienaventurada Imelda Lambertini, que espiró de seráficos ardores al hacer su primera comunión.

Ahora bien; después de estas cuatro narraciones de la historia de los Santos, hoy emprende-

mos la publicación de la quinta, la célebre virgen holandesa de Schiedam, la enferma de treinta y ocho años, de quien hace tan honorífica mención San Alfonso María de Ligorio al hablar á su Monja Santa de la paciencia en las enfermedades, citando á Surio quien asegura que jamás se quejó la dulce virgen abrumada por cerca de cuarenta años con las más terribles enfermedades.

El Señor León XIII, en una de sus bellas Encíclicas acerca del Santo Rosario, ha hecho notar, que una de las profundas llagas de nuestro siglo, es el amor exagerado de los goces de la vida, el sensualismo más ignominioso, en oposición con el espíritu de cruz y abnegación que forman como el fondo del cristianismo. De allí es que se huye del padecer con un horror que llamaríamos pagano; las penas inevitables de este destierro exacerbaban los ánimos; y aun muchos cortan con el hilo de la vida estas penas fugitivas que no quieren sufrir, para lanzarse de un salto al golfo de los eternos tormentos, é ir á habitar entre el fuego que no se apaga y el gusano que no muere.

El sabio Pontífice asigna muy prudentemente como remedio á ese mal, la práctica de los Misterios dolorosos del Rosario; pues el contacto con los dolores del Salvador, nos enseñará á despreciar los goces terrenos, y á comprender y á amar la cruz de Jesucristo. Nosotros pensamos, que después de las huellas del Señor y aun precisamente para poder marchar tras ellas, debemos empezar por imitar las virtudes de los Santos. A nuestra dulce virgen quiso Dios enseñarle el camino de

la paciencia, mandándole un piadoso sacerdote que la instruyese en la meditación de la Pasión, y la exhortase firmemente á emprenderla; y ese fué, como se verá en esta historia, el principio de su heroico sufrimiento y como el núcleo de su elevada santidad.

Creemos, pues, arrojar un germen de vida y de virtudes, al poner en circulación esta vida admirable: las personas afligidas encontrarán en ella sólidos consuelos; los enfermos, y sobre todo, los enfermos de largas y penosas dolencias, se alentarán en medio de sus males y aprenderán la gran ciencia de conformarse con el divino beneplácito; las personas que cuidan enfermos, hallarán también para sí y para sus pobres pacientes, muy saludables enseñanzas; las Socias de la Caridad, derramadas por todo nuestro suelo en sustitución de las inolvidables Hermanas, gozarán con este libro de provechosisima lectura, y por fin, todas las almas deseosas de su perfección tendrán en la virgen de Schiedam un modelo precioso de todas las virtudes que imitar, con una Novena que hemos añadido para implorar la protección de la Bienaventurada Liduvina.

El Abate Coudurier gasta veinte páginas de Introducción en hacer la apología de lo sobrenatural en la vida de los Santos; mas dichosamente nosotros no nos dirigimos á lectores que necesiten semejantes apologías. Da razón, también de las fuentes á donde acudió para escribir su historia. El primer escritor, Juan Gerlach, pariente de la virgen y que vivió largo tiempo en su misma

casa. El segundo, fué Juan Brugman de los Frailes Menores de la Observancia, sabio religioso que escribió á petición de la Villa de Schiedam que le encomendó este trabajo. Y finalmente Tomás de Kempis, que nacido el mismo año que Liduvina, murió, treinta y ocho años después de ella, pasando en Holanda setenta años de su larga vida, no lejos del teatro de los sufrimientos de la humilde doncella. *No puede haber fuentes más autorizadas.*

Por fin, queremos terminar con las mismas palabras con que el Abate Coudurier concluye su Introducción, hablando *con su mismo libro*. «Vuela ya pues, ahora pobre libro mio, vuela sin vacilación y sin miedo, puesto que tienes á la verdad por guía; vuela veloz á dó te envían mis votos! No me traigas aplausos, que ni los busco ni los quiero. Toda la ambición que me atrevo á fundar en tí, se cifra en que tú lleves algunas gotas de consuelo al afligido.

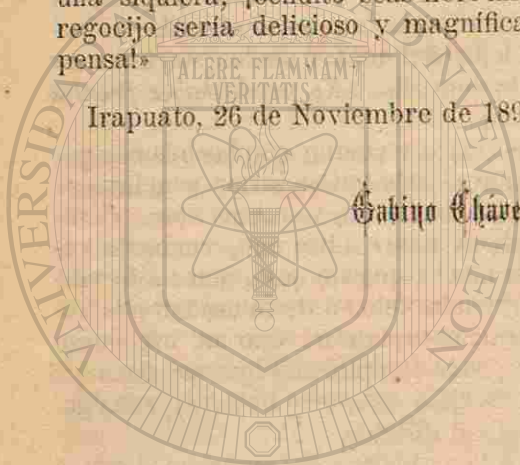
Vé, pues, á la cabecera del enfermo, llega á confortar su alma y á consolar sus dolores; cuéntale las santas glorificaciones de la cruz, y las divinas delicias del padecer; entrebrea delante de él tu cielo lleno de luz y de éxtasis y de infinitos arrobamientos; muéstrale á Jesucristo, su dulce Maestro cómo le mira y le sonríe; á María que le alienta y le anima, siempre en pie junto á El como allá en el Calvario, con su corazón de madre; muéstrale á los Santos, sus dichosos hermanos, que para excitarlo le enseñan sus brillantes coronas, y á los ángeles sus amigos celestes que van

recogiendo sus abundantes méritos para formarle un eterno tesoro!

Si, libro mío! anda, vuela, y si alguna de tus páginas enjuga una lágrima, si alguna de tus narraciones endulza una pena, y conforta una alma, una siquiera, ¡bendito seas libro mío, porque mi regocijo sería delicioso y magnífica mi recompensa!

Irapuato, 26 de Noviembre de 1897.

Sabino Chávez, Proo.



Vida de la bienaventurada Liduvina.

CAPITULO I.

NACIMIENTO DE LA NIÑA.

Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.—Fiesta bautismal.—Triste y glorioso presagio.

HACIA el fin del siglo XIV, en una pequeña ciudad de la Holanda meridional, casi sobre las agradables riberas del Musa, y no muy distante del lugar en donde este rio se pierde en el mar del Norte, en Squidam, vivían dos esposos, Pedro y Petronila, entrambos muy apreciados de sus conciudadanos.

Pedro y Petronila eran nobles; el primero contaba entre sus abuelos algunos nombres célebres; pues algunos de sus antepasados habían portado valientemente la espada. Mas á esta nobleza de la sangre se unía en los dos esposos otra nobleza mucho más augusta; decaídos del esplendor de sus familias, habían comprendido la nobleza de la pobreza, de una pobreza dignamente aceptada, y santamente glorificada por el trabajo y por la piedad, es decir, de una pobreza sinceramente cristiana.

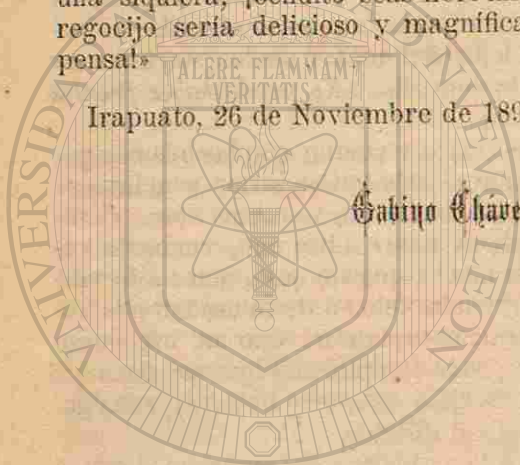
Y en verdad, los dos esposos eran muy pobres, tan pobres que todos sus bienes consistían en una peque-

recogiendo sus abundantes méritos para formarle un eterno tesoro!

Si, libro mío! anda, vuela, y si alguna de tus páginas enjuga una lágrima, si alguna de tus narraciones endulza una pena, y conforta una alma, una siquiera, ¡bendito seas libro mío, porque mi regocijo sería delicioso y magnífica mi recompensa!

Irapuato, 26 de Noviembre de 1897.

Sabino Chávez, Proo.



Vida de la bienaventurada Liduvina.

CAPITULO I.

NACIMIENTO DE LA NIÑA.

Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.—Fiesta bautismal.—Triste y glorioso presagio.

HACIA el fin del siglo XIV, en una pequeña ciudad de la Holanda meridional, casi sobre las agradables riberas del Musa, y no muy distante del lugar en donde este rio se pierde en el mar del Norte, en Squidam, vivian dos esposos, Pedro y Petronila, entrambos muy apreciados de sus conciudadanos.

Pedro y Petronila eran nobles; el primero contaba entre sus abuelos algunos nombres célebres; pues algunos de sus antepasados habían portado valientemente la espada. Mas á esta nobleza de la sangre se unía en los dos esposos otra nobleza mucho más augusta; decaídos del esplendor de sus familias, habían comprendido la nobleza de la pobreza, de una pobreza dignamente aceptada, y santamente glorificada por el trabajo y por la piedad, es decir, de una pobreza sinceramente cristiana.

Y en verdad, los dos esposos eran muy pobres, tan pobres que todos sus bienes consistían en una peque-

ña casa, y ellos y los cuatro hijos que Dios hasta entonces les había dado, subsistian de un rudo y constante trabajo. Mas en cambio, juntos oraban, esperaban y con toda su alma amaban á Dios; le bendecían y observaban lo mejor que podían sus adorables mandamientos, encontrando aun en su indigencia el secreto de hacer en su nombre algún bien en torno suyo. Y es preciso confesarlo: tal vida por humilde que parezca, es simplemente la grandeza de alma, sobre todo delante de Dios, es la santidad, y por consiguiente es siempre la dicha.

Por lo demás, nadie se admiraba de esta piedad, pues se sabía en Squidam, que la virtud era hereditaria en esta familia patriarcal, que la piedad se encontraba allí en todas las edades como una tradición siempre viviente, y como un patrimonio para siempre inalienable. Así es que durante largos años en la pequeña ciudad todos habían conocido y amado á un venerable anciano, padre de Pedro. Buen anciano en verdad! Todos gustaban verle cuando pasaban por la calle con su corona de cabellos blancos, con su rostro tan grave y al mismo tiempo tan dulce, y con sus noventa años! Sobre todo se le admiraba cuando se pensaba en su vida íntima, pues este anciano más que octogenario, hacía más de cuarenta años que observaba la más rigurosa abstinencia; ayunaba tres días á la semana, y los sábados á pan y agua. En la Iglesia era muy edificante, ya sea que se le viese en su pobre asiento recogido en una oración siempre prolongada, ó ya asistiendo al adorable sacrificio, ó sea que viniese á arrodillarse al tribunal sagrado de la penitencia, ó que se presentase á la santa mesa á donde gustaba tanto llegar muchas veces, por todas partes aparecía como transfigurado por el amor, y habríase dicho que

era ya un habitante de la ciudad eterna. Así, los más piadosos le tenían envidia y todo el pueblo le veneraba como á un santo.

Tal era la familia en cuyo interior vamos á penetrar. Parecía que Dios la había escogido para algún gran designio, ó mas bien que su Majestad se preparaba á recompensar su fidelidad; porque en esta familia, bajo ese pobre techo, iban á cumplirse grandes maravillas. . . . y el momento de ello había llegado.

Un día, Petronila, queriendo asistir á los divinos Misterios, se fué á la Iglesia, y esto pasaba en un domingo, el domingo de Ramos del año de salud de 1380. La pobre mujer andaba con gran trabajo, y aunque no creía su hora aún llegada, pensaba en su próximo alumbramiento y estaba triste, pues los cuatro hijos que había tenido le habían costado largas é increíbles torturas, y aún su vida cada vez se había visto en gran peligro, y este doloroso recuerdo muchas veces venía á llenarla de horror! Y entonces, con qué fervor pedía á Dios, que en todo era su refugio y su esperanza, que la hiciese esta vez más dichosa, y que tuviese compasión de ella y de sus hijos.

Al llegar á la Iglesia, había ocupado su lugar acostumbrado. Ya comenzaba el canto del Evangelio. . . . Repentinamente se levanta, sale del templo, vuelve á su casa. . . . y un instante después una hija le había nacido. Gloria á Dios! Su Majestad se había mostrado bueno! Nada de peligros, casi nada de dolores. Esta vez no hubo más que gozo, un gozo inmenso en la pobre casa! Y algunas horas más tarde, la niña era llevada al templo del Señor, y el agua del bautismo regeneraba su alma, poniéndosele el nombre de Liduvina. Era un ángel de bendición que la tierra acababa de recibir del cielo. Más ay de mí! apenas estaban

de vuelta en la casa, cuando toda esta fiesta bautismal se miraba turbada; una triste revelación acababa de hacerse y el dolor se había deslizado en esta cuna aun tan reciente, la inocente criatura parecía entregada á un horroroso martirio, pues se la veía, dicen sus historiadores contemporáneos, estremecerse en sus mantillas como si estuviera bajo de garras de hierro. ¿Cuál sería este mal misterioso? ¿de donde venían esas torturas cuyo espectáculo espantaba? La pobre niña daba unos gritos que desgarraban el alma. Todos lloraban en torno suyo, y se preguntaban, ¿qué quieren decir esos precoces tormentos? esta niña será una tierna víctima? ella será quien deberá beber el caliz, perdonado á su madre? ella será quien debe sufrir los dolores que á esta le han faltado?

Sin duda nunca conviene apresurarnos á atribuir á un accidente, á una palabra, á una coincidencia, tal ó cual significación que esas particularidades las más veces están lejos de tener; mas hay á veces en ese accidente ó aun en ese simple nombre algo de misterioso, cierta especie de secreto inefable que nos vemos tentados á sondear, presintiendo como la revelación de todo un destino! Es extraño, ó mas bien providencial, y no queremos dejar de observarlo, cómo Dios ha querido mostrar sus designios desde el primer día en nuestra niña.

Liduvina viene al mundo el domingo de Ramos, en el día mismo en que la Iglesia nos hace la narración de los dolores de Cristo, y en el momento preciso en que se está cantando en la misa parroquial la lamentable historia de la pasión de un Dios. ¿No venía á ser esto como una profecía, y como el presagio de esta vida que no debía ser mas que un dilatado viage por el camino sangriento del Calvario?

Y ese nombre que se le pone, esa palabra Liduvina que en lengua germánica quiere decir *paciencia sin límites*, palabra elocuente que manifestaba tan bien toda la futura grandeza de nuestra santa ¿no diríamos que es Dios mismo quien le ha dictado á sus padres para hacer brillar sus designios, como fué Dios mismo quien en otro tiempo por medio de su ángel llamaba *Juan*, es decir *gracia*, al santo precursor del Autor eterno de toda gracia, ó quien daba á la que debía ser la Madre Inmaculada del Redentor de los hombres el nombre de *María*, ese nombre inenarrable rico de tantos tesoros, y que explica tan maravillosamente su gloria y su martirio, sus abatimientos y su soberanía?

Pues he aquí esta niña que sufre ya y que sufre en cierto modo milagrosamente, al lado, ó mas bien podemos decir, en lugar de su madre, milagrosamente libertada. Y desde luego nos aparece marcada para ser de allí en adelante como una víctima de propiciación.

Como quiera que sea, y si no hay un presagio divino en ese canto de la pasión, y en ese nombre dado en el bautismo, en esas primeras torturas de la cuna; digámoslo no obstante: dolor, paciencia, inmolación, he aquí el fondo, (como veremos bien pronto,) de toda la existencia de nuestra santa; tal es el resumen de su misteriosa vida.

¿Cuántos misterios ocultos en una cuna! ¿Cuántas obligaciones encerradas en nuestro bautismo! Obligaciones dolorosas, en verdad, pero misterios de gloria si somos fieles á lo que Dios nos pide!

CAPITULO II.

INFANCIA DE LA NIÑA.

Una madre cristiana.—Progresos de Liduvina.—Su piedad para con la Santísima Virgen.—Milagro de una imagen de María y veneración que inspiraba.

LIDUVINA comenzaba á crecer, y era como la rosa que crece en medio de las espinas. A pesar de los dolores que habían invadido su cuna, ya se desarrollaban en ella las gracias de la niñez, esas gracias infantiles, que son reflejo de una alma serena como un bello cielo, gracias que siempre tienen tantos encantos y que por lo mismo ocultan muchas veces tantos peligros, que el amor de los padres puede dejarse deslumbrar con ellos, y su vanidad ciega puede echar á perder tan preciosos tesoros! Mas ya se habrá comprendido, que los padres de Liduvina, tan fieles en el cumplimiento de sus obligaciones, se guardarían bien de descuidar el más serio y el más decisivo de los deberes de la paternidad, que es el de la primera educación de sus hijos.

Apenas el alma inocente de la niña comenzaba á entreabrirse, cuando su dichosa madre considerando el alma de su hija como un santuario en el que quería hacer descender á Dios y elevarle un trono, iba dulcemente, poco á poco y como gota á gota haciendo penetrar en ella la luz de la fe y vertiendo el aroma de la piedad.

Esto era para la piadosa mujer una cosa sencilla y muy fácil. Entregada toda á las exigencias de un tra-

bajo incesante, no tenía tiempo para conversaciones inútiles; mas tratándose del deber para con sus hijos y con su pequeña Liduvina, sabía siempre encontrar tiempo á propósito. Aunque no tenía ni lo que llamamos talento ni ciencia, pues que era una obscura y humilde mujer, más como cristiana y como madre, contaba con su fé y con su corazón que era lo que bastaba para su hija. La tomaba sobre sus rodillas y á través de sus besos maternos, en ese lenguaje infantil tan gracioso, tan elocuente que las madres saben tan bien, le hablaba del Dios que tanto ha amado á los hombres, y á quien los hombres por todas partes llaman el Buen Dios.

La vista de un árbol, de una planta, de una flor, de una fruta, del arroyo que corría en la pradera, de la avecilla que gozosa cantaba en los aires, ó de la estrella que brillaba en el firmamento, ó bien de la imagen toscosa y ahumada que colgaba en la pared, ó más bien del Crucifijo que adornaba la chimenea, todo era para ella un libro que le abría y le explicaba, y en el cual la niña iba aprendiendo á leer las maravillas de la sabiduría, del poder ó de la bondad de Dios, un libro sobre todo, del que hacía brotar admirables lecciones de reconocimiento y de fidelidad.

Con semejante educación la niña menos dispuesta se hubiera hecho piadosa; Liduvina se volvió un angelito. Su espíritu se iluminaba con las verdades de la fé que aprendía y casi adivinaba, y al mismo tiempo su corazón se abrazaba en amor. Nada tan conmovedor como este fervor en la tierna niña! Sus padres y hermanos admirábanse, cuando en la oración de la tarde que siempre se hacía en familia, la veían arrodillada en medio de ellos, orando con ellos y por ellos, con sus dos manitas juntas y su dulce mirada vuelta

con amor hacia el cielo. Todos la miraban entonces con tanta emoción como respeto.

Echábase de ver sobre todo en esta piedad de la niña un rasgo más notable, y era su devoción para con la Santísima Virgen, Petronila con su fé y su razón había mirado siempre esta devoción como propia de las almas predestinadas, como una de las más saludables influencias que el soplo de una madre puede hacer desarrollar en el alma de su hija; y por eso había empleado un celo ardiente en inspirar este amor á Liduvina, y Dios lo había bendecido, porque la niña amaba y servía admirablemente á la Santísima Virgen!

Las oraciones, las imágenes, las solemnidades, los altares y todo cuanto hablaba de María, todo cuanto tocaba al amor de Maria, era para la niña Liduvina un placer y una dicha!

Había en Squidam, en una capilla de la Iglesia parroquial de San Juan Bautista, cierta imagen milagrosa de la Santísima Virgen cuyo origen conviene digamos aquí, ya sea porque la devoción á tan venerable imagen ejerció inmensa acción en toda la vida de nuestra santa, ya sea porque los historiadores á quienes seguimos, todos están acordes en mirar el prodigio que había traído esta imagen al lugar, como la preparación de tantas incomprensibles maravillas que debían más tarde bajo la mirada y por la intervención de María, glorificar á la humilde niña de la cual referimos en este momento la primera infancia y la sencilla piedad.

Poco tiempo antes del nacimiento de Liduvina, en un caluroso día del mes de Agosto, un extranjero había llegado á Squidam trayendo una hermosa imagen de madera, de la Santísima Virgen, y se le había visto dirigirse á toda prisa al puerto para hablar con el ca-

pitán de un navio que estaba para partir, después subir al navio, depositar con cuidado su preciosa carga, instalarse él mismo y esperar la hora de la partida. El viagero se dirigía á Anvers á cuya ciudad las fiestas de la Asunción atraían cada año un inmenso concurso, y allá se proponía poner en venta la piadosa imagen en la cual se había esmerado por hacer lúcido todo su talento con toda su fé.

Bien pronto, en efecto, se dá la señal de partir. Levántase el áncora, las velas se desplegan al viento, y los marineros se hallan en la maniobra... más, cosa extraña! la nave no se mueve! Por un instante el capitán cree que á la ineptitud de esos hombres debe atribuirse esa inmovilidad: su voz resuena en medio de ellos estridente é imperiosa; mas en vano los estimula, en vano el equipaje entero se une en un supremo esfuerzo.... Inconcebible inmovilidad! la nave permanece en su lugar, inquebrantable como una roca de granito en medio de las olas!

Era este en verdad, un espectáculo singular.

En la ribera, hombres, mujeres, marineros y simples paisanos, casi todo el pueblo había acudido, y al principio se oían algunos gritos gozosos! en seguida risas burlescas! algunas injurias y picantes palabras lanzadas á los desgraciados marineros! Mas bien pronto á todo ese tumulto, sucede el silencio. Cuando vieron á esos hombres robustos, con la frente bañada en sudor, haciendo increíbles esfuerzos durante una hora sin poder imprimir el menor movimiento á aquel navio hasta entonces tan fácil de manejar, el espanto se apoderó de todos los corazones y todos comprendieron que se verificaba allí un prodigio; los mismos marineros, ya casi sin fuerzas y desesperados no encuentran otra explicación de su impotencia. «Por San Willi-

brordo, exclama repentinamente uno de ellos, mostrando con el dedo la imagen de María, en verdad yo creo que es nuestra Señora y Reina la que rehúsa alejarse de Squidam! Estas palabras llamaron la atención; acércanse á la imagen, examínanla y la admiran; uno de los marineros se inclina para levantarla, mas dos y tres veces lo intentan sin lograrlo, acude el escultor, júntanse hasta veinte hombres, y todos sus esfuerzos son impotentes! la admirable imagen queda inmóvil lo mismo que el navio!

Entonces pasó una escena indescriptible: «Milagro! milagro!» gritan á la vez tanto los marineros que se agitan en el puente de la nave como la multitud que agrupada á dos pasos, desde la orilla todo lo ha visto y comprendido. Milagro! sí! sí! es María nuestra Reina que quiere permanecer en medio de nosotros. La emoción llega á su colmo, la alegría, la fé, el reconocimiento, el amor, y todos los mejores sentimientos embriagan á la multitud. Los marineros declaran que no tocarán á un remo mientras la santa imagen estuviera dentro de la nave. «Dios nos guarde! dicen, nos expondríamos á la ira de nuestra celestial soberana, que ha manifestado tan claramente su voluntad!» Por su parte la multitud, ó más bien todo el pueblo de Squidam que había llegado á la playa, reclama del escultor á grandes gritos la maravillosa imagen: «Nosotros la queremos! nosotros la necesitamos! os daremos todo el dinero que exijais, pero queremos que la imagen quede con nosotros!»

¿Qué podía hacer el escultor? Trastornado, conmovido á vista del prodigio incontestable, del cual su obra es objeto, pálido y temblando de emoción, consiente en todo, y por obedecer á los gritos que le llaman, se acerca á la imagen hecha milagrosamente tan

pesada, se inclina, y ¡oh nueva maravilla!... como lo haría un niño con una pluma, la toma en sus brazos, y con paso ligero la lleva á la ribera, donde apenas ha puesto el pie cuando la nave, como por sí misma se aleja balanceándose sobre las olas, y gana magistrosamente el alta mar con inmensos aplausos del pueblo, que saluda con todo el transporte de su fé al navio que se va y á la milagrosa imagen que le viene!

Inmediatamente comienza una de esas admirables fiestas que el arranque popular sabe tan bien improvisar. Una procesión se forma y la imagen de María es llevada en triunfo; y el pueblo, las personas notables, los sacerdotes, todos le hacen cortejo aclamándola con los cánticos más entusiastas; incomparable es la ovación hasta la Iglesia parroquial, en donde un lugar de honor se le prepara desde luego.

Desde entonces se tiene una tierna y sincera devoción á esta imagen y se instituyó en su honor una cofradía cuyos miembros debían esforzarse en dar el ejemplo de las más altas virtudes, establecióse la práctica de acudir todas las tardes á cantar las letanías de María, ó la Salve Regina, ó algún otro cántico compuesto en su honor!

¿Qué necesidad hay ahora de decirlo? bajo la inspiración de ese recuerdo aún reciente, y de esta devoción popular aun llena de vida, á la narración del maravilloso prodigio que mil veces sin duda le haría su piadosa madre, el alma de Lidavina ya tan bien dispuesta, se fortificaba más y más, y su infancia se desarrollaba admirablemente en el amor de María, en la fidelidad á su culto, y en particular en una tierna veneración para con la imagen que la Reina del cielo se había complacido en glorificar.

Así, cerca de esta imagen y en la capilla, enrique-

cida con tal tesoro, complaciase en ir á orar; allí era donde se iba formando su verdadera educación; en este santuario, y delante de esta imagen bendita, bajo la mirada de la Virgen de las vírgenes y al soplo fecundo de su ternura de madre, era donde el corazón de la tierna niña se empapaba en la piedad antes de ensancharse, allí se iba formando dulcemente en el fervor ese gérmen de santidad que la fidelidad á la gracia debía mas tarde desarrollar tan maravillosamente.

¿No es verdad que en los primeros años, nosotros también amábamos con todo nuestro corazón á la Santísima Virgen? Cuán buenos seríamos si hubiésemos sido, ó si nos esforzásemos en ser más fieles á ese primer amor y á esa primera gracia!

CAPITULO III.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA.

Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La Santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.

Es cierto que la amable niña no podía ir tantas veces como deseaba á orar en el santuario que guardaba todas sus predilecciones; pero aunque de tan corta

edad, ya desde entonces hacía en la casa, bajo la dirección de su madre, todo el trabajo que hubiera hecho una criada, y sus menores instantes estaban ocupados. Mas en cambio, Liduvina espiaba y hasta en sus mismas ocupaciones sabía admirablemente encontrar la ocasión de satisfacer su piedad. Todos los días á cierta hora, debía llevar la comida á sus dos hermanos pequeños que frecuentaban la escuela; y á su padre y hermanos mayores que trabajaban en los campos, es decir, tenía que pasar varias veces por delante de su amada capilla. Ay! entonces era cuando formaba su plan con infantil astucia. Llegaba la hora, y con su cestito al brazo, se ponía en camino..... mas daba gusto verla! Andaba aprisa, muy aprisa, lo mas aprisa que le era posible; no había ni amiga que pudiese detenerla, ni diversión que lograrse cautivarla, pues no quería otra cosa que ganar tiempo, y con el tiempo ganado concordar la obediencia á su madre con su devoción á la Santísima Virgen; y de esta manera, sin faltar á sus deberes, tanto de ida como de vuelta, siempre entraba á la iglesia, en la cual era verdaderamente de admirar, pues profundamente recogida como un ángel, con el mas tierno fervor decía y repetía la dulce Ave María, que era su oración favorita; y después, juntando la acción con las palabras, en pie delante de la imagen de la Virgen, y mirándola como si María en persona hubiese estado delante de ella, con gracia infantil la saludaba con un aire de indefinible ternura y salía de la capilla..... Santa familiaridad, piedad ingenua, que debían agradar singularmente á la Reina de las vírgenes, y que le agradaron en efecto, porque bien pronto tuvieron su recompensa; ved aquí de que manera:

Un dia,—Liduvina tenía entonces siete años,—vol-

viendo de los campos como de ordinario, se hallaba en la capilla bendita, enfrente de aquel altar tan amado. Como de ordinario también repetía con todo su amor la salutación del Angel; mas repentinamente se detiene... como inmóvil de espanto... la piadosa niña ha visto una cosa inaudita! Sí, lo que mira es el rostro de María que se anima, y su mirada que brilla!... mira en sus labios la mas arrobadora sonrisa, una de esas sonrisas del cielo! ¡Oh delicias!... Inmediatamente, con esa sencillez de niña que no duda ni se engaña, Liduvina se levanta... sube las gradas del altar, y se aproxima, estiendo hacia María las manos y quisiera llegar hasta el corazón de la divina Virgen; háblale, dícele las palabras mas tiernas, llámala su Madre, su dulce Reina, su hermosa Señora... sus impetus eran como dardos de fuego, y sentíase muy dichosa porque María le seguía sonriendo!

Entre tanto, en medio de toda esa dicha el tiempo pasaba, y la hora huye velozmente. Liduvina piensa en ello de improviso. Ay! Dios mio, qué va á decir mi madre? no me irá á reprender? Y á toda prisa vuelve á su casa transportada, arrebatada, y con todo llena de inquietud! Su madre en efecto la recibió con aire severo, pues sobrecargada de trabajo había tenido que sufrir con su ausencia. De dónde vienes? le dijo secamente, dónde has ido á vagar y á perder el tiempo? —Madre mia, respondió simplemente la amable niña: no os disgusteis os lo suplico, y perdonadme. Oh! si supiéseis! Yo había entrado en la capilla para saludar... os lo aseguro, nada mas que para saludar al paso á mi hermosa Señora: Pues bien, ella me ha devuelto mi saludo! Sí, la Virgen me ha correspondido con una sonrisa, pero era una verdadera sonrisa, una sonrisa tan dulce que me ha hecho dichosa, al grado

que ya no podía separarme de allí. Había en estas palabras tal acento de cándida fe y de dicha, que la piadosa madre conmovida no pensó mas que en bendecir á Dios por las esperanzas que le daba este prodigio, y en alabar á María que sonreie siempre al amor de sus siervos por las inefables alegrías con que se complace en recompensarlos.

Además esta piedad no era estéril, pues como toda piedad sincera y bien entendida era activa y práctica, y se transfiguraba en las obras. Así Liduvina se iba haciendo de día en día una niña admirable por su humildad, su obediencia, su respeto á la verdad, su caridad, dulzura, y angélica modestia, y por todas las virtudes cristianas que la adornaban; de suerte que á los doce años era ya un modelo de las jóvenes, y á los diez y seis tenía una admirable madurez y sabiduría.

En esa edad llena de peligros, cuando por todas partes se levantan en el alma de la joven como un brillo que la fascina, como una refracción deslumbrante que puede perderla, Liduvina carecía de esas vanas ilusiones. No sentia ningún atractivo por el mundo, ó mas bien con esa mirada que le daba un juicio exquisito veía al mundo en toda su realidad. Bajo de ese barniz brillante con que se adorna y bajo esas exterioridades tan seductoras de política, de afectuosa abnegación y de embriagadores placeres, como de felicidad y de grandeza, bien sabía ver y miraba lo que debajo se oculta, y lo que hay en el fondo de pequenez y mentira, de egoísmo é hipocresía, de perfidia y horrorosa miseria sobre todo, y de odiosa corrupción á cada paso!

El mundo no era á sus ojos mas que un profundo abismo en el que es muy facil caer. ¿No veía ella al derredor de sí muchas jóvenes lanzándose á la vida con sus ensueños, caminar á su desgracia y á su ruina

indiferentes y fatuas por el camino de un mezquino placer ó de una imprudente unión? En consecuencia, ya había tomado su partido renunciando al mundo, á sus diversiones, á sus vanidades, á sus fiestas; ya había renunciado aun á sus reuniones y á sus conversaciones por inocentes que pareciesen. La oración y el trabajo, el retiro y los goces de la familia eran la vida que había escogido, y en la cual, juntamente con la dignidad, encontraba la calma y la dicha.

Y no obstante, Liduvina era una hermosa y amable joven que con los encantos de que estaba dotada, hubiera sido muy bien recibida en el mundo; y es preciso decirlo; los lazos no le faltaron, pues bien sea el instinto del mal, ó la cobarde envidia, el vicio siempre se ha deslizado y eternamente se deslizará oculto bajo las flores, gracioso y político en el paraíso terrestre de un corazón puro, para amontonar en él ruinas y sembrar la desolación. Venían pues algunas mujeres idólatras del mundo que sabían llegar hasta Liduvina, las que admiraban su juventud y sus gracias, exaltaban su hermosura, y alababan su virtud; mas añadían; que aun en el bien no conviene ser exagerado. « Vos vivís, (le decían), es necesario confesarlo, como encerrada en un sepulcro. ¿Por qué á vuestra edad, en la estación de las rosas, llevar esta vida tan austera y oscura? Ciertamente Dios no pide tales excesos! Así como á la flor le son necesarios el aire y el sol, del mismo modo á la joven para la expansión de los perfumes que el cielo le regala le es necesario el gozo, las recreaciones y los placeres... Y gracias á Dios los placeres legítimos no le faltan! Qué mal haríais vos por ejemplo reemplazando ese tocado tan sencillo por otro más elegante y por algunos adornos que tan bien os sentarían? Pues qué ¿sería un crimen presentarse á lo

menos algunas veces en una sociedad escogida, y en reuniones bien arregladas? En dónde, pues, estaría el peligro que tanto temeis? Vos tenéis los principios de la religión y de la virtud: he aquí vuestra salvaguardia para vos; en cuanto á nosotras he aquí nuestros ángeles tutelares, con esto es la mujer invulnerable! Y así, sin peligro para vos, el mundo os vería mas á menudo, ya para admiraros y para coronaros en sus fiestas, ya para traer á vuestros pies con sus homenajes, riquezas y tesoros, en una palabra, para elevaros sobre esa humilde condición que no es la vuestra... Ah venid!»

Así hablaban esas mujeres á Liduvina. Este era el antiguo lenguaje de Satanás á Jesús: Arrojaos del templo, pues nada arriesgais y tenéis vuestros ángeles para guardaros! tal era la tentación en la cumbre de la montaña. Ved cuán bello es el mundo! ved esas fiestas, esos esplendores, esas coronas, esos reinos de la tierra! todo os lo daré si os arrodillais ante mí!

Y qué respondía Liduvina á tantas seducciones? Por toda respuesta, escondiase en la iglesia donde había sido bautizada, y en la capilla en donde la Virgen de las vírgenes le había sonreído, ó en su aposento á los piés de su Crucifijo; y allí arrodillada, derritiéndose en lágrimas exclamaba: «Dios mio! Dios mio! no, yo no quiero nada del mundo! yo no quiero ni amarle ni ser de él amada. Lo que quiero ¡oh Dios mio! es la dicha de guardar inmaculada la blanca ropa que me habeis dado en el bautismo! Ah! ocultadme, guardadme bien; sí, oh Dios mio, á vos ahora y siempre, á vos sólo es á quien yo quiero, á quien busco y á quien amo!

Por lo demás, lo que la joven decía interiormente en el secreto de la oración, iba bien pronto á declararlo en voz alta. Ya hemos dicho que Liduvina era de

rara belleza, y que había en sus facciones y en toda su persona una mezcla armoniosa de gracia y distinción. Pero un encanto que valía todavía mas, era su caracter elevado y reflexivo, templado no obstante por la mas amable amenidad. Además, se sabía que en los negocios, y en la dirección de una casa poseía en alto grado esa ciencia doméstica y ese tacto inteligente que da tanto valor á una mujer. Por otra parte, todas esas cualidades, hermosura, inteligencia, y caracter, estaban coronadas con una aureola tan atractiva de modestia, que á pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, la joven atraía sobre sí la atención pública. Muchos jóvenes de distinción pensaron que una mujer como esta, aunque pobre, valía mas para su dicha y para la vida real que todas las elegantes disipadas, tan ligeras en sus fiestas, no reconociendo en éstas mas que ligerísimos méritos. La mano de Liduvina fué pues pedida á su padre. Como hombre prudente, Pedro no se violentó; mas al fin, apremiado por instancias reiteradas, y tal vez tentado por el atractivo de la fortuna que se le ofrecía, cierto día llamó á su hija. «Hija mia, le dijo, no sin emoción, muchos jóvenes de las mejores familias de Squidam piden tu mano; yo creo que harías bien en pensar en esto y ya me dirás tu elección.—Mi elección, decís? respondió vivamente Liduvina, ah! padre mio, ahora ya es tarde pues mi elección está hecha! No es á un hombre, sino al rey del ciclo á quien yo quiero estar unida; y él es quien ha recibido ya mis juramentos. Oh mi buen padre, continuó la joven tomándole y besándole las manos: si me amais y no es así? vos amais tanto á vuestra hija! yo os conjuro á que no me habéis mas de matrimonio, pues que estimo mucho el tesoro de la virginidad para darlo á un esposo mortal.» Pedro se

sentía conmovido, y no obstante, insistía; mas Petronila estaba allí y aprobaba los votos de su hija. Pedro, le dijo, no instemos mas á Liduvina, ella es en verdad muy joven, muy piadosa sobre todo, para violentarnos. Esta es nuestra hija única; mas si es necesario, por qué no dársela al Dios único? por qué no la dejáremos consagrarse á él para siempre?—Ah gracias! exclamó entonces la joven con transporte, mil y mil veces gracias, madre mia muy amada! Sí; de Jesús quiero ser, nada más que de Jesús: dejadme decirlo; no hay hombre viviente que pudiese forzarme á ser de otro que de Jesús. Oh! si alguno quisiese obligarme, añadió ruborizándose, bien sé lo que haría! Pediría y suplicaría tanto á mi Dios, que él me enviaría una deformidad tan repugnante que ningún hombre jamás me apeteciese!

Cuando es santa la infancia hay en ella como un perfume que embalsama y protege toda la vida!

CAPITULO IV.

DESIGNIOS DE DIOS.

Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.

HASTA aquí y por muy fervorosa que fuese Liduvina, aun no había recibido ningún don extraordinario

rara belleza, y que había en sus facciones y en toda su persona una mezcla armoniosa de gracia y distinción. Pero un encanto que valía todavía mas, era su caracter elevado y reflexivo, templado no obstante por la mas amable amenidad. Además, se sabía que en los negocios, y en la dirección de una casa poseía en alto grado esa ciencia doméstica y ese tacto inteligente que da tanto valor á una mujer. Por otra parte, todas esas cualidades, hermosura, inteligencia, y caracter, estaban coronadas con una aureola tan atractiva de modestia, que á pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, la joven atraía sobre sí la atención pública. Muchos jóvenes de distinción pensaron que una mujer como esta, aunque pobre, valía mas para su dicha y para la vida real que todas las elegantes disipadas, tan ligeras en sus fiestas, no reconociendo en éstas mas que ligerísimos méritos. La mano de Liduvina fué pues pedida á su padre. Como hombre prudente, Pedro no se violentó; mas al fin, apremiado por instancias reiteradas, y tal vez tentado por el atractivo de la fortuna que se le ofrecía, cierto día llamó á su hija. «Hija mia, le dijo, no sin emoción, muchos jóvenes de las mejores familias de Squidam piden tu mano; yo creo que harías bien en pensar en esto y ya me dirás tu elección.—Mi elección, decís? respondió vivamente Liduvina, ah! padre mio, ahora ya es tarde pues mi elección está hecha! No es á un hombre, sino al rey del ciclo á quien yo quiero estar unida; y él es quien ha recibido ya mis juramentos. Oh mi buen padre, continuó la joven tomándole y besándole las manos: si me amais y no es así? vos amais tanto á vuestra hija! yo os conjuro á que no me habéis mas de matrimonio, pues que estimo mucho el tesoro de la virginidad para darlo á un esposo mortal.» Pedro se

sentía conmovido, y no obstante, insistía; mas Petronila estaba allí y aprobaba los votos de su hija. Pedro, le dijo, no instemos mas á Liduvina, ella es en verdad muy joven, muy piadosa sobre todo, para violentarnos. Esta es nuestra hija única; mas si es necesario, por qué no dársela al Dios único? por qué no la dejáremos consagrarse á él para siempre?—Ah gracias! exclamó entonces la joven con transporte, mil y mil veces gracias, madre mia muy amada! Sí; de Jesús quiero ser, nada más que de Jesús: dejadme decirlo; no hay hombre viviente que pudiese forzarme á ser de otro que de Jesús. Oh! si alguno quisiese obligarme, añadió ruborizándose, bien sé lo que haría! Pediría y suplicaría tanto á mi Dios, que él me enviaría una deformidad tan repugnante que ningún hombre jamás me apeteciese!

Cuando es santa la infancia hay en ella como un perfume que embalsama y protege toda la vida!

CAPITULO IV.

DESIGNIOS DE DIOS.

Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.

HASTA aquí y por muy fervorosa que fuese Liduvina, aun no había recibido ningún don extraordinario

de lo alto; Dios no la había admitido todavía á los gozes de sus celestiales comunicaciones; pues era preciso que sufriese, antes la ley providencial á la cual somete Dios á las almas privilegiadas. Era conveniente que fuese purificada por el fuego de la prueba, que fuese fortificada contra el orgullo por la humillación, y en una palabra, que pasase por el Calvario antes de llegar al Tabor: era necesario que padeciese! y el padecer sería para ella como un nuevo bautismo que debía recibir para empezar la vida nueva en la que iba á entrar. Este bautismo de sangre fuele abundantemente concedido! A los diez y seis años fué atacada de una enfermedad poco alarmante, mas que le había durado muchos meses. Durante la convalecencia algunos jóvenes vinieron un día á visitarla, ó mas bien á proponerle un instante de recreación. Era á la sazón el pleno invierno, el frio había sido riguroso, y un hielo espeso cubría por todas partes la superficie de las aguas. En toda la Holanda es una diversión muy usada la carrera de patines, diversión llena de encanto y de movimiento, y tan inocente como favorable á la salud. Los hombres, las mujeres y los niños, se entregan voluntariamente á este pasatiempo, y las jóvenes Holandesas sobre todo, sobresalen en destreza. Reunidas en alegres grupos se las vé sobre sus pequeñas láminas de acero sólidamente fijadas al calzado ir y venir, entremezclarse dando vueltas, describiendo mil extrañas formas, trazar sobre el hielo con tanta gracia como ligereza las mas caprichosas figuras, y después lanzándose á correr y atravesar el espacio ligeras como las aves que hienden los aires!

Las compañeras de Liduvina marchaban pues sobre el hielo, y venían á invitarla á que las acompañase. La joven, como sabemos, temía mucho la disipación,

y así es que excusándose con su mala salud y dándoles las gracias se negaba á acompañarlas. Mas las jóvenes exclamaron: precisamente vuestra salud es la que debe decidirlos, pues teneis necesidad de movimiento y ejercicio; venid á participar de nuestros juegos que, un poco de ejercicio os hará mucho bien. Aun cuando no viniéreis mas que al borde de la ribera para ver nuestras diversiones desde lejos, esto sólo os regocijará; venid pues de todos modos. Liduvina repitió sus excusas, pero las amigas renovaron de tal modo sus instancias, que la piadosa niña temiendo contristarlas, con el permiso de su padre accedió á sus deseos. Vase pues con ellas, y baja en su compañía al hielo tomando los patines. Hacía apenas unos instantes que se entregaba á este ejercicio, cuando una de sus compañeras lanzada á todo escape, no sabiendo ó no pudiendo apartarse ni detenerse á tiempo, viene de improviso á chocar contra Liduvina, y el choque fué terrible, pues la pobre niña convaleciente no pudiendo detenerse cae violentamente contra un témpano de hielos fracturándose una costilla. Entonces vióse un espectáculo desgarrador, Liduvina yacía tendida sobre el hielo; pálida, desmayada, y aun se hubiera creído que estaba muerta! A su derredor, de rodillas, ó corriendo espantadas aquellas jóvenes poco antes tan risueñas, lloraban y daban unos gritos que partían el alma. "Ay! decían, nosotras la hemos traído y la hemos por fuerza arrastrado á este hielo tan fatal.... y he aquí que sólo tenemos ahora un cadáver que devolver á su madre." Con todo, fuerza es resignarse; las jóvenes levantan á su desgraciada amiga en los brazos, y con las manos entrelazadas le forman como una camilla, y llorando amargas lágrimas la llevan á su casa y la colocan en su lecho,—en el mismo lecho

que acababa apenas de dejar gozosa con la esperanza de una salud prontamente recuperada, mas del que nunca volvería á bajar restablecida. Bien se comprende que este acontecimiento produjo en Squidam profunda sensación; y como sucede en estos casos, cada uno habló de ello á su modo, unos con desprecio, otros con lástima, y sólo los hombres de fé supieron ver en ese suceso una disposición providencial. Y en efecto, tenían razón, pues los amorosos designios de Dios comenzaban ya á cumplirse!

Mas digámoslo desde luego: en medio de su inmenso dolor, los padres de Liduvina no se entretuvieron en vanos lamentos, antes sin pensar en su pobreza, y queriendo salvar á su hija muy amada hicieron venir los médicos mas hábiles, y los cirujanos mas experimentados, los cuales ensayaron los remedios mas costosos; nada se hacía pesado al amor paternal, y á fuerza de trabajos y privaciones bien podían pagarlo todo. Mas ay! todo fué en vano.

Acentuóse en verdad una enfermedad extraña que burlaba las investigaciones mas tenaces, y frustraba los estudios mas constantes. Mientras que la ciencia reflexionaba y discutía sus causas y sus remedios, el terrible mal avanzaba continuamente, é iba tomando de hora en hora horrorosos desarrollos. Preciso era conocer que Dios había herido, y en sus adorables designios su Majestad no quería la curación!

Además, la ciencia se vió bien pronto reducida á hacer como una solemne confesión de la intervención divina. Existía en esta época un médico famoso, llamado Godofredo de la Haye á quien toda la Holanda bendecía y le había puesto el sobrenombre de Sonder-

Dank. (1) A este hombre profundamente piadoso, que juntaba á una incomparable habilidad un raro desinterés para con los enfermos pobres, le hablaron de Liduvina, y vino á visitarla. Los médicos habian acudido numerosos al derredor del ilustre doctor, que largo tiempo estuvo preguntando y sondeó en todos sentidos ese mal inaudito, hasta que por fin dirigiéndose á los padres de la virgen, les dijo. Amigos míos, cesad de hacer gastos inútiles, pues aun cuando pusiérais en nuestras manos tantas monedas de oro cuantas estrellas hay en el firmamento, no podriamos en cambio ofrecer la curación. Y dirigiéndose hácia los médicos que le rodeaban: «Convenzámonos, venerables compañeros, este es un mal que supera nuestra ciencia. Si Hipócrates y Galeno estuviesen aquí presentés yo los desafiaria á que trajesen remedio porque el mal procede de arriba! Sí, añadió con tono inspirado, la mano de Dios está sobre esta niña; así lo creo, así lo siento; esta enfermedad es sobrenatural, y Dios hará en ella maravillas como apenas las habrá obrado en otra alma en todo un siglo! ¡Ojalá y esta niña fuera mi hija! y cuán caro compraria yo este honor si pudiese comprarse!»

Así, abandonada de los médicos, y herida por la mano de Dios, Liduvina no tuvo mas perspectiva que la de un horroroso martirio. Su mal, tan misterioso é

(1) Tierno sobrenombre que trasmitió á sus hijos y que le fué dado porque á los enfermos pobres á quien trataba siempre gratuitamente y que le manifestaban su reconocimiento por sus hábiles cuidados diciéndole: «*Grooten dank!*» es decir: «muchas gracias!» respondía invariablemente: «*Sonder-Dank!*» Nada de gracias!»

indefinible que desesperaba á la ciencia humana, presentaba unos caracteres que espantaban, pues era como una milagrosa complicación de horribles llagas interiores, en medio de las cuales y en la región misma de la costilla quebrada, había aparecido una apostema ó absceso. En vano para abrirlo se habían empleado los medicamentos mas enérgicos, pues á todo había resistido: Liduvina sufría tan intolerables dolores, que era necesario á cada instante trasportarla de un lecho á otro, aun que no fuese mas que para darle la esperanza de algún alivio, pues los dolores le ocasionaban á veces crisis espantosas.

Cierto dia estando en una de esas crisis, había venido á verla Pedro su padre, que abismado de tristeza se había sentado junto á su desgraciada hija y la miraba llorando. ¿Cómo no llorar, si amaba tanto á su hija y la veía padecer tanto, sin poder darle el menor alivio? Y al mismo tiempo al través de sus lágrimas le hablaba y le decía las mas tiernas palabras y todo cuanto entendía que podría inspirarle valor y fortaleza. Mas Liduvina nada escuchaba. Bajo la acción de sus atroces dolores sus miembros se le torcían, y á pesar suyo daba gritos horrorosos. Repentinamente se calla . . . jadeante, fuera de sí, con la fuerza de los dolores, y sin conocimiento de lo que hace, de un salto se endereza, se lanza y se precipita fuera del lecho . . . y viene á caer sollozando en brazos de su padre, y al mismo tiempo sobre el pecho del anciano espantado, se desmaya!

Mas qué había sucedido? por qué este desmayo? Pronto pudo comprenderse, pues ese movimiento tan violento y mas eficaz que toda la ciencia, había ocasionado la ruptura de la apostema, que acababa de abrirse. Inmediatamente renace la esperanza, y to-

dos se felicitan de la terrible crisis. Dios sea alabado! exclaman, sin duda esta es la curación, y la salud que va á venir!

Mas ay! en realidad esta debía ser ó la vida ó la muerte: pero no fué la muerte ni la vida, sino un horrible y extraordinario aumento de males, y mas que nunca la realización de los designios del Señor!

Esta ruptura tuvo horrorosas consecuencias, pues no encontrando salida el humor, se derramó naturalmente en el interior. Fácilmente se comprende que esto le ocasionó fuertes vómitos, mas con tal dificultad que la pobre joven se retorció sobre su lecho con la violencia de los dolores que parece debían hacerla morir. Sobrevinieron en seguida, y siempre bajo la acción de este humor encerrado, otras terribles enfermedades; las fuerzas fueron desapareciendo: el estómago se debilitó á tal grado, que no podía contener ningún alimento; las piernas y bien pronto casi todos los miembros se le paralizaron, y á tantos males vino á juntarse el horroroso suplicio de una sed devoradora é insaciable, irritada de continuo por los vómitos que no cesaban. La pobre enferma bebía sin cesar, y disgustada del agua fría y limpia, iba arrastrándose á buscar una agua tibia, cenagosa y hasta hedionda que con ansia bebía! tristes bebidas que su estómago arrojaba muy pronto y que sólo servían para atizar el fuego que la abrasaba, y á las cuales volvía con una especie de horrible placer que causaba compasión! Así fueron pasando los tres primeros años, y referir cuántos padeció en este tiempo, cuántos insomnios, lágrimas y tormentos de todas clases, decir todas las amarguras de su alma y los dolores de su cuerpo, sólo Dios podría hacerlo, bastaba verla para comprender que el dolor habia cavado en aquel pobre cuerpo un abismo

insondable, y para sentir el alma traspasada de dolor. Pobre niña! tan joven aún, á los diez y nueve años! ¿No era ella la que poco ha se encontraba tan llena de actividad, de movimiento y de vida? ¿No era la amable virgen á quien la mano de Dios se había complacido en adornar con tanta gracia y hermosura! Y ahora, vedla allí extendida en su lecho, martirizada á todas horas, y en todos sus miembros durante tres años! Y cuando algunas veces bajaba de ese lecho la pobre joven, se la veía deforme, horrorosa, arrastrándose con las rodillas y las manos como un gusano por su aposento, ó al derredor de su mezquina habitación. Espectáculo lamentable, que además de la compasión que causaba al verla, era como un sentimiento de horror que sentían todos los que la encontraban, aun aquellos que la habían buscado y á quienes había inspirado tanto amor! Oh vanidad de vanidades! qué és pues el mundo? qué vienen á ser la juventud y la hermosura? Ah! la santa joven lo había pedido, cuando al instarla para que escogiese un esposo, en su virginal horror había contestado: "Yo rogaré tanto á mi Dios; que su Majestad me enviará tal deformidad que ningún hombre querrá jamás nada conmigo." Con todo eso, quién lo creería? tantos males no eran aun mas que las arras del dolor. Ve ahí que Liduvina no tendrá en adelante ni el consuelo de arrastrarse miserablemente por su aposento, pues como su estado se iba agravando, como nuevas é inauditas enfermedades se amontonaban de día en día, clavábanla para siempre en su lecho! No habiendo podido lavarse la llaga de la apostema, la gangrena había empadrecido las partes vecinas, penetrando hasta los intestinos y engendrando con la putrefacción gusanos, que se multiplicaban de una manera horrorosa,

y después de traspasar las entrañas, agujeraban las carnes y llegaron á abrir tres agujeros del ancho de una mano y de color negrusco y repugnante. Todos aquellos gusanos tan horribles á la vista se alimentaban de la sustancia misma de la enferma, y le causaban tormentos sin nombre. Consultados los médicos ordenaron que para contener la acción de los gusanos, y atraerlos al exterior se aplicasen sobre las llagas unas cataplasmas de harina de trigo, con miel y grasa de capones, con cuyo remedio extraíanse del cuerpo de la virgen hasta doscientos cada día.

A propósito de este remedio, refiramos un hecho, que aunque poco esencial á nuestra historia, pero que á lo menos encierra una lección evangélica á veces desconocida. En el tiempo del carnaval, un hombre de Squidam iba á dar un festin á los magistrados y á toda la nobleza de la ciudad. Los preparativos eran espléndidos, y entre otros platillos que debían servirse en la mesa del anfitrión y hacerle mucho honor, se hablaba sobre todo de ocho ó diez capones magníficos que una larga y sabia preparación había paciente-mente conducido á un estado de delicadeza y gordura de lo mas atractivo. Pues bien, la víspera del festin este personaje se encontraba en casa de Liduvina, la cual, como todos, sabía que era rico y aun que amaba mucho la buena mesa, las comidas exquisitas y los placeres; mas no sabía, ó mas bien jamás había querido creer que un hombre que se mostraba tan magnífico y á quien nada se hacía gravoso cuando se trataba de la buena mesa, pudiese ser capaz como le acusaban, de llevar la parsimonia en el artículo de la caridad hasta la avaricia. Liduvina le pidió pues con toda sencillez una peca de grasa de capón para la extracción de sus gusanos, y sólo recibió una negativa;

«mas os pido tan poco! añadió la humilde virgen, y esto poco os lo pido como una limosna en nombre de mis dolores que disminuiredes, y en nombre de Jesucristo que os bendecirá.»—Imposible! respondió el egoísta epicúreo. Y juntando la mentira á la dureza, peor en esto que el mal rico del Evangelio, añadió: «os lo repito, Liduvina, lo que pedis es imposible; pues mis capones están tan flacos que no se podrá sacar de ellos suficiente grasa para rociarlos mientras se cocen! Tal insensibilidad espantó á la inocente niña. Pues bien! sea! respondió, es cierto, yo creía, que al ser rico como vos, era deber y aun dicha también el tener compasión de los pobres, y creía, sobre todo, que teniendo como vos el honor de ser cristiano, debería ponerse su gloria en aliviar los miembros pacientes de Jesucristo, la cual es muy superior á esa estúpida gloria que podéis tener con el olor apetitoso de algunos capones! mas no hablemos ya mas de esto, solamente dejadme decir os que mereceriais vos que lo que negais á Jesucristo fuese entregado á los gatos y devorado por esos animales.» Entre tanto el duro visitador partió un poco confuso, mas de ningun modo conmovido. «Ah, iba diciendo en sus adentros, ya iba yo á desordenar el plan de tan bello festin por el placer de sus gusanos! Nó, nó, no obtendrá la grasa de mis capones, ni ella ni aun los gatos con que parece amenazarme, pues en cuanto á estos últimos yo los pondré á bien recaudo.» Entrando en su casa fué luego á ver sus preciosos capones y los encontró mas tiernos y delicados que nunca, dió á los criados las órdenes mas convenientes, y á su vista les hizo encerrar en un lugar muy seguro; y cuando en la mañana siguiente muy temprano sin duda soñaba en el gusto que le prometía esta carne tan blanca y delicada, he aquí que vinie-

ron á anunciarle la desgracia mas grande que podía sucederle: que todos sus capones, sin exceptuar uno sólo, habían sido hechos pedazos y devorados..... por los gatos!

Mas volvamos á nuestra triste narración. A mas de las tres llagas en las que hormigaban los gusanos, se había formado otra en la espalda derecha: las carnes del derredor no tardaron en pudrirse, y desde entonces le fué imposible á Liduvina, no ya el descanso sobre ese lado, sino ni aun hacer el movimiento necesario para descansar sobre el otro. La pobre paciente debía ya permanecer el resto de sus dias acostada sobre la espalda! El brazo derecho fué muy pronto invadido por el mal que se llama fuego de San Antón. Ese es un mal terrible que devora las carnes hasta los huesos, ataca hasta los nervios, sin respetar mas que uno sólo, y así el brazo pendiente y desprendido no quedó unido con el cuerpo mas que por ese nervio. Sólo el brazo izquierdo quedó libre, y con él podía Liduvina levantar aun su pobre cabeza, el centro de los mas crueles tormentos. Sentía punzadas tan violentas! y latidos tan intolerables, que le parecía le traspasaban el cráneo con agujas ó que se le despedazaban á martillazos. También la carne de la frente se le partió de alto á bajo, la barba se le abrió hasta separarse del labio inferior, la lengua se le hinchó; uno de los ojos se le apagó, y el otro no pudo soportar mas la luz; y en fin, atroces dolores de dientes le duraban semanas y aun meses enteros, unas veces sin descanso, y otras con tal violencia que llegaba á una especie de frenesí.

Además de esto, la pobre enferma iba perdiendo una gran cantidad de sangre, pues por la nariz, la boca y los oídos la derramaba. Los vómitos siempre

frecuentes, eran de una agua sanguinolenta y á veces de sangre pura; y dicen los historiadores, testigos oculares, que no hubieran podido llevar á cuestras la sangre que perdía en un sólo mes, dos hombres robustos.

Durante ese tiempo le apareció también una enfermedad en el hígado; los pulmones se podrian y caian á pedazos; el pecho se cubria de fistulas de un humor corrosivo; las fiebres mas complicadas y agudas caian unas tras otras sobre la infortunada víctima. . . . qué dirémos en fin? La joven sufría una agonía incesante y espantosa, reuniendo todos los dolores conocidos, y que debía durarle por el espacio de treinta y cinco años! (1)

Mas digámoslo para tranquilidad de nuestra alma: en compensación de tantos males, Liduvina tenía á su Dios consigo. El Dios que la quebrantaba y la purificaba en el crisol de los sufrimientos, como el plateiro purifica el oro en el fuego, mirábala con tierno amor, complaciéndose muchas veces aun de un modo maravilloso en mostrar cuanto la amaba. He aquí una prueba de ello.

En una plaza pública, frente de la casa de nuestra virgen, dos hombres reñían una vez. Repentinamente uno de ellos, pálido, espantado, entra en la casa de Pedro gritando: salvadme! salvadme! y se introduce hasta el aposento en donde Liduvina estaba acostada; su adversario le seguía amenazándole terrible con la espada en la mano, entra también en la casa y dice á Petronila: ¿dónde está el hombre que ha entrado por

(1) No sabemos por qué omite aquí el autor, el mal de piedra que padeció también Liduvina, y que ya se sabe cuán terrible es y doloroso. Otros autores lo mencionan. (G. Ch.)

aquí, pues yo lo necesito? tengo sed de su sangre! decidme en dónde está?

Al ver la espada desnuda de este hombre, espumando de furor, la pobre mujer amedrentada cree poder decirle una mentira, por impedir un homicidio, y le responde que allí nadie ha entrado. Mas ya el furioso se había metido al aposento de Liduvina. «¿En dónde está ese hombre que busco; cuya vida requiero, respóndeme, está aquí?—Sí, contesta la virgen que aborrece la mentira, sí, aquí está!—Desgraciada! exclama Petronila, acercándose á su hija y dándole una bofetada, qué es lo que has dicho? Este pobre ha venido cerca de tí á buscar un refugio y así lo entregas á la muerte? En estas palabras había aun otra confesión, de suerte que medio muerto de terror y expuesto á todas las miradas el pobre fugitivo, sentíase perdido. Pues bien, su furioso enemigo no lo vió, aunque le busca por todo el estrecho aposento; parecía que estaba atacado de ceguedad, ó más bien que un cambio inesperado se había obrado en él. A la voz de Liduvina, y á las palabras que ha pronunciado, repentinamente cae su espada; su furor se desvanece, la mansedumbre vuelve á su corazón, y sale de la casa seguido de aquel á quien hacia poco queria hacer víctima de sus iras. Madre mía, dijo entonces la piadosa enferma, que había recibido con angélica dulzura la bofetada de Petronila: si os he causado alguna pena, perdonadme; más yo he creído, que respondiendo la verdad, eso sería bastante para salvar un hombre é impedir un delito, y ya habeis visto que en ello no me he engañado!

Quando Dios más nos hiere nos deja siempre entrever su gran bondad!

CAPITULO V.

CORRESPONDENCIA.

*Desolaciones.—Risas y lágrimas.—El buen sacerdote.—Vos
sóis bienaventurada! La gloria de los sufrimientos.—Las
alegrías de la meditación.—Comunión y dicha.—Aun cuan-
do no fuese mas que una Ave María!*

A pesar de esto, no vayamos á creer que Liduvina hubiese llegado ya, y menos aún que hubiese llegado sin pena y sin combate á una perfección serena y sin nublado. Los santos no son de otra naturaleza que la nuestra, y Dios sea por ello alabado! pues si nos apareciesen siempre como seres sobrehumanos extraños á todas nuestras debilidades; y si no los viésemos más que en el deslumbrante y lejano esplendor de una santidad consumada, desde luego quién sin sentirse anonadado, querría detenerse sólo en el pensamiento de elevarse hasta ellos! Nosotros necesitamos pues mirarlos de cerca, y contemplarlos marchando por nuestro mismo sendero, con nuestras mismas miserias y nuestros mismos desfallecimientos; y entonces, al ver sus luchas, al oír sus gemidos, y al tocar sus llagas, santamente entusiasmados nos decimos. "Nosotros también caminamos con ellos! Su debilidad entonces forma nuestra fortaleza; y sus imperfecciones nos alientan á imitar sus virtudes. Liduvina pagó también su tributo á la humanidad. Al principio de sus pruebas le costó excesivo trabajo dominarse, y mas de una vez su paciencia se desmintió. Algunas veces sufría unos fuertes accesos de tristeza y desa-

liento, y sentía crueles desolaciones. Un dia, por ejemplo, desde su lecho oyó ruido de risas en el exterior, pues unas jóvenes casi en su puerta se entregaban á una ruidosa alegría, que le hizo mal, pues la imaginación le representó inmediatamente el doloroso estado en que ella se hallaba. "Ah! dijose á sí misma, para mí no hay diversiones ni gozosas risas! para mí no hay esperanza de curación! Mañana, y pasado mañana, siempre durará mi padecer hasta el sepulcro! y el aislamiento y el olvido sobre todo! Y se puso á llorar con tal abundancia y amargura que partía el corazón; y otras muchas veces se puso á llorar del mismo modo.

Esas desolaciones duraron los cuatro primeros años de su enfermedad. Sin duda cuando se renovaban acudirían cerca de ella su padre ó su anciana madre que con toda la ternura de su corazón ensayaban consolarla; otras veces venían algunas de sus amigas menos olvidadizas y más caritativas, ó algunos vecinos y parientes y le decían cuanto podían para alentarla y hacerle olvidar sus dolores; mas nadie lo podía conseguir. Muchas veces lejos de aliviarla los consuelos le eran pesados, porque los puramente humanos no pueden curar ni aliviar nuestros males. Liduvina se affligía siempre, y muchas veces se le oía en la fuerza de su angustia mezclar con los sollozos las quejas más lamentables. "Dios mio! exclamaba con acento desgarrador: Dios mio; ¿por qué no teneis compasión de mí? Mis dias y mis años son puros lamentos: mi vida no es mas que una horrorosa muerte que se prolonga! esto es ya mucho padecer, y soy muy desgraciada! Quién es castigado y humillado como yo! Dios mio! poned fin á vuestros rigores, ó á lo menos por qué no me ayudais?"

Esos cuatro años fueron harto difíciles, pues eran como el ensaye del martirio, ó el noviciado del dolor!

Mas el día de las verdaderas consolaciones estaba cerca; Liduvina iba en fin á escuchar la palabra que embalsama todos los sufrimientos y los hace suaves y gloriosos; iba á unirse á Dios sólo, con Dios toda entera y sin reserva, mas con una unión tan estrecha como no la había conocido hasta entonces; desde ahora Dios iba á hablarle al corazón y con santas y sobreadundantes delicias, se disponía á recompensar á su fiel y amada sierva.

Un día vino un sacerdote á visitar á Liduvina, y este santo eclesiástico, era uno de esos sacerdotes animados del espíritu de Dios á quien una tierna caridad abrasa y á quien las lágrimas y la desgracia atraen, como se dice que los cantos lastimeros atraen á ciertas aves del cielo, una de esas almas que Dios saca de sus tesoros y que parece haber formado de los esplendores de su bondad para darles la más dulce y gloriosa de las misiones sobre la tierra: la de consolar!

En presencia de Liduvina, y á la primera ojeada el hombre de Dios profundamente compadecido, había sondeado la inmensidad de su infortunio; mas lleno de experiencia, también había comprendido lo que faltaba á esta alma escogida, y lo que podía realzar su belleza: «Hija mia, le dijo con paternal dulzura, vuestros males son inauditos; todos ciertamente os compadecen y se contristan al veros; mas ¿sabéis lo que yo pienso?—Vos, padre mio? respondió Liduvina asombrada, vos que sois bueno sin duda como todos, pensais que tengo mucho porque compadecerme.—Pues bien! desengañaos, le dijo, yo estoy lejos de hablar y de pensar como el mundo, yo pienso, al contrario que sois bienaventurada!—Cómo, exclamó Liduvi-

na, presa de una visible emoción: yo bienaventurada! yo clavada en este lecho y para siempre quebrantada por el dolor en todos mis miembros!—Sí, vos, vos misma! Ah! sin duda, hija mia, yo más que nadie compadezco vuestros crueles sufrimientos! Mas veo en vos el alma cristiana, á la amante y á la esposa de Jesucristo; y he aquí por qué, cuanto más horribles son vuestros males más me creo con derecho para deciros que sois bienaventurada! Ah! sí, vos lo sabéis! el padecer cristianamente, hija mia, es el cristianismo, es el Evangelio entero: porque ésta es la fé que adora, es la esperanza que espera y se regocija, éste es el amor que se inmola! O más bien, éste es Jesucristo mismo que viene á vos, que os toma, y os pone en una cruz para que le seais semejante, y queriendo hacer resplandecer en vos todas las magnificencias del alma, os perfecciona en alguna manera por el dolor, como el artífice perfecciona con el cincel la obra maestra que ha soñado su génio. Por el sufrimiento os purifica de las menores manchas del pasado, protege y glorifica lo presente y lo venidero, y os dá como un nuevo bautismo de inocencia, adornando vuestra frente con todas las glorias de la virtud y abriéndoos las puertas del cielo!

Ah! padre mio! dijo Liduvina, ya lo comprendo: tenéis razón al llamarme bienaventurada; mas el sufrir no es bastante, como lo habeis dicho, sino que es necesario sufrir cristianamente, sufrir con sumisión y con paciencia, y aun padecer con amor; y lo que me desconsuela, es que no puedo lograrlo!

Entonces el santo sacerdote habló de la pasión del divino Maestro, y se expresó con su fé y su corazón, haciendo resaltar sus inefables ejemplos, y sus lecciones sublimes, concluyendo en el blanco que había que-

rido tocar para recomendar su frecuente meditación: Liduvina, le dijo, he aquí lo que necesitáis, he aquí lo que os hace falta, si quereis llegar á la paciencia y glorificar vuestros dolores, medita la adorable pasión de Jesús: medítadla muchas veces, y aun casi sin cesar, y éste será el medio todopoderoso para alcanzar la perfección en el padecer.

Después de esta conversacion, Liduvina se sintió más alentada, y se dedicó á la meditación. Mas cuál no fué su decepción! este ejercicio que tanto le habían alabado parecióle insípido y casi imposible, y por despecho á poco tiempo lo dejó. En cambio volvió á sus lamentos y á sus quejas; sus lágrimas volvieron á correr; dichosamente el piadoso sacerdote no tardó en volver. «Y bien, le dijo, mi remedio ha producido su efecto?»—No, padre mio, respondió con franqueza. Es tal vez cosa muy buena la meditación para los que saben hacerla, en cuanto á mí no entiendo nada de ella. Quiero ocuparme de los padecimientos de Jesu-
cristo y vuelvo siempre á meditar los míos, y los encuentro tan insoportables, que los de mi buen Maestro me mueven muy poco.—Y así, replicó vivamente el sacerdote, vos vais á primera vista á dejaros abatir? Mas no sabeis acaso que no hay aquí en la tierra ninguna empresa que no cueste pena ni dificultad de la cual no triunfe una constante voluntad? No es necesario quebrar la corteza antes de comer el fruto? Acaso al primer golpe de la vara hizo Moises salir el agua de la roca?—Mas, padre mio, añadió la pobre enferma: ¿cómo pues quereis vos que yo proceda? Me será posible meditar entre los tormentos que sufro, y con las lágrimas que me arrancan incesantemente esos tormentos?—Sí Liduvina, sí, os lo digo! ensayadlo, perseverad, y os lo aseguro, que bien pronto vuestras lá-

grimas se secarán, y contemplando los dolores de Jesús, no sentireis más los vuestros! no echareis menos lo que llorais tan amargamente, la salud, la juventud y la hermosura, todos esos goces de la vida que se han volado para hacer lugar al sufrimiento! no apreciareis ni amareis entonces mas que á Jesús crucificado!

«Ah! cuando le viéreis tan pobre, él á quien le pertenecen los cielos y la tierra, sin amigos, sin honores y sin consuelo, abandonado y ultrajado; tan pobre que sólo tiene un madero por lecho de muerte, y sólo hiel para endulzar su agonía, ¿podreis vos contristaros por vuestros abandonos y vuestras privaciones? Hija mia. Jesús que es la eterna hermosura, tan bueno y tan amable, cuando le viéreis cubierto de horribles llagas, la frente desgarrada con una corona de espinas, los ojos apagados con la sangre, los labios acardenalados, el pecho abierto, los pies y las manos como preso del dolor con enormes clavos, cuando le viéreis obedeciendo no solamente á Dios su Padre que le oprime, mas á los jueces inicuos que le condenan, á los soldados que le mofan, á los verdugos que le torturan, al pueblo que le maldice, obedeciendo bajo el azote, la púrpura, las bofetadas y las salivas, sin resistencia, sin murmuración, sin quejas, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ah! ¿nada os dirá Jesús en este estado? al verlo así no os sentireis conmovido? no comenzareis á olvidaros á vos misma?»

«Y sobre todo, Liduvina, cuando habreis comprendido por la meditación la palabra que explica esos tormentos, esa muerte, la palabra inefable: Yo os amo! Cuando habreis oído que el Salvador desde la cruz os dice al corazón: «Mírame á mí, tu Dios, yo el eterno, heme aquí delante de tí agonizante y espirando por

ti, tan sólo porque te amo! Ah creéis que vuestro corazón resistirá á tanto amor? Vos, Liduvina, amareis á Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, medita!

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fué su libro á todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba á volver, mas esta vez no venia sólo, sino que Dios venia con él! Todos estaban de rodillas, y la virgen crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: "Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene á enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora á visitaros, á consolaros en vuestro lecho de angustia, y á amaros hasta unirse con vos. Ah! abridle bien vuestra alma, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria!" Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasado entonces? qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorrumpido en sollozos; lloró y casi no hizo mas que llorar por muchos días. Dichosa crucificada! esta vez lloraba de amor y de felicidad!

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, á todo instante no veía mas que á Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no mas desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban. . . . mas qué le importaba? ó mas bien, á la corrupción, á los tormentos y á los gusanos llamábalos su alegría, y llegaba hasta pedirle á Dios que se multiplicasen todavía más!

No quisiérais ser curada? le preguntaban—Nó, nó, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de rezarla con este fin. Ah! nó, el no padecer con mi Jesús, me sería el más duro penar!

Dios sea bendito! Los dolores de la tierra, así como las olas del océano, pierden su amargura á medida que van subiendo hacia el cielo!

CAPITULO VI.

ESTADO SOBRENATURAL.

Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al alrededor del lecho de la virgen.—¿Queréis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal.

UNA vez entrada en este admirable camino, Liduvina avanzó á grandes pasos hacia la perfección. La hu-

ti, tan sólo porque te amo! Ah creéis que vuestro corazón resistirá á tanto amor? Vos, Liduvina, amareis á Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, medita!

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fué su libro á todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba á volver, mas esta vez no venia sólo, sino que Dios venia con él! Todos estaban de rodillas, y la virgen crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: "Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene á enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora á visitaros, á consolaros en vuestro lecho de angustia, y á amaros hasta unirse con vos. Ah! abridle bien vuestra alma, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria!" Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasado entonces? qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorrumpido en sollozos; lloró y casi no hizo mas que llorar por muchos días. Dichosa crucificada! esta vez lloraba de amor y de felicidad!

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, á todo instante no veía mas que á Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no mas desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban. . . . mas qué le importaba? ó mas bien, á la corrupción, á los tormentos y á los gusanos llamábalos su alegría, y llegaba hasta pedirle á Dios que se multiplicasen todavía más!

No quisiérais ser curada? le preguntaban—Nó, nó, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de rezarla con este fin. Ah! nó, el no padecer con mi Jesús, me sería el más duro penar!

Dios sea bendito! Los dolores de la tierra, así como las olas del océano, pierden su amargura á medida que van subiendo hacia el cielo!

CAPITULO VI.

ESTADO SOBRENATURAL.

Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al derredor del lecho de la virgen.—¿Queréis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal.

UNA vez entrada en este admirable camino, Liduvina avanzó á grandes pasos hacia la perfección. La hu-

mildad, la dulzura, la abnegación, la piedad y todas las virtudes, venían, por decirlo así á agruparse al redor de su angelical paciencia como atraídas por ella, y Dios parecía complacerse en multiplicar en su sierva aquellos padecimientos tan gloriosamente fecundos. Entre tanto, el estado de Liduvina se hacía más y más horroroso. Ningún remedio podía ya destruir los gusanos que la devoraban viva, la putrefacción había hecho tales extragos, que había sido precisa la aplicación de una almohada de lana sobre el vientre á fin de impedir que las entrañas brotasen hacia afuera. Cuando querían moverla necesitaban ligarla con vendas, sobre todo en las espaldas por temor de que su cuerpo se hiciese pedazos. Viendo tantos males sus padres acudieron de nuevo á los recursos de la ciencia, llamando nada menos que al médico de Margarita de Holanda. Esta Princesa deseaba ver á Liduvina, de quien la voz pública refería cosas tan asombrosas. Vino, pues, un día á Squidam trayendo consigo á su Doctor; pero todo fué en vano, porque el habil práctico conociendo que la gangrena estaba en el interior, hizo una ancha incisión, puso fuera todos los intestinos, y separando lo que estaba corrompido, volvió á colocar en su lugar el resto, y declaró á sus cofrades presentes, que al hacer la operación había conocido que los gusanos se formaban en la espina dorsal, añadiendo que nuevas enfermedades iban á venir, y que la paciente se vería muy pronto en absoluta imposibilidad de tomar ningún alimento. Mas allí se detuvo su ciencia, y dejó á la pobre crucificada, muy edificado de su virtud y desolado de su impotencia para curarla.

Varios médicos se presentaban sin ser llamados, la mayor parte con el fin de estudiar tan extraña com-

plicación de males, y algunos con la ingenua persuasión de que conseguirían el curarla. Bien que Liduvina supiese que su estado de sufrimiento era el camino por el cual agradaba á Dios conducirla al cielo, y que todos los remedios serían inútiles, no obstante prestábase á sus experiencias por espíritu de humildad y tierna caridad, no queriendo ni contristar á los que le manifestaban interés, ni escandalizar á nadie pareciendo presuntuosa en contar con una curación por milagro; mas el hecho es que todos esos médicos las más veces no lograban con sus tentativas, mas que multiplicar sus dolores y acrisolar su paciencia.

Como quiera que sea, el mal iba progresando, la fiebre tan violenta que padecía, había tomado un carácter bien extraño, pues unas veces se anunciaba por un frío glacial seguido de intolerables ardores; otras, un frío convulsivo seguía á ese devorante calor, y á todos esos males se añadía una hidropesía excesivamente grave y que no debía cesar jamás: con respecto á los alimentos pronto se realizaron las predicciones del médico de Margarita. Desde el principio de su enfermedad, Liduvina no había podido tomar mas que un poco de manzana cocida y desecada; algunas veces con mucha dificultad tomaba un bocado de pan mojado en leche—más tarde solamente un poco de azúcar ó canela,—y bien pronto ninguna otra cosa más que unos tragos de agua ligeramente envinada, . . . más al presente fué imposible volver á tomar ningún alimento por el resto de sus días, pues durante los últimos veinte años de su vida no probó absolutamente ninguna comida ni bebida.

Lo mismo sucedió con el sueño, pues no pudo volver á dormir más, aunque es cierto que por algún tiempo tuvo que luchar contra imperiosas tendencias

cada vez que quería hacer oración ó unirse al divino sacrificio; sentía adormecimiento pero no era mas que un lazo del tentador para turbarla. «Dormid, le habia dicho su prudente confesor, dormid sin resistencia cuantas veces sintiéreis sueño; dejad entonces vuestros ejercicios espirituales, y después continuadlos.» el sueño no volvió más, pues en treinta años no durmió el espacio de tres noches, y en el mismo tiempo comió lo que hubiera apenas bastado para alimentar á un hombre por tres dias.

Así debía prolongarse desde entonces esta vida extraordinaria—en el dolor, el insomnio y la abstinencia total de alimentos, notando que á esta abstinencia se juntaban los accidentes de que hemos hablado. Los vómitos y la pérdida de la sangre eran continuos; los gusanos se alimentaban siempre de esta carne que nada alimentaba, y la putrefacción no cesaba de hacer extragos. Esta putrefacción era muy rara, porque de todas esas llagas y corrupción no salia mal olor ninguno, como lo dicen los historiadores, sino un aroma muy agradable.

Mas detengámonos un instante, porque llegamos á unos hechos maravillosos de un orden superior, y fuera de las leyes ordinarias; vamos á hablar de unos hechos sobrenaturales que á veces encuentran la vacilación y la duda, la sonrisa y tal vez el desden burlador de la incredulidad. Cuando decimos; esa mujer que veis allí postrada en ese lecho no come, y sin embargo vive veinte años ha que se abstiene totalmente de alimentos, y no obstante cada dia experimenta enormes pérdidas de sangre y padece una horrorosa hidropesía, entonces no faltará quien exclame: «Cómo creer en tal abstinencia y en semejante vida? cuanto nos decis acerca de esto es absolutamente imposible,

y además, es ridículo y absurdo.» Muy bien, convenimos en que lo dicho sería imposible y absurdo, á no ser sobrenatural; no podemos menos de decir, y todos dirán con nosotros: «una de dos: ó esto es una impostura ó es un milagro; no hay término medio.» Mas para averiguarlo quedémosnos al pie de ese lecho, y la verdad va á aparecer ante unas sencillas reflexiones: Los hechos de que se trata son posibles? son reales? En primer lugar, esta abstinencia y esta vida, es decir, los hechos extraordinarios que nos ocupan, son posibles? ó en otros términos: ¿puede Dios hacerlos? Y bien se vé que sentar así la cuestión es ya resolverla, porque ¿quién se atrevería á poner en duda ó á poner límites al poder de Dios? ¿No es su Majestad quien hace salir de las profundidades de la nada y con una sola palabra, torrentes de vida? ¿No es él quien ha creado como en un juego la tierra y los cielos? ¿Y le sería más difícil el conservar una existencia sin alimentos, que el producirla en creándola, es decir haciéndolas de nada? ¿No sería Dios libre para suspender por un momento en los dias fijados en los eternos designios de su sabiduría, las leyes que ha establecido para la vida ó la muerte, y que habria podido á su voluntad reemplazar por otras extremamente opuestas?

El simple buen sentido así lo proclama; pues Dios muy bien puede hacer las cosas inauditas de que hablamos; porque es todopoderoso, y lo quiere algunas veces, porque es bueno, y porque su bondad, para más movernos, le solicita á manifestarse de tiempo en tiempo de un modo tanto más sorprendente cuanto más inusitado. Réstanos pues, solamente comprobar tales hechos.

También, en segundo lugar, esos hechos extraordi-

narios que hemos referido, y que ya reconocemos son posibles, son acaso ciertos? son auténticos? esta es la cuestión; y en seguida notemos, que una impostura nunca es gratuita, no se urde sino en vista de un interés cualquiera. ¿Más qué interés puede sospecharse en la afirmación de una abstinencia total? qué provecho sacar de ello? Ni gloria ni fortuna ciertamente. Extraño medio sería este para llegar á un fin mucho más extraño, sobre todo en una niña cándida é inocente! A esta niña y á sus padres los vemos vivir y morir en la miseria, siempre contentos con su suerte, sin pedir nunca nada, recibiendo poco y dando mucho. Esta pobre niña, busca tan poco la reputación ó el esplendor, que los aplausos le causan temor, y ocultando cuanto puede los prodigios con que Dios la honra, nunca parece tan dichosa como cuando le asaltan los desprecios; y en verdad sus deseos se cumplen, y encuentra más humillaciones que alabanzas, y más que gloria vituperios.

Por otra parte, no bastaba el pretestar la impostura, sino que era necesario sobre todo hacerla pasar, era preciso engañar el día de hoy, el de mañana, y todos los días, durante quince ó veinte años, y á toda clase de personas, lo que no era fácil, sobre todo en cosa tan visible como el comer y el beber. No vayamos á creer en efecto que entonces más que hoy estuviesen las gentes dispuestas á aceptarlo todo sobre la palabra, y sin examinarlo. Entonces como ahora, y como siempre, se observaba, se vigilaba y se reflexionaba; entonces se hizo tanto, y puede ser que aun más de lo que ahora haríamos para tener irrecusables garantías de seguridad y para obtener la mayor certidumbre posible. Sí; sin duda venían muchos á visitar á la admirable enferma con sentimientos de reli-

giosa veneración; más también llegarían no pocos con desconfianza. Si en su aposento se reunían cristianos piadosos, con almas santas y creyentes; pero también al rededor de su lecho no faltaban curiosos, sabios, incrédulos y aún ímpíos. Sería difícil imaginar con qué hábil malignidad la pobre joven era entonces espiada, interrogada y escudrinada en todos sentidos, lo cual le era un verdadero suplicio, añadido á todos los otros. Mas resignada en esto como en todo, la virgen dejaba hacer y respondía humildemente, juntando cuando era necesario á sus respuestas reflexiones como estas: "Vosotros os admiráis de que no comiendo pierda tanta sangre; más decidme, ya que sois sabios: ¿cómo es que la viña en la primavera sobreabunda de savia, cuando en los días del invierno parecía muerta y desecada? por lo demás añadía, el que creais ó no creais que yo viva sin comer, es cosa de muy poca importancia, con tal que creais que no hay nada en ello que supere al poder de Dios. ¿Qué interés puedo yo tener en afirmar que no cómo? el comer no es un pecado, ni el no comer es honor ó gloria. Yo no puedo negarlo, porque es muy cierto, que Dios me hace vivir sin comer; pero gustosa me abstendría de decirlo si no me lo preguntasen." Mas á pesar de estas respuestas, las preguntas, las investigaciones y las desconfianzas continuaban.

Venían sobre todo, muchos médicos atraídos por el deseo de ver y estudiar: veían en efecto y estudiaban, y después de un examen severo, desconfiado y minucioso tal cual hombres prevenidos podían hacerlo á nombre de la ciencia y del buen sentido. todos se iban siempre confesándose vencidos, y publicando que no podían dar á los hechos que su análisis había averiguado, más que una explicación sobrenatural.

Otros hicieron todavía más. En 1425, Felipe duque

de Borgoña había entrado á la Holanda á la cabeza de un poderoso ejército para sostener sus derechos á la posesión de este principado: al pasar por Squidam dejó en esta ciudad algunas tropas de guarnición: el comandante no tardó en oír hablar de Liduvina; era un oficial francés de alta distinción, hombre recto, enemigo jurado de todo engaño, y tan severo como valiente y cristiano. Los prodigios que le dijeron picaron vivamente su curiosidad; y la idea, sobre todo, de que esta virgen vivía sin comer llamó mucho su atención, y queriendo asegurarse del hecho, como militar acostumbrado á llegar al fin prontamente, desde luego formó su plan, escogió seis de sus mejores soldados, hombres de su confianza, dándoles una consigna detallada y enseñándoles la casa de Liduvina. Estos soldados se presentaron allí como para protegerla, porque la santa ya había sido ultrajada después de la guerra; mas en realidad su misión secreta y esencial era el observar y vigilar á la enferma sin dejar que nadie se le acercase, é impidiendo que llegase á ella ninguna clase de alimento, de día y de noche, viéndola sin cesar. El resultado desde luego sería inevitable: ó el milagro quedaría comprobado, ó la joven forzosamente tendría que confesar su engaño. Mas entonces, pobre de ella! pues un castigo terrible le estaba reservado!

Los soldados llegan pues á casa de Liduvina, comenzando por significar á sus parientes, que tenían que desocupar la casa inmediatamente y hasta nueva orden; después hacen por toda la habitación una pesquisa minuciosa, examinando los muebles, la vajilla, los rincones y escondrijos, sin que nada escapase á sus miradas; y hecho esto, todos seis vienen á instalarse en el aposento de la paciente, y vedlos allí haciendo centinela al rededor de aquel pobre lecho.

Una sola mujer estaba autorizada para penetrar algunas veces en la casa y aproximarse á la enferma con el fin de darle los mas indispensables cuidados: mas nunca sin ser previamente registrada con escrupulosa atención, ni sin ser seguida hasta el partir por todas las miradas y hasta en sus mas ligeros movimientos. Singular espectáculo! unos soldados armados haciendo guardia para vigilar á una pobre niña estendida en un lecho, y parálitica de todos sus miembros! Así transcurrieron nueve dias y otras tantas noches, hasta que al fin pidieron gracia los mismos soldados! la prueba había sido bastante larga, ya habían visto una santa, habían tocado como con el dedo un milagro de Dios! Y saludando á Liduvina como se saluda á los ángeles, la suplicaban que orase por ellos, como se les suplica á los escogidos del Cielo, y se fueron á contar por todas partes las maravillas de que habían sido testigos. El honor y el valor rendían así las armas ante la verdad y la virtud!

Tal información debía ser bastante, mas no lo fué; hacíase otra información activa y permanente, que es la peor de todas, la de la curiosidad del vecindario, que en la ciudad como en la aldea, una vez despertada, quiere ser totalmente satisfecha, y que para llegar á saber se levanta temprano y se acuesta bien tarde; que va y viene, y corretea, y espía, y mira, y escucha, y habla, y hace hablar, y afirma insidiosamente el mal como si estuviese de él convencida. "Oh! decían muchas veces las vecinas á la pobre crucificada: vos estais aparentando que vivis sin comer; pero nó, no nos engañais, que bien sabemos lo que haceis á escondidas; sois sólo una diestra engañadora y una linda hipócrita." Liduvina sólo respondía con su heroica dulzura, y esta información del vulgo duró por mucho

tiempo, concluyendo como la precedente, por el homenaje mas glorioso.

Todos, hasta el mismo Cura, tendieron lazos á la virgen, y hasta su confesor llegó á ocultarse furtivamente para juzgar á su penitente por sus propios ojos.

Finalmente, la ciudad entera se conmovió, y quiso cerciorarse de tan maravilloso estado, nombrando al efecto una comisión compuesta de los hombres mas honrados de Squidam. El examen fué severo, y el resultado, un brillante triunfo para la verdad. Esto se encuentra consignado en una acta oficial guardada en los archivos de la ciudad, y que aun subsiste, con fecha de 21 de Julio de 1420. La abstinencia total de alimentos, las enormes pérdidas de sangre, las enfermedades sobrenaturales, todo cuanto hemos dicho de Liduvina, se proclama altamente, y nada tan imponente como este testimonio firmado por todos los magistrados de un pueblo, y publicado por todas partes á vista de los contemporáneos que habían juzgado ó que podían todavía ver y juzgar.

Vamos á transcribir aquí en compendio esta pieza de tan grande autoridad. Dice así: Nosotros, magistrados, oficiales, Burgomaestres, Regidores y Consejeros de la Ciudad de Squidam, en el Ducado de Holanda, á todos los que las presentes vieren, salud y conocimiento de la verdad:

«Persuadidos de que siempre es un derecho y muchas veces un deber el manifestar, afirmar y certificar toda evidente verdad, sobre todo cuando es en ella en donde deben resplandecer la honra y gloria de Dios;

«Nosotros manifestamos y publicamos, afirmamos y certificamos las cosas maravillosas é inauditas que se han cumplido y se cumplen aun en nuestra sobre-dicha ciudad, en la persona de la virgen Liduvina, hija

de Pedro. Afirmamos pues, y certificamos por este escrito: 1º, que hace veinte años que la dicha Liduvina está recostada en su lecho padeciendo horribles tormentos; 2º, que durante los tres primeros años de su enfermedad no tomó por todo alimento mas que un poquito de manzana cocida, y muy pocas veces un bocado de pan mojado en leche; 3º, que durante los tres años siguientes, se ha limitado á una poca de agua tenida de vino con un poco de azúcar ó canela; 4º, que, al fin, después, y hace siete años no ha tomado ni toma absolutamente ningún alimento ni ninguna bebida; 5º, que en el tránsito de estos veinte y tres años, y solamente al principio ha dormido apenas el tiempo de dos noches; 6º, que han sacado de su cuerpo una parte de sus intestinos; 7º, que está llena de horribles llagas en las que se multiplican los gusanos sin que se exhale de ellas ningún olor desagradable; 8º, que en tiempo en que podía aun moverse, era necesario ligar los miembros de su cuerpo para impedir que se separasen; 9º, que hace siete años que está recostada sobre la espalda, inmóvil como un cadáver; 10º, que pierde frecuentemente gran cantidad de sangre por la nariz, la boca, oídos y ojos, lo cual que es inexplicable, pues que no toma ningún alimento; 11º, que de tres en tres días la ataca una fiebre atroz que comienza con un calor intolerable, y termina con frio glacial, y que siempre al terminar, deja á la paciente por diez ó doce horas casi sin vida; 12º, que su vientre está de tal modo desbaratado por la putrefacción que es preciso hacer uso de una almohada para retenerle las entrañas, etc., etc.

«En testimonio de lo cual nosotros los Magistrados de Squidam, bien informados y testigos oculares, hemos escrito las presentes.

"Hecho, firmado y sellado con nuestro sello en Squidam á los 21 de Julio, del año del Señor 1420."
—Siguen las firmas.

Dejemos pasar tranquilamente los malos juicios de los hombres; que un dia ú otro se levantará la verdad como el sol del Señor!

CAPITULO VII.

NUEVAS PRUEBAS.

Sensible muerte de la madre de Liduvina.—La virgen aumenta su fervor.—El cilicio, un lecho de paja, un invierno terrible.—Al anciano Pedro hiélasele un pie.—El conde de Holanda le señala una pensión de doce escudos.—El lecho de paja se quema.

EN medio de tantos sufrimientos de todas clases, á lo menos Liduvina contaba con su madre; Petronila estaba cerca de ella á su cabecera, prodigándole los cuidados mas afectuosos, de dia y de noche. Y es cosa bien sabida que no hay otra mano tan lijera y tan suave para curar las llagas y para embalsamar los dolores, como la mano de una madre!

Mas Petronila había llegado ya á una edad avanzada, y sus fuerzas disminuian de dia en dia. Llegó la hora en que ya no pudo sobreponerse, y fué necesario ceder y caer postrada en el lecho, cerca de Liduvina. El momento supremo había llegado para la buena mujer!

Ya hemos dicho en otra parte, que Petronila era una digna y piadosa matrona, cuya vida entera había sido una vida de fé seria y activa, y por consiguiente de honor cristiano y de santa resignación. Mas al frente de la muerte y al dintel de la eternidad, cuando el alma comienza á entrever al soberano Juez, ¿quién se siente bastante fuerte, bastante puro para resistir sus miradas sin sentir el no haber vivido mejor? Petronila estaba llena de temores, pues la humilde mujer se reprochaba las vanidades de su juventud y algunas otras faltas; acusábase sobre todo de haber perdido ó empleado mal el tiempo tan precioso; y un dia que estos recuerdos afligian mas vivamente su alma, no pudo dejar de ponerse á llorar. "Oh! decía sollozando: yo voy á morir, y Dios me es testigo de que no tengo ningún apego á esta vida; pero el morir con tantas faltas y sin ningún mérito que presentar á mi Juez, esto es en verdad lo que me espanta." Después, haciendo un esfuerzo para levantarse en su lecho, y volviéndose hácia su hija: "oh mi amada Liduvina, le decía la pobre mujer con voz desgarradora, oh hija mia, oh tú á quien he dado la vida y alimentado con tanto amor en mi regazo, ¿no intercederás tú por mí? oh sí! prométeme que intercederás en mi favor, y entonces moriré llena de alegría!"

Liduvina lloraba al oír hablar así á su madre, su corazón estaba lleno de compasión, y los sollozos le impedían responder; mas no obstante, logrando dominarse, exclamó: "sí, madre mia, sí, yo os lo juro, que haré con gusto todo lo que me pidieréis; mas os suplico que no os alarméis tanto: acordaos que Jesucristo es ménos nuestro juez que nuestro dulce y misericordioso Salvador, á quien la confianza honra y ante el cual una lágrima de arrepentimiento todo lo borra!"

Por lo demás, oh mi tierna madre! para suplir al bien que creis no haber hecho, si quereis las pobres obras que ayudada de la gracia he hecho yo: mis sufrimientos, mis ayunos, mis insomnios, mis oraciones y todos mis méritos por pequeños que sean, con toda mi alma y en cuanto puedo, os lo cedo, con la condición de que os arrojareis con gran confianza en los brazos del Señor que puede y quiere salvaros." A estas palabras la dichosa madre levantó las manos al cielo, viósele orar con gran fervor dando gracias á Dios de la rica herencia en cuya posesión entraba, y diciéndole como el anciano Simeón: "Ahora, Señor, podeis llamarme á vos, porque ya puedo morir en paz." Y sonriendo de esperanza entregó su alma á Dios. Petronila murió al lado y bajo las miradas de su hija, de aquella pobre mártir condenada á todo género de suplicios, y que no pudo ni aun depositar en los labios de su madre el último beso!

Esta muerte vino á formar época en la vida espiritual de Liduvina, la cual, como si hubiese perdido todos sus méritos por la aplicación que de ellos habia hecho á su madre, se puso á comenzar de nuevo. Hasta allí, según le parecía, no habia sido ni muy pobre ni bastante crucificada; y en consecuencia, hizo vender una ó dos alhajas y algunos muebles que su madre le habia dejado, haciendo con su precio dos partes: con la una compró un cinto grueso de crines, esto es un horroroso cilicio que se ciñó en los riñones, cuyas carnes podridas caían á pedazos, y aunque de la otra, hubieran querido que dejase una pequeña reserva para sus propias necesidades, no fué esta su voluntad, sino que la dió toda á los pobres! Le quedaba por toda comodidad el lecho en que estaba recostada, y aun le pareció, según se explicaba, un lecho sumamente

delicado. "¡Qué, decía, yo estar en un lecho de plumas, mientras Nuestro Señor en Belen dormía en un poco de heno y su augusta Madre en la tierra desnuda? esto es intolerable! Por favor, pues, quitadme de este lecho, yo no quiero de hoy en adelante descansar mas que en sola paja." Fué preciso obedecerla, mas ese cambio no pudo hacerse sin una cruel operación, pues como los lienzos medio podridos se habían pegado á las llagas, fué preciso para desprenderlos arrancar las carnes vivas, y á este precio pudo mudarse al duro y grosero lecho de paja en el que debía pasar el resto de su vida, sin bajar jamás de él un sólo instante, condenada á una perpetua inmovilidad y á un insomnio sin tregua!

Llegó entre tanto el invierno, y parece que Dios se complacía en dar gusto á Liduvina á la que tanto amaba, con nuevos sufrimientos: porque el invierno en este año fué excesivamente largo y riguroso, y nadie se acordaba haber visto otro semejante. He allí pues, á nuestra virgen, atravesando esa terrible estación en un aposento bajo y húmedo, casi semejante al establo de Belen, acostada como el Niño Jesús en un poco de paja, con una pobreza casi próxima á la desnudez, con un frio fenomenal, y privada de fuego, cuando la hidropesía y tantas llagas causaban en todos sus miembros una sensibilidad inaudita! Sin duda en otros tiempos no la hubieran dejado permanecer en estado tan horroroso; pero Dios tenía en ello sus designios. Los visitantes en esa época eran raros, y la caridad se habia resfriado singularmente; Dios quería que la santa se viese abandonada y desprovista de todo recurso, y así el frio ejercía en ella todos sus rigores, y las lágrimas se congelaban en sus ojos á tal grado, que era necesario acercar fuego para despegar sus párp-

dos, y mas de una vez la encontraron helada y rígida como si fuese un tronco; estado horroroso, peor que la muerte, estado imposible, si el Salvador que quería tener una esposa glorificada por todos los dolores, no la hubiese milagrosamente conservado en él! Mas en este mismo invierno debía su Majestad someterla á una prueba muy cruel. Su padre ejercía el oficio de guarda nocturno en Squidam, y gracias á este empleo, por anciano que fuese, no carecía de lo necesario: pero una noche de este invierno terrible el frio fué tan extraordinario, que á la mañana siguiente algunas personas conducían al anciano á su casa. . . . con un pie enteramente helado!

Liduvina se affigió tanto por los sufrimientos de su padre, como por la pérdida de su empleo y la indigencia absoluta que le amenazaba. Por fortuna en esos mismos dias el Conde Guillermo de Holanda tuvo que venir á Squidam, y sabiendo la desgracia y la angustia de Pedro, quiso verle: "Buen anciano, le dijo, ya sé vuestro infortunio, y haceis mal en no decírmelo... por lo menos en consideración á vuestra santa hija, me permitireis haceros algún bien. Decidme ¿qué cantidad necesitaríais para una pensión que os ponga al abrigo de la indigencia?—Oh generoso Príncipe, respondió el anciano, yo siempre he sido pobre, y no deseo saber lo que es la abundancia. . . . creo que con doce escudos me sería bastante. / Pues bien! dijo el Conde, lleno de admiración al ver la noble simplicidad de ese desinterés; que sea: doce escudos os serán entregados en este instante, y cada año se os dará regularmente igual cantidad; mas me parece esto muy poco para vivir, y como no quiero que esteis en la miseria, si es necesario, doblaré esa suma, para lo cual sólo tendreis que decir una palabra.

Asegurado de su porvenir, Pedro se hizo mas fervoroso: la oración, en la cual nunca olvidaba á su bienhechor! y los ejercicios piadosos formaban toda su ocupación y su alegría.

A pesar de estar tan débil, y además, casi ciego, se le veía cada mañana ir vacilante y apoyado en su bastón, á oír la Misa á la iglesia parroquial, y casi siempre el venerable anciano hallaba algo que dar á los pobres de las economías que su caridad sabía hacer de su modesta pensión!

En esta misma época tuvo lugar un acontecimiento que pudo poner fin á la vida de Liduvina de un modo espantoso. Una tarde, uno de sus hermanos, que estaba solo en la casa, encendió una vela para vacar á sus ocupaciones; mas después teniendo que salir, puso la vela á distancia en un mueble, detrás de la cabeza de su hermana, para que la luz no la incomodase. ¿Qué accidente había tenido lugar después de su partida? Dios sólo lo sabe; lo cierto es que la vela cayó contra el lecho de paja y prendió luego el fuego; Liduvina ocupada en meditar no percibió nada de lo que pasaba, muy pronto el fuego siguió avanzando; la llama chisporrotea, . . . y repentinamente se encuentra en medio de un incendio. . . . Qué podía hacer entonces? en vano llama. . . . su voz se pierde en la horrorosa soledad! La santa no puede huir, pues se halla inmóvil como un cadáver! no tiene mas que un miembro un poco libre, que es el brazo izquierdo. . . . más qué podrá hacer con sólo él? Sin embargo extiende la mano; toma con ella, y aprieta la paja encendida. . . . Dios estaba con ella y apaga todo el fuego! . . . Poco después volvieron sus parientes; y cuál fué su espanto al encontrar la mitad del lecho reducido á cenizas! Ellos, y los vecinos, y los amigos, todos reco-

nocieron la obra de Dios, pues el brazo de la virgen no tenía ni una ligera quemadura!

El alma cristiana es como el oro, que cuanto más lo prueba el fuego de las tribulaciones, tanto más resplandece su brillo.

CAPITULO VIII.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS LOS ÁNGELES.

Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también querría ver á vuestro ángel!

Así se iban pasando los años sin traer otro cambio en la triste situación de Liduvina que un lamentable aumento de males. Mas es justo, y ya es tiempo de decirlo: el Señor que hacía llover el maná á los pasos de su pueblo en el desierto, el Dios siempre fiel, la sostenía en el rudo camino por donde la había conducido, comunicándole con amorosa liberalidad el pan de las celestiales consolaciones.

En efecto, el alma de Liduvina sobreabundaba habitualmente en inefables alegrías. «Es cierto (decía algunas veces cuando la preguntaban) si; yo lo confieso, de la mesa de mi Señor caen migajas que yo no merezco, delicias que embriagan de dicha á la pobre Cananea, y sin las cuales no podría dejar de morir! Ah! en viendo mis llagas me juzgais muy desgraciada! mas

es porque sólo veis la cruz que llevo; que si percibiérais la mano divina que me aligera la carga, si pudiéseis ver la unción interior que me consuela, ciertamente que me tendríais envidia. . . . nó, nó; yo no cambiaría mis dolores y mis llagas por todos vuestros placeres y alegrías!» Y era muy cierto cuanto decía la dichosa crucificada; por eso su tristeza era grande cuando le faltaban esas consolaciones. Entonces veíasela deshacerse en lágrimas: «Dios mio! exclamaba, doblad mis padecimientos tanto cuanto os agradare, multiplicad mis tormentos, pero no os alejéis vos! no me ocultéis vuestro rostro adorable!» Y de hecho, para acrecentar sus méritos con su amor, el Señor de tiempo en tiempo parecía abandonarla; Jesucristo no hablaba mas á su corazón; y á las divinas caricias, sucedían las frialdades de la mas horrible ausencia. El buen Maestro hacía como la madre que se oculta un instante para conocer el amor que le tiene su tierno niño.

Aun cuando la santa era probada de esta suerte, no le quitaba Dios todos los consuelos, pues encontraba en su piedad mil recursos, con los cuales, le venían aun dulces goces del cielo. Contaba sobre todo con un admirable recurso del que no podemos dejar de hablar, y al que acudía siempre sin que jamás le faltase; este era su devoción al Ángel custodio, á quien honraba con tal fervor, que Dios se complacía en recompensarlo por las mas admirables comunicaciones. Cuando llegaban, pues, sus amorosas tristezas, se dirigía á su buen ángel, llamándole con la sencillez de una niña, y oh tierna maravilla! el ángel acudía luego y se le mostraba visiblemente; entonces la santa le daba los nombres mas dulces, le hablaba como se le habla á un amigo en cuyo corazón se descansa; le contaba sus tristezas, sus esperanzas, sus deseos y su amor para

nocieron la obra de Dios, pues el brazo de la virgen no tenía ni una ligera quemadura!

El alma cristiana es como el oro, que cuanto más lo prueba el fuego de las tribulaciones, tanto más resplandece su brillo.

CAPITULO VIII.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS LOS ANGELES.

Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también quería ver á nuestro ángel!

Así se iban pasando los años sin traer otro cambio en la triste situación de Liduvina que un lamentable aumento de males. Mas es justo, y ya es tiempo de decirlo: el Señor que hacía llover el maná á los pasos de su pueblo en el desierto, el Dios siempre fiel, la sostenía en el rudo camino por donde la había conducido, comunicándole con amorosa liberalidad el pan de las celestiales consolaciones.

En efecto, el alma de Liduvina sobreabundaba habitualmente en inefables alegrías. «Es cierto (decía algunas veces cuando la preguntaban) si; yo lo confieso, de la mesa de mi Señor caen migajas que yo no merezco, delicias que embriagan de dicha á la pobre Cananea, y sin las cuales no podría dejar de morir! Ah! en viendo mis llagas me juzgais muy desgraciada! mas

es porque sólo veis la cruz que llevo; que si percibiérais la mano divina que me aligera la carga, si pudiéseis ver la unción interior que me consuela, ciertamente que me tendríais envidia. . . . nó, nó; yo no cambiaría mis dolores y mis llagas por todos vuestros placeres y alegrías!» Y era muy cierto cuanto decía la dichosa crucificada; por eso su tristeza era grande cuando le faltaban esas consolaciones. Entonces veíasela deshacerse en lágrimas: «Dios mio! exclamaba, doblad mis padecimientos tanto cuanto os agradare, multiplicad mis tormentos, pero no os alejéis vos! no me ocultéis vuestro rostro adorable!» Y de hecho, para acrecentar sus méritos con su amor, el Señor de tiempo en tiempo parecía abandonarla; Jesucristo no hablaba mas á su corazón; y á las divinas caricias, sucedían las frialdades de la mas horrible ausencia. El buen Maestro hacía como la madre que se oculta un instante para conocer el amor que le tiene su tierno niño.

Aun cuando la santa era probada de esta suerte, no le quitaba Dios todos los consuelos, pues encontraba en su piedad mil recursos, con los cuales, le venían aun dulces goces del cielo. Contaba sobre todo con un admirable recurso del que no podemos dejar de hablar, y al que acudía siempre sin que jamás le faltase; este era su devoción al Angel custodio, á quien honraba con tal fervor, que Dios se complacía en recompensarlo por las mas admirables comunicaciones. Cuando llegaban, pues, sus amorosas tristezas, se dirigía á su buen ángel, llamándole con la sencillez de una niña, y oh tierna maravilla! el ángel acudía luego y se le mostraba visiblemente; entonces la santa le daba los nombres mas dulces, le hablaba como se le habla á un amigo en cuyo corazón se descansa; le contaba sus tristezas, sus esperanzas, sus deseos y su amor para

con Jesús mas y mas ardiente cada dia, y le hablaba de esta manera: "Habladme, ángel mio, habladme, pues, oh hermano mio! dadme nuevas de mi Bien Amado! Qué hace él en esta hora? ¿os habla de mí, y y creéis vos que me ama todavía? no os ha dicho si me llamará muy pronto á su real morada? Oh! si fuese á prolongar largo tiempo todavía mi doloroso destierro, qué sería de mí? Vos veis que él me ha herido con un dardo de su dulce amor, y que el fuego de su divina caridad me consume á tal grado que me siento morir! ¿Por qué no tiene su Majestad compasión de mí? ¿Por ventura le abandonaría yo así si me fuera fácil atraerle á mi alma como á él le es fácil atraerme á su corazón? ¿Acaso habrá para mí descanso y alegría ni un sólo instante, hasta que mi alma devorada de la sed de poseerle sea saciada sin medida, ó mas bien se vea enteramente sumergida en la inmensidad de su amor?"

"Oh ángel, hermano mio! oh mi guía fiel! vos que podeis á toda hora ver á mi adorable Esposo y hablarle, partid pues! Vos á quien la carne no aprisiona! libre y dichoso atravesad como un dardo la inmensidad del espacio! Sí; id pronto! con el vuelo mas rápido de vuestras alas volved á mi Jesús y saludadle por mí! decidle mis penas y mis deseos: decidle que el corazón de su esposa es un jardín para siempre cerrado á otro amor que no sea el suyo. Y muy pronto, oh mi buen ángel! traedme su respuesta; necesito que me conteste aunque sea una sola palabra! Y pues que vais á ver la hermosa mansión en la que reinan los escogidos, saludad por mí á María, la inmaculada Madre del Amado de mi alma, á los ángeles vuestros hermanos, á los patriarcas, apóstoles y mártires, y sobre todo á las vírgenes mis hermanas, rogándoles á todos

que intercedan por mí para que vaya muy pronto á gozar de su misma felicidad!"

Así se exhalaba la santa tristeza de la virgen, que después se recogía en el silencio de su alma, segura de que su mensaje sería recibido, esperaba el retorno de su ángel, atenta para oír la respuesta que iba á traerle, y su esperanza no quedaba frustrada, pues pronto el celestial mensajero volvía á darle cuenta de su comisión; y le decía:

"Regocíjate, bienaventurada esposa del Señor tu Maestro! Su Majestad ha recibido tus saluciones, tu amor ha conmovido su corazón, y quiere que te asegure de su divina ternura. Mas oh amada hermanita, tus desfallecimientos lo contristan. Nó, nó; me ha dicho: yo no quiero que mi muy amada esté desolada, pues ya me volverá á ver; volveré á consolarla, y su corazón descansará aun sobre el mio. Que tenga, pues, valor! los dias de la prueba terminarán; y cuanto mas amor habrá mostrado, mas gloria conquistará, porque habrá pasado por donde yo he pasado, puesto que he sido yo también abandonado y he padecido horribles tormentos." Por lo demás, oh hermana mia, yo sé que tu destierro no será muy largo, pues el Esposo vá á venir muy pronto á tomarte en sus brazos y á llevarte á su real morada para colocarte en su trono! Oh la mas dichosa de las esposas, tén una poca de paciencia, y he aquí que vendrá el que tú amas! ya se está preparando: ya la augusta Reina y su cándida comitiva de vírgenes puras, los ángeles y los patriarcas, los profetas y los apóstoles, los pontífices y los mártires, toda la asamblea de los cielos se levanta y avanza! Los perfumes se queman, los senderos del jardín eterno se embalsaman con su aroma; y he aquí el palacio de los gozos sin fin, que se entrea bre para recibirte. . . . es

tu Esposo el que llega.... Oh! ven! te dirá el Rey de los reyes; ven. oh esposa mia, oh hija del Líbano, oh mi bien amada! ven para coronarte!" Y los ángeles entonces entonarán sus mas hermosos cánticos, y los santos estarán llenos de alegría, y todos los reyes del cielo, todos los hijos de Dios tendrán á honor el servirte, y te dirán: "Ahora sí, hermana nuestra, come y bebe en este festín de tus bodas divinas! embriágate con el torrente de las eternas delicias! oh amadísima esposa del Señor nuestro Dios!"

Tales eran las conversaciones que tenía Liduvina con su ángel, de las cuales salía siempre mas fuerte, mas resuelta á sufrir con paciencia, mas abrasada de amor y mas dispuesta á sufrir nuevos tormentos! Señor, decía entonces la virgen, mi corazón está preparado! Golpead, herid como os agrade, que en medio de los tormentos yo cantaré un himno á gloria vuestra, pues que yo veo cerca el día de mi salud!"

Y no solamente Liduvina conversaba así con su buen ángel, mas por una gracia especial de la bondad de Dios, le veía y le oía exteriormente como se ve y se oye á una criatura humana, y aun algunas veces recibía de él los servicios de que tenía necesidad. Otros ángeles también venían á visitarla, y cosa maravillosa! á todos los conocía, daba á cada uno de ellos el nombre que le pertenecía, y sabía hasta el nombre de las almas cuya guarda les estaba confiada. Esos ángeles se le aparecían bajo la forma de jóvenes de deslumbrante hermosura, portando en la frente una cruz luminosa, cuyo sólo reflejo arrojaba tal claridad, que daba á su figura un esplendor que eclipsaba la magnificencia misma del astro de los cielos. Esta cruz, decía Liduvina, era la que los distinguía de los demonios, porque los espíritus de tinieblas, aun cuando se

transformen en ángeles de luz, no se atreven, ó más bien no pueden jamás llevar consigo el signo adorable de nuestra salvación."

Esas deliciosas conversaciones y la dulce visión de los ángeles le eran habituales, aunque se veía privada de ellas algunas veces, por ejemplo, cuando había tenido visitas muy numerosas ó prolongadas; ¡tan difícil es aun al alma más pura no tomar un poco de polvo mundano al contacto del mundo! Liduvina á los principios no se daba cuenta de las imperfecciones que podían escapársele entonces; mas sus ángeles fieles no habían tardado en instruirle y en hacerle conocer su miseria. Por ligeras que fuesen esas imperfecciones bastaban para poner un velo entre ella y los espíritus puros, á quienes no oía más, ni podía ver! Entonces, según el consejo que le habían dado, pronto purificaba su alma de las menores manchas con una humilde confesión, é inmediatamente venía una multitud de ángeles que continuaban esas dulces conversaciones!

Nada hay tan tierno, como el ministerio de bondad y de solicitud que esos bienaventurados espíritus llevaban hasta en los más pequeños detalles para con su hermana predilecta. Por ejemplo, todos los años en el día de Ceniza, Liduvina gustaba recibir en su frente aquel polvo que para nuestra enseñanza nos recuerda la muerte! Mas algunas veces el sacerdote á quien llamaba, tardaba en venir, y entonces el buen ángel le daba este piadoso consuelo. Una vez, en tal día, vino su confesor sin ser llamado, á preguntarle si quería la ceniza.—Padre mio, contestó Liduvina, ya la he recibido.—Pues quién os la ha traído?—Mi buen ángel, Padre mio, gracias á la divina bondad.—Cómo! vuestro buen ángel os ha puesto la ceniza?—Padre mio,

tocad mi frente y ved si os digo verdad.» En efecto, el sacerdote le encontró la ceniza, y sorprendido aunque no satisfecho, en el acto hizo en toda la casa una severa información, mas después volvió pidiendo como una gracia y obteniendo como un favor un poco de esas cenizas veneradas, que piadosamente puso en su frente.

He aquí otra maravilla, y un testimonio de esta solícitud del buen ángel de Liduvina. El año de 1428 los pescadores de Squidam debiendo echarse en el mar para la pesca del arenque, habían hecho según su costumbre un gran festín la víspera de su embarque. La fiesta había sido completa y los adioses se habían celebrado alegremente. Mas en la noche olvidáronse de apagar, ó más bien cubrieron mal el fuego cuyas chispas se escaparon. . . . A las once de la noche el fuego estalló, y muy pronto se levantó un incendio horroroso! La mañana siguiente, casi toda la ciudad estaba incendiada; la iglesia, el convento y calles enteras no eran más que un montón de cenizas ó de ruinas, y el incendio como un torrente avanzaba sin cesar! el espanto había llegado á su colmo. Sacaban de las casas á los niños, ancianos y enfermos, y corrieron á la casa de Liduvina, la cual según veremos en otra parte, había predicho este incendio como un castigo de Dios, y sabía que las llamas no llegarían hasta su casa, por lo cual no quiso salir de ella. Entonces, contra su voluntad, quitaron el cielo y la madera. . . . menos su lecho, y algunas tablas que forzosamente dejaron sobre su cabeza como defensa contra los rayos del sol que con sus ardores la hacían verter sangre de los ojos. Después quitando todo lo que podía servir de alimento al fuego, cerraron herméticamente sus cortinas, y se fueron corriendo al foco del

incendio, quedando la pobre enferma abandonada y absolutamente sola.

Día fué éste para Liduvina, horroroso, pues era el mes de Julio; al calor tan horrible se juntaba una fiebre de las más violentas. Llegó la noche, y nadie pareció, pues hermanos, parientes y amigos, todos trabajaban siempre en el teatro de la espantosa catástrofe. Entre tanto, la desgraciada enferma se hallaba sola; su lecho cerrado con mucho cuidado, parecía un horno en el cual se sofocaba. Para darse un poco de aire ménos caliente, quiso abrir las cortinas con su mano izquierda, única que podía mover, y buscando el ligero bastón ó caña que tenía siempre cerca y sin el cual le era imposible abrir las cortinas, nada encontró y en vano le buscaba, pues había desaparecido. «Ah, dijo, sin duda esos hombres que han venido y todo lo han trastornado en mi aposento, lo han llevado lejos.» Y lloró de aflicción en la impotencia en que estaba de hacer el menor movimiento que le permitiése tocar las cortinas; le era preciso permanecer toda la noche inmóvil, abandonada en aquel lecho cerrado como un sepulcro!

En medio de ésta angustia se le mostró su ángel que le dijo: «Hermana mía, consolaos,» y desapareció; más en el mismo instante la virgen sintió sobre sí un objeto puesto transversalmente, y admirada lleva á él la mano; más oh sorpresa! era un bastón lo que había tocado! Es cierto que ese madero pesado é informe era muy diferente de la ligera caña que tan fácilmente manejaba! Mas en fin que importaba? con más dificultad puede servirse de él; abre con él sus cortinas, y pasa ménos mal ésta triste noche dando gracias á su buen ángel que sin duda había tenido especiales designios al traerle un bastón tan pesado.

El día siguiente vino á verla su confesor y Liduvina le rogó que le hiciese adelgazar ese madero, sin decirle de donde venía, de modo que quedase manejable y ligero, á lo cual el oficioso confesor se comprometió voluntariamente. Mas un hecho extraño pasó, y el confesor, los obreros y los asistentes, todos observaron dos cosas inexplicables; la 1.^a, que ese bastón era de una madera absolutamente desconocida en el país; la 2.^a, que á medida que lo adelgazaban se exhalaba de él un olor delicioso. . . . al grado que entre el sacerdote y los diversos obreros que fueron llamados, se excitó una piadosa disputa con motivo á las reliquias perfumadas de ese madero misterioso queriendo cada uno de ellos apropiarse la mayor parte. (*)

Y cosa aun más admirable! ese nuevo bastón hecho

(*) En la vida de Sor Ana Catarina Emmerich, escrita en alemán por el P. Schmaeger, redentorista, y traducida al francés por el canónigo Cazalés, hay un trozo que explica más el origen de ese bastón maravilloso que recibió Liduvina, y nos ha parecido conveniente trasladarlo aquí. Se expresa, pues, de esta suerte:

«Guardaba consigo Liduvina, una caña seca de cáñamo, ligera y fuerte á la vez, para manejarla con la mano izquierda, y poder recorrer las cortinas de su lecho, dando entrada al aire fresco que refrigerara el ardor de la fiebre que la consumía. Esa caña se perdió con ocasión de un incendio que hubo en Squidam; y de aquí es que en la noche del 22 al 23 de Julio del año de 1428, no podía de ningún modo procurarse el alivio del aire, ni había persona alguna que recorriese las cortinas. Entonces su ángel le prometió su asistencia, y bien pronto sintió que le pusieron suavemente, al través de sus coberturas, un bastón de madera del largo de una vara. Al probar de cogerlo, no tuvo en la mano fuerza bastante para levantarlo, lo que le hizo decir: «heme aduí bien provista de bastón.» Al otro día por la

ligero y entregado á Liduvina para su uso, hallóse dotado de una virtud digna de su origen, pues bastaba aproximarle á los energúmenos para hacer huir al ángel del mal que los poseía. De modo que todos querían ver y oler ese madero maravilloso. . . . Mas sucedió que un día, habiéndolo tomado un libertino con sus manos impuras, en el acto perdió su virtud y su misterioso perfume!

Concluyamos con el último rasgo. Todas esas maravillas habían encendido en el corazón de una piadosa viuda, un ardiente deseo: «Oh! decía á nuestra santa, yo quisiera ver á vuestro ángel, á ese ángel tan bueno que vos veis con vuestros ojos; sí, Liduvina, pedid á Dios que me permita también á mí el contemplarle!» y con tanta instancia solicitó y suplicó, que

mañana, rogó á su confesor que le mandáse adelgazar aquel madero; mas apenas se pudo con fierros afilados arrancarle algunos fragmentos que derramaban un olor delicioso; de suerte que ya no quiso el confesor que siguieran raspando aquel maravilloso madero. Devolviólo en seguida á Liduvina, que sólo supo decir haberlo recibido de su ángel. El día 8 de Agosto, fiesta de San Ciriaco, la piadosa virgen fué arrebatada otra vez por el ángel al paraíso terrenal; llevóla cerca de un cedro que se elevaba á la entrada del jardín, y le enseñó el brazo de que había cortado para ella aquella rama, reprochándole el que no hubiése apreciado bastante tan precioso obsequio que tenía la virtud de arrojar al demonio de los posesos. Largo tiempo hizo uso Liduvina de ese ramo ó vara que al fin perdió su aroma al contacto de una mano impura. En otra visita al paraíso hecha el 6 de Diciembre del mismo año, una palma cargada de dátiles la proveyó del alimento que debía fortalecerla, y aquellos magníficos frutos le parecían tener las semillas brillantes en el interior como consta, etc. »

la santa se conmovió. "Pues bien! sí, le respondió un día, sí, mi querida Catarina, ya lo he pedido á Dios y quiere escucharos. Cerrad la puerta, añadió, recogeos y preparad bien vuestra alma. . . . ve aquí que el ángel de Dios va á venir." Y entonces apareció el ángel; era un niño el más hermoso que hubiera visto jamás criatura humana: sus blancos vestidos eclipsaban la claridad de la nieve, y relucía en su frente como el brillo de un astro. . . . La pobre mujer, inmóvil, sin decir palabra, mas como embriagada, creíase ya en el cielo! Además, sin ver á ninguna persona veía una multitud de manos extendidas hacia la santa, como pidiendo una limosna. "Hermano mio, ángel, dijo en ese momento Liduvina, honrad á mi hermana con una de vuestras miradas, dejándole ver el celestial esplendor de vuestros ojos." Inmediatamente el ángel vió á la piadosa viuda, mas con una mirada tan inefable y tan dulce, con una mirada con la cual sintió tan ardiente impresión de dicha, que durante algún tiempo desdeñando todo alimento no podía hacer más que llorar. . . . y hubiera querido morir!

"Yo no conozco, decía muchas veces Liduvina, ninguna amargura ó angustia de corazón, que una sola mirada de mi ángel no disipe fácilmente, como los rayos del sol disipan el rocío de la mañana." Oh! cuál será pues nuestra dicha en la patria, en el seno de Aquel que sólo es la vida y la hermosura, si la vista del menor de sus siervos basta para embriagar aquí y cambiar en alegría nuestros dolores!

Entre los ángeles y los hombres hay un parentesco y un lazo que los une, y es la virginidad. Siempre y realmente, una alma pura viene á ser hermana de los ángeles.

CAPITULO IX.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Pobreza de Liduvina.—Rico es el que se contenta con lo que tiene.—Oferta que hace un gran Señor á la virgen.—Su penitencia, su humildad y dulzura.—Hermosa explicación que dá de la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación del divino Verbo.—Una mujer de mala vida la escupe.—Cómo soporta los defectos de los otros.—El Duque Juan de Baviera.—Obediencia.—Pureza.

Dios nada nos envía, dolores ó consuelos, sin que sean de su parte una gracia amorosa. Y no siendo toda gracia en sus misericordiosos designios mas que un socorro puesto á nuestra disposición para hacernos llegar á la santificación, y por ella á la salvación, es evidente que las cruces así como los beneficios, deben hacernos mejores, tendiendo á una vida más y más fecunda en obras de santidad.

Así lo comprendía Liduvina, y su corazón regado con las aguas de la tribulación y vivificado por algunos rayos de alegría que el cielo le enviaba, se embellecía de día en día semejante á un fértil jardín en el cual las más suaves virtudes se abrían como otras tantas flores hermosas y admirables. Contemplemos estas flores celestiales, estas espléndidas virtudes de Liduvina, para embalsamar nuestra alma con su benéfico perfume.

Ya conocemos su pobreza, la cual era en ella una virtud real y elevada, no como esa pobreza forzada,

impaciente, devorada de pesares y codicias, insuñisa, que siempre murmura y se queja. Era una pobreza aceptada voluntariamente, llevada con gozo, bendita, amada, que formaba su dicha, y de la cual no quería prescindir. A veces su penuria era extremada, y cuando le decían, ¿os falta alguna cosa? "gracias á Dios, respondía, á mí nada me falta."—Cómo! le dijeron un día con envidia unas mujeres que le oían dar esta respuesta: ¿por ventura no sabemos bien que careceis de todo? lo que decís es una mentira culpable!—"perdón, hermanas mías, respondió la humilde sierva de Jesús, mas yo creo decir con eso la verdad, porque el ser rico es saber contentarse uno con lo que tiene. Es cierto que yo no tengo plata ni oro, ni las delicias de los que el mundo llama dichosos; mas á lo ménos tengo como ellos ó tanto más que ellos la abundancia de las miserias de la vida. . . . y ésta es una abundancia, y una riqueza como cualquiera otra, la cual me basta, y por lo que doy gracias á Dios de todo mi corazón." Habiendo venido á visitarla un opulento señor de Flandes, y ofreciéndole hacer construir para ella una hermosa casa en lugar del triste aposento en que sentía verla tan mal alojada, la santa respondió: "nó, hermano mio, os lo agradezco, Señor, mas no acepto vuestra oferta, pues quiero morir en este aposento, y no tendré otra habitación mientras viva. Oh! añadió, si alguno después de mi muerte quisiere transformar esta casa en un hospital para los pobres, con toda mi alma bendigo tal obra, y pido á Dios que la recompense liberalmente." Este buen deseo vino á ser como una profecía, que después de la muerte de la virgen, realizaba un médico tan piadoso como ilustre, Guillermo, hijo del célebre Sonder-Dank, del que hemos antes hablado.

Mas pasemos, de la santa pobreza de Liduvina á los rigores de su penitencia. Aquí no tenemos mas que recoger en un solo cuadro cuanto hasta aquí habemos dicho. Qué penitencia! qué vida de nuestra santa! Esta casa baja, húmeda y fría, ese miserable retrete en donde el sol puede apenas hacer penetrar sus rayos consoladores: ese cuartito mas semejante á un sepulcro que á un aposento habitado por los vivos; esos harapos llenos de sangre, y ese cuerpo débil recostado en la paja, devorado por un continuo martirio y cayendo á pedazos; ese cinto de crines añadiendo sus llagas y tormentos á tantos otros tormentos, toda la pobre criatura, quebrantada, deforme, crucificada, sin tener otro alivio que sus torturas, ni otra recreación que sus lágrimas, ni otro festín que sus dolores, ni mas convidados que los gusanos: en una palabra, esta agonía sobrehumana que dura más de diez años, y después sigue otros veinte, y que nunca de ello se queja sino que ama á Dios y le bendice, que sabe aun sonreír á los hombres y hacerles bien. . . . Sí: todo esto confunde, trastorna al alma y la arroja en una especie de sueño febril que la hace exclamar espantada: Dios mio! Dios mio! Esto nos hace preguntar: "¿Hay acaso un santo ó un mártir que haya hecho mas rigurosa penitencia, ó que haya padecido mas admirablemente?"

Ved ahora en nuestra virgen otras virtudes que se mezclan y confunden como una sóla, prestándose mutuamente su encanto tan atractivo: la humildad, la virtud por excelencia, sin la cual no hay otra alguna, y á cuyo rededor vienen á agruparse la dulzura y la paciencia, esas dos virtudes que florecen siempre á la sombra de la humildad.

En efecto; Liduvina era tan humilde, que le tenía

horror á los honores como en el mundo se les tiene horror á las humillaciones, y amaba los abatimientos con más pasión de la que se encuentra en el mundo para buscar la gloria; y así lo muestra la historia entera de su vida. La multitud, y el empeño, los respetos que llegaban á ella la horrorizaban y espantábase sobre todo de las luces, gracias y privilegios extraordinarios con que Dios se dignaba honrarla, de suerte que si la obediencia y la caridad se lo hubiesen permitido, no habríamos jamás conocido multitud de prodigios obrados en ella! mas citemos á lo ménos, sin anticipar los hechos, una circunstancia en que la humildad de nuestra santa tuvo mucho que sufrir.

Un dia llegó á visitarla un gran doctor, profesor de Teología, religioso de los más distinguidos de la Orden de Santo Domingo, el cual había oido hablar de Liduvina de diversas maneras, pues unos le habían elogiado sus luces; y otros la habían despreciado como una ignorante. El doctor quiso juzgar por sí mismo; y con este fin vino de Maestricht. Tuvo pues con ella una larga conferencia sobre una multitud de asuntos, después de los cuales le hizo esta pregunta: "Liduvina, le dijo, deseo saber de qué manera las tres Personas de la Santísima Trinidad han obrado en el seno de la gloriosa Virgen María, la Encarnación del Verbo divino; exijo que me digais lo que pensais acerca de esto."—Yo! dijo la piadosa enferma, alarmada del peligro que corría su humildad; yo, Padre mio! y defendíase entonces con excesiva vivacidad; mas nada le aprovechó, aunque objetó su nada, su profunda ignorancia, y la profundidad de tal cuestión. "Yo lo quiero, os repito, replicó el doctor casi con amargura, y si es preciso, aun os conjuro por el temible juicio de Dios, á que me respondais." A una prescripción tan

solemne no había ya que replicar; y así la pobre joven se puso á llorar con tanta aflicción que el doctor se sintió profundamente conmovido; mas permaneció inflexible, y fué preciso obedecerle. "Pues bien, Padre mio, dijo Liduvina ruborizándose, voy á procurar hacerlo; para explicar mejor mi pensamiento, me valdré de una comparación, yo supongo, pues, un cuerpo solar de donde parten tres rayos distintos, que en seguida se reunen de tal manera que no forman mas que uno solo; supongo además, que esos tres rayos muy anchos al salir del cuerpo solar, van disminuyendo á medida que se alejan hasta no formar en su extremidad mas que una punta aguda é indivisible como la de una lanza. Pues esta punta única, formada de los tres rayos, mírola penetrar en el interior de una humilde casa, en la cual va á producir la luz y la vida. Vos, Padre mio, habreis comprendido bien mi pensamiento: entiendo por ese cuerpo solar, la gloriosísima Divinidad; por los tres rayos distintos que salen de ese sol, las tres Personas que emanan de la esencia divina, por la dirección de esos rayos hacia un mismo término, la operación común á las tres adorables Personas en la Encarnación del Verbo divino. Después, cuando los tres rayos se reunen en una sola punta, contemplo en eso la unidad de operación á la que concurren las tres divinas Personas, y esta punta misma, ese rayo extremo formado de los tres rayos, es para mí, la imagen del Verbo que termina en la Encarnación, bien que ésta sea obra de las tres Personas juntas. Después de esto, Padre mio ¿qué necesidad tengo de decirlo? La humilde morada de que he hablado, es el casto seno de María, en el que el Verbo hace su divina entrada, y se digna unir á su propia substancia, la substancia más pura de la augusta Virgen, sin partir su persona-

lidad, de modo que después de esta unión hay en El dos naturalezas y una sola Persona, que es la adorable Persona del Hijo de Dios! he aquí, Padre mio, lo que yo puedo deciros en esta materia.» A esta respuesta, el sabio dominico quedó tan admirado, que se puso á decir con entusiasmo delante de todos, quo no había encontrado jamás en ningún teólogo una figura de este misterio más exacta y luminosa. La humilde Liduvina, con esto se asustó todavía más. «Padre mio, exclamó llorando, tened compasión de mí; yo no soy nada, nada; no hay en mí más que miseria, miserias y pecado, ved mi debilidad y no volvais jamás á ocuparos de mí! Pero por más que ella deseaba el secreto, el religioso edificado se complacía en publicar su respuesta en todas partes; y el que había venido á visitarla con precauciones, hízose desde aquel día su más ardiente panegirista y su más adicto defensor. Pero, aparte de la humildad que huye los aplausos y tiene temor de todo esplendor mundano, había en Liduvina, otra humildad más rara y más meritoria, como más difícil, y que practicaba admirablemente: la humildad que es dulce y paciente, es decir, que no sólo sabe aceptar sonriendo la enfermedad ó la aflicción, sino que llega hasta permanecer tranquila y serena ante un desprecio ó una injuria, ó una contradicción ó capricho de otro; que responde á la cólera con el amor, al insulto por el perdón, y al odio por los beneficios! No le faltaban ocasiones de practicar esta virtud y ya habemos oido á las vecinas tratarla groseramente de engañadora é hipócrita, pudiendo citar otros muchos ejemplos, de los cuales vamos á referir uno ú otro.

Cierta mujer de mala vida entró un dia en casa de la santa, en un estado de ira tan furiosa, que se hu-

biera dicho que era una hiena ó más bien un demonio desencadenado del infierno; al principio dirigió á Liduvina un torrente de reproches y de injurias de las más ofensivas, mas viendo que la enferma permanecía con todo tranquila, escupió cuatro veces el rostro de la santa esposa de Jesucristo, que quedó feamente manchado con tan inmundas salivas! mas como ni este nuevo ultraje pudo arrancar una queja á la humilde virgen, exasperada aquella fiera horrorosa, se puso á gritar como si le hubiesen hecho algún daño, y á tal grado, que los vecinos acudieron queriendo vengar á la santa; mas Liduvina detuvo la tempestad calmando aquella indignación, é hizo todavía más, pues la misma tarde de esa odiosa escena, envió secretamente un regalo á la proterva mujer. «Id, decía, al dar esta tierna comisión, llevadle este obsequio con mi bendición, pues no es mas que un deber lo que practico. ¿No debo tener reconocimiento para con los que me dan ocasión de practicar la caridad? y en verdad soy grandemente deudora para con esta amada hermana; repito, que lo que le envío es menos un presente que el pago de una deuda sagrada!»

Digámoslo de una vez: Liduvina encontraba frecuentes y amargas pruebas en el seno mismo de su familia. Uno de sus hermanos, al casarse, había traído una mujer melancólica bajo el techo paterno: era la criatura más discolá que pudiera imaginarse, ella habría rivalizado con la misma mujer del Santo Job. Jamás estaba contenta: siempre y en todo, con razón ó sin ella, encontraba materia para quejarse, y entonces era un diluvio espantoso de palabras sin fin, y para aumento de males no hablaba en voz llana sino que gritaba hasta romper la cabeza. Sobre todo, para que no faltase nada á los encantos de su conversación,

tenía buen cuidado de sazonar sus graciosos discursos con injurias mas ó menos groseras. . . . en una palabra, era esa mujer un verdadero tirano, una especie de demonio doméstico que hacía á su alrededor numerosos mártires, y Liduvina estaba lejos de escapársele. No había ni angélica dulzura ni eminente santidad que pudiese hallar gracia á los ojos de aquella mujer: la dulce virgen era su víctima de predilección, y de casi todos los instantes. El Duque Juan de Baviera vino un día bajo un buen disfraz á tratar con la santa de algunos negocios de conciencia, y la terrible mujer llegó repentinamente. No conociendo al Príncipe, como siempre, se puso á querellar y lo hizo tanto, tanto, y llegó á un diapasón tan elevado, que el Príncipe molestando al fin llegó á decir ¿qué quiere pues esta locuaz golondrina, que ella sola turba toda la casa? semejante mujer es una calamidad. ¿Cómo podeis sufrirla Liduvina? Monseñor, respondió la santa, hay mucho provecho en soportar á las personas de ese carácter, pues ó se corrigen ganándolas á fuerza de paciencia, ó uno se perfecciona más y más por el ejercicio incesante que proporcionan á la virtud, ó á lo menos se evita el empujarlas á la exasperación que no haría mas que acabarlas de desencadenar.

El Príncipe, edificado, admiró esta respuesta, pero como tenía necesidad de silencio, dió á esta mujer algunas monedas para comprometerla á que callase á lo menos hasta su partida.

Cuántas otras virtudes podríamos mostrar aquí al lado de la humilde y dulce paciencia de nuestra Santa. Cuánto tendríamos que decir de su obediencia tan sobrenatural, tan entera, tan pronta y tan llena de abnegación! Y también, cuánto diríamos de esa belleza inmaculada, del corazón que guardaba con tan piadoso

escrúpulo, y que resplandecía en ella con tal esplendor, que así durante su vida como después de su muerte todos en Squidam sólo la llamaban *la virgen!*

Mas debiendo limitarnos nos apresuramos á llegar á una de sus virtudes que ha llenado y dominado toda su vida, virtud que es como el foco y la plenitud de todas las otras, estrechando en un mismo abrazo á Dios y á los hombres. . . . Queremos hablar de la caridad!

Abrid la puerta de vuestro corazón á una virtud, y muy pronto llamará ella á las otras, porque las virtudes son hermanas como lo son también todos los vicios!

CAPITULO X.

CARIDAD Ó AMOR Á LOS POBRES.

Poder de la inspiración cristiana.—Pobre y crucificada, Liduvina es una providencia.—Santa milicia que organiza.—Los pobres son reyes!—La carne salada.—Una desgraciada epiléptica y el frasco de vino.—Seis varas de lienzo.—La bolsa de Jesús.—Una mujer caritativa maravillosamente consolada.—Beneficio inmediatamente correspondido.—Admirable visión en el cielo.

HAY en el cristianismo una actividad prodigiosa, una potencia inaudita de fecundidad que sólo basta para demostrar su carácter divino. Y es un espectáculo tan elocuente como sublime el que nos presenta cuando hace brotar los tesoros del seno de la pobreza

tenía buen cuidado de sazonar sus graciosos discursos con injurias mas ó menos groseras. . . . en una palabra, era esa mujer un verdadero tirano, una especie de demonio doméstico que hacía á su alrededor numerosos mártires, y Liduvina estaba lejos de escapársele. No había ni angélica dulzura ni eminente santidad que pudiese hallar gracia á los ojos de aquella mujer: la dulce virgen era su víctima de predilección, y de casi todos los instantes. El Duque Juan de Baviera vino un día bajo un buen disfraz á tratar con la santa de algunos negocios de conciencia, y la terrible mujer llegó repentinamente. No conociendo al Príncipe, como siempre, se puso á querellar y lo hizo tanto, tanto, y llegó á un diapasón tan elevado, que el Príncipe molestando al fin llegó á decir ¿qué quiere pues esta locuaz golondrina, que ella sola turba toda la casa? semejante mujer es una calamidad. ¿Cómo podeis sufrirla Liduvina? Monseñor, respondió la santa, hay mucho provecho en soportar á las personas de ese carácter, pues ó se corrigen ganándolas á fuerza de paciencia, ó uno se perfecciona más y más por el ejercicio incesante que proporcionan á la virtud, ó á lo menos se evita el empujarlas á la exasperación que no haría mas que acabarlas de desencadenar.

El Príncipe, edificado, admiró esta respuesta, pero como tenía necesidad de silencio, dió á esta mujer algunas monedas para comprometerla á que callase á lo menos hasta su partida.

Cuántas otras virtudes podríamos mostrar aquí al lado de la humilde y dulce paciencia de nuestra Santa. Cuánto tendríamos que decir de su obediencia tan sobrenatural, tan entera, tan pronta y tan llena de abnegación! Y también, cuánto diríamos de esa belleza inmaculada, del corazón que guardaba con tan piadoso

escrúpulo, y que resplandecía en ella con tal esplendor, que así durante su vida como después de su muerte todos en Squidam sólo la llamaban *la virgen!*

Mas debiendo limitarnos nos apresuramos á llegar á una de sus virtudes que ha llenado y dominado toda su vida, virtud que es como el foco y la plenitud de todas las otras, estrechando en un mismo abrazo á Dios y á los hombres. . . . Queremos hablar de la caridad!

Abrid la puerta de vuestro corazón á una virtud, y muy pronto llamará ella á las otras, porque las virtudes son hermanas como lo son también todos los vicios!

CAPITULO X.

CARIDAD Ó AMOR Á LOS POBRES.

Poder de la inspiración cristiana.—Pobre y crucificada, Liduvina es una providencia.—Santa milicia que organiza.—Los pobres son reyes!—La carne salada.—Una desgraciada epiléptica y el frasco de vino.—Seis varas de lienzo.—La bolsa de Jesús.—Una mujer caritativa maravillosamente consolada.—Beneficio inmediatamente correspondido.—Admirable visión en el cielo.

HAY en el cristianismo una actividad prodigiosa, una potencia inaudita de fecundidad que sólo basta para demostrar su carácter divino. Y es un espectáculo tan elocuente como sublime el que nos presenta cuando hace brotar los tesoros del seno de la pobreza

ó la vida y la alegría de las mismas entrañas del dolor. . . . como en otro tiempo hizo Dios salir mundos espléndidos de los abismos de la nada!

Ved allí una pobre mujer recostada en un pobre lecho de paja; allí con su horrorosa miseria, inmóvil, torturada por una enfermedad sin nombre casi desde su infancia, y ésta para siempre. . . . Qué podría pedirle á esta pobre mujer? en qué podría ocuparse del resto de los hombres? ciertamente que harto tiene que hacer con sus propios dolores! El pedirle que se crea dichosa en su lamentable suerte, sería ya una cruel ironía; mas pedirle el que ayude y haga bien á la humanidad, vendría á ser como una especie de injuria sangrienta. Lo que podría á lo mas racionalmente esperarse de ella, sería el que no contristase al mundo con el espectáculo de sus llagas y de su desesperación mientras acabara su vida en su dolorosa é inevitable inutilidad!

Pues bien! con el cristianismo no pasa así, porque el cristianismo ha tocado á esa mujer en el corazón, y no sólo no siente nada de horrorosa desesperación; mas encuentra en sus dolores que bendice, un encanto desconocido, suavidades que la arrebatan hasta el heroísmo de la paciencia, y casi hasta el éxtasis de la dicha. . . . lo que evidentemente es un inmenso beneficio para ella y lo mismo para la humanidad á quien enseña y fortifica con su ejemplo. Pero hay mas aún. Vé aquí que se inicia en esta alma un movimiento de amor y una vida que tiene necesidad de explayarse: la pobre mujer no se acuerda ya ni de su pobreza, ni de sus sufrimientos; antes busca y llama á su rededor á todos los sufrimientos y á todas las pobrezas para aliviarlas. Si preciso es, hará verdaderos prodigios; y en su miseria, hará más bien y consolará más

dolores ella sola, que todos los ricos de una ciudad ó aun de una provincia entera!

Liduvina era en efecto, la dulce providencia de los pobres, de los afligidos y de todos aquellos á quienes hería la desgracia, y de todas partes acudían á ella como se acude á una madre, y siempre y para todos tenía socorros inextinguibles. Todo cuanto tenía dábalo á los pobres hasta el último óbolo, y cuando ya lo había dado todo, aun seguía dando en cierto modo; porque entonces, daba, tanto á los pobres como á los afligidos, lágrimas, alientos y consuelos tan dulces y afectuosos, y tan verdaderos, que los que recibían la limosna de pan no se iban nunca tan dichosos como los que llevaban la santa limosna del corazón! Ya hemos dicho que Dios para probarla de mil maneras había permitido al principio que la caridad de los otros se resfriase para con ella de un modo sensible, de suerte que rara vez le impartían algún auxilio. Mas cuando la vieron en su ardiente caridad que no aceptaba ni guardaba nada para sí de las pequeñas limosnas que la hacían, y que á pesar de su extremada miseria no pensaba más que en sus pobres para dárselos todo con tanto amor, entonces acudían á hacerle mas abundantes limosnas, con las cuales iba pudiendo extender el círculo de sus buenas obras; y como no bastaba ya á su solicitud el aliviar á los desgraciados que se presentaban en su casa, no creía poder abandonar á los que no podían ó no se atrevían á llegar hasta su persona.

En consecuencia, la santa llegó á organizar bajo de su pobre techo, como una santa milicia de siervas de de los pobres, que eran unas piadosas mujeres que había sabido ganar, y en cuyo corazón había encendido una chispa del fuego divino que la devoraba, envián-

dólas por las calles y por las bohardillas de Squidam, en busca de los indigentes, de los desgraciados y de los enfermos, para aliviar todos los dolores; Liduvina desde su lecho hacía todo, lo dirigía todo, lo animaba y ordenaba hasta en los menores detalles. A ese anciano, hay necesidad de seguirle impartiendo tales cuidados; llevareis tal socorro á aquella pobre madre para su enfermo; preparad tales alimentos de tal y cual manera, sobre todo no os olvideis hacer tales compras y preparar tales provisiones para mañana. . . . ya porque Liduvina pensaba hasta en las provisiones; y en el invierno por ejemplo, hacía salar cantidades considerables de carne que distribuía en el estío á sus amados pobres.

Por otra parte, ningún sufrimiento se le escapaba, y sabía á veces sorprender aún los mas secretos dolores. Hallábanse en Squidam muchas familias ricas que las circunstancias habian reducido á una pobreza tanto mas dolorosa cuanto mas se esforzaban en ocultarla á todas las miradas. Liduvina no pudo dejar de adivinar con su corazón lo horroroso de esta miseria después de la abundancia, y que no osaba darse á conocer, conmovióse su caridad con una especie de predilección para con esas desgraciadas familias, y comenzó á velar sobre ellas como una madre: enviábales alivios y socorros de toda especie, mas siempre con tanta discreción y secreto, y con tal delicadeza y miramientos por su nobleza, que en realidad era salvarlas doblemente.

Cuando le faltaban los recursos, no abandonaba por esto á sus amados pobres; pues entonces pedía limosna y se hacía mendiga para encontrarles pan, llamaba cerca de su lecho á algunas personas ricas y abogaba ante ellas en favor de los que nombraba sus hijos.

¿Cómo resistirse á esta palabra tan tierna y tan patética? ¿Cómo rehusar algo á esta conmovedora miseria implorando la compasión, no para sí, sino para otros miserables? Así, siempre caían juntas las lágrimas de ternura con algún nuevo tesoro que tal vez había quedado enterrado, pero que Liduvina se apresuraba á aprovechar, consolando otros dolores y derramando nuevos beneficios en torno suyo.

¿Quién podría contar todos los indigentes, todos los desgraciados, todos los enfermos, y pobres vergonzantes, los huérfanos y los ancianos que pudo de este modo socorrer? Espántase la imaginación al considerar lo que distribuyó en pan, carnes, vino, remedios, leña, lienzos, vestidos y dinero á los menesterosos de todo género.

Y quien todo esto hacía, era una pobre mujer recostada en pobre lecho, pasando su vida en una espantosa miseria y martirizada por increíbles tormentos!

A veces Liduvina llegaba hasta la magnificencia para con sus amados enfermos, y para con sus pobres tan queridos: "Catarina, decía á una piadosa viuda que empleaba en sus buenas obras, hoy ireis al mercado y comprareis lo que encontráreis mas delicado, preparándolo lo mejor que sea posible para nuestros pobres. Oh! ved á nuestros muy amados pobres, cómo en verdad lo son, como los reyes del cielo! esos son otros Jesuistas! por eso conviene á lo menos de tiempo en tiempo tratarlos con honor. Id, hermana mia, y no hagais caso alguno del gasto, que Dios sabrá proveer bien para todo.

Y el Señor en verdad que proveía; pues mas de una vez se complació en mostrar cuán agradables le eran este amor de los pobres y esta filial confianza en su Majestad. Más de una vez para recompensar á Lidu-

vina y multiplicar sus gozos con sus beneficios, como también para hacer ver al mundo que esta magnífica caridad no era virtud humana que tomaba su fuerza de la sola naturaleza, su Majestad glorificó á nuestra santa dignándose aumentar milagrosamente sus recursos.

Liduvina tenía que proveer á mas de treinta familias pobres después del terrible incendio. Un dia había mandado á sus amigas que tomasen de su provisión de carne salada, y á cierto tiempo esas mujeres volvieron precipitadamente á la caritativa Liduvina, diciendo: "milagro! milagro! ya hemos tomado de vuestra provisión y hemos servido abundantemente á treinta familias, y la provisión en nada disminuye! Pues bien, respondió Liduvina, demos gracias á Dios de este prodigio, que se debe no á mis merecimientos, sino sólo á su bondad, pues ya sabeis que Dios ha dicho: "Dad y el cielo os dará!" y así continuó la distribución con mucha abundancia, y la vianda milagrosa seguía siempre multiplicándose. Los pobres comían de ella; se les servía á los peregrinos que visitaban á Liduvina, y su familia también se alimentaba, y hasta los ricos de Squidam querian tenerla y la comían por devoción, tan incontestable así era el prodigio! Mas este enorme consumo aun no disminuía la provisión, que permanecía siempre la misma, y por mucho tiempo fué como un precioso é inextinguible tesoro.

Otro dia, una pobre epiléptica entreabrió la puerta, pues acababa de ser derribada en la calle por una terrible crisis, y todos habían huido espantados, dejándola luchar con su horroroso mal; mas al fin vuelta en sí, quebrantada, y sin fuerzas, y sobre todo, devorada de una sed intolerable, entraba en casa de

Liduvina gritando: "de beber, dadme de beber!" Liduvina había olvidado que le quedaba un poco de vino, (porque en esta época tomaba todavía una ligera bebida), le indicó con el dedo un vaso lleno de agua, que de un trago quedó vacío, y la pobre mujer siempre gritaba: "Oh! qué sed tengo!" entonces la virgen se acordó de aquel vino y se lo sirvió, mas también el vino desapareció—como una gota de agua arrojada en un brasero encendido—y la infortunada todavía repetía: "de beber, ah! dadme de beber:" Tomad, dijo entonces la virgen conmovida, y ofrecióle una moneda; id con este dinero, hija mia, á comprar con que apagar vuestra sed. . . ." y la pobre epiléptica partió.

Pocas horas después, Liduvina encendida por la fiebre, y devorada á su vez por una sed horrible, pidió á su padre unas gotas de vino para refrescar sus labios, y ya había olvidado que lo había servido á la epiléptica; Pedro, que nada sabía, tomó el frasco y lo presentó á su querida enferma. Liduvina se acordó entonces que no tenía vino: mas ¡oh bondad del Señor! el frasco en el que había puesto la epiléptica sus labios, estaba lleno de un vino tan exquisito, que jamás había tomado otro igual, y bebiólo sin ninguna dificultad, cosa que no podía hacer con ningún licor, pues que sólo lo pasaba gota á gota. Este milagro duró por muchos meses, y Liduvina se fortalecía con este vino que la divina bondad le regalaba de un modo tan admirable. Mas contaremos otro beneficio, y otra nueva maravilla. La piadosa virgen acababa de saber que un pobre sacerdote carecía de vestidos conformes á la dignidad de su caracter, y la santa queriendo proveer esta necesidad, inmediatamente envió á comprar la tela conveniente; mas en vano la buscaron en todo Squidam, pues volvieron á la santa sin

encontrar nada. Dios mio! dijo una mujer que acababa de llegar á casa de Liduvina, yo tengo en mi casa una tela negra, y desearia que lo que me sobrara de ella pudiera ser suficiente, pues la daria con mucho gusto. —Ciertamente, dijo la virgen, teneis esa tela?—Sí, Liduvina, mas es necedad hablar de ello, porque no tengo más que seis varas, y cuando hubiese tomado lo que necesito para mi hija y para mí, nada puede sobrar. «Qué importa! hermana mia, enseñadme vuestra tela, y ya veremos: pues si Dios nos ayuda tal vez habrá bastante para todos!» Fuése pues la mujer por la tela negra, y Liduvina la toma y hace como que la mide, sirviéndose para esta operación de la boca y del brazo izquierdo; diez veces, veinte veces, renueva el movimiento, . . . y la pieza se presta á ello y se vá alargando más y más, llegando á crecer tanto, que se completó un vestido entero para el pobre sacerdote y otro para la madre y la hija que lo habian proporcionado. Es inaudito! exclamaban las mujeres admiradas! Liduvina, le decian, explicadnos cómo ha sido esto!—Dios es, hermanas mias, les contestó la humilde virgen, Dios es quien por el ministerio de mi buen ángel ha vestido á ese pobre sacerdote, sin privaros de la tela que necesitábais.

Notémoslo aquí que la inmensa caridad de Liduvina parecia llegar algunas veces hasta provocar la bondad de Dios, como forzándolo en cierta manera á secundar por estos prodigios la ardiente necesidad que tenia de encontrar, con mas abundantes recursos, mayor esfera de expansión; el Señor, por su parte correspondia con amor á la generosa y santa provocación de su hija, y vamos á ver de ello una prueba admirable. Pocos años antes de su muerte, Liduvina perdió á su hermano Guillermo, el cual no dejaba por herencia á

sus pobres hijos mas que enormes deudas que no se podian pagar aun aceptando la mas horrorosa miseria: y al saberlo quebrantó el corazón de Liduvina para quien no bastaban las lágrimas, sino que á su caridad era necesaria la acción, y en caso necesario con su confianza en Dios procuraría aun lo imposible; pues en el acto hace vender unos pobres muebles dejados por Guillermo, y á mas la última alhajita que le quedaba como una reliquia y recuerdo de su madre. Los muebles y la joya, todo sumó apenas unas ocho libras de Holanda, las que depositó en una bolsa. Después, hizo llamar cerca de su lecho á un pariente que disfrutaba toda su confianza. «Primo mio, le dijo, he aquí una bolsa, con cuyo dinero tened á bien ir pagando las deudas de mis sobrinos hasta el último centavo; y cuando hallais acabado de hacer el pago, me traereis lo restante.» El primo se puso inmediatamente en camino, pagó á todos los acreedores y volvió; mas la bolsa parecia aun llena! «Vaciadla, dijo Liduvina, para saber lo que queda.» El primo la vació en una mesa diciendo: he aquí una bolsa bien rara! Qué tesoros pues, habian puesto en ella? yo he pagado no sé cuánto sin que haya faltado nada. Y al presente he aquí que parece que nada se le ha sacado.—Contad, pues, dijo Liduvina, y entonces el primo púsose á contar.—Volved á comenzar, os lo ruego, añadió la enferma, y segunda y tercera vez volvió á contar. Y bien, primo, cuánto es lo que queda?—Ni mas ni menos prima mia, os quedan ocho libras.—Ocho libras? exclamó Liduvina con transporte. Ocho libras! precisamente es la cantidad que habeis llevado. . . . Dios mio, bendito seais! esta bolsa de hoy en adelante no se llamará mas que la Bolsa de Jesús!

El nombre le convenia perfectamente, pues en efec-

to, esta bolsa permanecía inagotable. Numerosos testigos y de los mas verídicos la han tenido en sus manos, y han visto el dinero multiplicarse en su seno; con todo, Liduvina no la tocaba jamás cuando tenía otros recursos, sino sólo cuando le faltaban limosnas ó estaba enteramente desprovista de recursos; entonces tomaba con abundancia, y Dios sabe con cuanta magnificencia colmaba de socorros á sus pobres muy amados! El dia que la santa murió se encontró cerca de ella esta milagrosa Bolsa de Jesús, que estaba todavía llena hasta la mitad!

Añadamos que Dios no se limitaba á todas esas maravillas, pues para mostrar cuan preciosa le era la caridad de su sierva, complaciase en bendecirla algunas veces de un modo no menos admirable hasta en los que en torno suyo la practicaban en su nombre y bajo su inspiración.

Por ejemplo, había entre las personas que Liduvina empleaba en la visita y servicio de los pobres, una mujer que le había inspirado particular afecto y que en realidad lo merecía: pues se encontraban en ella las mejores cualidades, una piedad y abnegación á toda prueba, y sobre todo, un celo ardiente por las obras de caridad. Mas por desgracia acometiale muchas veces una gran tristeza que nada podía distraer, y que causaba hasta compasión! Un dia la llamó Liduvina cerca de su lecho, y le dijo con un tono de indefinible ternura: "id al mercado, os lo ruego, y comprad para nuestros pobres y enfermos los mejores peces que pudiéreis encontrar, y después los preparareis de la manera que sabeis serles mas agradables; pues hoy siento una irresistible necesidad de regocijar un poco á esos miembros pacientes de Jesucristo." La piadosa mujer partió inmediatamente, pronta como

Marta cuando le anunciaron que tendría el insigne honor de recibir á su mesa á su Salvador y su Dios.

Mas en tanto que se apresuraba á servir á los pobres, Liduvina por su parte, como Maria á los pies de Jesús, se ponía á orar por ella con trasportes de fervor, llamando sobre tanta abnegación una recompensa que le parecía que el divino Maestro no podía negarle.

Por fin, vuelve la caritativa mensajera. "Mi muy amada hermana, se apresuró á decir la virgen, (había en sus palabras una extraordinaria efusión de corazón), habeis hecho ya lo que os he encargado?—Sí, respondió la mujer con triste sonrisa, y aire sombrío y melancólico: sí, ya lo he hecho lo mejor que he podido.—Pues bien, mi carísima hermana, habeis hecho una cosa muy agradable al Señor, y creo que su Majestad os lo vá á recompensar. Pedidle lo que os inspire vuestra conciencia y aquello que mas deseais. Yo apoyaré vuestra oración cerca de nuestro buen Maestro, con todo el fervor que pueda.—"Ay, Liduvina, respondió la pobre mujer temblando de emoción, lo que yo deseo, lo que con toda mi alma ambiciono, si me lo obteneis, sereis para mí una hermana, y nó, no es bastante, sereis para mí una madre, la mas verdadera y la mejor de todas las madres, y os amaré con todo el amor con que una hija puede amar á su madre!"

Entonces, pedid lo que querais, continuó la enferma conmovida.—"Más qué vais á pensar, Liduvina? Oh, si supiéseis cuán desgraciada soy! qué tristeza tan terrible me devora! estoy triste, ya lo veis, harto triste, porque he pecado gravemente, porque conociendo mi debilidad tiemblo de no permanecer fiel á Dios hasta el fin; veo, á la vez el porvenir y lo pasado que se levantan delante de mí y me llenan de espanto! oh! pedid pues al Señor

el perdón de mis faltas y la gracia de la perseverancia. Todo lo demás no me es nada y á vuestra caridad lo dejo."—"Vos pedís mucho, amada hermana, respondió la santa, porque el perdón y la perseverancia lo son todo. Mas tengamos confianza, yo por mi parte suplico ardientemente á nuestro Salvador que escuche vuestra oración, y como su Majestad es tan bueno y tan misericordioso, no dejara de escucharnos."

A esas palabras, y en el instante en que la virgen las pronunciaba, la humilde mujer sintió que le pasaba una cosa inaudita: parecíale que le quitaban del corazón un peso inmenso, que toda su alma se abría á una luz y alegría hasta entonces desconocida; sentíase como transfigurada, la tristeza con sus desalientos habia huido para no volver mas: la esperanza, la paz con todos los gozos y delicias de la virtud, formaban desde entonces el cortejo de su vida; la limosna era la que habia obrado este prodigio, y una vez más se habia realizado aun aquí en la tierra la palabra de Aquel que ha dicho: "Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia." Otra vez nuestra amable crucificada veía cerca de sí á un hombre cuya piedad conocía, el cual con toda su habitual simplicidad le hizo una petición en que la caridad se interesaba como siempre. "Yo tengo, le dijo, algunos pobres que quisiera confortar, y sería muy de mi agrado el regalarles aunque fuese en pequeño, porque conviene algunas veces indemnizarlos de la dura abstinencia á que están sujetos: ¿podríais darme para ellos un trozo de lardo?—Sí, Liduvina, y con muchísimo gusto, respondió el obsequioso visitador; ahora puedo hacerlo con mucha facilidad, porque acabo de hacer mi provisión." Vuelto pues á su casa el digno hombre, con el corazón embalsamado de la santidad que le

había hecho hablar, y con la conmovedora caridad que se hace mendiga por Jesucristo, toma su resolución, y ya no será sólo un simple trozo lo que desprenderá de su provisión, pues no podría escasear cuando veía á la santa darse á sí misma de un modo tan admirable. Liduvina lo obtendrá todo; y así, toma aquel su provisión toda entera, y tal se la manda.

¿Qué fué lo que pasó entonces en el corazón de la virgen? ¿Qué oración hizo á su Esposo en la efusión de su corazón así regocijado? Dios sólo lo sabe; mas apenas habían pasado unos instantes, cuando el piadoso amigo de nuestra santa, entrando por casualidad en el aposento de donde su provisión acababa de salir para pasar á la casa de Liduvina, no puede menos de dar un grito de espanto y de admiración, porque encuentra una nueva provisión mas grande y de mejor calidad que la que ha enviado á la santa. La familia toda y los vecinos fueron testigos del milagro. El hecho era humanamente inexplicable, y era preciso ver allí la acción de Dios, que habia querido hacer comprender cuan agradable le es la mano que se abre para dar, y al mismo tiempo recompensar á su siervo á quien este milagro hizo más adicto á la virgen, y más generoso para con los pobres, así como lleno de fervor y devoción en sus obras de piedad.

Todos esos milagros, ó mas bien, todos esos recursos suministrados á su caridad por esos milagros, inspiraban á nuestra santa un profundo reconocimiento, que muchas veces le era recompensado, y una vez entre otras lo fué de una manera que debió inflamar más y más vivamente su celo. Liduvina enviaba algunas mujeres á llevar socorros á sus pobres, y tenía esta costumbre, que inmediatamente que partían, se ponía en oración, daba gracias con un fervor angélico

al Autor de todo bien por el favor que le hacía, dignándose asociarla al privilegio mas dulce y mas glorioso de su Divinidad, es decir, permitiéndole derramar en torno suyo algunos beneficios; un día que cumplía ese tierno deber, tuvo esta visión. Miraba en los cielos una admirable luz hacia la cual subía ella con otras almas que la acompañaban, y con ellas iba á entrar al paraíso! Entonces miraba venir á los ángeles, á los bienaventurados, y á todos los escogidos del eterno reino, revestidos de deslumbrante majestad, y á María Santísima que con una diadema en la frente se ostentaba en medio de ellos, mil veces mas hermosa, mil y mil veces mas brillante de luz y de gloria! Y en tanto que Liduvina se embriagaba de dicha con este espectáculo, suntuosas mesas se iban aderezando, pues los santos iban trayendo en vasos preciosos y poniéndolos en las mesas, vinos y manjares. Y un ángel, desprendiéndose del coro glorioso de los espíritus, habíase llegado á la humilde virgen, y saludándola con respeto le decía: "Liduvina, ves esos vinos y esos manjares en las mesas? pues esas son tus limosnas." Y la virgen con inexplicable felicidad veía aquellas groseras viandas que daba á los pobres, transformadas allí como en viandas celestiales, exhalando un divino perfume; veía que el vino que había enviado en vasijas de barro á los enfermos y ancianos, era ahora allá en el cielo como un vino de vida inmortal, encerrado en vasos de oro.

La santa escuchaba también incomparables sinfonías, y después, dando la Santísima virgen la señal, comenzaba el festín. Los ángeles, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes y todos los santos, habían ocupado un lugar en el banquete: Liduvina se hallaba con ellos y entre ellos, ella servía á todos

esos escogidos de Dios y ellos la servían también á ella! Con ellos y como ellos era bienaventurada!

Así glorifica Dios en el cielo, las limosnas dadas en la tierra. El hacer limosna, es dar prestado á Jesucristo; pues que su Majestad ha dicho: "Lo que hiciéreis con el mas pequeño de los míos, conmigo lo habeis hecho!"

CAPITULO XI.

CARIDAD Ó CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

Sabios consejos que da Liduvina á los jóvenes, á los artesanos, á los ricos, á los esposos, á las almas inquietas é inconstantes, á una viuda, á un religioso llamado al Episcopado.—A todos recomienda el trabajo, el cumplimiento de los deberes de su estado, la obediencia á la Iglesia y á los superiores, la caridad.

LIDUVINA sabía que además de la miseria de los cuerpos, hay otra miseria mucho mas dolorosa, que es la de las almas! Y por consiguiente, mas allá de la caridad que se ocupa de las necesidades temporales y tiene cuidado de los sufrimientos de la carne, del grito del hambre y del frío, hay otra caridad que tiene cuidado del alma, que se esfuerza en curar sus ignorancias y sus llagas, que la moraliza y la rehabilita, trayéndola al camino de sus gloriosos destinos. En otros términos: aparte de la limosna del pan y del vestido, hay la limosna de la verdad y de la virtud, la limosna de la instrucción y del consejo: son dos carida-

al Autor de todo bien por el favor que le hacía, dignándose asociarla al privilegio mas dulce y mas glorioso de su Divinidad, es decir, permitiéndole derramar en torno suyo algunos beneficios; un día que cumplía ese tierno deber, tuvo esta visión. Miraba en los cielos una admirable luz hacia la cual subía ella con otras almas que la acompañaban, y con ellas iba á entrar al paraíso! Entonces miraba venir á los ángeles, á los bienaventurados, y á todos los escogidos del eterno reino, revestidos de deslumbrante majestad, y á María Santísima que con una diadema en la frente se ostentaba en medio de ellos, mil veces mas hermosa, mil y mil veces mas brillante de luz y de gloria! Y en tanto que Liduvina se embriagaba de dicha con este espectáculo, suntuosas mesas se iban aderezando, pues los santos iban trayendo en vasos preciosos y poniéndolos en las mesas, vinos y manjares. Y un ángel, desprendiéndose del coro glorioso de los espíritus, habíase llegado á la humilde virgen, y saludándola con respeto le decía: "Liduvina, ves esos vinos y esos manjares en las mesas? pues esas son tus limosnas." Y la virgen con inexplicable felicidad veía aquellas groseras viandas que daba á los pobres, transformadas allí como en viandas celestiales, exhalando un divino perfume; veía que el vino que había enviado en vasijas de barro á los enfermos y ancianos, era ahora allá en el cielo como un vino de vida inmortal, encerrado en vasos de oro.

La santa escuchaba también incomparables sinfonías, y después, dando la Santísima virgen la señal, comenzaba el festín. Los ángeles, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes y todos los santos, habían ocupado un lugar en el banquete: Liduvina se hallaba con ellos y entre ellos, ella servía á todos

esos escogidos de Dios y ellos la servían también á ella! Con ellos y como ellos era bienaventurada!

Así glorifica Dios en el cielo, las limosnas dadas en la tierra. El hacer limosna, es dar prestado á Jesucristo; pues que su Majestad ha dicho: "Lo que hiciéreis con el mas pequeño de los míos, conmigo lo habeis hecho!"

CAPITULO XI.

CARIDAD Ó CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

Sabios consejos que da Liduvina á los jóvenes, á los artesanos, á los ricos, á los esposos, á las almas inquietas é inconstantes, á una viuda, á un religioso llamado al Episcopado.—A todos recomienda el trabajo, el cumplimiento de los deberes de su estado, la obediencia á la Iglesia y á los superiores, la caridad.

LIDUVINA sabía que además de la miseria de los cuerpos, hay otra miseria mucho mas dolorosa, que es la de las almas! Y por consiguiente, mas allá de la caridad que se ocupa de las necesidades temporales y tiene cuidado de los sufrimientos de la carne, del grito del hambre y del frío, hay otra caridad que tiene cuidado del alma, que se esfuerza en curar sus ignorancias y sus llagas, que la moraliza y la rehabilita, trayéndola al camino de sus gloriosos destinos. En otros términos: aparte de la limosna del pan y del vestido, hay la limosna de la verdad y de la virtud, la limosna de la instrucción y del consejo: son dos carida-

des y dos limosnas, que vienen á ser como dos hermanas que andan siempre juntas y dándose la mano, la una es del tiempo, mas la otra es de la eternidad; esta es la tierra, mas aquella es el cielo!

Como llevamos dicho, bien sabía esto Liduvina, y cuánto la caridad que hace bien á las almas excede á la caridad que hace bien á los cuerpos, tanto mas fervor y ardiente pasión encontraba en su corazón y en su fé por la limosna que moraliza que por la limosna que alimenta. Un celo de fuego la devoraba; y hubiera querido en los impulsos de ese celo santificar al mundo entero! De cerca ó de lejos, ya por los consejos que daba, ya por las súplicas que enviaba, y por todos los medios de que podía disponer, érale preciso ganar almas á la verdad, y á la dicha verdadera, es decir, á Jesucristo.

Por otra parte, un vasto campo se le presentaba, su aposento que no llegaba á desocuparse de visitantes piadosamente ávidos de oírle, trocado como en un santuario en el que se ejercitaba un apostolado tan fecundo como extenso: personas de todas edades y condiciones se reunían al derredor de su pobre lecho, y había entre ellas, artesanos, hombres acomodados, mujeres de todos rangos, jóvenes, ancianos, ilustres y grandes señores, sacerdotes, religiosos, y aun Obispos! Y á todos, aun á estos últimos daba admirables consejos la santa crucificada. Liduvina no era mas que una joven humilde é ignorante, sin letras, ni estudio ninguno; mas no obstante, había aprendido lo que no se aprende en los libros de los hombres ni en las lecciones de los mas grandes maestros; pues con su fé y con su amorosa paciencia, había aprendido á leer y leía muy bien en el libro divino de la cruz!

Qué ciencia tan profunda mostraba muchas veces!

qué celo tan ardiente desplegaba cuando se ponía á hablar de los intereses de la salvación, cuando quería enseñar á los justos los medios de la perseverancia, y á los pecadores los de su rehabilitación! Entonces su palabra era dulce, apremiante, y llena de unción! siempre se sacaba algún provecho y siempre se sentían salir mejores al separarse de la piadosa virgen, los mundanos se sentían con menos apego al mundo cuya vanidad les hacía palpar; los jóvenes decididos á llevar una vida regular cuyos encantos había sabido hacerles comprender; los sacerdotes se sentían abrasados de un generoso entusiasmo, de respeto y de amor por la sublimidad de su vocación y la santidad de su ministerio.

Mas sobre todo, las jóvenes eran las que mas excitaban su tierna solicitud, y á su juicio, el mas grande peligro y el veneno mas mortal para la inocencia de la juventud, era la ociosidad: *Nó, nó*, les decía, no estéis jamás un sólo instante ociosas! Ah! cuando os mostráis piadosas y modestas, cuán hermosas apareceis delante de Dios! Mas vivid con cuidado, porque en la ociosidad teneis un enemigo terrible que siempre os espía para arrebatáros la corona, y que por otra parte no viene jamás sólo, porque en pos de la ociosidad vienen siempre la disipación, el placer, el amor de los adornos, el orgullo y mil funestas relaciones!

Amigos míos, decía también Liduvina á los artesanos: amad vuestra profesión y amad el trabajo. Vuestra profesión es una nobleza, puesto que Jesucristo fue artesano como vosotros. El trabajo es el honor y la alegría, juntos con la comodidad, así como la falta del trabajo es el vicio y la vergüenza con la miseria por añadidura.

Aun á las personas acomodadas, aconsejábales al-

gún trabajo ó comercio, ó en fin alguna ocupación cualquiera que fuese. "Qué debo hacer yo en mi nueva posición?" le preguntaba una viuda que había venido á consultarle. —Trabajad siempre, le respondió la santa. —Mas yo no tengo hijos. —No obstante; trabajad. —Sin ser rica tengo lo suficiente para pasar en paz el resto de mis dias. —Pues de todos modos trabajad. —Mas, ¿para qué trabajar pues todos mis deudos han muerto y no tengo ya que temer la miseria? —Trabajad, señora, os digo! trabajad para evitar la más peligrosa y terrible de todas las miserias, es decir, la ociosidad. —Pues ¿qué clase de trabajo quereis entonces que yo emprenda? —El mismo que os ha dado hasta aquí buen resultado; y ya que sois tan hábil en la confección de telas de lana, es necesario que volvais á ese trabajo. —Mas Liduvina, mirad que ese retorno al comercio, puede bien arrastrarme á la codicia, y al mismo apego á los bienes de este mundo, y temo con ello exponer mi alma á nuevos peligros. —Ay! hermana mia, pues yo temo aun más para vos las tentaciones de la ociosidad. Por otra parte, contra la codicia hay un remedio fácil é infalible, trabajad para los pobres; ó á lo menos, á nombre de Jesucristo y por su amor, compartid con los pobres los beneficios que obtengais de vuestro trabajo, y de este modo os aprovechará grandemente, lejos de acarrearos mal ninguno.

Quando llegaban personas casadas pedíanle consejos, y les aconsejaba ante todo, la cristiana y santa unión. "En eso, les decía, consiste el gran secreto de embellecer vuestra vida. Sí, amad á Dios, y permaneced siempre en paz. Orad juntos y soportaos mutuamente, hablad muchas veces por la oración el lenguaje de los ángeles, hablad por la paz, el lenguaje de los santos, y Dios descenderá en medio de vosotros, vi-

niendo como en los primeros dias del mundo á pasearse en el paraíso terrestre de vuestro corazón, para tratar allí familiarmente con los pensamientos y deseos de vuestra alma."

A aquellas personas inquietas y variables que siempre están prontas á maldecir el estado de vida en que se encuentran, y á codiciar el que no es suyo, les decía: "guardaos bien de semejantes ideas. . . . no querais pues, hacer cambiar de residencia á la santidad suponiéndola posible en todas partes menos en donde os encontrais. Sabed que la santidad no se halla ni en otro lugar, ni en otro estado, sino precisamente en el que Dios ha querido colocaros, en ese estado bien comprendido, y cristianamente aceptadas sus dificultades con valor y sus penas con resignación, es en donde Dios quiere salvaros.

El hombre más santo no es el que tiene un estado más santo, sino el que cumple mejor los deberes del estado en que la divina Providencia le ha colocado.

"En cuanto á vos, le decía á un religioso que pasaba su vida en cambiar casas con la esperanza de cambiar de conducta, y llegar así á mayor perfección; os engañais extrañamente hermano mio: os parecis á un hombre que afligido al verse pobre se imaginase viajar con cuantiosas expensas para llegar á enriquecerse. Contad todos los gastos de piedad en sueños, en deseos, en cuidados, en paseos y en disipaciones de toda especie cada vez que entráis en alguna nueva comunidad. Sumándolo todo mirad qué habeis ganado? Vuestra pobreza espiritual ha crecido lejos de disminuir á causa de los gastos del camino, ved allí todo! No llegais á ser mejor en la nueva casa que en la que acabais de dejar, porque por todas partes os llevais á vos mismo y en cualquier lugar os encontrareis siem-

pre con vuestras propias miserias y nunca os santificará tal ó cual localidad, dejad pues todos esos inútiles cambios, tristes viajes del alma, que no hacen mas que arruinarla: en fijando vuestra tienda en el lugar en que Dios os ha colocado, fabricad en el fondo de vuestro corazón como una santa ermita en la que gustareis encerraros para orar en silencio, para cultivar la humildad y la renunciación, bajo las miradas de Jesucristo; y vereis cómo entonces vuestra soledad florecerá, y cómo muy pronto os enriquecereis, haciendo cada día una abundante cosecha de valor y de piedad, de gracias saludables y de generosas virtudes.»

Mencionaremos aquí una de las preocupaciones más vivas del celo ilustrado y piadoso de Liduvina, y era, que se esforzaba en todas ocasiones en inspirar á cuantos la trataban una inquebrantable fidelidad á la Iglesia católica. «Obediencia! obediencia! se complacia en repetir: el niño no aprende á andar y á hablar sino obedeciendo á su madre, el discípulo no se hace hábil en la ciencia sino pidiendo instrucciones, es decir obedeciendo á su maestro; y la Iglesia para el cristiano es una madre y un maestro, y el único maestro que puede eficazmente enseñarle, porque Jesucristo mismo es el que habla por su boca.

Por otra parte, añadía, quiérase ó nó, cuestión es de vida ó muerte. Con la Iglesia teneis infaliblemente la luz, la verdad y toda la perfección; mas si dejais de bendecirla, dejareis inevitablemente de orar, de confesaros, de comulgar, y en una palabra, de ser cristiano en la práctica. Y como siempre es necesario que obedezcais, no obedeciendo ya ni á Jesucristo ni á su Iglesia, vendreis á obedecer al hombre, es decir á la pasión, al orgullo, ó al ódio, á la ambición ó á la voluptuosidad, ó lo que es lo mismo, á la degradación y

á todas las miserias del vicio á donde caminais.» Así pensaba la santa, del desprecio de la autoridad y de los mandamientos de la Iglesia como el síntoma más horroroso que pudiese caracterizar el estado moral de un pueblo ó de todo un siglo. «En el seno de la Iglesia, decía también, obedeced á vuestro confesor que tiene su lugar y continúa en su nombre cerca de vosotros la misión de Jesucristo. A él y á todos los superiores que el cielo os ha dado, obedecedlos siempre y en todo, humildemente, sin vacilación, y de buen corazón, absolutamente como si Dios mismo os hablase; y en esta obediencia encontrareis el reposo del alma, y no lo encontrareis mas que en ella!»

Un religioso del Orden del Cister, se presentó un día en casa de nuestra virgen, pues una terrible noticia había venido á turbar en su celda; habiéndole anunciado que estaba designado para el Episcopado, y vacilaba y se espantaba ante la inmensa responsabilidad que iba á pesar sobre él y no podía decidirse á aceptar el terrible honor que le ofrecían, por lo cual venía lleno de angustia á consultar á la admirable crucificada. «Liduvina, le dijo, aparentando hablar de otro, porque no quería que conociese que de él se trataba, uno de nuestros hermanos es llamado al Episcopado; mas él resiste, porque cree no tener ni los talentos ni las virtudes que reclama tal dignidad, antes el sentimiento de su debilidad y la perspectiva de los grandes peligros que le esperan, todo lo llenan de horror, y sólo piensa en rehusar. ¿Qué decís vos de eso?— «Padre mio, respondió la virgen, que no se engañó de ninguna manera acerca de la persona de quien se trataba; Padre mio, antes temo que todas esas magnificas razones no vayan á ser mas que un subterfugio. Decidme vos: por regla general, ¿no está obligado un hombre

á obedecer cuando los superiores ordenan?—Sí;—Y cuando este hombre, además esté ligado por los votos de religión ¿será dueño de sí mismo, y podrá á su voluntad disponer de su persona?—Nó.—Pues desde luego, Padre mio, la cuestión parece terminada. No me habéis ni de incapacidad, ni de pretendidas imperfecciones, pues el verdadero juez en ese doble punto, de ordinario no debe ser el súbdito sino sólo el superior. Si uno es dueño de temer, y de huir los honores, bien puede someter á la autoridad sus respetuosas observaciones; mas después de ésto, el resistir aún, ya no sería humildad cristiana, sino rehusar ocupar el puesto asignado por Dios mismo, para hacer únicamente su propia voluntad; ó en otros términos, esto es desobedecer! Y además, en ese camino, Padre mio, las gracias son raras, los escollos numerosos, y encuéntranse peligros mucho más terribles que los que se habían pretendido evitar.» Y la sierva de Dios había dicho la verdad; porque nuestro religioso, obstinándose en su negativa pasó más tarde por tales tribulaciones, que confesó que mil veces le habría sido mejor aceptar humildemente aquel honor lleno de peligros que él no había buscado, y contra los cuales la gracia de Dios lo habría protegido, que permanecer en la obscuridad en contra de la obediencia y por amor al reposo y á la libertad.

A todas esas enseñanzas y á cada una de esas inspiraciones de su celo, la santa mezclaba siempre una dulce unción y las apremiantes lecciones de su caridad. «Amémonos mutuamente,» decía, y daba ella misma el ejemplo de una tierna caridad. Este es el gran mandamiento, esta es la primera y la más elevada de todas las virtudes, y en ella se encuentra la perfección en toda su plenitud! Muchas veces se le oía exclamar

con acento lleno de dolorosa tristeza. Ay! ¿por qué nos amamos tan poco unos á otros? ¿no somos hijos de un mismo padre, reunidos á una misma mesa por los mismos sacramentos? ¿no somos todos herederos de las mismas esperanzas y ciudadanos futuros de la misma patria? Por qué, pues, muchas veces nos odiamos y nos destrozamos como enemigos en el campo de batalla? Por qué esas divisiones, esos procesos y esas quejas? Por qué esas maledicencias y esas calumnias? Ah! esto es emplear muy mal nuestro tiempo! Mayores cosas tenemos que hacer! Hay tantos niños, ancianos, enfermos y pobres que piden socorro! Hay tantos dolores personales, que nos asedian á nosotros mismos! ¿qué insensatos somos! Navegando en la misma nave, perdidos en el mismo océano, y destrozados por la misma tempestad, en vez de darnos la mano y ayudarnos mutuamente para endulzar el horror del pasaje, ponémonos á disputar y á querrellarnos ¡al mismo tiempo que las olas amenazan sumergirnos.

Tendamos la vista en torno nuestro: Cuánto bien no podemos hacer al pobre, al ignorante, al alma affigida, al joven á quien la inexperiencia pierde, con un afectuoso consejo, con una sola palabra dicha á propósito y salida del corazón!

CAPITULO XII.

CARIDAD Ó CELO POR LA CONVERSIÓN DE LOS
PECADORES.

*Severidad de Liduvina para con algunos pecadores.— Confun-
de á un visitador mal intencionado.— Una falsa devota.—
Si, Príncipe, llorad!— Peligros de una mala amistad.—
Una fácil penitencia se hace dura y saludable.*

EL celo de Liduvina estaba siempre animado de una santa libertad, pues reprendía á los pecadores con la independencia de un apóstol; y á veces llegaba hasta castigar severamente á los que venían con algún pensamiento culpable. Un día vino un recaudador de rentas, hombre orgulloso, codicioso y muy avaro, á quien la santa no había visto jamás ni conocía de ningún modo. Aquel hombre venía con el único fin de molestarla con preguntas insidiosas, y traía consigo muchas personas á las cuales había dicho: ya vereis! yo me encargo de mostraros lo que es esta joven á quien tanto admiran, y con sólo dos ó tres preguntas me prometo confundirla! Liduvina, le dijo, respondedme: Si Jesucristo se mostrara á vuestra vista oculto en la hostia que se expone en el altar, y al mismo tiempo se os apareciera en otra parte viniendo bajo su figura natural, decidme ¿á cuál de los dos tributariais vuestras adoraciones? La virgen nada quiso contestar, solo se vieron correr dos lágrimas de sus ojos, hasta que al fin con imponente dignidad respondió: "Muchas veces me han hecho para tentarme toda clase de preguntas; mas no me acuerdo haber oído jamás una tan penosa como

la que acaba de salir de la boca de éste hombre de cobre y de plata! Esas solas palabras fueron como un rayo. Todos los visitadores espantados ante la santa de quien sabían no ser conocidos, y que no obstante descubría tan pronto la profesión así como el odioso vicio y la culpable intención del que había hablado, avergonzados y confusos, sin hablar una palabra se alejaron precipitadamente, pues el desgraciado receptor, ya se había apresurado á dar el ejemplo.

Esta severidad de nuestra santa alcanzó otra vez á cierta joven que hacia algún tiempo acudía con frecuencia á su casa. Con una habilidad que hubiera engañado á los mas perspicaces, se daba grandes aires de devoción, no hablaba mas que de piedad, y afectaba la virtud más austera, procurando de este modo ganar pronto el afecto de la piadosa enferma, ó de las personas que la rodeaban. Mas Liduvina había leído en aquella alma, y había descubierto en ella, con espanto, una horrorosa depravación. Al principio le tuvo paciencia y se limitó á oraciones y consejos; después no adelantando nada, antes previendo nuevos lazos y temiendo un funesto contagio para las jóvenes á quienes amaba como madre, se decidió á terminar. Un dia pues, que dicha joven se jactaba más audazmente que nunca de piedad y de virtud, le dijo Liduvina. "Así, vos sois una joven devota, ó á lo menos lo decís?—Mas así como lo pienso no lo pensais también vos, Liduvina?—Yó? respondió la santa? Pues bien! si quereis saber lo que yo pienso, os diré que veinte y cinco devotas como vos, podrían bailar muy bien en la punta de una aguja! El golpe había dado en el blanco, la culpable joven se levantó y desapareció por completo. Ay Dios mio! qué és lo que habeis hecho? preguntó muy conmovida una de las jóvenes que es-

taban presentes, qué és lo que acabais de decir? Por qué difamais así á ésta piadosa joven? un escándalo es este que nos dais!—"Dejadla, dejadla marcharse, respondió la virgen, Dios sabe lo que es esa mujer! en cuanto á su piedad si quereis una muestra id á buscar á esta pretendida devota y á solas con ella reprochadle solamente un leve defecto que le habreis conocido, y yo acepto la prueba. Sí, consiento en que la creais verdaderamente devota si os escucha humilde y paciente; más si á la primer palabra prende el fuego, si la veis levantarse delante de vosotras como una leona atacada por el cazador, vuelvo otra vez á decirlo: nó, no me hableis más de ese vaso de devoción, que no es mas que un vaso cascado y vacío." Como lo dijo, así lo hicieron aquellas jóvenes que querían justificar á la pobre inocente. El dia siguiente fueron á su casa: mas pronto volvieron. "Y bien? preguntó la virgen—Razón teneis, Liduvina, le dijeron: una sola palabra, la más sencilla, bastó para enfurecerla. Ah! si la hubiéseis visto! no era ya una mujer, sino una pantera, y al primer golpe, la piedra de toque había cambiado el ángel de virtud, en un demonio desencadenado! Algún tiempo después vinieron á contar á Liduvina que aquella joven había muerto de un modo lastimoso, é inmediatamente se puso á orar por ella; pero su buen ángel se le apareció diciéndole: "Dejad de hacer oraciones inútiles, porque esta alma ha caído para siempre en el abismo cavado por el vicio y la hipocresía!"

Liduvina no usaba de esta libertad de corrección solo con los humildes y pequeños, pues aun los grandes y los personajes más ilustres no eran tratados con más miramiento cuando el bien de su alma lo exigía. Un Príncipe extranjero, célebre en los fastos de la época, se hallaba un dia cerca de la virgen. El de-

seo de hablar á la santa acerca de graves negocios de conciencia, le había traído hasta allí. Mas cuando fué preciso declararse como lo deseaba, el valor le faltó, comienza con rodeos hablando vagamente y perdiéndose en difusos discursos. "Príncipe, le dijo al fin Liduvina, llegad de una vez á los hechos; vos me estais hablando mucho de ciertas faltas ligeras: mas hay otras miserias mucho mayores en vuestra alma. Y ella misma puso el dedo en la llaga. Príncipe, vos, habeis cometido tal y tal enorme pecado, sois pues un gran pecador! El hielo estaba roto, y el Príncipe se puso á verter un torrente de lágrimas. Sí, llorad lágrimas de sangre: mas sobre todo, Príncipe, haced una sincera y humilde confesión, comenzad desde hoy una solemne reparación, y en seguida tened confianza! Vuestras lágrimas moverán al gran Rey ante quien no sois mas que polvo y ceniza; el arrepentimiento os dará la paz, y la penitencia os elevará hasta la gloria! Id pues, y no lo olvideis jamás: si no salvais vuestra alma ¿de qué os servirá la noble corona que portais? El Príncipe se alejó sinceramente convertido, pues Dios le había hecho esa grande gracia; y apenas vuelto á sus estados deja de existir!

Habia en Squidam una mujer que llevaba una vida deplorable: joven, rica, libre de toda sujeción, y además apasionada por los placeres, no sólo se había entregado á los más lamentables desórdenes, mas á fuerza de festines y de fiestas atraía á su casa y parecía que se había propuesto pervertir al mayor número de almas posible. Liduvina había ensayado al principio poner un término á tantos escándalos, atrayendo al bien á la infeliz que los causaba; advertencias, tiernas súplicas, aun amenazas de la justicia de Dios, nada había perdonado. Mas aquella era una alma en-

durecida, á quien ni amenazas, ni ruegos, ni nada había podido conmovér. La santa había comprendido que lo único que le quedaba que hacer era arrancarle á esta desgraciada las víctimas que pudiese, y en efecto habíase dedicado á esta obra.

Entre los convidados de esta mujer escandalosa había uno á quien su rango y su carácter, y algunos servicios recomendaban mas especialmente á la afectuosa solicitud de nuestra santa. Un dia le mandó llamar y le dijo: «Señor, yo quiero suplicaros que rompáis con esa mujer que os está perdiendo; vuestra dignidad, y el honor de vuestra reputación, todo os impone el deber de hacerlo! mas sobre todo tened compasión de vuestra alma en peligro, bien veis que vuestra vida, ejemplar en otro tiempo, es al presente un grave escándalo; muy bien conoceis que con tal vida amontonais sobre vuestra cabeza los carbones de la ira del Señor. Ah! prometedme no volver á ver más á la casa de esa desgraciada y criminal mujer! El pecador lo prometió todo: mas apenas salió de allí, corrió á la casa de su cómplice á divertirse, y se entretuvo, sabe Dios cuánto en hablar de lo que la virgen le había dicho: todo el resto del dia se pasó en una loca alegría, un estrépito continuo de gozosas risas y de espirituales salidas.

Mas desgraciadamente el cielo no se reía; dos ó tres dias después, y á la mitad de una hermosa fiesta, ésta mujer cayó muerta! «Madama N. ha muerto!» vino á decir á Liduvina el personaje que conocemos: Dios mio! qué habrá sido de ella?—Queréis saberlo? respondió la santa.—Cómo? podeis vos darme alguna luz sobre su suerte eterna?—Yo puedo aun más que eso; dijo Liduvina, pues puedo mostrárosla á ella misma si así lo deseais.—Hablais de veras? pues no deseo otra cosa.—Pues bien: vos la vereis. Dios es bueno y todo-

poderoso, y voy á pedirle esta gracia para vuestra salvación. Apenas había vuelto á su casa cuando tuvo aquel una terrible visión, el infierno con todos sus horribles horrores, parecía abrirse á sus pies, y á sus mismas miradas. «Mira bien, le dijo, una potencia sobre humana,» y entonces en el fondo del abismo y al través de las llamas que remolineaban, en medio de una legión de demonios horrorosos, reconoció, presa de inenarrables torturas á aquella misma mujer por quien lloraba. Imposible es describir el espanto que le causó este espectáculo, hacia ya tiempo que la visión había desaparecido y allí permanecía aún, pálido, la frente bañada en sudor frío y las rodillas chocándose una contra otra de terror!

Mas oh y qué cosa es la debilidad ó la pasión humana! Y cuán cierto es lo que dice el Evangelio que el pecador que rehusa creer á Moises y á los profetas, no creerá tampoco al que para venir á predicarle resucitase de entre los muertos! Este hombre por un momento atemorizado, se aseguró muy pronto. Pasado aquel primer horror, díjose á si mismo que todo había sido engaño de su imaginación, y que esta visión no era mas que una ilusión de sus sentidos, y una mera alucinación, concluyendo por creer que no podía hacer cosa mejor que reirse de aquella ocurrencia; y esto era lo que mejor convenia á sus pasiones. No obstante, Dios se dignó advertirle aún dos veces, reduciéndolo á un estado de crueles sufrimientos, de los cuales Liduvina por sus oraciones le obtuvo la curación. Mas las pasiones volvieron á recobrar siempre su imperio, y Dios en fin le hirió con una terrible enfermedad. Inmediatamente el pecador mandó de nuevo á suplicar á la virgen que orase por él. «Id y decidle, respondió la santa, que ha mucho tiempo que está abu-

sando de las bondades de Dios. Cuando he podido he retenido la sentencia que se cernía sobre su cabeza; mas ya no tengo ese poder, y que en ésta vez no se levantará, sino que deberá morir. Decidle que no nos resta más, á mi, que pedir á Dios que tenga misericordia de él, y á él, que se haga digno de ella por un verdadero arrepentimiento.» El al fin murió, dichoso si reparó en aquellos instantes supremos las lamentables consecuencias de una mala amistad!

Otra vez la santa obtuvo de un pecador aun más miserable, y de una manera extraña un éxito maravilloso é inesperado. Tratábase de un hombre depravado que se entregaba sin pudor á los más escandalosos desórdenes, sembrando por todas partes el escándalo: ya hacía mucho tiempo que el cura de Squidam, affligido de tantos desórdenes le perseguía para atraerle á Dios, conjurándole á que pensase en su alma, y esforzándose sobre todo, á animarle á comenzar á hacer una buena confesión. Mas el obstinado pecador respondía á todo ello con burlas y á veces con ira terrible; algunas veces dijo que en su interior no le sería de disgusto confesarse, mas que no hallaba un sacerdote en el mundo á quien se atreviera á confesar sus crímenes: que él quería confesarse con Liduvina, y nada mas que con Liduvina, es decir, que él quería que entre un sacerdote y él la virgen le sirviese de intérprete. Hablaba aquel hombre en esto con seriedad? ó era tan sólo una chanza maligna? lo cierto es que un día se dirigió á la casa de la santa, y á pesar de la enérgica resistencia que ésta le opuso, hizole la narración completa de las torpezas de su vida. «Y yo quiero, añadió, que hagais vos á vuestro confesor la acusación de todas las iniquidades que acabo de revelaros; así lo quiero, me entendeis?—Pues bien, así será, dijo por fin la

santa; mas con una condición.—Cuál?—Con la condición de que yo os he de imponer una penitencia—Es muy justo Liduvina, mas qué penitencia me dareis?—Antes que os la diga, respondedme: ¿me prometeis cumplir la que yo os prescribiere?—Os lo prometo.—Cualquiera que sea?—Sí, sea la que fuere—¿Y la haréis seriamente, y en todos sus detalles?—Me comprometo á hacerlo así por mi honor—Pues bien! escuchad: ya ni tengo necesidad de deciroslo: sois horriblemente culpable; Dios es bueno, pero es justo: vos habeis acumulado contra su Majestad los más odiosos ultrajes. Pues por tantos delitos mirad la penitencia que os impongo: Esta noche, cuando os pongais en la cama, acostaos sobre la espalda, y permaneced así durante la noche entera, sin hacer absolutamente ningún movimiento, ni á izquierda ni á derecha, sin cambiar un sólo instante de postura.» El pecador se echó á reir! Ah! os reis! pues es que hablo seriamente; haced lo que os ordeno, que insisto siempre en ello! Os lo juro, Liduvina, que os obedeceré. . . . tanto mas voluntariamente, cuanto que en verdad esta es la penitencia más fácil y más suave que se haya dado jamás. Llegada la noche el hombre se acostó tomando la postura indicada, aplicándose á evitar todo movimiento; mas de ningún modo pudo dormir, porque muy pronto tal postura se le hizo intolerable, al grado que le parecía no haber pasado jamás una noche tan horrorosa. Al mismo tiempo los más serios pensamientos se presentaban á su espíritu. «Un dia vendrá, decíase á sí mismo: un dia vendrá en que con mi voluntad ó sin ella, estaré como al presente, extendido sobre un lecho más rígido aún y más inmóvil que ahora; porque esa será la fría inmovilidad de la muerte! Llevarán mi cadáver á la tierra y todo quedará concluido. Riquezas,

honores, placeres, todo habrá desaparecido! No quedará mas que las virtudes ó los delitos. . . . Ah! y cuántos he cometido! Y después?—yo tengo por bueno reir y burlarme,—pero entonces vendrá el juicio de ese Dios justo cuya bondad tanto he despreciado! entonces para mí se abrirá el infierno! y en lugar del lecho de plumas en que ahora me encuentro, vendré á tener un lecho de fuego! en vez de una noche de incomodidad, tendré una eternidad sin fin de espantosos suplicios! También se acordó de Liduvina. Ay! pobre de mí, que me atrevo á quejarme cuando ese ángel de virtud no exhala ni una sola queja! Y qué viene á ser mi penitencia comparada con la suya? qué es ésta inmovilidad de algunas horas, y en sana salud, en el más mullido lecho, y en el que con todo sufro tan cruelmente, comparada con la inmovilidad horrorosa y absoluta de tantos años en aquel miserable lecho de paja, en medio de los más atroces tormentos, y cuando todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga! Esas reflexiones acabaron de convertirlo, pues al día siguiente se presentó á un sacerdote, é hizo con él su confesión; desde ese momento cambió de vida y de allí en adelante vivió como penitente y santo.

Así, y en todo tiempo, y de todas maneras y á todo precio, procuraba Liduvina la salvación de las almas, sin cansarse nunca su celo. Entre aquellos crueles dolores cuya actividad nunca se moderaba, consagraba días enteros á todos esos visitantes que la rodeaban, escuchándolos, respondiendo á sus dudas, prodigándoles sus consejos, advertencias y súplicas; apremiándoles con tanto más amor cuanto eran más miserables y pecadores. "Ah! vos os estais matando, le decian reprendiéndola después de sus audiencias que la extenuaban, y á la verdad que lo haceis por gentes que muchas ve-

ces no valen la pena!—"Qué decís? exclamaba la virgen: pues ¿qué! Jesucristo no ha dado su gloria, su sangre y su vida por el alma del último de los hombres? Y vosotros contais mis pequeñas fatigas, y queríais que nada hiciese por ellos? Oh! dejadme como él y por él amar un poco, y si preciso es, amar sin medida á aquellos á quien él ha amado tanto, porque el verdadero amor, la excelente y divina caridad, es siempre la salvación de los pecadores."

Si tuviésemos la fé más viva, comprendiéramos mejor que hay un inmenso mérito en convertir un pecador, en preservar una alma de un pecado mortal, ó aunque no fuese mas que de un pecado venial, y tendríamos con esto más celo del bien de las almas!

CAPITULO XIII.

LA EUCARISTÍA.

La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Viático.—Siempre inflexible!

SIN duda se habrá comprendido, que el amor ardiente de Liduvina para con los pobres y para con los pecadores, tenia su principio en otro amor más santo y más elevado: era el brillo del amor mismo de Dios, de este amor supremo, infinito, centro y foco, fuera del

honores, placeres, todo habrá desaparecido! No quedará mas que las virtudes ó los delitos. . . . Ah! y cuántos he cometido! Y después?—yo tengo por bueno reir y burlarme,—pero entonces vendrá el juicio de ese Dios justo cuya bondad tanto he despreciado! entonces para mí se abrirá el infierno! y en lugar del lecho de plumas en que ahora me encuentro, vendré á tener un lecho de fuego! en vez de una noche de incomodidad, tendré una eternidad sin fin de espantosos suplicios! También se acordó de Liduvina. Ay! pobre de mí, que me atrevo á quejarme cuando ese ángel de virtud no exhala ni una sola queja! Y qué viene á ser mi penitencia comparada con la suya? qué es ésta inmovilidad de algunas horas, y en sana salud, en el más mullido lecho, y en el que con todo sufro tan cruelmente, comparada con la inmovilidad horrorosa y absoluta de tantos años en aquel miserable lecho de paja, en medio de los más atroces tormentos, y cuando todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga! Esas reflexiones acabaron de convertirlo, pues al día siguiente se presentó á un sacerdote, é hizo con él su confesión; desde ese momento cambió de vida y de allí en adelante vivió como penitente y santo.

Así, y en todo tiempo, y de todas maneras y á todo precio, procuraba Liduvina la salvación de las almas, sin cansarse nunca su celo. Entre aquellos crueles dolores cuya actividad nunca se moderaba, consagraba días enteros á todos esos visitantes que la rodeaban, escuchándolos, respondiendo á sus dudas, prodigándoles sus consejos, advertencias y súplicas; apremiándoles con tanto más amor cuanto eran más miserables y pecadores. "Ah! vos os estais matando, le decian reprendiéndola después de sus audiencias que la extenuaban, y á la verdad que lo haceis por gentes que muchas ve-

ces no valen la pena!—"Qué decís? exclamaba la virgen: pues ¿qué! Jesucristo no ha dado su gloria, su sangre y su vida por el alma del último de los hombres? Y vosotros contais mis pequeñas fatigas, y queríais que nada hiciese por ellos? Oh! dejadme como él y por él amar un poco, y si preciso es, amar sin medida á aquellos á quien él ha amado tanto, porque el verdadero amor, la excelente y divina caridad, es siempre la salvación de los pecadores."

Si tuviésemos la fé más viva, comprendiéramos mejor que hay un inmenso mérito en convertir un pecador, en preservar una alma de un pecado mortal, ó aunque no fuese mas que de un pecado venial, y tendríamos con esto más celo del bien de las almas!

CAPITULO XIII.

LA EUCARISTÍA.

La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Viático.—Siempre inflexible!

SIN duda se habrá comprendido, que el amor ardiente de Liduvina para con los pobres y para con los pecadores, tenia su principio en otro amor más santo y más elevado: era el brillo del amor mismo de Dios, de este amor supremo, infinito, centro y foco, fuera del

cual no quedan mas que los fríos cálculos del egoismo y del orgullo, y á cuyos ardores vienen á encenderse todas las virtudes y á abrasarse todas las abnegaciones como á los rayos del sol se encienden y se abrasan todos los hermosos astros que resplandecen en la bóveda del cielo.

Liduvina amaba á los pobres y á los pecadores, y los amaba hasta acudir en su ayuda desde el centro mismo de su agonía: porque ya sea en los pobres ó en los pecadores era á Dios mismo á quien veía, es decir, porque amaba á Dios en todo, y por todas partes, y siempre y con todas las potencias de su alma.

Tal amor no queremos ni podemos circunscribirlo á los estrechos límites de un capítulo, pues que el conjunto de las virtudes de nuestra virgen y su vida entera, forman la demostración y componen la historia magnífica de este inmenso amor en que ardía por Dios ese corazón.

Hay en la adorable economía de nuestra religión un dogma que de un sólo rasgo nos dá la medida al mismo tiempo que la razón de nuestro amor para con Dios y del amor de nuestro Dios para con nosotros, y esta es la divina Eucaristía! Amad á la Eucaristía y ya tendreis el amor. Y cuanto más verdadera y ardentemente ameís la Eucaristía, tanto mas tendreis el amor elevado á su mas alta potencia de fecundidad y de abnegación. Ni podría ser de otro modo, pues cómo no amar hasta el heroísmo de la abnegación, cuando comprendemos bien que llevamos en nosotros á Dios mismo real y substancialmente, al Dios santo y tan bueno que nos ama hasta acomodarse y unirse con nuestra miseria identificándonos consigo? De qué no serémos capaces cuando sentimos latir nuestro corazón embriagado con las inspiraciones de la Divini-

dad en él presente? Qué podrá ya costarnos la paciencia ó la bondad, el perdón, la abnegación, cuando hemos comulgado con la Paciencia y el Perdón, cuando no somos mas que uno mismo con la Abnegación y con la Santidad, es decir con Dios?

Así comprendía Liduvina la Eucaristía, y por este uso inteligente, que es el único verdadero, de la divina Eucaristía, se elevaba á tanta perfección, ó lo que es lo mismo, á tan encendido amor de Dios. Fijemos pues, por un momento nuestras miradas en su tierna devoción hácia este Sacramento del amor infinito para medir el amor que á Dios tenía.

Desde el principio de su enfermedad, y por razón de las preocupaciones á las que la hemos visto sujeta, Liduvina comulgaba raras veces; mas cuando sus sufrimientos fueron aumentando, cuando en el fuego de la meditación se encendió en su alma el amor de la pasión del Salvador, comenzó á amar más al Santísimo Sacramento, establecido para perpetuar su memoria. Entonces pidió y obtuvo el favor de comulgar con mas frecuencia por lo menos en las fiestas principales. Muy pronto la comunión le pareció tan dulce, y encontró en ella tan arrobadoras delicias, que la dilación de algunos dias, y aun de uno sólo parecíale muchos años.

Mas la santa debía ser duramente probada en esto como en todo, y vamos ya llegando á una época de su vida en que pasaron algunos hechos que reasumen mejor que cuanto podríamos decir, el estado de su alma con respecto á la divina Eucaristía.

Ya hemos notado que Liduvina sólo había encontrado hasta entonces sacerdotes animados de ese espíritu de Dios, que caracteriza á los santos ministros, siempre había encontrado en ellos el celo, la ciencia, la piedad,

y la dulce bondad de corazón que hacen tan eficaz su consolador ministerio; mas en la época de que hablamos, vino á Squidam un nuevo Cura, que trajo consigo un cambio completo. Era un hombre rudo y severo, de un celo brusco, poco ilustrado, y sobre todo, de una desoladora sequedad de corazón. Además, llegaba á Squidam mal preparado para con Liduvina, pues no creía en su estado sobrenatural, y en sus primeras visitas aunque vió aquellos extraños dolores y la inimitable paciencia de la virgen, nada le conmovió; pues las penas, la paciencia y la total abstinencia de alimentos, no eran á sus ojos mas que hipocresía que tenía por fin engañar, una comedia mas ó menos hábilmente representada que se prometía desenlazar algún dia.

En verdad aquel nuevo Cura, parecia traído allí expresamente para contristar á la santa, y pronto veremos cómo era providencialmente enviado para hacer resaltar mas que nadie, por su incredulidad sospechosa, la autenticidad del estado sobrenatural y prodigioso de la piadosa crucificada.

Liduvina no tardó en pedir humildemente á su nuevo Cura el permiso de continuar sus comuniones según su piadosa costumbre; pero él se la negó secamente. Creyendo la santa que sería sólo una prueba, volviólo á pedir con instancia, pero sólo obtuvo la misma negativa. Entre tanto las fiestas sucedían unas á otras y siempre nada de comunión. Desolada la santa ensayó por tercera vez interesar al Cura. Todavía, exclamó este con terrible voz: Qué significa esta extraña devoción que quiere comulgar mas veces que todo el mundo? Pues bien! lo entendeis? Ya he dicho que nó, y no será! La pobre joven nada replicó. En ella entonces cumpliase la palabra del profeta:

"Los niños han pedido pan y no hay quien se los parta!"

La tristeza de Liduvina fué inmensa, y estaba inconsolable, pues de dia en dia como que se irritaba mas el hambre divina que la devoraba. Una vez sucedió que el durísimo pastor entrando en su casa la encontró bañada en lágrimas. "Por qué son esas lágrimas? le preguntó.— Ah! Padre mio, respondió la dulce virgen, si yo tuviese en mis manos la llave del tabernáculo como vos la teneis en las vuestras, y si yo os viese oprimido por el hambre como yo lo estoy, oh! nó, yo no os negaría el pan de vida como vos me lo estais negando. Oh, muy amado Padre de mi alma, tened compasión de vuestra desgraciada hija! Ya que no soy mas que una horrible llaga, dadme á Aquel que consueta, ya que no puedo comer el pan material, dadme el pan eterno que vivifica los corazones. Si aun los gusanos encuentran en mi cuerpo su alimento, dad el suyo á este pobre gusano! Ah! mi alimento, mi dicha y mi vida es Jesucristo; tengo hambre de Jesucristo; no me puedo pasar sin él. Oh pastor mio, Padre mio, dadme á Jesucristo!" Una roca se hubiera ablandado con esas palabras, pero aquel corazón de bronce no se ablandó; como antes, la santa quedó condenada al suplicio que le arrancaba un grito tan desgarrador. ¿Y quién podría decir las angustias de su amoroso martirio? angustias que cada solemnidad y cada fiesta que iba pasando hacía mas punzantes, pues hasta la campana de la iglesia parroquial parece tenía la misión de renovar sus tormentos. Oh, cuando esta campana, cada dia, en el solemne instante de la consagración, anunciaba con sus voces á la multitud esparcida por las calles ó en los campos, que una vez mas Dios había descendido á la tierra y habitaba entre los hom-

bres, se veía el rostro de Liduvina inflamado, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, latía su corazón con tal violencia, que parecía querer volar hácia su amado! Cuando llevaban el sagrado Vático á algún moribundo, la campanilla que resonaba en la calle como diciendo á cada uno; "arrodillaos! que Dios pasa ante vosotros!" esta voz de la campanilla le decía á Liduvina: "El bien amado de tu corazón, el que es tu vida, está allí, casi á tu puerta, allí está muy cerca de tí! Oh! entonces sufría la santa como el hambriento á quien se dejase ver el pan sin permitirle llevarlo á sus labios! mas de una vez en esas ocasiones creyeron que iba á espirar de dolor.

Mas á lo menos, á falta de la comunión sacramental, Liduvina aplacaba tanto cuanto podía su piadosa hambre por la comunión espiritual, y sabía encontrar á su Jesús por un incesante recuerdo y por sus ardientes deseos, mirábale por decirlo así con su fé, hablábale como si hubiese estado presente: uníase íntimamente con él, no queriendo tener mas que una voluntad, un sólo corazón y una sola vida. Cuán dichosa era también cuando se acercaba á ella alguna persona que acababa de recibir al Salvador en su alma! Los sacerdotes sobre todo, exitaban su piadosa envidia: Ofrecer todos los dias el divino sacrificio, y comulgar todos los dias, era para ella una dicha incomparable. "Dios mio! decía muchas veces: dadme alguna parte en los méritos de los sacerdotes que celebran el día de hoy, bien sea aquí en Squidam ó en todos los altares del mundo! Muchas veces aun para dar otra dirección á su piedad, hablaba á los que la rodeaban de Aquel á quien tanto amaba: "Ah! cuán dichosos sois, les decía, los que asistís á la santa misa, porque asistís á la misma pasión del Salvador! La iglesia, el altar son el

Calvario, mas la hostia es Jesucristo mismo que de nuevo allí se inmola. Entonces ábrese el cielo, los ángeles descienden y póstranse en profunda adoración, vosotros que estais allí qué debéis sentir? Y cuando comulgais... Ah! recibir á Aquel que fortifica la debilidad, que glorifica el arrepentimiento y diviniza la virtud, recibir al divino Hijo de la Virgen purísima, al Rey de los reyes, al Santo de los santos que nos asimila á sí! he aquí la suprema felicidad, he aquí ya el cielo sobre la tierra! De cuanta dicha, piedad y amor no debéis entonces sentir os embriagados?

Entre tanto Liduvina no renunciaba á la esperanza de mover algún día á su pastor. Al acercarse una gran solemnidad quiso hacer una nueva tentativa para conseguir la comunión, pero siempre no se le concedió. Entonces procuró la intervención de algunos amigos y personas que poseían el afecto del Cura; pero todo fué en vano. La santa volvióse entonces á Dios, y pidióle con lágrimas su ayuda, pero parecía que Dios mismo no escuchaba su oración; el Cura se mostró mas que nunca inflexible, y el tabernáculo no llegó á abrirse para la pobre crucificada. En su abandono cada día y muchas veces oíasele exclamar con lamentable acento: "Ah! quién pues, me dará el pan de la verdadera vida? Ahora que mi padre me ha abandonado, quién pues sostendrá mi alma que cae en languidez? A mí, pobre abandonada ¿quién volverá la dulce presencia de mi dulce Jesús lejos del cual no puedo vivir?"

Quien tiene verdadera piedad, padece, pero no se queja, y ama siempre al Señor en medio de sus penas!

CAPITULO XIV.

LA EUCARISTIA. (CONTINUACIÓN.)

Medios que el Cura de Squidam imagina para descubrir lo que llama supercheria.—Liduvina hace una nueva tentativa.—Dánle una hostia sin consagrar.—Su ángel le anuncia que vá á ser consolada.—Jesucristo le aparece.—El Salvador en la cruz.—Los estigmas.—El viejo Pedro escucha á la puerta.—La Hostia milagrosa.—Qué me queríst—Perplejidad y comunión.—Cruel alocución á la puerta de Liduvina.—Un tumulto.—El Obispo llega.—Terroros del Cura.—La virgen toma generosamente su defensa.

Así se pasaron muchos meses tristemente con la lentitud de los siglos en medio de las lágrimas de la mas amarga tristeza.

Por su parte el Cura, lejos de ablandarse, no sólo se hacía mas y mas intratable, sino que andaba revolviendo en la mente siniestros pensamientos.

Ya hemos dicho que no creía en el estado sobrenatural de Liduvina, pues aquella cruz, aquellas enfermedades, y sobre todo, su extraña resignación, su abstinencia absoluta de alimentos, prodigios tan evidentes, todo ello no era á sus ojos mas que una supercheria, y hacia tiempo se andaba devanando los sesos para encontrar en fin un medio de confundirla.

Un dia pues, vínole una idea luminosa. "Esta joven, se dijo, ha tomado por base de su impostura la abstinencia total de alimentos; á creerla, todo alimento por ligero que sea, le es absolutamente imposible, y para añadir á la mentira el prestigio de lo maravi-

lloso, dicen y repiten en todas partes que la santa Hostia es lo único que su estómago puede aceptar.... Mas si yo le diese por comunión una hostia sin consagrar.... Ah! sí, esto es! la prueba sería infalible.... Sí, esperemos la primera ocasión y esta vez abriremos bien los ojos. El Cura creyó haber tenido en eso una inspiración. Y lo era en verdad, mas una inspiración de Satanás que se valía de su ignorancia y de sus prevenciones apasionadas para llevarle á un mal, porque dar en comunión una hostia no consagrada, es hacer adorar como Dios un simple bocado de pan, lo cual es una horrible idolatría! El pobre cura no reflexionaba esto, pues en el entretanto Dios quiso fortificar á su sierva contra semejante prueba, y un ángel le apareció á Liduvina diciéndole: Hermana mia, vé aquí que una nueva tempestad truena sobre tu cabeza, pues bajo pretexto de comunión tu pastor te vá á contristar todavía mas, pero no tengas temor, que Dios proteje la verdad y su Majestad está contigo!

En el interín llegó la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, en el ocho de Septiembre, lo que era una fuerte tentación para la piadosa enferma. Como otras muchas veces, envió á suplicar á su pastor que le concediese en ese hermoso dia la dicha de recibir á Jesucristo. El Cura no esperaba precisamente mas que una ocasión semejante, aparentó que no quería concederle; pero después condescendió: fué á confesar á la santa, volvió á la iglesia y tomó allí una hostia sin consagrar, llevándola con gran solemnidad! Ay de mí! todo ese pueblo que se prosterna y lo sigue, hace sin saberlo un acto de idolatría, gracias á aquel hombre ignorante, ó tristemente apasionado. Entre tanto, Liduvina esperaba con gran recogimiento y con la inmensa alegría de su alma: por fin vá á poseer á

su Dios! . . . El Cura llega, presenta la hostia que la virgen recibe en su lengua. . . mas repentinamente su rostro palidece, sus miembros se contraen, y sobreviene un vómito en el que aquella hostia es violentamente arrojada!

Entonces vióse al desgraciado sacerdote vacilar y palidecer. ¿Era el conocimiento de su falta, ó una viva emoción ante esta prueba convincente del estado sobrenatural de la santa enferma? ó bien no era mas que el simple horror de ver su culpable estratagema descubierta? Lo cierto es que su turbación no duró mucho, pues reflexionando y acabando por recobrar toda su audacia exclamó: Miserable mujer! cómo os atreveis á arrojar por tierra el cuerpo del Señor?—Su cuerpo, decís? respondió vivamente la santa: nó Padre mio, nó, nó, no es el Cuerpo del Señor mi Dios lo que acabo de arrojar, este es pan, y puro pan, ya os lo digo! Ah! el divino Cuerpo de mi Señor Jesucristo bien lo conozco, jamás me he engañado; porque lo recibo sin dificultad y con delicia, mas el pan material de que se alimentan los hombres me es imposible tomarlo, pues trastorna todo mi ser, y vé aquí por qué ese vil pan que me habeis dado, cuando yo os pedía á mi Salvador y mi Dios, de grado ó por fuerza he tenido que arrojarlo! El indigno pastor se alejó, si nó cambiando, por lo menos confundido.

Mas imposible es decir la inmensa impresión de dolor que causó á Liduvina el cruel expediente del Cura de Squidam; luego que estuvo sola su corazón se desahogó, sus lágrimas corrieron á torrentes con indecible desolación, la cual duró muchos días. Eso de haber creído tocar ya la dicha! haber esperado tener á su Jesús tan amado! y en lugar de esta celestial felicidad no haber encontrado mas que una atroz decep-

ción. . . mucho era para un corazón como el suyo! Y además esta esperanza misma que había visto brillar, esta alegría que había comenzado á gustar y que la había quebrantado tan cruelmente, esta especie de burla sangrienta, todo ello no había hecho mas que irritar de un modo extraordinario, la divina hambre de su alma, "Ah! decía, yo deseaba á mi Jesús! le esperaba como tan bueno! Yo lo quiero! me hace falta! no puedo vivir sin él! Qué desgraciada soy! Estar reducida á no poder ya esperarle, á hacerme aun un deber de no volver á pedirlo, por no exponerlo á algún nuevo ultraje!"

Tres meses se pasaron desde el dia de la Natividad en este lamentable estado; y por otra parte el incorregible Cura no había vuelto á la casa. Llegó el ocho de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de María, fiesta mas amada de Liduvina, otro hermosísimo dia! mas viólo llegar y no vió venir á su Jesús. preciso era resignarse! Mas oh y cómo lloró! cuánto sintió reanimarse todas sus divinas tristezas! No obstante, en ese mismo dia de la Inmaculada Concepcion, sus oraciones debían ser escuchadas, y Dios en su bondad había resuelto favorecerla con sobreabundantes consuelos.

En efecto, en ese mismo dia, cuando la santa estaba como anegada en lágrimas, el ángel que había visto antes de la Natividad, vino á verla resplandeciente de luz. "Hermana mia, Liduvina, le dijo el celestial enviado, deja ahora de llorar, pues mira que vas á ser indemnizada de las tristezas que te ha causado tu pastor. Traigo la misión de anunciarte que el Amado de tu alma vá á mostrarse á tí, tú lo verás con tus ojos, y con su divina mano curará las llagas de tu corazón." El ángel volvió á los cielos y Liduvina quedó

sola, deslumbrada, y rebozando de reconocimiento y alegría.

Entre tanto, pasado aquel primer transporte, Liduvina se acordó de su Cura y tomó el partido de enviarle á buscar, pues tenía necesidad de decir todo; pensaba que convenía que fuese advertido con anticipación. La aparición del ángel, sus dulces palabras, su promesa; todo se lo refirió, pues no quería que pudiese atribuir mas tarde á alguna engañosa ilusión el prodigioso favor que esperaba. Vana precaución! El Cura se burló de todo y Liduvina no obtuvo otra respuesta que grandes risas y no pequeñas burlas!

Llegó la tarde y la virgen acababa de enviar consolada á una pobre madre que había venido á suplicarle que orase por la curación de su hijo. Sola ya y libre la santa, había continuado según su costumbre sus ejercicios de piedad, y su oración. . . . Repentinamente, y como hacía las ocho, llenóse su aposento de una prodiosa claridad, al grado que en lo exterior creyeron era un incendio; y los hermanos, los parientes y los vecinos acudieron precipitadamente á apagarlo. «Estad tranquilos, les dijo la santa, ya veis como no hay aquí incendio ninguno ni peligro de que lo haya, bien podeis retiraros sin temor; dejadme sola os suplico y cerradme la puerta.» Todos se retiraron, mas el prodigio los había llenado de santo horror. Algunos instantes mas tarde, y siempre en medio de esta luz que brillaba en su aposento y lo alumbraba como si fuera el sol, la virgen vió á su buen ángel deslumbrante de esplendor aproximarse á ella, tocarla ligeramente y volverle así á su cuerpo por un instante su integridad natural. Después vinieron muchos ángeles, cada uno de los cuales traía en sus manos uno de los instrumentos de la pasión de Jesucristo, este traía la

cruz, aquel los clavos, otro los martillos, la lanza, la corona de espinas, los azotes. . . . y cada uno de ellos al llegar se iban poniendo en orden al derredor de su lecho; vió también á la augusta Madre del Salvador, que se acercaba radiante, coronada de suave majestad, rodeada de un glorioso acompañamiento de escogidos. Bien pronto el Salvador mismo, el Amado de su alma apareció también bajo la figura de un adorable niño. ¡Y cuán hermoso era! La santa lo veía cómo se le venía acercando, en seguida allí sentarse en su lecho, y mirarla con aire tan adorablemente bueno, y tan divinamente dulce, que sentía derretirse de dicha y de amor su corazón. Y he aquí que en un instante después el divino Niño se levantó y extendió los brazos en forma de cruz. . . . Repentinamente se había hecho un hombre; más qué cambio se había operado en El! Su rostro estaba palido, lívido, manchado de sangre, llevaba en su frente una corona de espinas sangrientas: en sus manos y en sus pies se veían las heridas de los clavos; una ancha herida se abría sangrienta en su divino Corazón. Liduvina miraba y remiraba, su alma pasaba de la alegría á la desolación, sentíase muy dichosa al ver á su Bien amado! mas tenía el corazón dolorosamente afligido viéndole en un estado tan lamentable, y mientras este espectáculo la absorbía, miraba como rayos luminosos que se escapaban de todas las Llagas del Salvador, é iban imprimiéndose en su propia carne los estigmas sagrados. «Ah! mi amado Señor, qué es lo que haceis? exclamó inmediatamente la humilde virgen alarmada. Qué! vos grabais en mi carne la impresión de vuestras adorables Llagas! Nó, nó! retiradme un favor de que no soy digna, un honor que me expondría á los peligrosos aplausos de los hombres! Borrada, Jesús mio, esos glo-

riosos estigmas; no me dejéis más que su dolor, ó á lo menos, oh Esposo mio! hacedlas invisibles para que no me queden mas que como un secreto de amor entre vos y yo!» Y esta humilde oración al punto fué escuchada; porque al instante una nueva y ligera piel cubrió las maravillosas llagas, aunque el dolor que comenzó á sentir no desapareció jamás.

Terminado este prodigio, la Inmaculada Virgen María se llegó á los ángeles, y por turno de las manos de cada uno iba tomando con respeto los instrumentos sagrados de la pasión de su Hijo, y los ofrecía á la veneración de la nueva estigmatizada. Los clavos, los martillos, la corona, la lanza, y todos los divinos instrumentos de salud, le fueron así presentados á sus labios. Qué ósculos tan ardientes imprimía en ellos Liduvina! Su alma ardía en un fuego divino, su corazón sobreabundaba de felicidad, y bien pronto, no pudiendo contener sus transportes, como que hicieron explosión. «Gracias, Señor! exclamó en alta voz, oh! millones y millones de veces gracias, mi bueno y dulce Maestro, que así visitais á vuestra pobre esclava!

Su padre anciano que estaba acostado en el aposento inmediato, oyó esas palabras sin comprenderlas, y se sorprendió. ¿A quién podía su hija hablar de esa manera? Violentamente se levantó, y sin hacer ruido se acercó á la puerta del aposento; y en ese mismo instante el divino Crucificado, elevándose iba á desaparecer. Señor! Señor! exclamó Liduvina desolada, si sois vos Aquel en quien yo creo, no os vayais sin dejarme alguna señal que me pruebe infaliblemente que vos sois mi Dios. Al instante detúvose Jesús y tomó una nueva forma: era una Hostia radiante que contemplaba Liduvina, y que por un instante estuvo suspendida en los aires, mas un blanco mantel se puso

suavemente en su lecho, y la Hostia vino á colocarse en él.

Entre tanto, el anciano Pedro que escuchaba á la puerta, siempre sin comprender nada, mas lleno de inquietud; decidióse á entrar en el aposento de su hija, sentándose según su costumbre en la orilla del lecho, preguntóla si tenía necesidad de algún servicio. «Ah! qué haceis mi buen padre, dijo la virgen interrumpiéndole: levantaos, levantaos pronto, tomad una postura mas respetuosa: mirad que tengo cerca de mí al Señor Jesús crucificado!» A estas palabras Pedro se levanta prontamente y mira en el lecho una magnífica Hostia. Admirado y fuera de sí, al punto sale, corre, llama á sus hijos, é informa á los vecinos que llenan luego el aposento; el estupor es general.

Todos miraban aquella Hostia; todos, como después dieron testimonio delante de los magistrados bajo la fé del más temible juramento, con la mano sobre el Crucifijo y sobre el Evangelio, todos veían uniformemente los rasgos principales que caracterizaban esta Hostia. Mas grande que la Hostia con la que comulgan los fieles, pero un poco mas pequeña que la de los Sacerdotes, era redonda y resplandecía en su circunferencia, con una aureola de luz. Sobre todo, en medio de esta Hostia, todos miraban un niño crucificado, cuyas heridas parecía que derramaban sangre, y una gota de sangre bastante extensa ocultaba la llaga del costado derecho. ¡Qué espectáculo tan conmovedor! Los asistentes, enternecidos, lloraban y glorificaban á Dios en voz alta; mas Liduvina sobre todo, henchida de felicidad les hacía temer que la violencia de los latidos de su corazón terminase su vida.

Con todo, el sentimiento mismo de su dicha le trajo el recuerdo de su Cura. «Aunque quiera burlarse,

pensaba la santa, un prodigio tan evidente haría cesar sus prevenciones; y se resolvió á enviarle un recado. Como siempre, el Cura trató de delirios y de sueños cuanto le dijeron, mas á pesar de ello se dirigió á la casa de la enferma. "Qué significa, le dijo, esta idea de hacerme correr así por la noche? Vamos, qué me quereis?—Mas, Padre mio, respondió Liduvina: ¿no veis el milagro que se ha verificado aquí? esta luz, esta Hostia. . . . Yo veo. . . . respondió el Cura, lo oís? no veo aquí mas que una impostura del demonio, y no otra cosa.—"Nó, nó, Padre mio, dijo la santa, nó, esto no es del demonio, y os suplico que no habéis de esta suerte. No es el demonio el que veis en esta Hostia, sino el verdadero Dios, y mi Dios y el vuestro, el que nos ha creado á vos y á mí, así como ha creado la tierra y los cielos, oh! miradle. . . . El Cura vió la Hostia con mas atención, y evidentemente este examen le impresionó, pues á pesar suyo y como todos, veía allí un cuerpo admirable, las heridas, la sangre. . . . Al fin pareció vacilar; mas volviendo á tomar repentinamente su firmeza ó fingiendo una audacia que no tenía, ordenó á los asistentes que saliesen en el acto del aposento, y cerró cuidadosamente la puerta hasta que sólo con Liduvina se puso á atormentarla en todos sentidos para hacerle prometer un silencio absoluto acerca de este acontecimiento, y llegó hasta conjurarla para ello con el temible juicio de Dios vivo.

Después le preguntó qué pretendía hacer de esta Hostia, cuya pregunta sorprendió mucho á la santa, que vaciló en responder. "Si yo se la snelto, díjose á sí misma, capaz es en su incredulidad de profanarla, mas si la guardo. . . . Ah! ya veo lo que debo hacer, comulgaré con ella! Sí, mi Señor y mi Dios, vos sabéis mis deseos y mis angustias, y cuán necesario sois

á la vida de mi alma. Pues bien! yo os tengo hoy cerca de mí, vos estais en mi poder, y vos vendreis á mí. Rogaré á mi pastor que os dé á mi amor, y si es necesario yo misma os tomaré y os ocultaré en mi corazón.— Padre mio, dijo al Cura que la maltrataba ya impaciente por su silencio: yo deseo comulgar con esta Hostia.—Qué! ¿quereis pues que yo os dé al demonio? Nó, este no es el demonio; es mi Dios lo que os pido en esta Hostia.—Mas en fin, si es la comunión lo que quereis, iré á la iglesia á tomar una Hostia consagrada, y en cuanto á esta, como yo no sé ni lo que es ni de donde viene, no creo que debais recibirla." La virgen hizo tanta instancia, que al fin se la ministró, y jamás ninguna comunión le trajo mas arrobadoras consolaciones ni mas embriagadoras delicias.

La mañana siguiente tuvo lugar otro incidente; el Cura había concluido con temer que este acontecimiento causase algún rumor en Squidam, y para ponerse á cubierto imaginó explicarlo á su manera. "Hermanos míos, dijo después de la Misa al pueblo reunido en la iglesia: tengo que haceros una penosa comunicación acerca de Liduvina la hija de Pedro. Esta noche la pobre joven, debilitada en sus facultades por una larga enfermedad, ha sido víctima de una peligrosa ilusión del demonio: y yo debo pedir para ella vuestras fervorosas oraciones á fin de que Dios la sostenga en la fé. Digamos pues por esta intención un Padre nuestro y una Ave María."

Después de esto abre el tabernáculo, toma el santo copón y se dirige á la casa de Liduvina, seguido de todo ese pueblo cuya curiosidad acaba de despertar tan torpemente; mas llegando á la casa se detiene, y dirigiéndose á la multitud que se había amontonado: "Hermanos míos, les dijo con fuerte voz, es necesario

que sepais que Satanás ha penetrado esta noche en esta casa, en este mismo aposento en donde descansa Liduvina, y que para sorprenderla y engañarla la ha dejado una hostia falsa, una hostia sin consagrar, que no era ni podía ser el verdadero Dios, pues aseguro y estoy pronto á dar testimonio jurídico, de que no era mas que una infernal impostura. Y si vosotros oís hablar de lo que ha pasado aquí la última noche, ya lo sabeis ahora; es el tentador que muchas veces se transforma en ángel de luz y á él sólo conviene atribuir esta obra de mentira. Yo no he venido aquí mas que para fortalecer á nuestra pobre enferma contra esta fatal ilusión. A lo menos esta vez, la Hostia que tengo en mis manos, es una Hostia santa y divina, realmente consagrada por el sacerdote á nombre de Jesucristo, es Jesucristo mismo! Orad, pues, hermanos míos y orad todos, á fin de que ella la reciba para su salvación.» Dicho esto entró en la casa.

Liduvina todo lo había escuchado, el alma menos sensible se hubiera trastornado: ¿qué hubiera hecho una paciencia vulgar ante una tan humillante y cruel alocución? Mas nuestra virgen imitaba con su corazón á Aquel que fué presa de tan sangrientos ultrajes en el palacio de Caifás. Como Jesús, permaneció pues inquebrantable en su heroica dulzura. Solamente, como El también, porque se trataba de la verdad, creyó que debía hablar para tributarle homenaje. «Padre mio, dijo al pastor, permitidme afirmar que lo que acabais de decir no es exacto. Ah! vos sabeis bien, que lo que ha pasado en esta noche, no es cosa del demonio y aun yo os había advertido con anticipación, que Dios por medio de un ángel me había anunciado este favor. Vos habeis visto que todo en esta admirable Hostia era verdaderamente divino. Por otra parte, Padre mio, de-

eid vos que sois el depositario de todos los secretos de mi conciencia! decidlo luego, ¿soy yo pues, la hija de Satanás? Habeis encontrado en mí el sello de su imperio? Cómo calificar vuestra conducta para conmigo? Y quiera mi dulce Maestro, como se lo suplico, no imputároslo á pecado.» Mas nada debía conmover al ciego pastor. «Véamos, gritó con un tono de voz casi terrible; quereis ó nó, recibir el Cuerpo del Señor que aquí os he traído? y le dió la comunión y se volvió á la Iglesia seguido de los que habían oido su extraña alocución, y que estando fuera no habían oido la protesta de Liduvina. Así, por un momento al menos, la mentira triunfó entre el pueblo, mas este triunfo no fué de larga duración, pues excitada por las imprudentes palabras del Cura, la multitud pasó á las informaciones. La respuesta de Liduvina que algunas personas habían oido, pasó de boca en boca, los testigos del milagro, por su parte, contaron lo que habían visto. La aparición, sus caracteres, con los menores detalles, y también la conducta del Cura en este negocio. Bien pronto la ciudad entera lo supo todo; acordándose de las injustas prevenciones del Cura, de sus negativas y su dureza para con la virgen. Como siempre sucede, mezclóse en esto la exageración y circulaban rumores de odiosas profanaciones. Muy pronto creció un rumor inmenso; el pueblo juntóse en las calles: formáronse grupos, y ya la indignación tronaba sordamente; unos instantes mas tarde, gracias á ciertas palabras del pastor, ya era una tempestad, y una sublevación universal. Todo aquel pueblo, como un torrente henchido de amenazas se precipitó hacia el presbiterio. El desgraciado Cura apenas tuvo tiempo de entrar en la Iglesia, en donde las leyes de entónces y la religión le aseguraban un refugio inviolable.

Entre tanto los magistrados de Squidam, habían venido, y espantados del movimiento popular entraron en la iglesia. "Declaradnos, dijeron al pastor, la verdad entera, á fin de que podamos calmar la indignación del pueblo contra vos"—La verdad? respondió el Cura, ya la he dicho esta mañana cuando les he advertido que lo que había sucedido á Liduvina la noche precedente, no era más que un lazo del demonio.—Mas entonces, por qué no habeis conservado esa hostia cualquiera que fuese? ella sería en vuestras manos un medio de justificarnos; qué la habeis hecho? ¿la teneis aún? Por qué habeis conjurado á Liduvina amenazándola con el juicio de Dios para que calláse todo el suceso? El Cura se obstinó en no responder nada, y los sacerdotes y magistrados se retiraron.

El tumulto se hacía más y más horroroso, la cólera del pueblo más y más amenazadora, y fué preciso volver cerca del Cura. "A lo menos, le dijeron los magistrados, desengañad con un simple mentís, al pueblo que os acusa de profanación."—Yó, respondió el Cura, y aun cuando hubiese arrojado esa hostia al fuego ó en una cloaca, ¿qué crimen habría cometido? No debo yo impedir á ese pueblo ignorante entregarse á la idolatría? A esta respuesta transmitida á la multitud, sucedió una terrible explosión. Los magistrados espantados se apresuraron á entrar en la iglesia. "Guardaos, dijeron al sacerdote, de alejaros de este lugar, porque no responderíamos de vuestra cabeza: la ciudad entera está sublevada, el pueblo se halla en una violenta exasperación. Al hecho os oponen testigos del milagro y testigos numerosos y dignos de fé, vos ¿qué les oponéis?"

Persuadidos los sacerdotes y los magistrados que sólo el Obispo podría traer la paz á la ciudad, le enviaron á suplicar que viniese lo más pronto posible.

El Obispo vino inmediatamente, llegando á Squidam acompañado de sus Vicarios y de los jueces de su oficialidad. Bien podemos figurarnos el temor del Cura al saber esta noticia! Creyóse desde luego perdido. Qué podría hacer? A quién recurrir? Sólo una persona le parecía capaz de salvarle, y esta era la misma Liduvina: mas ¿cómo se atrevería á suplicárselo? Entre tanto el peligro urgía, y era necesario tomar una resolución. A todo riesgo, se decidió en su perplejidad á enviar á la virgen un amigo reservado. "Liduvina, decíala el Cura; bien conozco todas mis injusticias para con vos, pues me he portado como un insensato; mas vuestra caridad me tranquiliza, pues habeis sido para mí tan dulce y misericordiosa aun cuando os ofendía, que no puedo desesperar de vuestra caritativa asistencia en el peligro en que me encuentro; y os suplico, pues, que no me hagais cargos delante de mis jueces: endulzad al contrario cuanto pudiéreis las acusaciones hechas contra mí, y acordaos de que sólo de vuestra clemencia espero mi salvación." Ni necesidad hay de decirlo: Liduvina no vaciló ni un instante: con su amor tan verdadero del divino Crucificado, de ese Salvador que desde la cruz pedía gracia para sus verdugos, prometió de todo corazón, hacer por el Cura cuanto le permitiesen su conciencia y el honor del Señor.

Muy pronto llegaron á la casa de Liduvina el Obispo y sus dignatarios, á quienes seguía el Cura lleno de confusión. Ante todo se hizo según las reglas canónicas, la más minuciosa información acerca del milagro de la Hostia, y esta información recogió en su favor las pruebas más convincentes y los más importantes testimonios. En seguida el Prelado procedió al examen de la conducta del Cura. Todos los testigos

fueron oídos; mas cuando le llegó á Liduvina el turno de hablar, pidió que hiciesen salir á los seculares, ya por respeto á la dignidad del sacerdocio, ya por temor del escándalo en los fieles. Luego que todos salieron, la santa llorando de dolor al recuerdo de lo que había pasado, dijo al Obispo: "Monseñor, antes de responder á vuestras preguntas tengo que pedir dos gracias.—¿Cuáles son, hija mía? respondió el Prelado con paternal bondad, podeis contar con mis más favorables disposiciones.—Pues bien, Monseñor; en primer lugar, os pido libertad para poder hablar: porque mi pastor me ha ligado con una orden á nombre de Dios vivo, la cual no creo poder infringir sin la intervención de vuestra autoridad superior; además, suplico humildemente á vuestra Grandeza que use de indulgencia con el acusado, no hiriéndole por la sentencia que pronuncie contra él, ni en su persona ni en sus bienes."

Edificado el Obispo de oírle pedir gracia para un hombre del cual tenía tanto porque quejarse, prometió atender á su recomendación, y añadió que le volvía la entera libertad para hablar. "Vosotros sabeis, pues, dijo entonces la virgen, y yo daría voluntariamente mi vida en testimonio de los hechos que voy á afirmar, que Jesucristo mi Dios, se me ha aparecido aquí corporalmente, bajo la forma de un niño pequeño clavado en una cruz. Esta cruz estaba suspendida en el aire junto á mi lecho, y se veían en el divino Crucificado, muy distintamente, cinco llagas rodeadas de una brillante luz. Yo le miraba embriagada con la dicha de su adorable presencia, cuando repentinamente, creyendo que iba á desaparecer, le dije: "Oh, Señor mío, si sois vos en verdad Aquel en quien yo creo, os conjuro que no os vayais sin dejarme una señal que

me asegure que sois vos. Y entónces, bajo la forma de una Hostia, se dignó descender sobre mi lecho. Yo tuve un deseo ardiente de recibir esta Hostia adorable, y supliqué á mi pastor que me la diese en comunión, y él se prestó á mi deseo. Pues si por mucha complacencia por mí, se ha hecho culpable de una debilidad reprobada por las reglas, os suplico á nombre de Dios tan bueno y por la promesa que me habeis hecho, que os digneis perdonarle!"

¿Qué podía negársele á esta admirable virgen? cómo no habría triunfado causa defendida por tan encendida caridad? Así el Obispo, los jueces, todos estaban conmovidos y edificados, renunciaron á seguir la información; y el Cura, gracias á Liduvina, escapó de la inevitable condenación que le amenazaba por su imprudentísima conducta. Mas esta noble venganza tuvo luego su recompensa, pues desde entonces el Cura mostróse cambiado, y reconociendo en Liduvina una santa privilegiada de Dios, decidióse á mostrarle su reconocimiento, apresurándose á servirla y á honrarla en lo sucesivo.

La caridad triunfa de los corazones mucho más que los mismos milagros!

CAPITULO XV.

EL CALVARIO É INMOLACIÓN Y MARTIRIO.

En su ardiente caridad, Liduvina se ofrece á Dios como víctima para aplacar sus iras.—El mal de dientes.—El carnaval.—La peste.—Guerra civil.—Squidam amenazada por una flota enemiga; mas la virgen intercede.—Muéstrasele una corona.—Horrible martirio que le hacen padecer cuatro soldados.—Pronta y terrible justicia de Dios.

DESDE entonces Liduvina comulgaba cuantas veces quería gracias á las excelentes disposiciones de su pastor, y conviene decir que comulgaba con tanto gozo, y que el uso frecuente de la comunión desarrolló en ella una necesidad tan ardiente del pan de los ángeles, que no tardó en formar sus delicias de cada día.

Bajo la acción creadora de la comunión, es fácil conocer que bien pronto se vieron brillar con nuevo esplendor en el cielo de esta alma privilegiada, la resignación, la paciencia, la humildad, y para decirlo todo en una palabra, la divina caridad, ese santo amor de Dios y de los hombres que ya hemos admirado, y que fué elevado ahora hasta la más alta perfección, es decir, hasta la inmolución. Observemos primeramente, cómo la comunión, bien sea considerada en Dios que en ella se nos dá, bien sea en el hombre, cuando la recibe sin poner obstáculo á su acción, viene á ser el amor en su último término; y el último término del amor aquí en la tierra, es la abnegación llevada hasta el sufrimiento, en una palabra, la inmolución!

No bastaba pues, al corazón de Liduvina abrasado

con las inspiraciones de la comunión, el amor como lo había hecho hasta entonces, no era bastante para ella ni el padecer excesivamente, ni aun el aceptar con alegría y bendecir los dolores que Dios le mandaba; érale preciso el sufrimiento voluntario, tomado por elección y por abnegación; tanto á ella que comulgaba, como al Dios que se le daba en la comunión, les era precisa la inmolución por el amor!

Así, debemos creer que tal era el caracter especial y dominante de su vida moral, al cual la comunión dió su vuelo; y bastaría una mirada para convencernos de ello. Recordemos por un instante todas las llagas, las enfermedades maravillosas y atroces que torturan sin matar la delicada existencia de la virgen de Squidam; y al contemplar tan extraño espectáculo, decimos: "Vé aquí en qué estado se encuentra esta joven casi desde su infancia, y no obstante es pura é inocente! Por qué, pues, esos sufrimientos inauditos fenomenales? Cuál és, ó cuál puede ser su causa íntima? Evidentemente hay aquí de parte de Dios algún designio misterioso de expiación ó de enseñanza; y de parte de la peciente el sacrificio voluntario de sí misma; evidentemente la joven es una víctima que Dios ha escogido, una víctima que se ha ofrecido amorosamente para desagraviarle, hé aquí á lo menos lo que proclama el buen sentido religioso, á vista de tanta inocencia y de tales castigos." Mas por otra parte, los hechos positivos vienen á cambiar en certidumbre nuestras conjeturas, y para probar el caracter de inmolución expiatoria de los dolores de nuestra santa, no tenemos mas que volver á su historia.

Muchas personas venían á suplicarle que les alcanzase una oración, ó el éxito de alguna empresa, y aun á veces ofrecía ella misma para las obras de caridad

el concurso de sus oraciones; mas las gracias que obtenía entonces á favor del prójimo, las pagaba casi siempre con un aumento de sufrimientos, y todos los que la trataban lo sabían perfectamente: reframos un ejemplo de ello.

Un día comenzó á oír unos gritos lamentables que parecían venir de la plaza pública. «Id á ver, dijo la santa á los que la acompañaban, cuál puede ser la causa de esos gritos.» Volvieron diciéndole que era una pobre mujer atormentada por un mal de dientes tan terrible, que el dolor la sacaba fuera de sí, y la hacía dar aquellos alaridos. «Pues bien, respondió la compasiva virgen, yo quisiera ver á esa pobre mujer, rogadle que venga acá. Luego que estuvo cerca de su lecho, le dijo Liduvina «hermana mía, ¿queréis que os ayude en vuestros sufrimientos?» y cómo que lo quiere exclamó la pobre paciente esforzándose en sufocar sus gritos y gemidos. «Pero si quereis decir con esto que tomareis mi mal sobre vos, nó, nó Liduvina, no lo hagais, pues ya teneis tantas y tan crueles enfermedades! Mas si se trata simplemente de pedir á Dios que se digne aliviármelo, sí lo quiero y lo deseo con toda mi alma, y os lo agradecería toda mi vida.»

Entonces la pobre crucificada se puso en oración; lo que pidió á su divino Esposo, todos lo comprendieron muy pronto; porque en el mismo instante la mujer se sintió de repente curada, y Liduvina no menos súbitamente sintió aquel horrible mal que le duró todo el día y toda la noche con tal violencia, que los que la veían padecer quedaban espantados. Mas esta inmolación, esta misión de sacrificio por el sufrimiento, tenía además otro fin superior á todos los intereses fugitivos de esta vida; Liduvina había obtenido de Dios la gloriosa dicha de padecer por el bien de las almas; por la

salvación de sus conciudadanos y por el perdón de los pecadores.

Una tarde que Liduvina meditaba en los inefables dolores que había sufrido su amado Jesús en el Calvario, turbóla un gran tumulto que se oía por de fuera, y preguntando la causa, le dijeron que era el pueblo de Squidam que se entregaba á las locas alegrías del carnaval. Entonces la santa se puso á llorar con amargura, pensando en la ingratitud del pueblo cristiano, en las iniquidades y en los desórdenes sin número que en esos tristes dias se cometen en todas partes; después levantando sus ojos hacia el cielo, bañados en lágrimas, exclamó: «Dios mio, Dios mio! vengad en mí esos crímenes con que os están ultrajando, y si es cierto que en vuestra misericordia aceptais mis dolores como una expiación, mostrádmelo enviándome en testimonio de ello, algún nuevo sufrimiento!» Apenas había acabado de decirlo, cuando un mal extraño venía como un rayo á quebrantar una de sus piernas: era un mal horrible á la vista, cuya súbita aparición llenó á los asistentes de horror, y bajo cuya acción nuestra dulce incurable, confesaba con franqueza no haber hasta entonces probado tormentos más horrosos.

Otras muchas veces se renovó en ella la prueba de ésta sangrienta misión. A medida que se identificaba más y más con su Dios por la comunión, se iba dilatando sin límites su generosa caridad, la santa oraba, intervenía y se arrojaba como una madre desolada entre los pecadores que llamaba sus hijos y Jesueristo ante quien hacía valer su título y derechos de esposa: llegaba, según dicen sus historiadores, hasta provocar á Dios á una nueva multiplicación de sufrimientos expiatorios en su persona. Y Dios se complacía en acep-

tar aquel reto sagrado. Siempre que su Majestad quería castigar á la Holanda, se había notado que Liduvina recibía los primeros golpes: muchas veces fué herida por la peste, y en una vez dos llagas pestilenciales, una de ellas en el cuello y otra en el corazón, le habían anunciado la presencia del terrible azote. «Dios mio, dijo entonces, perdonad á vuestro pueblo, mas á mí no me perdoneis! oh Dios mio! dos llagas no bastarán: yo quisiera todavía otras para aplacar vuestra justa ira y apartarla de vuestros hijos; por lo menos en honor de vuestra santa y adorable Trinidad, enviadme otra llaga más. Y en el acto, como una flecha que parte de un arco tendido, una tercera llaga vino á formarse en la mejilla de la virgen, permaneciendo allí hasta el fin de sus días, bien que en poco tiempo la sanó el Señor de las otras dos.

Por lo demás, era opinión constante y general que la vida de Liduvina era un sacrificio de expiación; todos tenían fé en su mediación dolorosa, y decían que la santa crucificada era ante Dios una poderosa protectora para la ciudad de Squidam, de lo cual en muchas críticas circunstancias tuvieron pruebas irrefragables. Una vez por ejemplo, la terrible guerra civil que arma al hermano contra el hermano, y al padre contra su hijo, se había declarado en toda la provincia. Y no solamente el partido que había defendido á Squidam estaba vencido, sino que el partido vencedor había jurado vengarse cruelmente y ya se aproximaba por el mar. Squidam debía perecer! El espanto llegaba á su colmo, y ya varios habitantes húan á las ciudades vecinas esperando encontrar allí menos peligros. Algunos consultaron sobre eso á Liduvina, quien les contestó: «no huyais, pues Dios me da confianza de que nuestra ciudad se salvará, y en ella estais más se-

guros que en otra parte.» Esto fué bastante; la esperanza se reanimó, y uno de los personajes más influyentes y de los más comprometidos, se volvió á la ciudad. «Para qué decía, el ir á buscar en otra parte un refugio? No tenemos aquí á la santa que ora y que padece por nosotros? Yo me vuelvo á mi casa, porque creo que ella sola puede salvarnos y en efecto nos salvará!»

Entre tanto la flota enemiga, siempre se iba acercando, y al pasar destruía las pequeñas ciudades del litoral: desde Squidam se veían inmensos torbellinos de humo que se elevaban hasta las nubes, como para anunciar á distancia que no dejaba á su paso mas que montones de cenizas y de ruinas. ¿Qué suerte pues estaba destinada á Squidam, principal fin de aquella expedición? Repentinamente un grito de horror señala los navios. «Allí vienen! allí vienen! y véaseles en efecto impelidos por un viento favorable, navegando á plenas velas: ya se distinguían y podrían contarse sus numerosos hombres de guerra. . . . La cosa es inevitable! Squidam toca á su última hora. . . . Mas nó! He aquí que aquellos navios derrepente se detienen. . . . En vano el viento continúa soplando propicio: en vano los marineros y los soldados se ponen á la maniobra y hacer esfuerzos inauditos. Inútiles esfuerzos! pues las naves en vez de avanzar, van retrocediendo. . . . Era que la virgen triunfaba! El desembarco fué milagrosamente imposible; Squidam se había salvado. La nueva Judit había vencido como en Betulia, por la oración y la abnegación.

Y no obstante, toda esa abnegación, digámoslo en fin, toda esa vida de inmoción por la patria, como por todo pobre pecador, en una palabra, toda esa crucifixión voluntaria, eran aun poco á los ojos de Liduvina, que deseaba más grandes sufrimientos; hacía

muchos años que una secreta ambición se ocultaba en su corazón, y que el amor tomado en el seno del Dios de la Eucaristía, había ensanchado sin medida aquella ambición que en la época á que llegamos había terminado por invadir su alma entera cavando en ella como un abismo insaciable; esa era la ambición del martirio! La santa codiciaba una inmolación total y perpetua como la de los héroes de la fé. Una narración de martirios, un sólo recuerdo, el nombre sólo de los mártires, la lanzaba en transportes inexplicables. "Ay! qué hermoso triunfo! decía, cuán digna de envidia es la suerte de esos cristianos cuya fé no ha podido vencer, ni quebrantar su esperanza, ni hacer vacilar su amor la mano de los verdugos! Oh legiones de héroes magnánimos! Ojalá y pudiese yo encontrar un lugar entre vosotros, tomando parte en vuestros combates!

Un día fué favorecida con esta visión: miraba suspendida sobre su cabeza una espléndida corona, adornada con diamantes muy ricos, y con magníficas pedrerías; solamente que esa corona aunque tan hermosa, no estaba acabada todavía. Liduvina, le dijeron, ésta corona es para tí. Todas las pedrerías, y los diamantes que la adornan son tus sufrimientos: mas aunque ves como aun falta un florón que es el más hermoso, tal vez á tí te toca colocarlo en tu corona. Y todo desapareció. La piadosa virgen quedó por un momento deslumbrada: mas la alegría, el reconocimiento y el amor llenaron á poco su alma de los más santos afectos. "Dios mio, exclamaba, seais mil veces bendito, por las promesas que me haceis, así como por las esperanzas que me dais! Qué ha hecho vuestra indigna sierva para merecer tan brillante corona? Qué son mis padecimientos, comparados con los vuestros, Jesús mio? son como una gota de agua comparada con un oceano

sin fondo! yo no padezco mas que en mi cuerpo, cuando Vos, amado mio, habeis padecido tanto en vuestro espíritu, en vuestro corazón, en vuestra libertad y en vuestra gloria. ¿No sería tiempo ya para mí de marchar por las huellas de vuestros pasos? Oh! yo desearía la humillación, los desprecios, los ultrajes, las persecuciones, los odios y los verdugos! Oh! sí, yo quiero el martirio: otorgadme mi dulce Esposo, por indigna que yo sea; otorgadme por vuestro amor la gracia y la fortaleza del martirio!."

Santa oración, humilde y amorosa! vamos á ver cómo Dios se dignó al fin escucharla.

En el año de 1425, en el mes de Octubre, es decir cuando Liduvina había llegado á los 46 años, Felipe, duque de Borgoña, como arriba decíamos; entró en Squidam á la cabeza de su ejército: El mismo dia en que ese Príncipe debía dejar la ciudad, pocas horas antes de su partida, cuatro soldados del ejército, de los mas desordenados, formaron entre sí, después de una orgía, un siniestro proyecto. Vamos á ver, dijeron, á esa famosa virgen á quien tanto veneran, y que dicen vive como un ángel sin comer ni beber nunca, y sin mas alimento que la Eucaristía. . . . Santa es esa que en nada se nos parece! Vamos á venerarla á nuestro modo, pues la ocasión es buena, ya nos reiremos un poco. . . . sí, vamos! y partieron en efecto.

Llegando á la humilde morada se presentaron con mucha hipocresía y falsa dulzura, pues venían según decían con tan piadosas intenciones, que en el acto y sin desconfianza se les admitió dejándolos solos cerca de la enferma, saliendo sus deudos á los quehaceres de fuera. Desgraciadamente esto era lo que deseaban los soldados! porque apenas se ven casi solos, cuando cerrando la puerta del aposento echan la llave, vuelven

cerca del lecho, y comienza la mas horrorosa y lamentable escena.

Ante todo, abren ó mas bien arrancan violentamente las cortinas que cubren el pobre lecho de Liduvina, y hecho esto, al ver á la santa, salídanla con ruidosas carcajadas, mezcladas con burlas insolentes y con mil injurias que sazonan el libertinage y la impiedad.

Después, uno de los soldados encendiendo una luz, la acerca al rostro de la pobre crucificada, la pasa y la vuelve á pasar aun mucho tiempo delante de esos ojos enfermos á los que la menor luz causa un dolor intolerable! Lágrimas de sangre corren de aquellos ojos lastimados, y las cuatro bestias feroces renuevan á su placer esta sangrienta prueba, volviendo á comenzar cada vez sus burlas impías y sus sacrílegos insultos á la castidad de la virgen y á su amor por Jesucristo.

Mas todo esto aun no les basta, dícese que el tigre cuanta mas sangre bebe, tanta mas necesidad siente de beber; así parece que las lágrimas sangrientas de la enferma embriagan á sus verdugos, y los llevan al furor, irritando mas y mas su salvaje crueldad. También ellos sintieron necesidad de herir mas y de mas desgarrar en odio del Dios á quien sirve á aquella víctima, á quien tantas injurias no llegan á alterar. Así, con sacrílega mano cogen y arrancan sábanas y cobijas. . . .! oh monstruos, deteneos! exclama en este instante una voz. . . . Los monstruos no estaban solos, pues estaba cerca de ellos una joven, casi una niña, que era Petronila, sobrina de nuestra virgen, la cual hasta entonces no habia opuesto á tantos insultos mas que las súplicas y las lágrimas de su timidez. Mas cuando vió el ultrage supremo, hecho á su amada tia, á una mujer, á una santa, la joven habia encontrado repentinamente en su corazón esa energía que

la mujer mas débil, noblemente indignada, encuentra siempre en tales ocasiones. Como una leona se arrojó entre la víctima y sus horribles verdugos, mas ay! inútil valor! De un puntapie, uno de aquellos malvados la arrojó contra un escabel que se apoyaba en la pared, y cerca del cual cayó casi moribunda; la pobre niña quedaba horriblemente herida por todo el resto de su vida.

Libres entonces los monstruos de figura humana, satisfacen á su placer su sed de sangre con una rabia que no se comprende, no quieren mas que sus manos por instrumentos del suplicio, y sin repugnancia á la vista de aquel cuerpo horriblemente cubierto de llagas, ponéanse á desgarrarle, cuya atroz tarea era muy fácil, pues la pobre mártir estaba allí bajo su mirada impía, estendida en su lecho de paja, incapaz no sólo de oponer la menor resistencia, sino ni aun de hacer el mas ligero movimiento; tocan con brutalidad las antiguas llagas y se hacen un espantoso juego de irritarlas mas y mas. Las carnes hinchadas por la hidropesía, las hieren y lastiman: y en tres partes, á los golpes que les dan, aquellas virginales carnes se abren y se forman tres anchas heridas: la sangre corre con abundancia, y esta es señal para los crueles verdugos de nuevas carcajadas, y de las mas abominables blasfemias.

Entre tanto, la santa sufre con heroica paciencia: ni hace un reproche ni exhala una sola queja, pues la sola vez que abre la boca es la caridad por sus perseguidores, la que la hace romper el silencio. "Ah! vosotros estais cometiendo un gran crimen, les dijo, y cómo os espondeis á una horrible desgracia: temed los juicios de Dios y tened compasión de vuestras almas!" Mas estas palabras, dieron ocasión á tal explosión de im-

piudades y de injurias, que la admirable virgen ya no pensó mas que en la dicha de padecer en silencio por su divino Esposo. Los malvados pensaron que era prudente terminar ese terrible drama; y quién lo creyera? antes de salir, en aquel mismo aposento, y al lado de las dos víctimas de su impia crueldad, toman agua como Pilatos y se lavan tranquilamente las manos manchadas de sangre, y parece que dicen: ¡no hemos hecho una magnífica hazaña? Después, riéndose, burlándose y blasfemando siempre, se marchan.

¿Cuánto tiempo tardarían los deudos de la santa en venir? y al entrar qué espectáculo se presentaría á su vista? Petronila tendida en tierra, casi muerta, las cortinas arrancadas, el lecho en desorden, Liduvina horrosamente herida y bañada en sangre. . . . casi dos cadáveres! las piadosas mujeres lanzaron gritos de horror! y llorando se apresuran á dar á las dos mártires los socorros que reclamaba su estado, sin pensar en los autores del crimen. Petronila fué tiernamente cuidada, y muy pronto vendaron las heridas de Liduvina, quitándole las pajas ensangrentadas de su lecho. Cuán amargas lágrimas derramaron en esos diversos cuidados que ocuparon el resto del día!

Entre tanto, el Príncipe, el ejército y también los cuatro malvados habían partido, y nada de esto se había sabido. Mas pronto el ruido del atentado comenzaba á divulgarse. En un momento súpolo la ciudad entera, y no hubo mas que un inmenso grito de indignación y de ira. Los magistrados acudieron á Liduvina, le dijeron, inmediatamente vamos á partir; esta tarde ó mañana alcanzamos al Príncipe, que es justo y generoso, y nos hará justicia!—Guardaos de hacerlo, dijo la santa, nó, no quiero más venganza, yo les perdono con toda mi alma; y además, añadió con un

triste suspiro, todo sería en vano, pues Dios mismo en su severidad ha pronunciado ya el castigo de esos infortunados! Lo que la santa decía era muy cierto; en esa misma tarde en el puerto de Rotterdam y en el instante en que los navíos que llevaban las tropas que partían de Squidam hacían su entrada, en uno de esos navíos pasaba un acontecimiento terrible. Vieron á un hombre como arrebatado repentinamente por un torbellino horroroso, que lo levantaba y lo arrojaba con nuevo furor sobre las tablas del navío, quebrándole la cabeza hasta salir los sesos, y en fin levantándole de nuevo, le precipitó en las olas, de donde no sacaron mas que un cadáver horriblemente mutilado. Este era uno de los cuatro miserables, y precisamente aquel que había pasado una llama delante de los ojos de la virgen!

Unos dias después llegó su turno á otro de los culpables; pues en plena mar fué atacado de una locura furiosa, inspirando horror su vista: sus violencias causaban espanto, y viéronse precisados á arrojarlo en una chalupa que le llevó á la tierra de Zelanda en donde murió de miseria.

Poco después el tercero, tuvo una muerte atroz en un combate contra los Ingleses.

Quedaba sólo el cuarto; ya habían pasado tres meses, y parecía que Dios quería usar de misericordia con él, mas por fin, también fué atacado de una terrible enfermedad. «Acordaos, le dijo su doméstico, acordaos de los ultrajes que hicisteis á la virgen de Squidam con vuestros cómplices, á quienes Dios ha castigado ya! El médico no os puede curar, y no teneis mas refugio que el arrepentimiento; arrepentíos, pues.» Esta santa libertad hizo un milagro, el hombre de corazón de bronce se conmovió, sus lágrimas corrieron, y suplicó

á su criado con las manos juntas, que fuese él mismo á Squidam á implorar su perdón; el piadoso criado emprendió tan largo viage, llega á ver á la santa, y se echa á llorar á sus pies. No es menester decir que la dulce virgen se consideró dichosa en perdonar, y mas dichosa en volver la salud al que tanto la había hecho padecer; y así el criado volvió llevando el perdón y la salud á su amo.

Mas volvamos á nuestra narración interrumpida por un momento. En la noche que siguió á la terrible prueba que hemos referido, estando sola Liduvina, se le apareció un ángel tan hermoso, que hubiérase dicho que tenía por vestido todas las magnificencias del sol; en sus lábios se veía una divina sonrisa: "Yo te saludo, mi amada hermana, le dijo á la virgen: tu alegría debe ser grande, y vengo á regocijarme contigo, por que ya está terminada la corona que te han prometido; ya no le falta ni pedrería ni diamantes, pues los insultos y las crueldades de los soldados han acabado su esplendor! ¡Oh dichosa esposa del Dios de la cruz, ya desde hoy quedarás asociada á los mártires, y en medio de ellos tendrás un día tu trono: no envidies ya su gloria! Ellos han dado su sangre por la verdad, y tú has derramado la tuya por amor! Ellos han muerto una sóla vez durante la persecución, de mano de los infieles y paganos; mas tú, quebrantada hace mas de treinta años, bajo los golpes del martillo divino, has sufrido todos los días una cruel muerte de todos los instantes, y hoy, como en los gloriosos tiempos de la primitiva Iglesia, en odio de Jesucristo y por la mano misma de los cristianos tus hermanos, ha sido tu sangre derramada. Sí, tú recibirás la palma del martirio. Abre pues tu alma á la confianza y regocíjate, hermana mia!"

Consolémonos al pensar que el acto mas sencillo de virtud, es también una inmolación de nosotros mismos; y que la inmolación á los hombres, al deber y al Señor, es un verdadero martirio!

CAPITULO XVI.

EL TABOR, Ó EL DÓN DE LOS MILAGROS.

Y bien, vamos al Médico supremo.—Una poca de agua arroja la gangrena.—Una madre y su hijo en la agonía.—Admirable conversión de un pecador que solicita tocar la mano de Liduvina.—La santa ora por un Canónigo que desea avanzar en el bien.—Un hombre toma su defensa en una taberna y su admirable recompensa.

Dios es admirablemente bueno. Después del Calvario, encontramos el Tabor; después de la inmolación, la dicha; después del humilde fervor de la comunión en la tierra, ya como una santa anticipación de las alegrías de la comunión en el cielo!

En efecto: Liduvina había adelantado mucho por el sufrimiento, á fuerza de amor fiel y de generoso valor en la imitación del Dios crucificado, se había elevado de enmedio de sus dolores y de sus tristes llagas á una perfección á la cual llega difícilmente la naturaleza humana: y Dios para recompensarla, iba á transportarla en cierto modo mas allá de las regiones de esta vida terrestre, elevándola hasta la gloria de una vida sobrenatural y casi divina, iba á coronar tanta santidad por las operaciones magnificas de su

á su criado con las manos juntas, que fuese él mismo á Squidam á implorar su perdón; el piadoso criado emprendió tan largo viage, llega á ver á la santa, y se echa á llorar á sus pies. No es menester decir que la dulce virgen se consideró dichosa en perdonar, y mas dichosa en volver la salud al que tanto la había hecho padecer; y así el criado volvió llevando el perdón y la salud á su amo.

Mas volvamos á nuestra narración interrumpida por un momento. En la noche que siguió á la terrible prueba que hemos referido, estando sola Liduvina, se le apareció un ángel tan hermoso, que hubiérase dicho que tenía por vestido todas las magnificencias del sol; en sus lábios se veía una divina sonrisa: "Yo te saludo, mi amada hermana, le dijo á la virgen: tu alegría debe ser grande, y vengo á regocijarme contigo, por que ya está terminada la corona que te han prometido; ya no le falta ni pedrería ni diamantes, pues los insultos y las crueldades de los soldados han acabado su esplendor! ¡Oh dichosa esposa del Dios de la cruz, ya desde hoy quedarás asociada á los mártires, y en medio de ellos tendrás un día tu trono: no envidies ya su gloria! Ellos han dado su sangre por la verdad, y tú has derramado la tuya por amor! Ellos han muerto una sóla vez durante la persecución, de mano de los infieles y paganos; mas tú, quebrantada hace mas de treinta años, bajo los golpes del martillo divino, has sufrido todos los días una cruel muerte de todos los instantes, y hoy, como en los gloriosos tiempos de la primitiva Iglesia, en odio de Jesucristo y por la mano misma de los cristianos tus hermanos, ha sido tu sangre derramada. Sí, tú recibirás la palma del martirio. Abre pues tu alma á la confianza y regóciate, hermana mia!"

Consolémonos al pensar que el acto mas sencillo de virtud, es también una inmolación de nosotros mismos; y que la inmolación á los hombres, al deber y al Señor, es un verdadero martirio!

CAPITULO XVI.

EL TABOR, Ó EL DÓN DE LOS MILAGROS.

Y bien, vamos al Médico supremo.—Una poca de agua arroja la gangrena.—Una madre y su hijo en la agonía.—Admirable conversión de un pecador que solicita tocar la mano de Liduvina.—La santa ora por un Canónigo que desea avanzar en el bien.—Un hombre toma su defensa en una taberna y su admirable recompensa.

Dios es admirablemente bueno. Después del Calvario, encontramos el Tabor; después de la inmolación, la dicha; después del humilde fervor de la comunión en la tierra, ya como una santa anticipación de las alegrías de la comunión en el cielo!

En efecto: Liduvina había adelantado mucho por el sufrimiento, á fuerza de amor fiel y de generoso valor en la imitación del Dios crucificado, se había elevado de enmedio de sus dolores y de sus tristes llagas á una perfección á la cual llega difícilmente la naturaleza humana: y Dios para recompensarla, iba á transportarla en cierto modo mas allá de las regiones de esta vida terrestre, elevándola hasta la gloria de una vida sobrenatural y casi divina, iba á coronar tanta santidad por las operaciones magnificas de su

gracia, poder milagroso, arrobamientos, celestiales comunicaciones; su Majestad iba á prodigarle todos esos tesoros!

Mas apresurémonos á hacer notar, que los milagros, los arrobamientos y las celestiales comunicaciones no son esenciales á la santidad, y sería una peligrosa ilusión el creer que no se puede ser santo, sino cuando se llega á estas alturas. Sed humilde, dulce, casto y caritativo, sufridlo todo con paciencia, y después de esto, el hacer milagros ó no hacerlos, poco importa. La mas pequeña violencia á nuestro humor, la resistencia á la mas ligera tentación, la buena obra mas fácil, he aquí lo que nos acerca mas verdaderamente á los santos, que si tuviésemos el glorioso privilegio de mandar á la naturaleza, de encadenar la muerte ó de pasar los dias y las noches en la contemplación de las verdades mas sublimes, en la efusión de las lágrimas mas tiernas, y en la afluencia de las mas puras alegrías del cielo! Esos admirables dones son una consecuencia de la santidad; Dios los concede á algunos santos, y no á todos, sino solamente á algunos, para manifestar de tiempo en tiempo su gloria; mas repetámoslo, esos dones no son la santidad, sino que la suponen.

Liduvina fué pues, una de esas almas privilegiadas, y de ello encontramos abundantes pruebas en la época de su historia á que hemos llegado. Demos á lo menos una rápida ojeada á esas gracias de esplendor con que plugo á Dios coronarla, y comenzaremos por el dón de milagros.

Ya hemos presentado, por los diversos prodigios que mas de una vez han alumbrado nuestro camino, que parecían anunciar y prometer con anticipación ese dón de los milagros. Esos prodigios no lo eran aun.

porque entonces eran prodigios que Liduvina no pedía y que venían sin saberlo la santa, á secundar su caridad ó su celo: mas ahora ella es quien habla y quien obra: es ella quien manda á nombre de Dios, y todo le obedece. Es cierto que su humildad se horroriza de tal potencia, y hace uso de ella raras veces, porque teme mucho ser glorificada. Mas en algunas veces le hacen tan vivas instancias, que no puede resistirse. Así una desgraciada joven le suplicó la sanase. "Hija, le respondió la virgen, dirijíos á los médicos." Muy pronto volvió la pobre mujer á quien los médicos mas hábiles le habían dicho que iba á morir... y ella se entrega á la desesperación mas desgarradora. "Pues bien, dijo al fin Liduvina conmovida, pues bien, sí, vamos á acudir al médico supremo!" Y recogíendose oró un instante, tocando después ligeramente á la enferma... Ah! ya estoy curada! exclamó esta al mismo instante, y en efecto el mal y la incurable llaga, todo había desaparecido por completo.

Muchas veces no era necesario tanto: pues bastaba tocar lo que había servido á la santa. Una vez vino un hombre desde Inglaterra, y había hecho este largo viaje, viniendo á nombre de su amo á quien todos los médicos juzgaban incurable, y que no pedía mas que una poca de agua en que la santa hubiese lavado sus manos. Esto era pedir mucho á la humildad de Liduvina, la cual vacila; mas no obstante fué preciso ceder á las lágrimas del devoto servidor; el agua tan deseada le fué dada y partió inmediatamente; mas apenas llegó, y se puso á emplear su tesoro. Milagro! Milagro! al lavar las llagas, en el acto se borran, y renace la carne que había corroído una gangrena mortal; el enfermo queda perfectamente sano!

Otro dia, entró precipitadamente en casa de Lidu-

vina una mujer trayendo en los brazos á su hijo pálido y lívido, luchando con los tormentos de una terrible agonía; la pobre madre sin hablar una palabra pone á su hijo sobre el lecho de la virgen. Causaba compasión ver á la pobre madre en su mudo y sombrío dolor. Repentinamente dá un grito. «Ah! Dios mio! mi hijo vá á sanar!» El niño en efecto se reanima, sus mejillas se coloran, y á sus labios vuelve la sonrisa. «Madre mia, dice, ya no siento ningún mal; si supiéseis qué bien estoy aquí!» Dichoso niño que debió á la santa mas aún que la salud, y mejor que la vida; pues después de su curación, le dijo Liduvina acariciándole, una de esas palabras que parecen caer del cielo, y que germinan irresistiblemente en los corazones: el niño fué religioso y llegó á ser un santo sacerdote.

Todos los milagros de nuestra virgen se dirigen siempre á la santificación de las almas.

Un hombre que hacía poco se había radicado en Squidam, decía á una dama de la vecindad: Señora, yo deseo saber qué encanto tan poderoso os encadena casi todo el día cerca de esta virgen Liduvina? Yo no puedo comprender el maravilloso placer que allí encontráis.—Y no obstante, Señor, no hay en ello ningún misterio. Conoceis á Liduvina?—Sí, ciertamente, mas de una vez la he visitado.—Entonces ya lo habeis comprendido perfectamente.—Al contrario, precisamente porque la he visto, me parece mas inexplicable vuestro singular entusiasmo.—Cómo, Señor! Allá delante de ese lecho y al frente de esa pobre crucificada, no habeis sentido nada?—Nada, Madama, si no es compasión y sobre todo disgusto, porque es la enferma mas repugnante que pueda encontrarse.—Ah! Señor, si supiéseis ver mejor lo que Dios obra en ella,

la visitaríais todos los dias, y llegaríais á no poder separaros de su lado!—Es puro entusiasmo, Madama, puro entusiasmo el vuestro, y no me convenceríais nunca de ello; porque vuelvo á preguntaros: aparte de las horrosas llagas que la cubren, ¿qué podeis hallar en esa joven?—¿Qué puedo hallar decís? pues y su santidad? Y las maravillas que Dios obra en su persona? No veis lo que todos admiran? Ah! cuando yo contemplo este rostro surcado de úlceras, véole como resplandeciente con gloria celeste que lo transfigura! Cuando tengo la dicha de tocar aunque sea sólo su mano, siento no sé qué cosa inefable que entenece mi alma, llenándola de un inmenso deseo de ser mejor! Y por eso me espanto mil veces mas de la confesión de vuestra insensibilidad, que lo que vos os espantais de mi enagenamiento! Dígnese el cielo abriros alguna vez los ojos del alma!

Al día siguiente de esta conversación, el incrédulo personaje, siempre preocupado, toma derrepente un partido: vá á visitar á la virgen, á hablar algún tiempo con ella, y después de alguna vacilación, superando todas sus repugnancias le dice: «Liduvina, os suplico que me deis la mano;» la dulce enferma obedece, mas apenas ha puesto la mano fuera del lecho, cuando prodigiosamente se exhalan perfumes de una suavidad que la tierra no conoce, y el aire queda embalsamado! ¿Qué pasó entonces en el alma del visitador tan mal preparado? Sólo Dios podría decirlo! Mas lo cierto es que el hombre quedó inmóvil, arrebatado, como embriagado con aquellos perfumes divinos, trémulo de emoción, y mirando á la santa como miraría á un ángel de Dios; su pecho se levantaba con violencia, gruesas lágrimas corrían de sus ojos, y repentinamente, no pudiendo contenerse, trastornado y maravillosamente

ilustrado, con el corazón quebrantado de compunción, prorrumpe en sollozos y se desata en lágrimas: "Ah! Liduvina, le dice, yo soy un miserable pecador que no merezco la dicha que ahora disfruto! Oh santa esposa de Jesucristo! Oh santuario perfumado con los dones del Espíritu Santo! gracias á vos encuentro á Dios á quien ya no conocía! hoy encuentro el cielo cuyo camino había perdido! ahora comprendo la desgracia de tantas iniquidades en las cuales dormía tranquilo y que me llevaban derecho al abismo!" Y entre aquellos sollozos se puso á hacerle la narración de las miserias de su alma. Es verdad, continuó la santa, vos me confesais grandes faltas, amado hermano; mas á todas esas confesiones añadid tal enorme pecado que habeis cometido tal dia, en tal lugar y con tales circunstancias; añadid tal funesta unión.... "Ah! Dios mio, dijo interrumpiéndola el pobre pecador aterrado, si el Espíritu Santo os descubre así el interior de mi alma, cuán lamentables cosas vá á revelaros! ¿Y pensais que su justicia me perdonará? ¿Pensais que su misericordia se digne aun salvarme?" Y púsose á llorar con tanta amargura, que corrió al interior del pequeño jardín á fin de dar allí libre curso á sus lágrimas. Después volviendo cerca de la virgen, le dijo: Liduvina, de hoy en adelante, vos sereis una madre para mí, y os juro, que en cuanto pueda, voy á reparar el tiempo perdido; voy á expiar mis faltas con la penitencia, y no retrocederé para mi entera conversión ante ningún sacrificio: mas ayudadme siempre con vuestras oraciones y consejos!

Apoyado en la gracia y sostenido por Liduvina á quien tenia por dicha el visitar con frecuencia, cumplió aquel su palabra, y comenzó desde ese dia una vida llena de austeridad, y admirablemente edifican-

te, hasta que al fin fué arrebatado por la peste, por entregarse á todas las abnegaciones de la caridad.

Refiramos aquí otro hecho, que aunque menos grave, es no obstante muy instructivo y muestra cómo nuestra virgen en todas circunstancias usaba santamente de su poder. Una vez un Canónigo al despedirse de Liduvina se encomendaba á sus oraciones. Este era un digno y buen sacerdote, de una vida verdaderamente ejemplar, que tenía la mas hermosa voz que pueda encontrarse, y cantaba de modo de agradar hasta á los ángeles, y como puede ser que no lo ignorase, antes, preciso es decirlo, veniale un poco de vanidad y alguna vanagloria por ello, puesto que nada es mas fácil ni podría atribuirse á delito cuando se tiene tan hermosa voz. Mas nuestro Canónigo en forma de adios decía á Liduvina con piadosa efusión: "¿no es verdad, hermana mia, que rogareis á Dios por mí? Y acordaos, os lo suplico, de pedir á la divina bondad que arranque de mí lo que le desagrade, especialmente lo que su Majestad sabe ser para mí un obstáculo al progreso en el bien." "Así lo prometo, respondió la santa, y voy ha hacerlo sin retardo." En efecto, el mismo dia la santa oró.... mas en el mismo dia también el Canónigo se enronqueció; y qué voz tuvo desde entonces! qué sonidos tan feamente secos! qué inmensa contrariedad sintió cuando se puso á cantar! No obstante, no quiso fijarse en ello, pues cualquiera se enronquece fácilmente! Y después de todo, qué es una ronquera que se quita con algunas bebidas y cuidados! Mas pasaron ocho dias pasaron quince, y á despecho de todas las bebidas y pastillas, la ronquera no parecía dispuesta á querer desalojarse, y ya entonces el Canónigo se inquieta, pues estaba á cien leguas de sospechar la verdadera causa de su mal,

consulta muchos médicos, busca los doctores mas sabios, reclamando de ellos su bella voz, y asegurado de sus prescripciones, para volver á encontrarla, cura su garganta con bebidas de malva y altea, con pociones azucaradas y julepes calmantes. Mas ay! la bella voz no volvía con tantas medicinas, y los tonos seguían ásperos y desagradables!

Un día el triste y desgraciado Canónigo estaba escuchando atentamente á un médico de gran reputación, cuando llegó á visitarlo otro Canónigo, y oyendo al doctor recetar todo un régimen de emolientes, se sonrió y dijo al doctor: creedme, Señor, os tomáis un trabajo inútil: yo desafio todos vuestros lenitivos y emolientes para curar á mi amigo, quien por mas que hagais, es un hombre condenado á cantar falso para toda su vida!—Y por qué? decídmelo, replicó el médico espantado.—Por qué? Nada es mas claro: juntos hicimos la peregrinación de Squidam y recuerdo muy bien que al despedirse de la virgen Liduvina, mi amigo le suplicó le obtuviese de Dios la destrucción de lo que sabía ser el mas gran obstáculo á los progresos de su alma. Ciertamente mi amigo es un virtuoso sacerdote; mas ¡amaba tanto su linda voz! Liduvina ha cumplido su palabra!—Ah! si es así, dijo el doctor que conocía á la virgen y la veneraba profundamente, teneis mil veces razón. Hipócrates y Galeno no tienen nada que hacer en ello y los declaro impotentes! Por su parte el Canónigo se acordó del hecho, comprendiólo todo, y guardó alegremente su voz ronca, y si con ello salió perdiendo su vanidad pero él quedó ganando en perfección.

Citemos todavía otro hecho. Una tarde se hallaba en una taberna de Squidam, una mesa rodeada de numerosos bebedores, ya avinados, los que hablaban de

Liduvina, y Dios sabe en qué sentido, pues ni sus enfermedades, ni su estado sobrenatural, ni su piedad, nada escapaba á los insultos, y hacerla causa de un concierto de blasfemias!

Entre tanto, uno sólo de aquellos guardaba silencio: era un cierto Otger, borracho consumado, y bien que él también estuviese avinado, evidentemente sufría y estaba contrariado con el giro que había tomado la conversación, porque en el fondo, y por gran pecador que fuese, siempre había sentido una sincera veneración por Liduvina. Mas ninguno hacía caso de Otger: el infierno atizaba las llamas y la conversación se iba haciendo cada vez mas odiosa, "A fé mia, esta es una idea, decía uno de ellos, arrastrando los codos en la mesa manchada del vino, hay en ello alguna cosa satánica, y esa joven debe de estar posesa.—Vamos pues, gritaba otro, esta es una engañadora y una hipócrita, hélo allí todo. Por ventura crees tú que no come ni bebe? Imbécil! cuando ha representado su comedia durante el día, sería de ver cómo se desquita por la noche en la buena mesa y el regalo!—Si, si, esto es lo que pasa, gritaron al mismo tiempo cinco ó seis voces, sí, es una desordenada, una infame!" A esas palabras Otger ya no pudo contener su indignación, la que habia disipado en él todos los vapores del vino. "Silencio! gritó con poderosa voz, silencio! Cuando se trata de Liduvina, lo oís? debemos, ó alabarla ó á lo menos apretar las bocas; estamos? Liduvina es la gloria y la bendición de Squidam, el insultarla es una ingratitud y una cobardía, y yo no he de permitir jamás que nadie lo haga frente á mí! Yo creo en su santidad con toda mi alma, creo en los beneficios que hace, en las virtudes de que nos dá ejemplo, en los milagros que obra, y yo creo en el testimo-

nio de millares de hombres que por sus luces y por su irreprochable vida valen infinitamente mas que nosotros, que no somos mas que ignorantes y gentes de taberna!»

Una inmensa explosión le interrumpió. «Es él, cómo es él! gritaron á la vez todos aquellos hombres llenos de vino. Eres tú, Otger, tú el mas borracho de todos nosotros, eres tú quien nos das la lección! Y en un espantoso tumulto se levantan con la espuma y la blasfemia en los labios; y se precipitan sobre él, vacilando y con horrosas amenazas. «Toma! le dijo uno de ellos, dándole una terrible bofetada, toma miserable! he aquí el salario que te pertenece, y largo de aquí!»

A este ultraje Otger se había levantado también pálido el rostro y trastornado, sus ojos lanzaban relámpagos, y todos creyeron que iba á hacerse una terrible justicia, porque era de un vigor poco común; se le vió levantar aún su nervudo brazo; mas de repente se detuvo. «Me habeis hecho, dijo á todos, la afrenta más sangrienta: me sería fácil, bien lo sabeis, castigar á su cobarde autor. Pues bien! nó! esa bofetada no la vengaré! la acepto y me hago de ella una gloria, porque la he recibido por haber defendido el honor de una santa, y á lo menos una vez en mi vida habré practicado una buena acción!... Y dicho esto, se alejó!»

En ese mismo instante Liduvina hablaba con su confesor. De improviso y casi con brusquedad le interrumpió! «Padre mio, le dijo, conoceis á Otger?—Cuál Otger? Otger el borracho? Pues quién no le conoce?—Y sabeis en donde vive?—Sí, lo sé.—Pues bien! Padre mio, id pronto á verle, y decidle de mi parte: «Liduvina os saluda á nombre de Dios, quien os re-

compensará, y ella os dá gracias por las palabras que habeis dicho, y por la bofetada que habeis recibido en su defensa.»

Admirado sobremanera el confesor se partió; mas Otger se admiró todavía más. «Cómo, exclamó lleno de admiración, y deliciosamente consolado: ¿cómo sabe Liduvina lo que acaba de pasar, cuando yo no he dicho nada á nadie, y es imposible que nadie lo haya dicho tampoco?»

Desde ese dia Otger fué un hombre nuevo. La taberna, la embriaguez, los compañeros de desorden, todo lo dejó! la oración y el trabajo, la penitencia y la práctica de las virtudes fueron desde entonces el ejercicio de su vida. Muchos años edificó así al pueblo de Squidam, y después murió con la preciosa muerte de los justos.

El destruir en nosotros una imperfección, un vicio ó un mal hábito, es un milagro del cual con la gracia de Dios, todos somos capaces, y que ciertamente no es menos hermoso ni admirable.

CAPITULO XVII.

EL TABOR Ó EL DON DE PROFECÍA.

Liduvina había predicho con mucha anticipación el incendio de Squidam.—Salva de la desesperación á una esposa desgraciada.—Avisa á un pecador que no le quedan mas que tres dias de vida.—Hace á otro pecador terribles revelaciones.—Impide á un piadoso armador el partir con sus compañeros de mar, y le salva así de los piratas.

MAS sigamos adelante, pues aun nos esperan otros prodigios y junto con el don de los milagros vamos á admirar el don de profecía, aunque también en el particular nos limitaremos á algunos hechos principales.

Ya hemos hablado, anticipando los años, del incendio que desoló á Squidam en el de 1428, precisamente en la época en que nos encontramos de la vida de nuestra virgen. Liduvina había predicho este incendio, y muchas veces había repetido estas proféticas y lúgubres palabras: "La ira de Dios está sobre Squidam! Ay de mí! añadía entonces, la iniquidad de este pueblo es grande, y el castigo ya se acerca: Dios se dispone á herir y he aquí que va á venir el incendio!" Ya sabemos lo demás; pero aun no hemos dicho que su espíritu profético era tan firme, que llegaba hasta tomar medidas de caridad contra la catástrofe que anunciaba. "Vos teneis guardadas muchas tablas? le preguntó á un rico habitante de Squidam, á quien había llamado. Pues bien! yo quiero esas tablas, enviádmelas, y en el acto mandaré hacer un almacén en donde se recogerá el día del incendio lo que nuestros desgra-

ciados conciudadanos podrán salvar de sus habitaciones incendiadas." Si otra persona hubiera dicho esto y manifestado su proyecto, aquel sujeto le habría alzado las espaldas ó gritado, locura! mas siendo Liduvina la que hablaba, no podían menos de obedecerla, y Dios sabe cuantos desgraciados bendijeron su previsora caridad!

Otro hecho referirémos. Una mujer venía varias veces á hacer á nuestra compasiva virgen la confianza de sus trabajos; la pobre era en verdad muy desgraciada, pues había unido su existencia al ser más brutal que pueda imaginarse. Todos temblaban delante de él: los criados más resueltos huían muy pronto y no volvían mas; pero su esposa no podía huir, y no obstante, era la principal víctima, para la cual reservaba aquel monstruo las injurias más punzantes y los más crueles tratamientos!

Liduvina la consolaba y la alentaba: "sobre todo, le decía, que vuestra inalterable dulzura sea vuestra única resistencia! Con la dulzura y la resignación se aligera admirablemente el peso de los males!" Mas ay! los días se sucedían unos á otros sin traer otro cambio en la situación de esta infortunada, que un aumento de dolores con el aumento de las injurias y de los más bárbaros tratamientos. En fin, la desesperación descendió á la pobre mujer, y un día que la desolación llegaba á su colmo acordóse del río. "Ah! sí, exclamó derritiéndose en lágrimas; sí, para mí que no puedo ni quiero vivir, ve allí el sepulcro que me conviene! Y saliendo de su casa tomó un sendero que llevaba al Musa.

Dios es muy bueno, y su bondad no nos falta jamás, pues siempre y sobre todo, le encontraremos al bordé del abismo revelándose á nosotros lleno de ter-

nura, hablándonos y tendiéndonos amorosamente la mano para salvarnos. Y esto fué lo que acaeció á la pobre desesperada, pues al ir corriendo como loca perdida, un pensamiento atravesó repentinamente su espíritu. «Y Liduvina?» exclamó deteniéndose repentinamente. «Ah! qué ingrata soy! ya iba á olvidar á la que siempre ha sido para mí tan buena, y que tantas veces ha enjugado mis lágrimas y me ha hecho tanto bien! Nó; no debo dejarla así, antes debo decirle adios; quiero volverla á ver... y después iré á morir!»

Un instante después tocaba á la puerta de la santa. «Id, pronto á abrir, les dijo á sus padres, como si hubiese sabido quien tocaba! Id, os digo, que es una pobre mujer cuyo corazón está cruelmente torturado.» Era ella: con el semblante trastornado, y los ojos tan espantosos que causaban temor. De un salto atraviesa el umbral, se precipita hácia el lecho, y cayendo de rodillas, con las manos juntas, jadeante, y sin decir una palabra, se puso á mirar á la virgen. «Pues qué teneis hermana mia?» le preguntó Liduvina. La desgraciada no respondió nada, «¿vuestro esposo no se ha hecho más tratable?»—Mi esposo habeis dicho? Mi esposo? continuó entonces con horrorosa voz, él! mi esposo! hecho más tratable? Liduvina, este hombre antes era sólo un lobo, pero ahora ya es un tigre!—Entonces, mi pobre hermana es necesario más que antes, reunir toda vuestra fé, todo vuestro valor y fortaleza y con santa resignación volver...—Ah! volver! cerca de él no es eso? volver hacia ese hombre? Jamás, nó, jamás! Ya veis Liduvina, cuán largo tiempo he seguido vuestros consejos y sostenida por vos muchos años he tenido paciencia, sus reproches y sus golpes, sus insultos y sus crueldades, todo lo he devorado! Mas hay, ya no tengo ni valor, ni fuerza, ni paciencia, ya

nada quiero ni nada puedo, la medida está colmada! Cuando un vaso está muy lleno se rompe! Yo no quiero ya la vida, no quiero mas á ese hombre. Dentro de un instante habré concluido con él y con mi vida! Oh buena Liduvina! no he venido mas que á deciros adios!»

Todos lloraban, mas sobre todo Liduvina estaba muy conmovida al ver la desesperación de esta mujer que se retorcia arrodillada á sus pies; «oh nó, amada hermana, le dijo la santa, ya os lo he dicho muchas veces, no debeis faltar á la confianza, y vuestro esposo cambiará.»—Es imposible Liduvina ya lo veis! no he orado yo, ó mas bien, no habeis orado tanto vos por él? y qué hemos conseguido!—Dios es muy bueno, hermana mia, y nuestra ciega impaciencia nos hace injustos, pues á veces desesperamos en el instante que el cielo iba á escucharnos.—Oh! dulce Liduvina si yo pudiese siquiera esperarlo!—Pues bien! replicó la santa con autoridad, yo quiero que no sólo lo esperéis sino que tengais entera seguridad de ello. En el nombre de Dios bueno y todopoderoso os lo digo, hermana mia, vuestro esposo, de hoy en adelante ya no será el mismo, su indigna conducta va á cesar desde ahora, y tendreis paz y volvereis á encontrar la dicha perdida. Esas pocas palabras fueron de un efecto prodigioso.

Liduvina, dijo la feliz mujer, vos sois un ángel del Señor! Sí, yo espero, creo y estoy ya segura! Sí, yo os lo debo todo, mi felicidad aquí en el mundo y mi salvación en la eternidad! Iré á donde me enviáis y no espero mas que vuestra bendición que imploro de rodillas.» Pocos instantes después entraba en su casa la que había salido de allí desesperada.

Mas que había pasado entretanto? porque Liduvina había profetizado la verdad. Aquel hombre tan cruel y tan violento, no lo era ya. El tigre en un momento

se había trocado en el más dulce cordero, y era de extasiarse al ver este cambio inaudito, y la nueva y admirable vida que desde entonces nunca se desmintió. Los sirvientes, los hijos, y sobre todo, la esposa, todos bendecían al Señor, pues en vez del infierno ya vivían en el cielo!

Así se manifestaba en nuestra santa con mucha frecuencia el espíritu profético con que Dios quería honrarla, siempre con gran consuelo de las almas que recurrían á ella. Una vez animaba de una manera admirable á un pobre religioso casi desesperado; otra vez, enviaba tranquila á una madre que había venido llena de espanto á recomendarle á su hijo, joven militar á quien nadie podía disuadir de batirse en duelo con otro soldado; y podríamos citar otros muchos ejemplos. Mas á veces también se servía de ese espíritu profético para hacer advertencias terribles á los pecadores.

Cierto hombre de calidad vino á visitarla una mañana, y después de unos instantes de conversación, al despedirse le dijo que iba á comulgar. "Vos? replicó la santa vivamente.—Sí, yo.—Pues bien! os lo prohibo.—Pero Liduvina, ¿por qué no he de comulgar, acaso no estoy preparado?—Nó, ya os digo que no quiero que comulgueis!—Mas en fin, pues que me espanta vuestra prohibición, á lo menos decidme en qué os fundáis?—Cómo! dijo la virgen con santa indignación, qué, nada os dice la conciencia? Ayer, y antier en tal casa. Pues qué habeis hecho? Y hoy, sin arrepentimiento, sin enmienda, con el corazón manchado, desgraciado! hablais de ir á uniros al Santo de los santos? El culpable quedó como petrificado. "Además, añadió la santa, con autoridad fulminante: la justicia de Dios ya está cansada, id preparando vuestra conciencia

para rendir cuentas, y apresuraos á hacerlo, porque dentro de tres dias moriréis!." Esta vez el pecador quedó anonadado, porque esa sentencia, para quien miraba á la virgen como una santa favorecida con revelaciones del cielo, era una sentencia infalible. Oh! exclamó aquel hombre temblando, os conjuro Liduvina á que oreis, intercedais y pongais por obra todo el crédito de que gozais cerca de Dios, para que tan horrorosa sentencia se aparte de mí!—Imposible, dijo la santa, pues es una sentencia irrevocable!—Pues bien Liduvina, añadió llorando el desgraciado pecador, á lo menos tened compasión de mi alma, y ayudadme á salvarla y á bien morir con vuestras oraciones.

La virgen se lo prometió y el individuo se retiró. Mas al tercer dia volvió á la casa alegre y bien puesto. "Y bien, dijo con aire de triunfo, yo debía según decíais, morir el dia de hoy, y me siento perfectamente bien, he aquí que el dia llega á su término, y lo cierto es que yo me siento tan bien como nunca."—"No os fieis de ello, respondió Liduvina, pues nada importa el tener buena salud, hoy mismo y á tal hora morireis." El mismo dia y á la hora indicada, le sobrevino á aquel un accidente por el cual perdió la vida!

Otra vez, llamó á uno de los principales personajes de Squidam, á quien todos conocían como un espíritu burlesco é intratable. sobre todo, con respecto al estado sobrenatural de la virgen, que no dejaba de burlar; y no obstante la visitaba algunas veces y aun había sido más de una, testigo de los milagros que obraba, y particularmente del de la Hostia milagrosa de que hemos hablado, y el que había visto tan bien como otras personas, y se había conmovido un instante, pero muy pronto la duda, las prevenciones ú otros secretos motivos le habían vuelto á sus burlas habituales.

A pesar de esto, ó mas bien, por razón de esas mismas asmoestas disposiciones, Liduvina le amaba y tenía por su alma la más viva solicitud, sin inquietarse porque creyesen ó nó, en su estado milagroso, con tal que creyesen en el poder, en la bondad y en la justicia de Dios y que se aplicasen á servirle y amarle.

Pues un dia le había llamado para hablarle de algunos intereses de conciencia: mas esta vez acudió con excesiva repugnancia, porque sabía que la santa tenía hacía algún tiempo dos llagas pestilenciales; y aunque no ignorase que todos visitaban á la admirable mártir, el no podía librarse de cierto horror secreto. Así se le presentó como un hombre infinitamente violento, y con un modo que significaba, qué tenéis que decirme? despachad presto! llevaba además la boca y la nariz como herméticamente cerradas con un pañuelo. No tengais temor, le dijo dulcemente la virgen al mirarlo. Ni vos ni nadie teneis nada que temer de mi mal que no es contagioso, porque no es en mí mas que la obra de Dios, y no de los elementos viciados. Mas él se puso á mover la cabeza de manera que demostraba que no se fiaba de ningún modo. Después volviendo á su caracter le dijo con un tono sardónico: «Eh! es cierto Liduvina yo he hecho mal en alarmarme, y si quiere el cielo que viva bastante para ver vuestro fin, es cierto que viviré largo tiempo! A esas palabras el espíritu de Dios iluminó repentinamente á la santa: «Mi fin? dijo Liduvina, vos hablais de ver mi fin? Pues bien! nó, no lo habeis de ver, antes yo seré quien mire el vuestro, y Dios quiere que os declare que vuestro fin no está distante! Dentro de algunos dias morireis! y os conjuro á nombre de vuestra alma que os debe ser querida sobre todo, que pongais en orden vuestra conciencia; desde el dia de hoy poneos en el estado en

que todo hombre racional querría estar cuando la muerte venga á presentarle al juicio de Dios, porque os lo repito, vuestro fin está próximo!»

Tal lenguaje hubiera espantado á cualquier pecador, mas éste no solo quedó impasible, sino que levantó insolente la cabeza, injurió á la santa con sus burlas más mordaces, y tratandola de visionaria y de estravagante, y riyendo á carcajadas se marchó. Mas hay! Dios había hablado por la boca de Liduvina; y algunos dias después, el orgulloso pecador tendido en la cama por una enfermedad repentina, hizo memoria de aquello, y lleno de terror envió á pedir á la dulce crucificada un humilde perdón de todas sus sacrílegas burlas, y á suplicarle al mismo tiempo le concediese en su aflicción el auxilio de sus poderosas oraciones. La santa consintió en todo; mas encargó de su parte á un mensajero digno de confianza, que fuese á decirle cómo no tenía tiempo que perder, pues su hora iba pronto á sonar; que era necesario ante todo hacer una humilde confesión y restituir los bienes mal adquiridos que poseía. A esta última palabra, como si se le hubiera lastimado una llaga viva, ó revelado el secreto vergonzoso de su pasada incredulidad, el pecador entró en una ira violenta. «Yo, dijo, revolcándose en el lecho, y con un acento que bastaba para acusarle, yo, restituir! despojarme de mis riquezas! Nó, yo no tengo nada que restituir! y os digo que esta mujer me calumnia! Id, lo oís? id y decidle que mis manos son puras de bienes agenos, y que no hay en mi fortuna un escudo que no sea mio!»

Entonces la virgen, espantada de tal endurecimiento le envió á decir estas palabras: «Por vuestra salvación voy á deciros lo que pretendéis ignorar, teneis tal finca, en tal parte, que no es vuestra! teneis tal

cantidad de dinero oculta, en tal lugar de vuestra casa, que no os pertenece; y os repito, apresuraos á restituir, porque todo eso injustamente retenido, os ha de quemar por toda la eternidad!»

Mas, oh lamentable efecto de las pasiones! El alma que se abandona, se irrita con la verdad, ciégase más y más á despecho de las más vivas claridades que recibe, como los ojos enfermos que no ven con la gran luz del sol! Las últimas palabras de Liduvina, esa indicación de los bienes injustamente adquiridos, precisa, circunstanciada y exacta en todos sus detalles, como se reconoció más tarde, ésta revelación milagrosa, humanamente imposible á la virgen, todo debía invenciblemente convertir á aquel pecador; mas no fué así; antes volviéndose más que nunca y con una especie de rabia al amor insensato de sus riquezas, se quejó como de una persecución, y no queriendo oír más, al fin murió en su endurecimiento.

No terminemos este capítulo sin referir otro hecho, notable entre todos, un hecho mas general y público, y por lo mismo más positivo.

Una armada considerable de navíos mercantiles iba á hacerse á la vela para el mar Báltico. No faltaba mas que fijar el día de la partida, el cual se determinó al fin en una asamblea general. Mas cosa extraña! sin ningún especial motivo fijóse la elección precisamente en un día de fiesta solemne; todos la aprobaron menos uno, aunque en vano, pues la decisión estaba ya fijada y esto lo puso en una cruel ansiedad. Por una parte, sufría, sintiéndose martirizado en su conciencia de fiel cristiano; por otra parte, qué podría hacer? Debería y podría acaso aislarse? No le era permitido, por razón de los peligros del aislamiento. ¿Podría sujetarse á una decisión que sólo la necesidad le imponía? En su

perplejidad pensó en acudir á Liduvina, «yo la consultaré», se dijo, porque tenía gran veneración por la santa y jamás emprendía ningún viaje largo, sin recomendarle á sus oraciones: envíole, pues, un sirviente á consultarla: «Decid á vuestro amo, respondió la santa, que no se embarque sin venir él mismo como acostumbrado, á despedirse de mí.» El piadoso armador fué pues á la casa de la virgen. «Hermano mio, le dijo, tengo que pedir os una gracia, mas oídlo bien: no quiero que me la negueis.» Qué es lo que deseáis hermana mia?—Lo que deseo, ó mas bien lo que quiero, es que no os vayais en el día señalado: nó, no os vayais en ese día! no lo quiero, os digo: yo sé bien el por qué, y vos también más tarde lo sabréis.—Mas Liduvina, haré mal si parto? La necesidad en que estoy, y la gravedad de los intereses que comprometo no partiendo ese día, todos esos motivos no pondrán en seguridad mi conciencia?—Que la pongan en seguridad ó nó, hermano mio, no lo examino en esta hora; sólo os digo y repito, que no os embarqueis; yo no quiero que os pongais en el mar en el día indicado:—Mas en fin, Liduvina lo que exigís es muy extraño! Quereis, pues, que me exponga yo absolutamente sólo á los riesgos de una larga y peligrosa navegación, y esto precisamente cuando puedo tener numerosos y valientes compañeros de viage.—Y bien! sí, hermano mio, esto es lo que exijo!

Que se vayan si quieren vuestros valientes compañeros de mar! vos partireis sin ellos; y no ireis sólo, pues que Dios estará con vos, Dios conducirá vuestro navío, y velará por vos, y os traerá al puerto sano y salvo.

El armador no insistió más: había en la voz de la virgen tal acento de terror profético, que se sintió sub-

yugado á pesar suyo, y su resolución fué desde entonces irrevocable. Instancias, súplicas, burlas para decirle á partir el día señalado, nada faltó; mas á todo supo resistir. El día de la partida estuvo presente; mas estaba tranquilo! las velas se inflan con el viento: los navíos como corceles listos bajo la mano que los dominase balanceaban graciosamente en sus calabrotos, impacientes de lanzarse. Al choque de las cuerdas, al movimiento de las olas se mezclaban las voces de los pasajeros. Marineros, soldados, mercaderes, todos iban y venían, se hablaban unos con otros, todo era movimiento, gritos y transportes: parecía como una locura indescriptible. El armador estaba allí en la playa, viéndolo todo! Allí le llegaban amargas burlas, sobre los piadosos terrores que sentía por las palabras de una mujer. Pero nada le conmovió: solamente cuando se dió lo señal de la partida, cuando toda la flota al ruido de una inmensa aclamación se lanzó libre, ligera y llena de majestad, sintió quebrantársele su corazón, y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas. Era tan seductor ese mar que á lo lejos brillaba como un vasto depósito, y del cual cada ola que el viento levantaba, parecía un montón de diamantes! era tan hermosa sobre todo, esta embarcación que partía sin él, tan graciosa, con sus innumerables mástiles empabellonados, con sus marineros gozosos y sus hábiles y valientes capitanes! En efecto, la navegación era magnífica, los navíos parecían deslizarse sobre las olas, la tierra desapareció en un abrir y cerrar de ojos; así navegaron todo el día, con aquel hermoso tiempo, y bajo tan dichosos auspicios que sobreexcitaban los corazones. Es cierto que por la tarde, ya desde lo alto de los mástiles se dejaban ver en la inmensidad del espacio algunos puntos negros. . . . Mas qué podían ser? Después

de todo, nada tenían que temer? ¿no tenían en su favor la fuerza y el número? Repentinamente los vigías arrojan un grito terrible! A las armas! los piratas! ved allí los piratas! á las armas! Y todos se precipitan: los soldados á su puesto y los marineros á la maniobra. Mas ya los piratas estaban allí! La batalla fué horrosa: con el hacha en la mano y el puñal en los dientes, aquellos horrorosos piratas saltaban al abordaje con un furor de demonios; más de una hora en medio de las olas del Océano trabóse una atroz guerra, una lucha sin nombre, de hombres, de naves, de gritos de rabia, de heridos y cadáveres!. . . . En fin un hurra! prolongado é inmenso resonó sobre el abismo! Era el canto del triunfo de los piratas: la flota había sucumbido! hombres, navíos y todo lo que no había perecido bajo el hierro de la batalla ó en medio de las olas, era conquista y presa del vencedor!

La mañana siguiente, no sabiendo nada de esto y siempre triste por su aislamiento, el armador á quien habia detenido Liduvina, se hacía también á la vela; mas cual no fué su espanto cuando supo la horrible catástrofe, cuando encontró las huellas, chocando en su camino con un cadáver ó un trozo de buque.

Su confianza desde entonces no conoció ya límites: Tempestades ni piratas nada le inquietó! antes hizo el viaje más dichoso, y su nave estaba cargada de riquezas cuando volvió al puerto.

Quando hacemos el bien ó el mal, sin quererlo profetizamos en cierto modo nuestra vida ó nuestra muerte, nuestra felicidad ó nuestra desgracia, ya sea en este mundo ya sea en la eternidad.

CAPITULO XVIII.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.

Angel y virgen en la capilla de María—La agonía en el Huerto de los olivos.—Quéres tú venir al Calvario!—Espinas.—Aposento embalsamado.—Admirable revelación que hace la virgen á un padre cuyo hijo ha desaparecido.—Su confesor se oculta para espiarla.—Es arrebatada al cielo en donde le dá un velo la Santísima Virgen.

LLEGAMOS por fin al último punto de las consolaciones sobrenaturales con que el celestial Esposo de Liduvina se complacía en regocijar sus dolores, pues en el Tabor al que el amor conduce al alma, hay algo mejor que el espíritu profético y el don de los milagros; mejor que á Moisés y á Elías, el alma vé á Jesús como presente, le habla y se embriaga con él de delicias, con él se identifica en la dicha de una misteriosa unión; y ese es el arrobamiento y el éxtasis! Tal era, sobre todo, la incomparable alegría, el gozo de casi todos los días concedido á la humilde crucificada en cuyo favor Dios había hecho ya tantas maravillas!

Vé aquí como se verificaba ordinariamente ese prodigio de la gracia: la santa se ponía en oración, y muy pronto su alma se encendía; todas las cosas de la tierra se le desvanecían como una sombra; todo un mundo maravilloso le abría sus horizontes, y entonces llegaba su buen ángel... siempre era el ángel quien tenía la misión de conducirla á la visión de Dios. Antes de todo, é invariablemente, el dulce ángel alzando su vuelo misterioso, transportaba á la virgen á la Igle-

sia parroquial de Squidam, á la capilla de María, delante de la imagen misma á cuyos pies había encontrado en su infancia tanta alegría. El ángel y la virgen por un momento honraban juntos á la Reina Inmaculada de los cielos; y después desde allí comenzaban su extático viaje, caminando á la exploración del mundo de maravillas que el amor les ofrecía. Unas veces iban á Nazareth ó á Belén, ó á Jerusalén ó al Calvario; la Palestina entera, esa tierra bendita que había recibido la impresión de los pasos del Salvador; otras veces, dirijíanse á Roma, la ciudad eterna, en donde triunfó desde el fondo de su sepulcro el pescador de Galilea, y en donde reina coronado de la veneración del mundo el Vicario de Jesucristo. En una palabra, visitaba toda región, toda iglesia y monasterio, todo lugar santificado en la tierra, y aun muchas veces también el purgatorio, y otras, el cielo! Y por todas partes, en esos éxtasis, encontraba siempre al Amado de su corazón, á su dulce y adorado Jesús... unas veces recién nacido, en las pajas del pesebre, adorábale devotamente sonriendo en los brazos de su Madre, y tendiéndole á ella sus divinas y pequeñas manecitas! qué tiernas caricias le hacía la santa! Otras veces le veía como cuando andaba en la Judea, con el Corazón lleno de misericordia y las manos llenas de milagros, ó lanzándose como triunfador desde las profundidades del sepulcro, y sentía transportes de ardiente amor al verle y tocarle! á veces le permitía el Amado besar sus pies, manos y costado, haciéndole gustar en esta divina fuente delicias inenarrables, y dejándola beber copiosamente en ella.

Muchas veces refirió la santa lo que le pasaba, haciendo por obediencia y delante de los más venerables testigos, la relación de esos admirables arroba-

mientos— Algunas veces la transportaba su buen ángel al Calvario, y allí sobre todo, se sentía dichosa! lo cual comprenderemos acordándonos de su amor apasionado por su Dios clavado en la cruz.

Pues qué pasaba en el Calvario? Qué drama se representaba en él? Allí la santa participaba de los sufrimientos de su Amado, pues muchas veces al volver de su éxtasis se echaban de ver en su cuerpo heridas de un caracter extraño, y fragmentos de espinas en sus carnes. ¿De dónde podían provenir tales espinas y heridas? Necesario sería hacer violencia á su humildad para arrancarle la explicación de ello: un día dijo que en una de sus misteriosas peregrinaciones había ido á Gethsemani, al sombrío huerto de los Olivos, donde su dulce Jesús la esperaba. La santa veía renovarse todos esos primeros dolores, véale prosternado en la tierra, oíale repetir su desgarradora oración: "Padre mio, apartad de mí ese caliz de tanta amargura!" Y Liduvina se postraba á sus pies con el rostro contra la tierra, inmóvil y casi sin vida. El espantoso sudor de sangre corría por los miembros de Jesús y su agonía había vuelto á comenzar; era la misma escena lamentable de otro tiempo! Después el Salvador se levantó, y mirándola, le dijo con voz llena de inefable tristeza: "quieres tú venir conmigo al Calvario?" — "Con vos, Señor, contestó la virgen, oh! sí, á todas las partes donde quisieréis! Ah! el ir con vos, el padecer y morir con vos, oh Señor mio! oh vida mia! sería para mí la suprema felicidad!" Y juntos habían subido la santa montaña, y allá en el Calvario hubo entre el esposo y la esposa, una unión de dolores que la lengua humana no sabría referir! Después de esto, al bajar del monte sagrado, conoció la santa que tenía unas fistulas en sus labios, unas nuevas y singulares llagas en

sus miembros, y aun espinas clavadas en la carne. "Hermana mia, le dijo el ángel, esas heridas, Dios quiere que tú las traigas á fin de que sean para tí y para todos como un testimonio visible de la realidad de los arrobamientos con que su Majestad se digna honrarte." "Vé aquí por qué, añadía la santa, vosotros veis desde entonces esas cosas admirables en mí; ayudadme á dar gracias al buen Dios que de este modo trata á su indigna esclava."

Y no eran sólo heridas y llagas lo que la santa traía de sus divinas peregrinaciones, sino traía consigo además como un perfume del cielo. Graves personajes, testigos dichosos de tantos prodigios lo han asegurado, pues al entrar en su aposento, cuando volvía de sus arrobamientos, sentíase cada uno deliciosamente penetrado de tan exquisito olor, que ninguno de los perfumes conocidos hubiera podido bastar á dar de él una idea. Sentíase sobre todo atraído hacia ese lecho en que yacía la virgen, como hacia la fuente del celestial olor que embalsamaba el aposento; y se veía á los asistentes aproximarse lo mas que les era posible, como para gustar mejor de tan maravillosas delicias. Y no obstante, en aquel pobre lecho, no había mas que una pobre criatura cubierta de llagas, é hirviendo en gusanos. Mas esa pobre criatura era un vaso colmado de los dones del Espíritu Santo, era un dulce santuario perfumado de gracia y de virtudes. Aquella virgen recibía inauditos favores: veía prodigiosamente á los ángeles y descansaba su cabeza en el pecho de Jesús, sabía los senderos del cielo, y gozaba de las alegrías del paraíso, y se paseaba en los jardines de Dios. Naturalmente volvía de allá embalsamada!

Muchas veces las personas piadosas que entonces la veían, le preguntaban ó la felicitaban con transporte.

«Sí, lo confieso, respondía la santa, y no puedo negarlo: las consolaciones sobreabundan en mi alma, consolaciones inauditas, inenarrables, de las cuales casi me siento horrorizada, porque tengo mucho temor de no poder soportar su peso sin vanidad! Oh! mas Dios es bueno, adorablemente bueno, y para sostener á su pobre y ruin esclava, mezela siempre con las alegrías que le envía alguna amorosa humillación. Cuando me ha regocijado mucho y embriagado de dicha consigo, estoy segura de que inmediatamente me vá á venir algún nuevo y mas horrible tormento. Bendita sea para siempre su Majestad!»

Ya hemos dicho que muchas veces en sus arrobamientos nuestra santa visitaba también los monasterios. Citemos acerca de esto una admirable particularidad mil veces comprobada. El recuerdo que traía de esos monasterios era exacto hasta en sus menores detalles; refería el orden variado de los ejercicios que allí se practicaban, sabía hasta los nombres y sobre nombres de los habitantes de cada uno de ellos. «Lo que vos me decís, exclamaba muchas veces con asombro, tal ó tal religioso que había venido en peregrinación de alguna comarca lejana, á visitarla; lo que me decís de mi convento supera la imaginación, porque si hubiéseis pasado allí toda la vida no lo conoceríais mejor.

Un día cierto extranjero que venía de países muy distantes, se presentó en casa de Liduvina: sus pasos, su mirada, y su pálida frente, todo revelaba en él un profundo dolor. En efecto, venía á contar á la virgen de quien por todas partes se contaban tantas maravillas, cómo había perdido á un hijo suyo: que éste desgraciado había desaparecido, y que todas las investigaciones que se habían hecho para encontrarle habían

sido inútiles. Mas Liduvina no le dió aun tiempo de hablar, y sin esperar que traspasase el umbral, le dijo. «Yo os saludo, Señor Guillermo:» y el extranjero se detuvo asombrado al oír estas palabras. «Soy yo acaso conocido aquí? preguntó. Y cómo sería posible cuando nunca he venido á este lugar, cuando nadie puede ni aun sospechar mi viaje á Squidam? Entrad siempre, Señor Guillermo, prosiguió la santa, y sed benditos de Dios, vos y vuestro hijo Enrique! Esta vez se vió al pobre padre vacilar. Mas casi al punto como bajo el golpe de una violenta conmoción eléctrica, se precipitó hácia el lecho de la virgen. «Ah! no habeis nombrado á Enrique? No habeis hablado de mi hijo? Decidme si lo conoceis, si sabeis qué se ha hecho mi desgraciado hijo. Responded, oh! respondedme pues! Vive ó ha muerto?» Está vivo, respondió la santa. Ah! Dios mio, mi hijo vive! Gracias os doy! Mas decidme, Liduvina, es desgraciado?—Vuestro hijo Guillermo? Tranquilizaos, él será el mas dichoso de los hombres cuando pueda deciros, estrechándoos sobre su corazón, que una terrible necesidad que vos apreciareis, le ha obligado á causaros por su huida un momento de tristeza, porque así convenía para su salvación eterna!—Vos me horrorizais, Liduvina: qué se ha hecho pues de mi hijo?—Glorificad á Dios, hermano mio! Yo he visto á vuestro querido Enrique prosternado, recibiendo tal dia el santo hábito de los Cartujos. . . . El joven ha obedecido al llamamiento irresistible de Dios!—Oh cielos! mi hijo Cartujo! Hágase Dios mio, tu santa voluntad! Mas acabad, Liduvina, acabad vuestra obra, decidme dónde está mi Enrique, mi hijo. En qué monasterio? En qué lugar? Decidmelo, para ir, y volar, y abrazarle, y bendecirle! Pues bien, Guillermo, vuestro hijo se halla en la Cartuja

del monte de San Juan, en Bélgica, en el Brabante meridional; id allá y le encontrareis, pues allá es donde le he visto.» Guillermo partió y atravesó como un dardo las provincias que le separaban del Brabante: Liduvina había dicho la verdad. Desde el día indicado el joven Enrique era Cartujo y vivió después como un santo.

Podríamos igualmente, con motivo de los arrobamientos al cielo, referir algunos incidentes llenos de encanto y sobre todo, numerosos favores que la virgen recibió de la augusta María; mas hablaremos de uno sólo.

Era un día de fiesta en 1428. Al derredor del lecho de Liduvina, y hacia el medio día, se encontraban su confesor, sus parientes y otras personas piadosas que hablaban de Dios. Repentinamente la santa interrumpió la conversación. «Quisiérais, dijo á los asistentes, dejarme sola algunas horas?» no podían todos mas que obedecer, y al punto salieron. ¿Cuál podía ser la idea súbita de querer estar sola, precisamente á una hora desacostumbrada? El confesor, sobre todo, quedó preocupado, pues hacía mucho tiempo que aprovechaba todas las ocasiones de juzgar por sí mismo lo que pasaba, y así en el acto, sin decir nada á nadie, y sin que pudiesen sospecharlo, furtivamente y sin hacer ruido volvió á entrar en el aposento y ocultóse en un rincón.

Una vez sola, ó mas bien creyéndose sola, Liduvina se puso en oración, y su amor bien pronto hizo explosión. El sacerdote la oía, hablaba á su Jesús con arranques de fuego, y con un acento de singular reconocimiento y ternura; después oyó que dirigiéndose á su ángel decía: «¡Oh, venid amigo fiel y hermano celestial, venid á regocijar mi corazón, venid á hablar á

mi alma, que ya tengo hambre y sed de veros y oíros!» Su oración fué escuchada: el ángel apareció: mas la santa no le veía como otras veces, pues el ángel se detenía á cierta distancia, y con el rostro encubierto; ella alarmada exclamó: «¿Por qué, mi amado hermano, por qué os deteneis ahora lejos de mí? Por qué el día de hoy me ocultais vuestro rostro tan bueno? He cometido acaso alguna falta de la que querais castigarme? —Nó, respondió el ángel, nó, Liduvina; no eres tú la que me detienes, mas hay aquí oculto alguno que quería y que no debe ver mi semblante.» Y el ángel desapareció; la virgen quedó muy desolada y se puso á llorar con tanta amargura, quejándose en términos tan tiernos, que el confesor no pudiendo contenerse mas, salió al fin de su escondite: Liduvina, perdonadme, le dijo, os juro que no lo volveré á hacer!—Ah! sois vos! exclamó la santa, y sus lágrimas se aumentaron, y su dolor se hizo mas desgarrador. ¡Oh Dios mio! convenía que fuese el padre de mi alma quien me privase de las santas delicias que mi ángel me traía! ¿Qué os he hecho yo pues, Padre mio? desconfiais acaso de mí y de la sinceridad de mis confesiones? Ah! tratarme así vos á quien venero y que sois para mí el representante de Dios!

El pobre sacerdote partió con el corazón quebrantado, no pudiendo responder nada.

La misma tarde la dichosa virgen quedó bien indemnizada, pues fué arrebatada al cielo, y los esplendores del paraíso le fueron descubiertos: contemplaba á Dios en las magnificencias de su infinita gloria, veía al derredor de su trono, y en las delicias de sus gozos eternos, á los ángeles y los serafines, y á la innumerable milicia de los celestiales espíritus; el senado de los patriarcas y de los profetas, el colegio augusto de los

apóstoles, el triunfante ejército de los mártires, y la casta legión de las vírgenes. Muchos de esos bienaventurados escogidos venían á hablarle como se habla á una hermana. "Tú lo ves, Liduvina, le decían, nosotros hemos sembrado en las lágrimas y hemos recogido en la alegría; nuestras humillaciones han producido la gloria, cuanto más hemos padecido, más gozamos ahora. Sigue pues nuestras huellas, persevera en la paciencia. Y mientras que los gloriosos ciudadanos de la celestial Jerusalén inflamaban así su valor, he allí que la santa veía aparecer con gran pompa á la Reina del cielo. La Santísima Virgen se acercó á ella, y le decía: Mi querida hija, cómo has venido así á este lugar no teniendo un velo en tu cabeza?—Oh! mi amabilísima soberana, respondió Liduvina: mi ángel me ha traído en este estado, y yo no hago jamás otra cosa que lo que quiere mi santo ángel.—Entonces, hija mia, dijo la Santísima Virgen, aquí tienes este velo: ¿quieres aceptarle para cubrirte con él? Ante esta oferta Liduvina vacilaba, y no sabía qué responder, temía que aceptándolo sólo siguiera su propia voluntad, y desagradaba á su Dios, esperó pues, y volvióse á su buen ángel como para pedirle una inspiración. Mas la divina María repitió la oferta por segunda y tercera vez, y no diciéndole el ángel lo que debía decir, respondió humildemente: "Me parece, mi dulcísima Madre, que no debo tener aquí ninguna voluntad.—"No obstante, dijo entonces su guía, si tú quieres ese velo, acéptalo." Esta respuesta ambigua aumentó su vacilación, la santa miraba el precioso velo, y hubiera querido con toda el alma poseerle; mas no osaba ni pedirle, ni recibirle!

Entre tanto, la Reina de los ángeles se había retirado. Ya se acercaba el momento en que Liduvina

debía dejar el cielo, y repentinamente la Santísima Virgen apareció de nuevo seguida de las vírgenes, y trayendo siempre en sus manos el velo misterioso. "Mi amada hija, dijo acercándose á Liduvina; yo te he vanamente solicitado hace poco, con este velo, tú no has querido tener voluntad propia: Pues bien! para recompensarte, yo misma voy á ponerle sobre tu cabeza. Recíbele, hija mia, llévale á la tierra, y le guardarás siete horas contigo! mas á la séptima hora lo darás á tu confesor á fin de que él vea una prenda auténtica de los favores que el cielo te concede, y al mismo tiempo dile en mi nombre que lo ponga á mi imágen en la iglesia de Squidam. Adios, tén valor! yo te espero en la gloria!" Cuando Liduvina volvió de su éxtasis, encontró en efecto el maravilloso velo puesto en su cabeza. ¿Quién podría decir su gozo y su reconocimiento! Con qué transporte dió gracias á Dios y á la Santísima Virgen! Cómo cubrió de besos ese velo venido del cielo! Con qué velocidad pasaban las horas, y ya la séptima estaba cercana. Era preciso obedecer á la Santísima Virgen; la santa hizo venir á su confesor: "Padre mio, le dijo, he asistido á una gran fiesta en el cielo; yo he visto á Dios y á los ángeles, he conversado con la Santísima Virgen: ved este velo que me ha dado!" Y se lo refirió todo. El sacerdote quedó admirado, y no podía dudar, pues el velo era un argumento irresistible, porque allí estaba delante de él, era un velo de un trabajo humanamente imposible, y este velo real no podía ser una ilusión.

El sacerdote le veía, le apretaba con sus manos y admiraba su color y su tejido. Qué blancura celestial é inimitable! Qué milagrosa finura! Qué perfume tan delicioso exhalaba, que llenaba el aposento de una

suavidad que no podía venir mas que de las eternas moradas!

El dichoso sacerdote volvía y revolvía aquel velo entre sus manos, inmóvil, arrebatado, olvidándolo todo y no se cansaba de contemplar esta obra divina. Entre tanto, el momento se aproximaba. "Padre mio, le dijo la virgen, llevadlo á la iglesia, pues debemos obedecer á la Santísima Virgen." Mas Liduvina, es muy temprano, se apresuró á decir el sacerdote, que no se podía resolver á concluir: la iglesia está aun cerrada, y la imagen á una altura inaccesible en la oscuridad.—Id siempre, padre mio, continuó la santa, encontrareis al portero de la iglesia en la calle, y una escala bastante alta á la izquierda de la imagen, apresuraos pues. "El sacerdote partió, encontró al portero y la escala en el lugar indicado, y pudo así depositar el precioso velo en la cabeza de la venerable imagen. Después se arrodilló. . . . mas apenas comenzaba á orar cuando se acercó un ángel. . . . El sacerdote levantó la cabeza. . . . y el velo había desaparecido!

Así se le prodigaban á la dichosa crucificada todas las alegrías del éxtasis. En Jerusalén, en el Calvario y en el cielo, por todas partes encontraba á su amado Jesús. Y algunas veces no era necesario que su celestial guía la llevase fuera de su pobre aposento. Allí mismo en su casa, y bajo su miserable techo, los ángeles, los apóstoles, los santos, y el Rey de los reyes con su acompañamiento de escogidos, venían á visitarla! Entonces, á los rayos de esta divina presencia, el humilde aposento se iluminaba con tan brillante esplendor, que los parientes y vecinos, como ya una vez lo hemos visto, acudían llenos de terror creyendo que se trataba de un incendio. Entonces era imposible mirar á la santa, pues su rostro estaba deslum-

brante de luz celestial! ¿Cómo, decíanle algunas veces cuando todo estaba concluido, cómo podeis soportar una luz tan viva, vos que no podeis con los ojos enfermos ni aun sostener un instante la simple claridad del dia? Es cierto, respondía Liduvina, es un hecho que puede parecer extraño; mas hay luz; y luz; la una con la cual vé uno las cosas de aquí abajo, la otra con la cual contempla á Dios, y esta difiere tanto de aquella, como el dia difiere de la noche. Qué importan la fortaleza ó la debilidad de los órganos! Aun á los ojos mas enfermos nada es tan bueno y tan dulce como la luz de Dios!"

Nosotros también vamos pasando, ó por el Calvario, ó por el cielo, por el dolor, ó por el gozo: más qué perfumes y qué méritos traemos de allá? Es que muchas veces no buscamos á Jesús, sino sólo nuestra propia voluntad!

CAPITULO XIX.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.
(CONTINUACIÓN.)

Devoción de Liduvina á las almas del Purgatorio.—Desciende con su ángel á esos lugares de expiación.—Una alma del Purgatorio reclama una moneda de oro.—Libertades que consigue la virgen.—Vé aquí el infierno, ¿quieres mirarle?—Un ángel desolado.—Los granos de mostaza ó advertencia á un sacerdote.—La vasija llena de carbones ardientes ó cuánto el alma de la santa se eleva sobre los sentidos.

CONTINUEMOS la prodigiosa historia de los arrobamientos de nuestra santa. Entre todas las estaciones

suavidad que no podía venir mas que de las eternas moradas!

El dichoso sacerdote volvía y revolvía aquel velo entre sus manos, inmóvil, arrebatado, olvidándolo todo y no se cansaba de contemplar esta obra divina. Entre tanto, el momento se aproximaba. "Padre mio, le dijo la virgen, llevadlo á la iglesia, pues debemos obedecer á la Santísima Virgen." Mas Liduvina, es muy temprano, se apresuró á decir el sacerdote, que no se podía resolver á concluir: la iglesia está aun cerrada, y la imagen á una altura inaccesible en la oscuridad.—Id siempre, padre mio, continuó la santa, encontrareis al portero de la iglesia en la calle, y una escala bastante alta á la izquierda de la imagen, apresuraos pues. "El sacerdote partió, encontró al portero y la escala en el lugar indicado, y pudo así depositar el precioso velo en la cabeza de la venerable imagen. Después se arrodilló. . . . mas apenas comenzaba á orar cuando se acercó un ángel. . . . El sacerdote levantó la cabeza. . . . y el velo había desaparecido!

Así se le prodigaban á la dichosa crucificada todas las alegrías del éxtasis. En Jerusalén, en el Calvario y en el cielo, por todas partes encontraba á su amado Jesús. Y algunas veces no era necesario que su celestial guía la llevase fuera de su pobre aposento. Allí mismo en su casa, y bajo su miserable techo, los ángeles, los apóstoles, los santos, y el Rey de los reyes con su acompañamiento de escogidos, venían á visitarla! Entonces, á los rayos de esta divina presencia, el humilde aposento se iluminaba con tan brillante esplendor, que los parientes y vecinos, como ya una vez lo hemos visto, acudían llenos de terror creyendo que se trataba de un incendio. Entonces era imposible mirar á la santa, pues su rostro estaba deslum-

brante de luz celestial! ¿Cómo, decíanle algunas veces cuando todo estaba concluido, cómo podeis soportar una luz tan viva, vos que no podeis con los ojos enfermos ni aun sostener un instante la simple claridad del dia? Es cierto, respondía Liduvina, es un hecho que puede parecer extraño; mas hay luz; y luz; la una con la cual vé uno las cosas de aquí abajo, la otra con la cual contempla á Dios, y esta difiere tanto de aquella, como el dia difiere de la noche. Qué impertan la fortaleza ó la debilidad de los órganos! Aun á los ojos mas enfermos nada es tan bueno y tan dulce como la luz de Dios!"

Nosotros también vamos pasando, ó por el Calvario, ó por el cielo, por el dolor, ó por el gozo: más qué perfumes y qué méritos traemos de allá? Es que muchas veces no buscamos á Jesús, sino sólo nuestra propia voluntad!

CAPITULO XIX.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.
(CONTINUACIÓN.)

Devoción de Liduvina á las almas del Purgatorio.—Desciende con su ángel á esos lugares de expiación.—Una alma del Purgatorio reclama una moneda de oro.—Libertades que consigue la virgen.—Vé aquí el infierno, ¿quieres mirarle?—Un ángel desolado.—Los granos de mostaza ó advertencia á un sacerdote.—La vasija llena de carbones ardientes ó cuánto el alma de la santa se eleva sobre los sentidos.

CONTINUEMOS la prodigiosa historia de los arrobamientos de nuestra santa. Entre todas las estaciones

que hacia acompañada de su ángel, hay una que no podemos olvidar, y de la que queremos hacer mención, como las que hacia al Calvario ó al cielo, porque veremos en ella una de sus mas amadas devociones, devoción que así como su amor apasionado de la cruz y de la Eucaristía, como su piedad para con la Santísima Virgen, ó como su caridad, era uno de los caracteres dominantes de su vida. Queremos hablar de sus viajes extáticos al Purgatorio.

No hay necesidad de decir que Liduvina, ya que amaba tan ardientemente á los pobres, á los enfermos y á todos los que padecen, qué amor no tendría para con las almas del Purgatorio, á esas pobres almas cautivas, encadenadas con tantos dolores á la vez que coronadas de santidad y devoradas por aquel suplicio inaudito que nuestra virgen comprendía tan bien de la privación de Dios! Sobre todo, amaba á Dios con un celo y unos ímpetus tan inflamados, que hubiera querido extender su reino, y dar mil veces su vida, no sólo por hacerle bendecir por todas las inteligencias, sino aun por conquistarle aunque fuese un sólo pecador: ¿cómo no habría tenido un celo de fuego, para libertar y darle al cielo, es decir, á Dios, unas almas ya santas, y por consiguiente tan dignas de su Majestad y tan capaces de glorificarle?

Muchas veces repetía las amorosas palabras de San Bernardo: "Yo descenderé al lugar de las expiaciones para compadecerme de esas pobres almas á quienes hiere la justicia, puesto que ya esperan la gloria!" Y en efecto, descendía orando sin cesar y haciendo orar á otros, multiplicando sus buenas obras y descendiendo muchas veces en sus éxtasis al Purgatorio.

Por ella misma se ha sabido que cuando su ángel venía á llevarla al Calvario, ó á las regiones del cielo,

casi siempre la hacia pasar también por las sombrías regiones del Purgatorio.

Allá se detenía ante esas almas infortunadas, acabando de pagar con el sufrimiento la deuda que tenían para con la eterna justicia. Mirábalas bajo una forma sensible, y contemplaba con tristeza y horror los diversos tormentos que padecían; oía sus gemidos y escuchaba sus quejas lastimeras. Con la inmensa compasión de que estaba lleno su corazón, les hablaba como se le habla á un hermano querido, recostado en un lecho de tormentos, decíales que ella se interesaría en el mundo por su desgraciada suerte y con todos los medios que pudiese, con el mayor número de almas que fuese posible, les prometía sus oraciones mas fervorosas y sus obras mas meritorias, les aseguraba en los términos mas vivos y mas tiernos, que para su alivio haría ofrecer el divino Sacrificio, y que en cuanto Dios se lo permitiese, multiplicaría sus limosnas á nombre de ellas.

Liduvina pasaba así por en medio de esas almas afligidas como una esperanza y un consuelo, y dijo algunas veces que esas almas viéndola pasar escuchando sus palabras, y recogiendo sus promesas, exclamaban con transporte como en un principio de dicha: "Bendito sea el Señor que alumbró el día de hoy con un nuevo rayo de esperanza nuestros sombríos calabozos! Por siempre sea alabado nuestro Dios tan bueno, que nos envía y nos muestra un momento, para consolarnos, una alma que vive aun bajo el reino de la misericordia, una alma que puede aun emplear con provecho la sangre del Salvador y merecer para ella y para nosotras!"

Aquí tiene lugar una tierna particularidad: esas tristes almas, hacían muchas veces á la virgen que las

visitaba, alguna espantosa comunicación, encargándole con una misión maravillosa que llenar en la tierra, por su bien ó por el de los que amaban . . . comunicaciones y misiones que llenaban de espanto á las personas á las que era enviada la santa, y que rodeaban de una luz tan brillante como la del astro del día, la realidad de sus divinos arrobamientos. Demos de ello un ejemplo.

Una alma se le apareció rodeada de fuego, arrojando gemidos lamentables. «Liduvina, le dijo, cuando volvais á la tierra, oh! por amor de Jesucristo y por compasión de mis dolores, os conjuro que hagais venir cerca de vuestro lecho una mujer á quien habeis tratado otras veces con solicitud maternal, esta viuda á quien aconsejasteis que continuase su comercio para evitar la ociosidad, decidme si os dignareis llamarla? Sí, respondió la virgen; con mucho gusto; pero y qué le he de decir? Pues bien, Liduvina, decidle que ella posee una moneda de oro que no le pertenece, sino á mí! A nombre de su salvación que compromete, y de las penas que yo padezco en este lugar de expiación, á donde he bajado hace algunos días; decidle que reclamo ese oro que injustamente me sustrajo, que lo quiero y tengo necesidad de él para emplearlo en mi libertad: que exijo que me lo restituya lo mas pronto posible, haciendo celebrar misas por mí. Sí, decidle todo esto, á fin de que escape de los rigores vengadores de la justicia de Dios, y que yo vaya pronto á embriagarme en las delicias de su eterna bondad.»

Cuando cesó el arrobamiento, nuestra santa llamó á la viuda de que se trataba. Hermana mia, le dijo, tengo que hablaros de intereses excesivamente graves para vos y para otra persona.—Hablad Liduvina, ya sabeis con cuanto respeto os escucho.—Y yo quiero,

continuó la virgen, ir derechamente al asunto. Decidme ¿conoceis tal persona que murió poco ha?—Sí, Liduvina.—Pues bien! después de su muerte la he visto, y me ha encargado os diga que teneis injustamente en vuestro poder una pieza de oro que le pertenece, que exige la restitución en misas que hareis celebrar por el alivio de su alma.

Estas palabras fueron como un rayo; la pobre mujer vaciló, horrorosamente pálida y temblando sus miembros quedó un momento en silencio. «Ay! es muy cierto, dijo con acento de tristeza inexplicable, y yo muero de vergüenza! Oh Liduvina, vos sois una santa y conoceis lo que nadie podía saber! Sí, es cierto que soy culpable! Yo á quien el cielo había bendecido hasta aquí con tan grandes beneficios, he pecado en la prueba del mal año que atravezamos! Yo engañé á ese hombre como si él me hubiese engañado á mí, reteniendo sin saberlo él, la desgraciada pieza de oro de que hablais, como compensación de las pérdidas que ha habido en las mercancías de que él me había provisto y de que él no era responsable. Oh! os lo juro, no expondré mas mi alma por una miserable ganancia, me acordaré de los sabios consejos que me habeis dado, y daré parte de todos mis bienes á los pobres, á los enfermos y á las almas del Purgatorio.» Y la viuda cumplió su palabra.

Mas volvamos á la mansión de expiación. Nuestra dulce extática no se contentaba con pasar, como acabamos de verlo con la compasión, las lágrimas y las promesas, sino que muchas veces cumplía allí en el mismo instante, como víctima que se inmola, alguna obra heroica de abnegación.

Su ángel, al mostrarle aquellos calabozos llenos de llamas, de tormentos y de gritos de dolor, le indicaba

easi siempre alguna de las almas mas desoladas y le decía. "Liduvina, quieres aliviar esta alma desgraciada?—Ah! con toda mi voluntad! decía la virgen con trasporte. Pues bien! hermana mia, continuaba el guía celestial, prepárate á padecer." Y en el mismo instante, á la indicación del ángel, padecía algún dolor misterioso en su cuerpo ó en su alma; que sienpre era una cosa muy terrible, porque á su vuelta del éxtasis los que rodeaban su lecho notaban muchas veces horrosas señales de aquel padecimiento.

Una vez, al principio de sus arrobamientos, encontrándose en esas tristes regiones, oyó una voz como hasta entonces no la había oído, y preguntando á su ángel quien era esta alma, le dijo: "Es la de un hombre que te es muy conocido, y que vivió muchos años en los fangos de la lujuria, y habiéndose convertido seriamente, sorprendióle la muerte al acabar de absolverlo, sin darle tiempo de expiar sus crímenes. Es tal alma."—Oh cielo! exclamó Liduvina, espantada, es él? Mas hace doce años que murió, y todo ese tiempo he orado tanto por él! y todavía está en ese lugar!—Sí, Liduvina, mas tú podrías librarle, si lo quieres.—"Ah! qué decís, mi dulce ángel, amado hermano mio! Sí, sí, yo lo quiero! decidme lo que debo sufrir." Entonces la santa padeció, y á medida que aumentaban sus padecimientos veía que los verdugos huían con cólera y que poco á poco se iba calmando la violencia de las llamas. Muy pronto se hicieron tan dulces para su víctima, que sólo parecían casi acariciarla: la santa veía á ésta bañarse en ellas y lavarse por última vez como se baña la paloma en un fresco y limpio arroyo, y después, adornada de una blancura que eclipsaba el esplendor de la nieve, radiante y sonriendo á la virgen, el alma purificada subía á los cielos!

Otra vez tuvo una visión aun mas conmovedora. Siguiendo á su ángel por aquellas sombrías moradas, le preguntó si tal pecador á quien había tenido la dicha de atraer á Dios y que hacía algunos meses había muerto, se encontraba aún en las llamas expiatorias. "Sí, le dijo el ángel, y está padeciendo incomparables tormentos; de modo que unos sufrimientos aceptados por él, serían una excelente obra de misericordia."—Entonces hermano mio, se apresuró á decir Liduvina, entonces hablad, mandad, padeceré todo lo que quisiéreis, todo lo que me permita la voluntad de Dios y mi salud!—Pues bien, hermana mia, seguidme. Y el ángel la condujo por lugares mas y mas horrosos, y bien pronto helada de terror exclamó: "En dónde estoy? Es acaso aquí el infierno?"—Nó, respondió el ángel, aunque ya no está lejos. En efecto, la santa vió una prisión inmensa, horrible, con negras murallas que se levantaban á una altura horrosa, y á medida que avanzaban se oía un ruido espantoso de cadenas é instrumentos de tortura, mezclados con blasfemias y gritos de rabia. "Este es el infierno, le dijo el ángel, ¿de-seas tú verle?—Nó, nó, dijo la santa, que temblaba de horror, ya he visto demasiado: huyamos de aquí."

Apenas habían dado algunos pasos, cuando llegó cerca de un abismo en cuyo borde estaba sentado un ángel que parecía llorar; tenía el rostro cubierto con las manos, y había en toda su actitud una expresión de dolor indecible! "Hermano mio, preguntó la virgen inclinándose hácia su guía, ¿quién es este ángel tan desolado?"—Este es el ángel guardian de aquel cuya salvación te interesa, porque el pecador que buscas se encuentra allá dentro de ese abismo, á las puertas del infierno, y padece allí un purgatorio especial. Escucha. No conoces esa voz? En efecto, tristísi-

mos gemidos salían del fondo de aquel tenebroso calabozo. Ay! Dios mio! dijo Liduvina, esa es su voz, él es! Y en el mismo instante, á una orden del ángel el alma apareció sobre el abismo, cubierta de fuego. La virgen la veía y la oía. "Oh cuanto padezco! decía, Liduvina! cuando me será concedido contemplar en el cielo el adorable rostro de mi Dios y Señor!" Liduvina al ver esta alma ardiendo en tales llamas, quedó tan espantada, que su éxtasis cesó repentinamente.

No obstante, poco tiempo después fué consolada por un ángel que se le apareció, y era el mismo que había visto tan triste sentado al borde del abismo. Ahora venía lleno de gozo! "Hermana mia, le dijo, vengo á nombre de aquel cuya salvación era tan amada á tu corazón. Tú has orado y padecido mucho por él, regocíjate, pues ya gusta al presente los gozos del cielo!"

Sin duda se comprende lo que debían producir en el corazón de nuestra virgen esos maravillosos arrobamientos á la mansión de las almas que padecen, pues no volvía jamás de peregrinaciones tan dolorosas sin traer un aumento de santos terrores, de inmensa compasión y de celo inflamado. Entonces lloraba y decía: "Qué terribles son los juicios de Dios! qué horrosas son esas prisiones del purgatorio. Dios mio! añadía, tomad mi sangre y mi vida, dadme el gozo de morir por evitar á esas almas infortunadas los castigos de vuestra justicia!" Y sobre todo, la santa trabajaba por esas almas; oraba de día y de noche, y desde el fondo de su agonía rogaba sin cesar, pedía oraciones por todas partes, hacía ofrecer muchas veces el adorable Sacrificio del altar; ofrecía limosnas y buenas obras que más que nunca multiplicaba, y ofrecía especialmente por aquel fin sus espantosas enfermedades. "Sí, decía

muchas veces con voz llena de ternura, sí, trabajemos, pongamos todo por obra, removamos la tierra y el cielo, para socorrer á los hermanos muy amados que padecen en el purgatorio como nadie aquí abajo puede padecer; esos cautivos tan desgraciados de la divina justicia, esos tristes desterrados á quienes faltan el sol y las alegrías de la verdadera patria, esos huéspedes á quienes devora la más amarga desolación, porque no ven aun á su padre, porque llevan en su corazón el suplicio de la separación, que él sólo reasume todos los suplicios! Volémos, corrámos á su auxilio! Ellos nos llaman dándonos los nombres más dulces, nos esperan, solicitan nuestra limosna y nuestra oración, para abreviar sus dolores; un dia, una sola hora de espera, es para ellos un siglo, apresurémonos! Estos son nuestros hermanos por la sangre y por la fé, ¿por ventura no vuela uno al socorro de cualquier hombre que se halla en angustia? Ellos gimen en una angustia tan lamentable, porque son impotentes para socorrerse á sí mismos, como el náufrago arrojado sólo sobre una árida roca en medio de las olas, ó como el prisionero que no puede ni anticipar la hora de su libertad, ni quebrantar las puertas de sus prisiones, ni derribar las murallas dentro de las cuales se sofoca! Oh infortunados! ellos vierten lágrimas de fuego, mas lágrimas estériles! porque entre todos los pobres, son los más desgraciados! Arrojemus en el fuego de sus dolores el benéfico rocío de la sangre de Jesucristo, y también el rocío de nuestras oraciones, de nuestras obras, y méritos, y de nuestros esfuerzos por la virtud! Apagando las llamas que los devoran y abriéndoles el cielo para darles un lugar en los banquetes eternos del Señor, nos haremos acreedores de todos esos reyes que nos deberán su trono, y además

aerémos dichosos acreedores del mismo Dios que tanto los ama.»

Por lo demás, comprendiendo mejor que nadie la horrorosa justicia del Purgatorio, pues que recibía tan vivas luces acerca de ellos en sus arrobamientos, no obstante Liduvina no quería que se separase jamás del temor de la justicia la más grande confianza en la bondad divina. Un día que varias personas junto á su lecho hablaban precisamente de las penas de la otra vida: «Por mi parte, dijo un sacerdote que allí estaba, mostrando un vaso lleno de granos de mostaza que uno de los presentes tenía en las manos, yo no oculto que consentiría voluntariamente en pasar tantos años en el purgatorio, cuantos granos hay en ese vaso, pues á lo menos estaría allí seguro de mi salvación! Ay! qué és lo que decís, Padre mio! exclamó Liduvina con dolorosa emoción: ¿és posible que tengais tan poca confianza en la bondad de Dios, y que sereis tan desconfiado de vuestra salvación, para desear tan largo purgatorio? No me habéis más así, pues si supiéseis lo que es el abismo de la expiación, y cuán terribles tormentos se padecen allí!—Decid lo que quisiéreis, continuó el sacerdote, y aunque el purgatorio sea lo que sea, yo no desisto de lo que acabo de decir.» Algún tiempo después murió este sacerdote, y la santa lo vió en uno de sus éxtasis; y como un día hablasen de él, «Está bien, dijo la santa rompiendo esta vez el riguroso silencio que de ordinario guardaba acerca de esas cuestiones: esa alma está bien, gracias á su vida ejemplar y verdaderamente sacerdotal; pero estaría mejor aún, si hubiese pensado mejor del purgatorio, y sobre todo si hubiese puesto su confianza con más abandono en la bondad de Dios y en los méritos omnipotentes de los inefables padecimientos de Jesucristo. Sin

duda es prudencia el temer, porque el temor evita la presunción y nos preserva del pecado; pero hay todavía más sabiduría en esperar, porque la confianza glorifica admirablemente á Dios y eleva nuestra alma, glorificándola.»

Detengámonos aquí. Ya hemos explorado bastante á gloria de nuestra santa las maravillas, los éxtasis, siguiéndola en busca de su amado en el calvario, en el cielo, y en el purgatorio. No concluyamos, sin embargo, sin probar un hecho relativo á todas esas maravillas, hecho singularmente maravilloso. En esos arrobamientos casi continuos, la vida de los sentidos se veía en alguna manera suspendida, pues la santa se elevaba tan alto sobre ellos, que no sabía ni sentía nada de lo que pasaba en su carne mortal. Un día de invierno que el frío era excesivo y las personas que la asistían habían puesto sobre el borde de su lecho, para calentar sus miembros un trasto lleno de carbones y bien cerrado, retirándose en seguida para dejarla entrar en éxtasis, aquella vasija mal colocada llegó á caer, y el fuego rodó hasta debajo del cuerpo de la pobre crucificada. Júzguese lo que pasaría cuando volvieron las mujeres y sintieron el olor de carne quemada. Ay! qué desgracia, gritan con espanto, precipitándose hacia á la virgen, desgraciadas de nosotras! Y descubriendo el lecho, dieron un grito de horror. El ardor del fuego le había consumido las carnes, penetrando hasta los huesos y casi calcinando una costilla. La virgen al volver del éxtasis, estaba tranquila y radiante! «Ah! Liduvina, le decían las mujeres, qué mal tan horroroso os hemos hecho! Cómo no dais gritos lamentables? Respondió la santa; cierto es que siento ahora un violento dolor en un costado, mas cuándo y cómo me ha venido este dolor, no lo sé absolutamente;

ni he visto fuego ni sentido ardor ninguno.—Nosotras solas debemos acusarnos, Liduvina, pues por nuestra imprudencia, hemos pecado contra el cielo y contra vos, dejando sobre vuestro lecho esa funesta vasija casi abrasada!—Entonces hermanas mías, continuó la dichosa extática, consolaos, y que Dios sea alabado, pues que me elevaba de tal modo á sí y me embriagaba en tan arrobadoras delicias, que no he sentido el tormento que os hace llorarla.

Como Liduvina, podemos marchar desde el seno de nuestras miserias al calvario, por la resignación, al purgatorio por la oración y por la limosna, y á las puertas del infierno por un saludable horror así como al cielo por una santa vida!

CAPITULO XX.

UNA NUBE.

Grandes pruebas.—Pérdida de un buen hermano.—El venerable Pedro muere.—Con ocasión de su muerte, persiguen los demonios á Liduvina.—Un cortejo fúnebre conducido por los santos del cielo.—Esta es tu sobrina!—Las dos agonías.—Desalaciones.—Dios se retira.—Los ángeles no vienen ya!

CUÁN gran camino ha recorrido hasta aquí nuestra virgen. Qué pasos de gigante! como dicen los Libros santos. Desde el día en que un santo sacerdote le en-

señó tan bien el amor del Dios crucificado, sobre todo, desde el momento bendito en que pudo á su satisfacción identificarse con su Dios en las arrobadoras alegrías de la comunión, ya la hemos visto correr por todos los senderos del heroísmo hasta la inmolación de sí misma, hasta el martirio! y siguiéndola desde el Calvario, nos ha sido preciso subir al Tabor, á las sublimes regiones del amor, puras regiones en las que Dios se muestra casi sin velo á sus amados, y en las que le concede, con el don de milagros, el de la profecía y el de los éxtasis! Mas ay! nada es perfecto aquí en la tierra! al presente, y al menos por un momento, tenemos que dejar esas regiones, y descender del Tabor en el cual como el apóstol frente á tantas maravillas, nos hallábamos tan bien!

Quién lo creyera? Nuestra santa vá á decaer por un momento. Sí, en la frente tan pura de nuestra Liduvina, veremos una nube que ofusca su resignación, su amor á Dios, y el del Señor para con ella. Y de qué rumbo podrá venir esa nube? Dios es quien vá á ocultarse á nuestra virgen, ó ella será quien vá á faltar á Dios? ¿Es una prueba la que hace el Señor, ó es una falta la que ella comete? Como quiera que sea, Dios se propone evidentemente instruirnos y consolarnos por el espectáculo que nos proporcione, las dificultades de sus escogidos. Su majestad quiere con ellos, ó curarnos de las presunciones que muchas veces nos ciegan, ó levantarnos de los funestos desalientos en que á veces caemos; pues las debilidades de los santos corresponden á todo eso.

Mas volvamos á la historia de nuestra virgen.—En la época á que hemos llegado, murió uno de sus hermanos, lo que fué un fuerte golpe para su sensibilidad, pues Liduvina amaba tiernamente á ese hermano, que

era muy amable, muy afectuoso y muy bueno con ella; y al verle cerca del anciano Pedro ó de nuestra pobre crucificada, habríase dicho que aquel tenía la ternura de una madre, de aquí es que Liduvina le lloró amargamente.

Mas Dios le preparaba otra prueba aun más sensible. Había llegado la hora en que el anciano Pedro iba á descender al sepulcro, y el Señor que había hecho tantos prodigios en favor de su hija, hizo uno también en favor de Pedro. La gloriosa virgen María se le apareció, prometiéndole al santo anciano que moriría el ocho de Diciembre, en el mismo dia en que la Iglesia celebra la fiesta de su Concepción inmaculada. Ese dia llegó por fin, y el venerable patriarca les dijo á sus hijos y á sus nietos que rodeaban su lecho: "hijos míos he aquí que voy á entrar en la vida en que entra después del pecado toda humana criatura; mas bien sé que paso á una vida mejor, por lo cual mi alma sobreabunda de alegría, me siento lleno de paz porque mi conciencia me dice que siempre he amado á Dios y á los hombres. Guardad, hijos míos, guardad siempre esos dos amores, pues ésta es la única herencia que puedo dejaros, y en verdad, que es la mejor. Y en aquella misma tarde murió el anciano. Liduvina no le vió, no le abrazó, ni aun oyó su último adios. Y era su padre tan bueno cuya ternura no se había desmentido un sólo instante, hacía más de cuarenta y cinco años; ese padre que cada dia, y aun muchas veces al dia venía á sentarse en su lecho, á ofrecerle sus servicios, ó á darle algún afectuoso consuelo! Cuando le anunciaron su muerte, Liduvina sintió que su corazón se despedazaba bajo el peso de una tristeza hasta entonces desconocida.

Esa tristeza fué tomando, por la voluntad de Dios,

un caracter lamentable, porque convenía que la pobre hija fuese martirizada hasta en las aspiraciones más delicadas y en sus más santos afectos; y el demonio era quien debía en ella como en el santo Job agravar la prueba, añadiendo á los dolores de su alma, á fin de mejor torturarla, la más cruel ansiedad acerca de la salvación de aquél que le era tan querido.

En efecto, un dia que lloraba la pérdida de su amado padre, tuvo una aparición. Esta vez, no era el cielo con sus esplendores el que se abría sobre su cabeza, ni la multitud brillante de los ángeles, los que acudían cerca de ella. . . . Liduvina veía los demonios. . . . una numerosa tropa de horrorosos demonios, y en medio de los cuales veía un hombre. . . . oh dolor! este hombre, le había visto y conocido: era su padre! Era bien su cuerpo, y su semblante, y todos los rasgos de su padre! Qué horrible golpe para su corazón! Cómo sentía abismarse todo su ser ante un espectáculo tan espantoso é inesperado!

La santa veía á aquellos demonios insultar á cual más á aquel hombre, derribarle, arrastrándole por los cabellos, golpearle y hacer con él un juego horrible, y después volviéndose hacia ella le decían: "mira bien si este hombre es tu padre! nuestro es ahora y ya le tenemos en nuestras manos; Dios le ha condenado, y nuestros tormentos serán los suyos, pues será por siempre el compañero de nuestros males."

Entonces Liduvina se puso á llorar sin medida y con tan desgarradora desolación, que acudieron sus gentes cerca de ella, "qué tenéis? le preguntaron con terror."—Ah! es cosa espantosa, respondió, yo veo á los demonios que tienen á mi padre entre sus manos y me dicen que está condenado! No, no, no puede ser así, era tan bueno, tan piadoso, tan sinceramente cris-

tiano! es imposible: ¿no es verdad que no debo creerlo? No, no lo creo! Y con todo, cuando veo al hombre que tienen en su poder, tan parecido á mi padre, no sé ya á qué atenerme, y siento una inmensa tristeza que á pesar mio no puedo contener."

Esta triste aparición se renovó varias veces: la virgen volvió á ver á los demonios y al hombre, oyó de nuevo la víctima que gemía, los verdugos que repetían sus sarcasmos satánicos. "Está bien, le decían á la santa, fatígate tú por el cielo, en tanto que tu padre es ya nuestro, y nos pertenece por toda la eternidad!"

Mas Dios no quería que esta terrible prueba se prolongase, y pocos días después envió un ángel á Liduvina que le dijera: "tranquilízate hermana mia, pues el espectáculo que te alarma, no es más que una impostura de Satanás; no es tu padre el que has visto, sino un demonio que había tomado su forma para quebrantar tu fé y desalentar tu paciencia, haciéndote creer en su condenación; pero aquel á quien amas era digno de la eterna dicha y ya está gustando al presente, de los celestes gozos." Desde entonces todo temor se desvaneció, los demonios huyeron, y Liduvina, asegurada de la salvación de su padre volvió á encontrar la paz perdida. Mas hay! siempre continuó llorando. . . . la ansiedad había desaparecido, pero la tristeza desolaba aun su corazón y le llenaba enteramente. Le quedaba á Liduvina aun otro lazo que era el último y tal vez el más fuerte; Dios había dispuesto que todo faltase á la pobre crucificada, y convenía que la prueba y el martirio le viniesen por todas partes.

Hacia algún tiempo que el venerable Pedro dormía en el sepúlcro, cuando una noche nuestra virgen tuvo una visión: veía venir del cielo innumerable multitud

de santos que marchaban en orden formando en dos líneas según su rango gerárquico; era como una inmensa é imponente procesión; la cruz abría la marcha, y las luces alumbraban arrojando una claridad ante la cual hubiera palidecido el mismo sol. Venían primero los patriarcas, después los profetas, en seguida los apóstoles; cerca de ellos los mártires y al fin las vírgenes. Mil banderas de diversos colores, y muchas blancas oriflamas flotaban en filas. Liduvina miraba con transporte. "¿A dónde pues, se decía á sí misma, á dónde van así los gloriosos escogidos del cielo? y pareciale que venían á su morada; en efecto, llegan y se colocan delante de la puerta, los patriarcas, los profetas y los mártires. Al mismo tiempo; cosa extraña! veía un atahud en medio de su aposento. . . . y en él se encerraba un cadáver! . . . las vírgenes entraron y tomando tres coronas que estaban sobre el atahud, las dieron á Liduvina invitándola á seguir las; luego levantaron con respeto el misterioso atahud, y el cortejo volvió á tomar su marcha fúnebre y triunfal. Liduvina los seguía, llevando las tres coronas. . . . Cuando cesó la visión, quedó el espíritu de la virgen en una extraña ansiedad. ¿Qué podría significar esa visión? Evidentemente era anuncio de una próxima muerte. Mas quién iba á morir? Por qué ésta advertencia? Por ella, ó por otro? Su ángel se le apareció. "Mi amada hermana, le dijo, nó, tu hora no ha llegado aún; no se trata de tí, sino de tu sobrina Petronila, ella es quien vá á morir, en tal dia y á tal hora." Un rayo no le hubiera sido mas terrible, y Liduvina quedó anonadada. Tal vez nunca había echado de ver cuanto amaba á ésta niña, mas ciertamente la amaba con toda su alma, pues hasta cierto punto era su hija espiritual, habíala alimentado con la leche de su doctrina; cada dia y á

todas horas allí cerca de su lecho, había sentido una dicha maternal al verla desarrollarse en la inocencia y en la piedad. Y además, esta niña se había dado toda á la santa, no apartándose nunca de su cabecera, uniéndose á sus dolores, y velando sobre sus necesidades, había también participado de su martirio cuando los soldados se hicieron sus verdugos; he aquí lo que Liduvina encontraba entonces en su corazón, y por ahí podrá juzgarse la inmensidad de su tristeza.

Entre tanto, un pensamiento súbito casi al punto lo dominó todo. En frente de esa eternidad que iba á abrirse, Liduvina con su fé y su ternura sólo vió el interés que más urgía: la salvación de su sobrina. "Ah! Dios mio, exclamó, á lo menos concededme un consuelo, una gracia! Anticipadme la fiebre que debo tener en el día y á la hora que habeis señalado para Petronila, á fin de poder asistirle en su última hora, endulzarle su agonía y ayudarla á morir santamente."

Dios escuchó su oración, y el día señalado Petronila cayó enferma, y la terrible fiebre que invariablemente se apoderaba de Liduvina, á las once, se declaró siete horas antes, en consecuencia á medio día la virgen comenzaba á recobrar sus fuerzas. Ya era tiempo. Petronila estaba muy grave: era un espectáculo conmovedor, y desde aquel lecho en que hacía tantos años moría Liduvina entre atroces dolores, hablaba á su sobrina que moría en otro lecho junto al suyo. La santa oraba por ella y con ella; la exhortaba y reanimaba su valor, sugeriale los actos más tiernos de fé y de esperanza con acento abrasado de amor. Qué solicitud tan tierna! Cómo le hablaba de las bondades de Dios, de los gozos del cielo, y las glorias de la eternidad! Todos se derretían en lágrimas al derredor de aquellos dos lechos, contemplando aquella agonía que

consolaba así otra agonía. En fin á la hora indicada, murió la joven. Liduvina había cumplido valientemente su tarea, pero este supremo esfuerzo había como extinguido sus fuerzas: cuando todo estuvo concluido, cuando la amable y amada niña se fué para recostarse en su sepulcro y no volver más; sobre todo, cuando Liduvina no la vió ya en su cabecera como todos los días, entonces su sensibilidad se manifestó, quebrantóse su corazón, las lágrimas vinieron á sus ojos, y lloró como nunca había llorado! Todos los dolores que se habían juntado en su alma se avivaban á la vez! Su hermano, su padre, y sobrina, todo lo que más amaba lo había perdido en pocos días! esto la tenía inconsolable; en vano querían darle algún alivio, pues sus desolaciones aumentaban, y á todos contristaba su aflicción.

Adoremos los juicios de Dios: su Majestad sin duda vió que este dolor era excesivo, y desde entonces no se dejó ver más; las comunicaciones celestiales se interrumpieron, y cesaron los arrobamientos, y el buen ángel no apareció más; parecía que el cielo se había cerrado. El Señor le había recogido los dulces favores, las santas consolaciones, los dones maravillosos: el exceso del dolor todo lo había disipado!

Liduvina pues, era culpable? sus aficciones y sus tristezas eran un pecado? Conozcámoslo bien: nó, su llanto no era culpable, ni por amar tan vivamente, ni por llorar con tanto dolor á sus amigos y parientes, sobre todo, á los que con tanto amor estaban á su cabecera, compadeciéndose de sus dolores como un san Juan y la augusta María estaban cerca de la cruz del divino Maestro. ¿No vemos al dulce Salvador bendecir desde la cruz el amor de su Madre y de su discípulo, con amorosa solicitud y en un testamento sublime? ¿No le hemos visto en otra parte verter sobre una

tumba, al recuerdo de Lázaro, muy abundantes y amorosas lágrimas?

Mas en las aficciones, en las tristezas, lo que desagrada á Dios, lo que ante su Majestad es siempre una imperfección, á lo menos cuando por falta de advertencia no es un pecado, es el exceso en el dolor, porque el exceso siempre nos acusa de buscarnos á nosotros mismos, y de poner nuestro gozo y nuestro fin en las criaturas, no descansando bastante en Aquel que sólo es nuestro fin y bien supremo. Y así, pecado ó imperfección, el excesivo dolor de Liduvina desagradó al Señor, y su Majestad se retiró, y quitó á la virgen á quien tanto había privilegiado, las gracias extraordinarias, las divinas consolaciones, los arrobamientos y los éxtasis, todos esos favores de un orden sobrenatural, que suponen en una alma y reclaman en ella para recibirlos, una virtud y un ánimo superior á las comunes debilidades de la naturaleza.

Por otra parte, y no lo olvidemos, hasta en sus rigores Dios escucha más su misericordia que su justicia; y se encuentra más inclinado á amarnos que á castigarnos, y así, mortificando á la virgen que quería conducirle á un grado más elevado de perfección; quería no solamente humillarla para precaverla del orgullo, y probarla para ponerla en el camino de una más brillante gloria; pero además, y sobre todo, que le imitase más y le fuese en todo más semejante. Es cierto que ya según la admirable expresión de uno de sus historiadores, la santa se había formado como un dulce nido en la cruz, y un delicioso lecho de reposo en las llagas del Amado, mas esto no era bastante. Jesús quería que fuese á su ejemplo, abandonada y despojada de todo cuanto poseía. Su Majestad no dejaba de tratarla en esto como á hija predilecta.

Entre tanto, Liduvina seguía en su aficción, sus desolaciones habían tomado un caracter más alarmante, cuando las sequedades y aridez espiritual habían venido, cuando los éxtasis habían cesado y el dulce ángel no había vuelto, estas privaciones cuya verdadera causa no sentía ó no buscaba, no hacian mas que aumentar su dolor, y aunque no se quejaba ni murmuraba, pero estaba más inconsolable; y así iban pasando los dias, y las semanas y aún meses enteros.

Pero al fin Dios tuvo compasión de su esposa, y así como nos envía sus advertencias, ya sea secretamente ó al descubierto, así le envió una á la santa, tan saludable y maravillosa, que no podemos dejar de referirla en todos sus detalles, aunque esta narración nos obliga á remontar más alto.

Oh y cuántas dulces alegrías! cuántas gracias tan preciosas perdemos á cada paso, por la mucha inquietud de que nos dejamos llevar hasta en las cosas más legítimas!

CAPITULO XXI.

LA ADVERTENCIA.

Vocación extraordinaria sometida á Liduvina.—El Obispo peregrino, á través de los desiertos de la Tebaida.—Una celda sobre un árbol.—Gerardo el Solitario.—El Obispo marcha á Squidam.—Lo que fueron para la virgen estas solas palabras. «Vos estáis muy desolada!»

MUCHOS años, pues, antes de los acontecimientos de que hablamos, un joven de Colonia, llamado Gerardo,

tumba, al recuerdo de Lázaro, muy abundantes y amorosas lágrimas?

Mas en las aficciones, en las tristezas, lo que desagrada á Dios, lo que ante su Majestad es siempre una imperfección, á lo menos cuando por falta de advertencia no es un pecado, es el exceso en el dolor, porque el exceso siempre nos acusa de buscarnos á nosotros mismos, y de poner nuestro gozo y nuestro fin en las criaturas, no descansando bastante en Aquel que sólo es nuestro fin y bien supremo. Y así, pecado ó imperfección, el excesivo dolor de Liduvina desagradó al Señor, y su Majestad se retiró, y quitó á la virgen á quien tanto había privilegiado, las gracias extraordinarias, las divinas consolaciones, los arrobamientos y los éxtasis, todos esos favores de un orden sobrenatural, que suponen en una alma y reclaman en ella para recibirlos, una virtud y un ánimo superior á las comunes debilidades de la naturaleza.

Por otra parte, y no lo olvidemos, hasta en sus rigores Dios escucha más su misericordia que su justicia; y se encuentra más inclinado á amarnos que á castigarnos, y así, mortificando á la virgen que quería conducirle á un grado más elevado de perfección; quería no solamente humillarla para precaverla del orgullo, y probarla para ponerla en el camino de una más brillante gloria; pero además, y sobre todo, que le imitase más y le fuese en todo más semejante. Es cierto que ya según la admirable expresión de uno de sus historiadores, la santa se había formado como un dulce nido en la cruz, y un delicioso lecho de reposo en las llagas del Amado, mas esto no era bastante. Jesús quería que fuese á su ejemplo, abandonada y despojada de todo cuanto poseía. Su Majestad no dejaba de tratarla en esto como á hija predilecta.

Entre tanto, Liduvina seguía en su aficción, sus desolaciones habían tomado un caracter más alarmante, cuando las sequedades y aridez espiritual habían venido, cuando los éxtasis habían cesado y el dulce ángel no había vuelto, estas privaciones cuya verdadera causa no sentía ó no buscaba, no hacian mas que aumentar su dolor, y aunque no se quejaba ni murmuraba, pero estaba más inconsolable; y así iban pasando los dias, y las semanas y aún meses enteros.

Pero al fin Dios tuvo compasión de su esposa, y así como nos envía sus advertencias, ya sea secretamente ó al descubierto, así le envió una á la santa, tan saludable y maravillosa, que no podemos dejar de referirla en todos sus detalles, aunque esta narración nos obliga á remontar más alto.

Oh y cuántas dulces alegrías! cuántas gracias tan preciosas perdemos á cada paso, por la mucha inquietud de que nos dejamos llevar hasta en las cosas más legítimas!

CAPITULO XXI.

LA ADVERTENCIA.

Vocación extraordinaria sometida á Liduvina.—El Obispo peregrino, á través de los desiertos de la Tebaida.—Una celda sobre un árbol.—Gerardo el Solitario.—El Obispo marcha á Squidam.—Lo que fueron para la virgen estas solas palabras. «Vos estáis muy desolada!»

MUCHOS años, pues, antes de los acontecimientos de que hablamos, un joven de Colonia, llamado Gerardo,

vino á visitar á Liduvina: yo he emprendido este largo viaje, le dijo, solo con el fin de pedir os un consejo: Hace mucho tiempo que me siento interiormente apremiado á abrazar la vida de los anacoretas; mas vacilo en dejar mi familia, mi patria y toda humana sociedad, para ir á sepultarme lejos de los hombres en una horrorosa soledad, y en una desnudéz absoluta de todas las cosas necesarias á la vida, no es esto lo que me espanta; sino el que tal vez ello sea tentar á Dios. Vé allí el temor que me detiene: yo he reflexionado, he orado, y me he valido de cuantos medios estaban á mi alcance para conocer la divina voluntad, ó para alejar de mí este espantoso pensamiento, pero nada ha podido distraerme de él, antes siento y oigo que me apremia á toda hora. ¿Es pues ilusión ó llamamiento divino? Es presunción y orgullo, ó vacación real? Oh Liduvina, vos á quien he venido á consultar desde tan lejos, vos á quien el espíritu de Dios anima, alumbradme, dirigid mi inexperiencia! — Hermano mio, contestó la santa sin la menor vacilación y con tono inspirado, (porque al verle, súbitamente iluminada con las luces de lo alto, había sentido una inexplicable alegría, adivinando en él un verdadero hermano según Jesucristo.) — Hermano mio, arrojad vuestros temores y no vacileis, vuestro propósito viene de Dios, y debéis seguirle sin temor. Id, entrad al desierto, y sed fiel á la gracia, esta es una vocación de predilección muy rara, á la cual no conviene creer ligeramente, mas la vuestra está marcada con el sello de Dios; id pues adelante. Esta vida de soledad, de oración y de renunciación, es siempre una vida preciosa para vos por los méritos que os conquistará y preciosa para el mundo mismo que habeis dejado, por las gracias y los socorros que le obtendrá. Id pues!

Rudas pruebas os esperan; mas no temais, que Dios está con vos!

Pues en la época de las desolaciones de nuestra virgen un Obispo inglés, recorría como peregrino las comarcas del Oriente; ya había visitado á Belen, Nazareth, Jerusalén y el Calvario, tierra de inenarrables prodigios, que había besado con tanto amor! Después había querido ver también los desiertos en que tan grandes cosas se habían cumplido entre Dios y los hombres; las arenas que habían hollado las innumerables legiones del pueblo de Dios, la roca de Horeb que Moisés había herido con su vara, el monte Sináí mostrando aún sobre su cumbre calcinada las huellas de los relámpagos y de los rayos, en los cuales Jehová había proclamado el Decálogo, y los valles de Farán en donde Israel extendía sus tiendas al derredor del Arca, y las áridas llanuras en las que cada mañana recogía el maná que descendía del cielo. . . . inmensas y misteriosas soledades que habían visto tantas maravillas y que parecían aún llenas de respeto é inmovilidad después que la voz del Eterno había allí resonado.

Mas el Obispo peregrino avanzaba siempre; ya tocaba al Egipto que atravesaba casi sin ver sus monumentos espléndidos, y en fin saludaba la Tebáida! Tierra santa también; tierra en otro tiempo más rica en escogidos que las praderas en ricas flores! y regada con tan santas lágrimas, cuyos ecos habían oido tantos gemidos, y repetido tan infabables cánticos! tierra de la que habían subido hacia el cielo tantas oraciones para volver á bajar sobre el mundo en bendiciones que le transformasen, y sobre la cual Dios tantas veces pareció inclinarse con su amor como para abrazar á sus amigos!

El Obispo, pues, en esos desiertos de la Tebáida, se-

guido de los sirvientes que le escoltaban, iba escudriñando cada lugar, interrogando cada gruta, evocando sus recuerdos, entregándose á sus emociones; le parecía ver levantarse y pasar delante de sí todos esos ángeles de la soledad, esos hijos de san Antonio que habían poblado esos lugares tan terribles é imponentes en donde el alma se sentía como envuelta en la infinita majestad de Dios!

Un día se internó mucho en uno de esos desiertos mas horrorosos, y llegó allí á perderse; como anduviese errante buscando el camino, percibió á los lejos en la inmensidad de este oceano de arenas ó de rocas desnudas un árbol cuya rica verdura contrastaba con toda aquella aridez. Acercóse queriendo verle de cerca: era en efecto un árbol magnífico, en el que causando asombro, descubrió al través del follaje una celda que parecía estar habitada! Su primer movimiento fué de terror, mas sin embargo, al punto recobrando su sangre fría, clamó: "Quién quiera que seais, habitante de esta celda, á nombre de Dios respondedme. A esas palabras la puerta se abrió, y se dejó ver un hombre..... Los peregrinos dieron un grito, pues aquel hombre parecía un ángel: jamás habían visto nada tan arrobador, sobre ese rostro y en aquella mirada había algo de los esplendores del cielo. "¿Quién, pues, sois vos, le dijo en fin el Obispo: ángel ó mortal decidnos quién vos sois?—No soy mas que un pobre anacoreta: mi nombre es Gerardo, nací en Alemania, mas Jesucristo me ha enseñado que el cielo es mi verdadera patria; rogad á Dios que me conceda pronto llegar allá!—¿Y cuánto tiempo ha, continuó el Obispo, que vivís en estos lugares?—Hace mas de diez y siete años.—A lo menos algunos os habrán visitado?—Jamás, desde que estoy aquí, pues vosotros sois los

primeros mortales á quienes he visto. . . . ¿Más cómo y de qué podeis vivir en este horroroso desierto, en donde en vano se busca alguna señal de vegetación?—No obstante, yo vivo, pues Aquel que en otro tiempo en un desierto semejante pudo alimentar á los hijos de Israel, puede muy bien ahora nutrir á su indigno siervo.—Sí, sin duda, mas qué alimento os dá?—Me dá un pan delicioso, un alimento celestial, que es el pan de la divina gracia.—Cómo! vivreis pues vos sin tener necesidad de alimentos materiales? vos sereis ciertamente el único mortal así privilegiado aquí en la tierra!—Os engañais noble extranjero, continuó aquí el solitario con una especie de santa vivacidad: olvidad lo que toca á mí, mas hay en el mundo y en el seno mismo de vuestra Europa, alguien en quien precisamente se cumple ese prodigio; en la Holanda, en una pequeña ciudad llamada Squidam, hay una virgen lamentablemente enferma, que vive hace muchos años sin beber ni comer nada absolutamente. Yo la conozco, pues he visto sus horrorosos sufrimientos, su incomparable paciencia, su conformidad y su semejanza con Jesús crucificado. Ah! si la conociéseis, no fijaríais la atención en un pobre pecador como yo!—Mas, objetó el Obispo, pues que hace diez y siete años á lo menos que os habeis ocultado en este desierto, es decir que ha diez y siete años á lo menos que no habeis sabido nada de esta admirable virgen, de la cual nos habláis, tal vez después de tan largo tiempo habrá sucumbido entre tantos dolores.—Nó, dijo el anacoreta con imponente autoridad: nó, no ha sucumbido, y su largo martirio dura aún! Yo la veo, continuó, y su rostro parecía entonces transfigurado: muchas veces la veo, la encuentro delante de Dios por una gracia que su Majestad concede á mi indignidad: mu-

chas veces llegamos ambos por el éxtasis y la contemplación hasta la mansión de la verdadera luz, para sentarnos allí en el mismo banquete. . . . Arrobadoras alegrías! embriagadoras delicias! Aquí el solitario se detuvo.—“Es cierto, continuó, que hace algunos días que no la encuentro en las divinas regiones; mas repitió que no ha muerto.—Pues entonces, insinuó el Obispo ¿por qué no la encontráis ya en vuestros éxtasis?—A esta pregunta el solitario se contristó. Sólo Dios es perfecto, exclamó al fin, El sólo tiene una santidad sin sombras! Su Majestad ha retirado momentáneamente sus favores á la virgen Liduvina, por que ella se aflige un poco inmoderadamente por la pérdida de algunos de sus parientes. Por lo demás, añadió el solitario, como para poner fin á una conversación que tal vez alarmaba su piedad, cuando volvais á vuestra patria, pasad, os conjuro, para vuestra edificación, y por la gloria de Dios, pasad por la Holanda, id á Squidam, visitad á la virgen crucificada, y entonces hacédle las preguntas que me habeis hecho á mí. Preguntadle cuantos años ha que vivo yo en este desierto, cuanto tiempo dilaté el proyecto de venir á él, bien que ningún ser humano haya podido decirle los obstáculos que han puesto dos años de intervalo entre el proyecto y la ejecución. Después preguntadle por qué yo no gozo más de la dicha de verla en la presencia de Dios, es decir, preguntadle si ha perdido en estos dias algunos de sus parientes, y si con tal motivo se ha entregado á excesivas desolaciones, y decidle que su hermano el solitario de la Tebáida, cree que por esas desolaciones, Dios para santificarla más, humillándola, le ha quitado sus favores. Adios hermanos míos viajeros, orad por el pobre habitante del desierto!” Y cerró sobre sí la puerta de su celda.

Como puede muy bien comprenderse, el Obispo quiso saber el fin de esta maravillosa aventura. Antes de volver á Inglaterra, pasó por la Holanda, llegó á Squidam y se presentó á la virgen. A las dos primeras preguntas que le hizo, Liduvina al principio se excusó. Hija mia, le dijo el Prelado, la humildad estaría aquí fuera de su lugar; yo os pregunto á nombre de Dios, respondedme.—Muy bien, Monseñor, pues que es necesario, he aquí la respuesta que puedo dar á vuestra doble pregunta. Hace diez y nueve años que Gerardo formó el primer proyecto de escojer para ocultarse; los desiertos de Egipto, mas no hace mas que diez y siete que lo ejecutó. Aún no es esto todo, prosiguió el Obispo, vos teneis arrobamientos y en ellos os encontráis con el santo anacoreta en la presencia de Dios, no es cierto?—Sí, Monseñor.—Pues por qué no teneis ya esos arrobamientos? Por qué Gerardo no os encuentra ya en la divina luz?—Ah! Monseñor, qué es lo que me preguntais? Sí, es cierto, Gerardo no me vé ya en la luz de Dios: más él es bienaventurado! Nada detiene su vuelo á las celestes regiones, ni los ruidos, ni los intereses de este mundo, no tiene conversación mas que con los ángeles; no tiene mas recuerdos que los de los santos que han vivido en el desierto antes que él, y esto inflama más y más su celo. ¿Es poco admirable que él se eleve en las alturas de la contemplación y que yo me arrastre en la tierra, yo tan miserable, mezclada forzosamente á las miserias de la vida?—Mas Liduvina, no habeis tenido poco ha algunas peligrosas pruebas?—Sí, Monseñor: debo confesarlo, yo me he afligido y tal vez inmoderadamente de la pérdida de algunos parientes. Tal vez esta es una de las causas por las cuales Dios me ha retirado las dulces consolaciones que me daba.” Al oír esas pa-

labras, el Obispo se levantó lleno de admiración. «Liduvina, le dijo, doy gracias á Dios que me condujo al desierto y á Squidam: Gerardo es un santo y Dios hace en vos cosas admirables; mas bendita sea también vuestra humildad, porque vos teneis razón y Gerardo ya me lo había dicho. Vos estais muy desolada!»

El Obispo partió muy edificado y lleno de gozo, recomendándose vivamente á las oraciones de la virgen, y dejándole un dardo clavado en el corazón. En efecto, cuando estuvo sóla le vino á la memoria una palabra que la espantó. . . . palabra que ella misma había dicho sin reflexionar, mas que á sus ojos no podía venir mas que de el cielo, pues que Gerardo la había dicho. . . . «Vos estais desolada!»

A la luz de esa simple frase, como de un sólo golpe sus ojos se abrieron, la verdad se le mostró, y las criaturas desaparecieron, y Dios volvió á tomar su lugar como soberano Señor. Ya no se trataba mas de hermano, ni sobrina, ni de la aflicción con motivo de los parientes. El amor de Dios puro y ardiente despertaba en su alma con toda su fuerza. Más digámoslo también: en vez de terminar las desolaciones de Liduvina, no hicieron mas que aumentarse. Su dolor purificado por los reproches de su amor, parecía encenderse más, y viendo cómo la naturaleza vivía aún en ella, llegó á temer estar abandonada de Dios, y cayó en esas horribles angustias del alma que ningún padecimiento del cuerpo puede ni aliviar, ni igualar. «Ay! es cierto, exclamó luego que quedó sóla; Dios mio, es muy cierto que me he affigido con exceso! Desgraciada de mí! Yo he ofendido á mi Jesús! Por falta mia, entregándome á una culpable aflicción, he perdido á mi Jesús y le he obligado á alejarse de mí; Dios mio! Dios mio! me habeis pues abandonado? Qué será en-

tonces de mí? La santa lloraba con toda la amargura de ese divino dolor, el más punzante que pueda imaginarse en un corazón abrasado de amor como el suyo. Pobre crucificada! Tierna mártir! Preciso era que conociera todas las lágrimas que pueden verterse aquí en la tierra. Había llorado tanto en su vida de tormentos! Y por qué causas no había ya vertido lágrimas sangrientas? había llorado tanto como el prefeta rey, sobre sus propias miserias, había llorado como Jeremias, por los pecados de su pueblo, como Marta por la muerte de sus hermanos, como la Virgen María al pie de la cruz, por las inefables agonías del hombre Dios. Y ahora, como la penitente y amante Magdalena, llora por la pérdida de su salvador Jesús, pudiendo decir como ella: ¿En dónde está? En dónde le habeis ocultado? ¿Quién me volverá á mi Jesús, el bien amado de mi alma, Aquel sin el cual yo me siento morir?»

Es cierto que no le faltaban los humanos consuelos, pues muchas personas procuraban mitigar ese indecible dolor que parecía ir cada dia en aumento, por que creían que sólo se trataba de la muerte de Petronila. Venían con esta ocasión á visitarla, sacerdotes, religiosos y varias personas piadosas, y le decían: «¿por qué llorais tanto, Liduvina? ¿Por ventura ese río de lágrimas y esas desolaciones podrán hacer salir á vuestra sobrina del sepulcro? ¿En dónde está vuestra resignación? ¿No os acordais de lo que tantas veces nos habeis dicho, que debemos recibir del Señor las aflicciones, así como recibimos de su mano los beneficios?» Mas todos esos consuelos no le volvían á Aquel por quien ella lloraba, no hacían más que aumentar su dolor, eran como el oleo echado en el fuego, bajo pretexto de apagarle. «¡Ah, si supiérais, respon-

ña, lo que he perdido! Sí, sí, me someto y acepto con todo mi corazón las separaciones y los sacrificios que Dios ha querido imponerme. Que todas las desgracias del mundo vengan aún á caer sobre mí, yo adoraré la mano divina que me habrá herido; más si pudiérais saber todo lo que he perdido, comprenderíais que no hago mal en lamentarme tanto..»

Una de esas personas sospechó al fin lo que pasaba. Liduvina, le dijo, yo creo que bajo el incomprensible dolor que manifestais, hay alguna otra causa además del recuerdo de vuestra sobrina, algún misterio hay entre Dios y vuestra alma; é hizo tantas instancias que Liduvina condescendió. «Pues bien! sea, mi amada Catarina, sabedlo. Lloro porque Dios se ha alejado de mí; porque con mis pecados le he obligado á ello. ¿Comprendéis la inmensidad de mi desgracia? Mis arrobamientos han cesado, qué digo? la comunión misma no me trae ya aquella dicha. No me queda mas de mi antiguo estado, que el poder meditar sin dificultad la vida y los dolores de Jesucristo, mas del mismo modo que la comunión, la meditación, es para mí sin dulzuras. La unción, el gusto interior, todo lo he perdido. Me parece que habito en otro mundo tan triste cuanto era bello aquel en el que yo vivía, este es lejano, árido y no encuentro en él más que amargura y hiel para apagar mi sed: Cuánto ha cambiado mi suerte! En otro tiempo veía á mi celestial Esposo, le hablaba, le oía; ahora estoy reducida á buscarle sobre el lecho de la cruz, y ni aun allí le encuentro! No tengo mucha razón de llorar, Catarina?» Catarina lloraba también al oír á la santa. Cómo no lo hubiera hecho? Aquel á quién la virgen lloraba no era el mismo cuyos tres días de ausencia habían costado tantas lágrimas á José y á María? No era Aquel cuya gloria

había arrebatado tanto á San Pedro en el Tabot, que no quería ya bajar de allí? Aquel á quién los pueblos de la Judea seguían hasta los desiertos olvidando hasta el hambre al ver su hermosura? Aquel á cuyo nombre los mártires sonreían en los tormentos porque por él morían gustosos y alegres?

No nos fijamos á veces en ello; pero tal accidente ó desgracia, tal enfermedad que nos sobreviene, una sencilla palabra que nos dirigen, son cosas del Señor que de ese modo quiere hacernos una advertencia para atraernos á sí!

CAPITULO XXII.

LA VUELTA DE JESÚS.

El día 2 de Julio.—Jesús viene y los ángeles con él.—Multiplícanse los gozos con las virtudes y las penas.—Consoladora aparición del venerable abuelo.—En dónde está vuestro rosal?—Pronto voy á morir!

HACIA cinco meses que sentía Liduvina la privación de los celestiales favores, y esta prueba le había aprovechado, pues Dios hubo con ello de conseguir el fin misericordioso que se había propuesto. En la escuela de las divinas severidades, ya había aprendido Liduvina á triunfar de la naturaleza, á desdeñar los humanos consuelos, y también á ser mas perfectamente humilde, estando mas en guardia contra su propia fra-

gilidad. Su amor, sobre todo, había ganado admirablemente, pues al presente era un amor puro, serio y fuerte como lo es siempre el amor probado que se alimenta de privaciones y de lágrimas; amor que ya nada puede seducir ni horrorizar; que las dificultades aguijonean, que crece con los obstáculos y se une á Jesucristo con toda la violencia que se emplee en separarle; al presente la santa siente y comprende todo el precio de la presencia de su Amado, toda la desconfianza de que deberá armarse contra su propia debilidad para no exponerse á perderle cuando se le será devuelto. Y cómo le buscará con más cuidado! cómo le recibirá con más reconocimiento! Cómo le guardará con más atención y le guardará más empeño y miramientos á fin de que no piense jamás en dejarla!

El Señor, pues, iba á poner un término á las pruebas por las que había querido acabar de purificar á su amada sierva: la nube iba á desgarrarse, el sol iba á aparecer. Llegó el 2 de Julio, el día tan hermoso de la Visitación de la Santísima Virgen; Liduvina en la mañana, como todos los días, había derramado lágrimas de sangre á las que llamaba sus rosas: "Dios mío! le decía, ¿no he clamado ya bastante por vos? ¿No me volveréis algún día vuestra presencia? ¿O me habéis arrojado para siempre? Habéis olvidado vuestra compasiva bondad? ¿Vuestra ira detendrá aún el uso de vuestra misericordia? Tened compasión de mí! No tengo mas alimento que mis lágrimas, el hambre que siento de vuestra adorable presencia me consume: ¿cuándo, pues, me será dado parecer delante de vos?"

Al acabar de decir estas palabras, el cielo pareció abrirse sobre su aposento! . . . Y aquí los historiadores se detienen. Nada refieren, nada describen. "Era dicen, Jesús que volvía, que visitaba á la virgen como

en otro tiempo había visitado á Santa Isabel y á san Juan! Era el Esposo que se mostraba á la esposa, el Amado que consolaba á su fiel amante! Más qué fué lo que pasó en esta misteriosa entrevista? Qué esplendores contempló maravillada? Qué divinos abrazos le dió Jesús? . . . Ningún historiador se creyó digno de repetir lo que pudo haber sabido acerca de ello.

Mas todos refieren que después de esta visita, cuando los parientes entraron en el aposento, estaba hecho un paraíso, embalsamado; que la virgen poco había tan desolada, presentaba entonces un aspecto transfigurado, que se veía en su rostro un brillo de dicha celestial que hermozeaba hasta sus llagas! "¿Qué es esto, exclamaban con trasporte, Liduvina, qué ha sucedido? ¿Por qué y de dónde vienen esos perfumes? Mas la virgen nada oía, y sólo cantaba en su interior un cántico á su Jesús.

Entonces observaron otro prodigio, pues aproximándose á ella para obtener una mirada ó una palabra, descubrieron que su respiración era la que embalsamaba la casa. "Por favor, Liduvina, habladnos! respondednos, oh sierva privilegiada de Jesucristo, decidnos lo que ha pasado ahora aquí."—"Dios lo sabe, respondió ella al fin: yo no sé mas que una cosa, y es que los hombres hacen muy mal en alabarme por que no soy mas que una pobre mujer harto frágil y miserable." Mas aunque la santa quiso ocultarse bajo el velo de la humildad, el milagro de su respiración embalsamada se supo muy pronto, y todos acudían de varias partes, queriendo ser testigos del prodigio aun permanente, todos parecían extasiarse ante ese cuerpo que no era mas que llagas y del cual no obstante se exhalaban, como de un vaso precioso, suavísimos perfumes.

Desde ese instante y durante los pocos años que tuvo aun que pasar en la tierra, la vida de Liduvina no fué mas que un canto de amor, un ímpetu de dicha y un encadenamiento de arrobadoras maravillas. Sus éxtasis le habían vuelto; su ángel venía muchas veces y la llevaba mas alto que antes á las divinas regiones. Sobre todo, disfrutaba mas copiosamente de los gozos eucarísticos. Cerca de su lecho se había preparado un altar en su aposento: y era esto una dicha indecible que la santa estimaba sobre todas las dichas. Todos los días un sacerdote, muy cerca de ella en este altar y en su presencia, celebraba los divinos misterios, y cada día Liduvina como una amante más y más sedienta de la posesión del Esposo, se unía á él en los transportes de una comunión que hubieran envidiado los serafines.

Su alma al mismo tiempo se coronaba con una aureola de santidad cada día más deslumbrante. La experiencia había dado á su humildad ese no sé qué de incomparable y acabado, esa delicada desconfianza, ese heroísmo de abnegación que solo la experiencia ayudada de la gracia puede comunicar. La comunión hacía todo el resto, pues ante sus divinos ardores, la resignación, la paciencia, el gozo en los tormentos, la santa indiferencia para toda tristeza ó consuelo, ibanse trocando en oro puro. Su caridad se eusanchaba hasta lo infinito, pues los pobres, los enfermos, los pecadores, las almas del purgatorio y todos los desgraciados, hallaban en su corazón tesoros de celo y abnegación hasta entonces desconocidos.

Una vez dijo Liduvina, que por convertir una sola alma se tendría por dichosa en padecer hasta el fin del mundo los mas terribles tormentos: entonces su ángel le preguntó, si habiendo padecido tanto, por

más de treinta y cinco años, tendría todavía valor para seguir padeciendo, y no por convertir sino simplemente para arrancar de las llamas una sola alma asegurándola de su salvación!—“Hasta el fin de mi vida, y tanto cuanto fuese necesario, hermano ángel,” respondió la santa, y el ángel le aseguró que sus sufrimientos se multiplicarían hasta el fin, pero que después estaría en el cielo como una reina, rodeada de todos aquellos á quienes había libertado.

Y en realidad sus sufrimientos parecían multiplicarse como sus gozos espirituales, como todas sus virtudes y su caridad; las antiguas enfermedades aumentaban y aparecían otras nuevas. Los médicos han afirmado que no dejó de tener ninguna de las enfermedades conocidas y compatibles con su estado de santidad. Fué acometida, por ejemplo, de ataques de apoplejía, y aun esto era poco: pues un día dijo á las mujeres que hacían cerca de ella con tanta dicha el oficio de enfermeras: “Hermanas mías, esta noche velaréis, no es así, sobre todos mis movimientos?—Y por qué es esta recomendación? preguntaron.—Porque esta noche, continuó la virgen sin la menor emoción, debo ser atacada de epilepsia.—De epilepsia, Liduvina! Oh cielos! qué habéis dicho? También la epilepsia, ese mal tan terrible y espantoso? Mas Liduvina, ya tenéis muchos males horriblos sin éste! poneos en oración y suplicad á Dios que le aparte de vos!—Bien me guardaré de hacerlo! respondió la santa; Dios es un buen Padre cuyos juicios adoro, y si su Majestad me hiere, es porque me ama!” En efecto, la noche siguiente sufrió tres violentas crisis de epilepsia.

Entre tanto, un nuevo cáncer se le iba formando en el pecho, devorando las carnes hasta descubrirse los huesos. En el cerebro sentía un aumento de dolores

tan atroces, que unos martillazos no le hubieran ocasionado semejantes tormentos, los ojos se debilitaban más y más, los dientes quebrantados con tantos sufrimientos, se caían á pedazos. Era un espectáculo horroroso! Aquel delicado cuerpo agotándose convulsivamente, los dientes quebrados chocándose unos con otros, los ojos casi apagados despidiendo lágrimas sanguinolentas; el fuerte grito de Jesús moribundo se exhalaba del pecho desgarrado como un extertor de agonía, y toda esta semejanza con el divino Crucificado se manifestaba ostensiblemente por los estigmas de las llagas entonces visibles, é indeciblemente dolorosos.

Mas también, y á medida que las llagas de todas clases se multiplicaban, el prodigio que ya hemos dicho se hacía mas notable. En lo más fuerte del invierno se exhalaba de aquel cuerpo virginal, al menor movimiento de alguno de sus miembros ó simplemente de los lienzos que cubrían su miserable lecho, un perfume de violetas ó lirios ó de rosas, un suave perfume semejante al de las más olorosas flores; todos acudían y se acercaban más que antes al derredor de aquel lecho que Dios glorificaba con tantos prodigios, parecía que sospechaban en todos esos favores del cielo cada dia mas frecuentes y variados, como una especie de presagio que anunciaba el fin próximo de la santa, y apresurábanse á aprovecharse de la tarde de tan hermoso dia.

En efecto, el fin de tan preciosa vida iba acercándose; y si Dios retardaba el momento era sólo por condescender con los gozos y las necesidades de las almas que sitiaban el lecho de su amada y santa esposa, y también quería su Magestad, por un favor que debía fortificarla, alentarla á una generosa espera de aque-

lla hora que era el objeto de todos sus más ardientes votos.

En uno de los numerosos arrobamientos con que Dios la honraba en esta época, había sido llevada á las regiones del cielo, y al llegar cerca de la eterna morada, vió tres puertas por las que era preciso pasar sucesivamente, no sólo para penetrar en la mansión de todas las delicias, sino para encontrar allí un lugar seguro y vivir sin temor de volver jamás á salir.

La primera y segunda puerta las pasó sin obstáculo; mas en el umbral de la tercera, detúvose como á pesar suyo un momento deslumbrada.... Qué oleadas de brillante luz le llegaban de todas partes! Qué esplendor, qué incomparable magnificencia vislumbraba!... Iba ya á pasar la tercera, que la separaba de tanta felicidad, cuando se siente retenida y como encadenada en el umbral por un nuevo espectáculo de indecible emoción. Es su abuelo que se presenta á su vista, el santo anciano que hemos admirado en las primeras páginas de este libro, es él! Cuán hermoso aparece con esa belleza que le ha dado el cielo! La santa lo vé, él se acerca, extiende los brazos como para abrazarla: ya está con ella.... Liduvina se halla sobre su corazón.... "Ah! vos venís, exclama, mi venerable padre, venís á introducirme en el paraíso de los escogidos donde habitáis? Apresurémonos, pues, llevádmelo." El bienaventurado patriarca la estrecha con amor, la mira y le sonrió como saben sonreir los amados de Dios; mas no la atrae, antes la rechaza! "Oh amada hija mia, le dice: no debo introducirte el dia de hoy en la morada del eterno reposo; es cierto que estos gozos, esta gloria y las felicidades que ahora entreves, serán un dia tu herencia; mas no ha llegado todavía el momento, es preciso aún por algún tiempo

resignarte á lo que los hombres llaman la vida, y no lo sientas, antes regocíjate; porque así aumentarás el tesoro de tus méritos, hermosearás la corona que te está reservada con tus sufrimientos, convertirás á los pecadores, libertarás á las almas del purgatorio y darás mucha gloria á tu Dios y Señor. . . . Sí, anda hija mía, vuelve á los dolores de tu peregrinación, y cuando tu tarea habrá concluido, volverás aquí mas rica y mas gloriosa y gozarás con nosotros perpetuamente en la bienaventuranza."

Vuelta la virgen de ese dulce arrobamiento, y repasando en su memoria lo que había visto y oído, experimentó tal dicha, que el lenguaje humano no sabría expresarlo; eran todas las delicias de la esperanza y de la abnegación, del triunfo y de la inmolación, del amor que goza y del amor que padece. Liduvina exclamaba y repetía mil veces: "Sí, Dios mío, el veros y poseeros, el entrar sin retardo en la eternidad de nuestro paraíso, es una necesidad que me consume y me devora! Pero más vale mil veces vuestra gloria, oh Dios mío! hágase vuestra adorable voluntad! Dejadme en el dolor por tanto y tan largo tiempo como quisiéreis; yo esperaré dichosa y resignada el instante de la muerte, que debe ser para mí la aurora de la vida."

Por lo demás, Liduvina conocía bien el momento que iba á poner término á sus pruebas, y si no hablaba de él con claridad, pronto dirémos el por qué; mas sabía perfectamente el día, la hora y las circunstancias de su muerte, y mas de una vez lo dió á entender á las personas á quienes profesaba un particular afecto.

Así, muchos años antes de la época á que hemos llegado, Liduvina había referido á su confesor y á sus fieles compañeras una admirable visión que de tiempo

en tiempo se renovaba. "He visto, les decía, un árbol lleno de botones y de rosas; un árbol pequeño y delgado; mas con la ayuda de Dios se vá haciendo más fuerte y vá creciendo. Ojalá y muy pronto llegue á toda su florescencia!—Y qué significa ese árbol, le preguntaban.—Ah! es el emblema de mi vida, porque mi ángel me ha dicho: el árbol tan débil que aquí miras, es necesario que se eleve robusto y lleno de hermosura: los botones cerrados es preciso que se truequen en magníficas rosas! y entonces, tan sólo, añadió, concluirá tu cautiverio en la tierra." Desde entonces varias veces las piadosas mujeres preguntaban á la virgen: "¿En qué estado se halla vuestro rosal? ¿comienzan ya á abrirse todas sus flores?—Ay de mí! respondía Liduvina, ahora se haya muy mal, orad por mí!" Mas en la época de que hablamos, en los primeros dias del año de 1433 cuando le hicieron la misma pregunta, respondió: "Si, gracias á la bondad de Dios, esta vez el árbol ha llegado á su altura, y sus rosas todas están abiertas. . . . y así pronto moriré. En el mismo tiempo, y á principios de Enero de 1433, un dia se hablaba en su presencia de la solemnidad de la Pascua que en ese año caía el nueve de Abril. "Ah! dijo Liduvina, en ese domingo de Pascuas, y en el lunes y martes, qué dolores tan crueles se me esperan! Mas qué importa! añadía con una sonrisa del cielo, esos dolores no durarán mucho, y después podré cantar un gozoso aluluya!" y las mismas palabras repitió muchas veces durante los tres meses siguientes.

Liduvina llegó hasta declarar á algunas personas de confianza, que en el tiempo pascual moriría, mas siempre sin querer precisar el dia ni la hora; y como le preguntasen si haría Dios algunos milagros en su muerte, nó, nó, respondió; no los hará el Señor, pues

es un gran mal que algunas almas sencillas esperen verme morir de un modo maravilloso; en cuanto á lo que sucederá después de mi muerte, Dios lo sabe, mas yo no tengo deseo de escudriñarlo, ni menos de publicarlo. Yo no soy más que un instrumento entre sus manos, que haga de mí lo que le agrade.» Después se puso á disponer lo que convenía á su sepultura y funerales; ningún detalle se le escapó. «Sobre todo, añadió, sepultad mi cuerpo sin dilación, y pues Dios ha querido que desde hace treinta y tres años no haya tocado la tierra desnuda, os suplico que me continúeis este favor haciendo que descansa sin tocarla.»

Cada día y á cada hora, damos un paso más hácia la muerte, que tal vez no está distante. Véamos si en nosotros, como en Liduvina, se echa de ver la aproximación del instante decisivo por una vida más perfumada con la pureza, la humildad, la santa paciencia y la generosa caridad.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLE MUERTE.

Liduvina pide perdón.—Acércase su hora.—Jesucristo le dá la Extrema-Unción.—Déjale un prodigioso crucifijo.—Su agonía.—El sobrinito Bodino corre á la iglesia.—Ha muerto!—Véamos sus manos!

EN efecto, la hora de Liduvina iba á sonar bien pronto, y ya se hacían en el cielo los preparativos de

sus bodas virginales, á las cuales la santa se disponía con todo fervor.

Un día hizo venir cerca de su lecho á sus parientes, á las mujeres que la servían y á todos los que habían vivido cerca de ella. «Yo os he llamado, les dijo, por que siento la necesidad de pedir os perdón á nombre de Jesucristo, que tanto os ha amado, á nombre de vuestro amor por Jesucristo, perdonadme os lo ruego, todas las penas que he podido causaros. . . .» Un grito unánime le impidió continuar. «A nosotros nos toca pedirte perdón, Liduvina, decía cada uno de los asistentes: nosotros somos los que debemos humillarnos y pedirte perdón, nosotros que muchas veces quizá hemos tenido la desgracia de contristaros, siendo vos tan buena y tan amable! Perdonadnos pues! Y cuando estuviereis delante de Dios en los gozos de su eterno reino, acordaos de nosotros y asistidnos en nuestras miserias!» Todos se derretían en lágrimas, y no podía ser de otra suerte; y antes aquel dolor hubiera sido mas grande si hubiesen sabido cuán próxima estaba la separación! Mas nadie lo sospechaba, todos se hacían ilusión y vacilaban entre el temor y la esperanza, y era precisamente porque la santa no decía nada, ni del peligro de su estado, ni del día de su muerte.

Mas expliquémonos: al guardar Liduvina ese silencio se proponía dos cosas, la una, era evitar en la hora suprema un concurso de gentes que turbarían su recogimiento y alarmarían su humildad; la otra: el morir sólo y abandonada sin más asistencia que la de Jesucristo á fin de asemejarse más, imitando mejor su divina crucifixión.

Por fin, llegó el día de Pascua, y como de ordinario, mucho tiempo antes de los primeros rayos de ese hermoso día, la virgen se había puesto en oración. Mas

es un gran mal que algunas almas sencillas esperen verme morir de un modo maravilloso; en cuanto á lo que sucederá después de mi muerte, Dios lo sabe, mas yo no tengo deseo de escudriñarlo, ni menos de publicarlo. Yo no soy más que un instrumento entre sus manos, que haga de mí lo que le agrade.» Después se puso á disponer lo que convenía á su sepultura y funerales; ningún detalle se le escapó. «Sobre todo, añadió, sepultad mi cuerpo sin dilación, y pues Dios ha querido que desde hace treinta y tres años no haya tocado la tierra desnuda, os suplico que me continúeis este favor haciendo que descansa sin tocarla.»

Cada día y á cada hora, damos un paso más hácia la muerte, que tal vez no está distante. Véamos si en nosotros, como en Liduvina, se echa de ver la aproximación del instante decisivo por una vida más perfumada con la pureza, la humildad, la santa paciencia y la generosa caridad.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLE MUERTE.

Liduvina pide perdón.—Acércase su hora.—Jesucristo le dá la Extrema-Unción.—Déjale un prodigioso crucifijo.—Su agonía.—El sobrinito Bodino corre á la iglesia.—Ha muerto!—Véamos sus manos!

EN efecto, la hora de Liduvina iba á sonar bien pronto, y ya se hacían en el cielo los preparativos de

sus bodas virginales, á las cuales la santa se disponía con todo fervor.

Un día hizo venir cerca de su lecho á sus parientes, á las mujeres que la servían y á todos los que habían vivido cerca de ella. «Yo os he llamado, les dijo, por que siento la necesidad de pedir os perdón á nombre de Jesucristo, que tanto os ha amado, á nombre de vuestro amor por Jesucristo, perdonadme os lo ruego, todas las penas que he podido causaros. . . .» Un grito unánime le impidió continuar. «A nosotros nos toca pedirte perdón, Liduvina, decía cada uno de los asistentes: nosotros somos los que debemos humillarnos y pedirte perdón, nosotros que muchas veces quizá hemos tenido la desgracia de contristaros, siendo vos tan buena y tan amable! Perdonadnos pues! Y cuando estuviereis delante de Dios en los gozos de su eterno reino, acordaos de nosotros y asistidnos en nuestras miserias!» Todos se derretían en lágrimas, y no podía ser de otra suerte; y antes aquel dolor hubiera sido mas grande si hubiesen sabido cuán próxima estaba la separación! Mas nadie lo sospechaba, todos se hacían ilusión y vacilaban entre el temor y la esperanza, y era precisamente porque la santa no decía nada, ni del peligro de su estado, ni del día de su muerte.

Mas expliquémonos: al guardar Liduvina ese silencio se proponía dos cosas, la una, era evitar en la hora suprema un concurso de gentes que turbarían su recogimiento y alarmarían su humildad; la otra: el morir sólo y abandonada sin más asistencia que la de Jesucristo á fin de asemejarse más, imitando mejor su divina crucifixión.

Por fin, llegó el día de Pascua, y como de ordinario, mucho tiempo antes de los primeros rayos de ese hermoso día, la virgen se había puesto en oración. Mas

qué debía pensar? Era un presagio? esta vez encontraba en su oración más que de ordinario, inexplicables delicias, sintiendo su alma derretirse de amor y de deseo, en la contemplación de las magnificencias de la resurrección del Señor, concluidos los grandes dolores del Calvario, vencida ya la muerte por Cristo: es la puerta que se entrea bre dejando escapar su presa, el Salvador que se levanta triunfador, radiante é inmortal, teniendo al pecado cautivo; levantándose del dolor á la felicidad, de los abismos de la humillación á los esplendores de la eterna gloria; todo ese gran espectáculo que la meditación desarrollaba ante sus ojos, la llenaba de un entusiasmo divino. «Dios mío exclamó Liduvina, quebrantad la piedra de mi sepulcro, quebrantad este cuerpo mortal que detiene mi alma cautiva, como en un sepulcro! A mí también hacedme salir de este ataúd en que tanto tiempo ha gemido: llamadme de la esclavitud á la libertad, de las tinieblas á la luz, de la corrupción á la inmortalidad, llamadme á la dicha de contemplar vuestra gloria y de embriagarme de amor en los gozos de vuestra adorable presencia! La muerte sería para mí la vida, hacedme pues morir! venid, Señor, á libertarme! Concededme el ir á celebrar la Pascua con Vos allá en los cielos!»

Tiempo era ya de que fuesen escuchados esos santos y ardientes deseos! El humilde aposento repentinamente se iluminó por la última vez. La virgen vió venir al Salvador que le traía en fin la buena nueva! Y como prenda real de ello, la preparaba un favor inaudito, que sabemos por la revelación que Liduvina misma hizo de él después, y el que vamos á referir. Jesucristo venía á aplicarle con sus divinas manos el sacramento de la Extrema-Unción.

No nos espantemos de ello, pues que semejante fa-

vor no es sin ejemplo. El Salvador mismo comulgó á los Apóstoles, y la vida de los santos nos enseña que á muchos administró, ó la divina Hostia, ó la última Unción. . . . favor insigne, inmenso que rara vez concede. Mas ¿por qué no había de concederle? Sería imposible ó inconveniente que él mismo aplicara á alguna alma privilegiada la sangre que por ella derramó? Y si esta aplicación no es ni inconveniente ni imposible ¿á quién podía Jesucristo escoger entre los santos para honrarle de este modo, sino á la virgen Liduvina, la dulce estigmatizada, imagen viviente de sus dolores, á la virgen tan pobre, tan humillada y al mismo tiempo, tan pura, tan fiel y tan paciente, recostada hacía treinta y ocho años en los tormentos del más horroroso martirio, á la que había padecido por su amor tanto, ó tal vez más que ningún otro santo?

El día pues, de la solemnidad de la Pascua, la mañana antes de salir el sol, estando sola en su aposento, Liduvina se abandonaba como hemos visto, á los transportes amorosos que le producía el espectáculo de las glorias de la resurrección; repentinamente vió al Salvador descender de los cielos hácia ella. «Ah! venid Amado de mi alma, exclamó, presintiendo el beneficio que iba á recibir; mucho tiempo ha que os esperaba, mucho tiempo ha que mi ángel me decía que vendriais así!» En efecto, el Salvador se acercaba con más bondad que nunca: á su lado estaba la santísima Virgen, y en seguida los doce Apóstoles, los ángeles y otros muchos santos. El Señor Jesús, llegando cerca del pobre lecho se colocó á la derecha, su gloriosa Madre, á la izquierda, y al derredor, los príncipes de la eterna corte.

Al mismo tiempo pusieron cerca de su cabecera una mesa de deslumbrante blancura, y la virgen veía so-

bre ella un vaso muy brillante, un Crucifijo de un trabajo admirable, y una vela de la que brotaban como oleadas de luz celestial. Mas su Amado sobre todo, era el que absorbía su atención; jamás lo había visto así estaba revestido de espléndidos ornamentos sacerdotales. Era el Sacerdote Eterno! Qué majestuoso estaba! Qué grande parecía y qué venerable!

Uno de los apóstoles, acercándose á la mesa tomó con respeto el vaso de los santos óleos, y lo ofreció al divino Salvador; la augusta ceremonia comenzaba. Los ángeles acercándose á la virgen, le descubrían los oídos, las manos y los pies; el Señor Jesús era quien hacía por sí mismo las unciones! No pronunciaba, ó más bien la virgen no oía ninguna palabra; mas sentía muy bien á cada unción las impresiones de su divina mano! Cuán dichosa se sentía en aquellos momentos!

Después el Salvador tomó la vela y se la dió para que la tuviese; y la santísima Virgen la tenía juntamente con ella. Tomó también el Crucifijo y lo colocó enfrente á su vista. "Liduvina, le dijo, ese Crucifijo quedará aquí visible para tí sola, hasta el momento de tu muerte." Liduvina no podía ya contener los ímpetus de su alma. "Jesús mio, le dijo, bendito y alabado seas en el tiempo y en la eternidad! Qué no tenga yo todas las voces del cielo y de la tierra para daros gracias! Y no obstante, oh mi dulcísimo Señor, después de tantas mercedes, permitidme el pedir os otra más, ¿qué podréis negarme cuando acabáis de humillaros hasta inclinaros hacia vuestra pobre y pequeña sierva, sin tener horror al ungir mi miserable cuerpo con vuestras santísimas manos! Oh misericordiosísimo Salvador, yo os conjuro que multipliquéis mis dolores y activéis mis tormentos hasta la hora de mi

muerte, y tanto cuanto mis pecados merecen, á fin de que mi alma en dejando su terrestre prisión, pueda ser admitida sin más purificación á contemplar vuestro rostro adorable!—"Hija mia, respondió Jesús, yo recibo tu oración y serás escuchada; quiero que dentro de dos dias puedas cantar en el reino de mi Padre, el eterno aleluya en compañía de las vírgenes tus hermanas."

Y diciendo estas palabras, Jesús desapareció, y la virgen quedó sola con su ángel! Qué alegría! qué embriagadoras delicias! Haber recibido la santa Unción de mano del divino Pontífice! y sobre todo, haber oído de su boca adorable, la promesa del cielo! Dentro de dos dias, estar segura de ir á sentarse con el Esposo en el festín nupcial, en el banquete de la eterna alegría... esto era un morir de dicha antes de tiempo! ¡Oh y cuánto bendecía y daba gracias á Dios! Cuánto sentía acrescentarse en su corazón, el deseo y la ardiente sed de sufrimientos durante los dos dias que le quedaban! Cuánto se afirmaba en la resolución de verse sola en las angustias de la muerte, y de morir despojada, abandonada de todos como su modelo del Calvario! ¿Tenía acaso necesidad de otra asistencia que la del Crucifijo que le había dejado su Redentor, de aquel Crucifijo maravilloso que estaba allí delante de ella, y que parecía colocado á su vista expresamente como para aprobar su resolución y llenarla de generoso valor?

Por lo demás, así como lo había pedido, sus dolores redoblaron su intensidad, en el dia de Pascua y en la mañana siguiente. Se conocía muy bien que los tormentos á cada instante, llegaban á un horroroso paroxismo, mas tantas veces se había visto este doloroso espectáculo! Además, resplandecía en la santa

tanta serenidad y tanta dicha, que nadie sospechaba ni por un instante la cercanía del peligro.

Así llegó el martes. Las visitas acudían como siempre, y desde en la mañana el aposento estaba lleno. «Padre mío, dijo la virgen á su confesor, y vosotros, prosiguió dirigiéndose á los otros asistentes, vosotros que me habeis hecho tantos favores, concededme ahora una gracia: deseo vivamente estar sola en el día de hoy; y mostrarme que sois para mí amigos fieles, accediendo á mi súplica. Además, de esto, podeis estar sin inquietud, pues quedará conmigo mi sobrinito Bodino que en caso de necesidad irá á llamaros.» Ninguno vió en esto nada de extraordinario, pues se imaginaron que la santa quería como otras veces obedecer al atractivo que la hacía desear la soledad á fin de orar mejor. Todos se retiraron; mas en realidad la hora había llegado: el terrible y último combate iba á comenzar: esa agonía que la heroína crucificada había resuelto sostener sola, pero muy segura de que el celestial Esposo no le faltaría y la sostendría con su soberano poder.

Cuando todos salieron, la santa se puso á recitar las últimas oraciones, ella misma hizo la recomendación de su alma, y apenas terminada, entró en una larga y espantosa agonía. Desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde su cuerpo fué quebrantado con tormentos que no tienen nombre: espantosos espasmos se sucedían: veinte veces en un instante comenzaban los vómitos con tan increíble violencia que la hiel misma salía por la boca manchando los labios de la incomparable mártir. Por fin, la última y más terrible crisis sobrevino: sintiéndose sufocada exclamó desde su cruz: «Ah mi amado niño si mi padre supiese cuanto padezco!» El pobre niño se lamentaba: «Tía, le decía, llorando y corriendo al derredor del lecho, oh mi pobre

tía! ¿Queréis que llame á vuestro confesor? Iré á buscarle amada tía! habládme, respondedme pues! Pero la Bienaventurada no hablaba ya, y sólo se agitaba con las convulsiones de la muerte. Espantado y fuera de sí el niño, se lanza, corre á la iglesia en donde se celebraba una Misa de difunto, á la que asistía casi toda la ciudad. El niño llama al sacerdote, y á las piadosas mujeres amigas de su tía: todos acuden luego, se acercan al lecho de la virgen, y le hablan. Liduvina, decía uno, qué sentís? qué tenéis? Liduvina, añadía otro, queréis recibir el sacramento de la Extrema-Únction?—Está muerta! exclamaba este con terror!—No, nó, continuaba aquel, no está ni muerta ni más enferma que antes, vedla bien: está con su éxtasis. Mirad bien! Qué tranquila y serena! qué aspecto de felicidad contemplativa!»

Gracias á esta turbación general no sabían qué pensar, cuando repentinamente una de las amigas íntimas de la virgen exclamó: «Ah véamos sus manos! me acuerdo que muchas veces me dijo que esperaba poderlas juntar antes de su muerte: véamoslas. Y en efecto, encontraron sus dos manos juntas y cruzadas sobre su pecho, lo que hacía más de treinta años le era materialmente imposible, y también encontraron junto á la cabecera del lecho su silicio, qué cosa tan prodigiosa! no había sido desatado. ¿Quién había podido desprenderle así de su cuerpo sino su buen ángel? Ya no quedaba duda alguna: Liduvina había muerto!

En efecto, la virgen de los dolores, había expirado sola y abandonada, mientras que el niño había corrido al lugar santo; Liduvina había muerto á las cuatro de la tarde, el martes de Pascua del año de gracia de 1433, á los treinta y ocho años de su enfermedad y á los cincuenta y tres de su vida.

Liduvina vino á este mundo en los dias de los dolores de Cristo y padeci6 mucho con El y por El! Justo era que con El saliese de este mundo y subiese á los cielos en los dias de su triunfo y de su Resurrección!

A la luz de la muerte, la verdad muéstrase dejando ver á plena luz lo que nosotros llamamos vicio ó virtud, riqueza ó pobreza, placer ó sufrimiento. . . . Qué horrosos pesares entonces para el pecador! Mas qué santa alegría para el justo!

CAPITULO XXIV.

GLORIA.

Quitad el velo.—Un prodigio.—Qué hermosa está.—Miran su alma en figura de blanca paloma.—La piadosa Catarina la ve llevada al festín de sus bodas por el divino Esposo.—La visión de las dos vírgenes.—El concurso.—Un niño orando.—Magníficos funerales.—Peregrinación.—Una piadosa mujer devorada por un cáncer, viene descalza desde Leyda.—La religiosa de Gouda.—Guillermo Sonder-Dank y su enferma.—Traslación.—El culto de Liduvina nunca interrumpido.—Oración.—Conclusión.

CUANDO se convencieron de que todo había terminado, y de que no quedaba en aquel pobre lecho, teatro de tantos prodigios, mas que el despojo mortal de Liduvina, cubrieron su rostro con un velo. Después el

confesor con los presentes se pusieron de rodillas y lloraban amargamente la pérdida que habían sufrido. Muchas mujeres lloraban también con inconsolable aflicción, por el abandono en que había acabado la vida. Muerta, muerta sin ningún auxilio! decían con voz llena de desesperación; muerta tan miserablemente, Liduvina que era una santa! Y no estábamos aquí para asistirle; nosotras á quienes trataba como amigas! ¿Quién nos perdonará tal ingratitud? podemos jamás perdonarnos el haberla abandonado de esta suerte? Mas Dios en aquella hora iba á mostrarles que no eran lágrimas, sino cánticos de gozo lo que convenía cerca de la virgen tan amada. Su Majestad iba á revelar su gloria, y ese lecho de duelo iba en cierto modo á transformarse en carrosa de triunfo ó en manifiesto trono. En efecto, el pueblo á quien llegó la noticia, había acudido y llenaba el aposento; todos querían ver el rostro de la santa. Es muy justo, dijo el confesor que permanecía arrodillado, y dirigiéndose á una de las mujeres que oraba cerca del lecho, dijo: "levantad el velo," la cual inmediatamente se levanta y extiende la mano. . . . Mas repentinamente, y á una sola voz las mujeres, los sacerdotes y todos los asistentes dan un grito: Un milagro se había obrado debajo de ese velo, uno de los más bellos milagros que se hubiesen visto en aquel aposento. Oh maravilla! Liduvina vivía; parecía revivir y haber recobrado una vida nueva y esplendorosa. Las llagas, las úlceras, las deformidades de su rostro, todo había desaparecido, y una arrobadora hermosura lo había reemplazado todo! Los ojos, las mejillas, la barba, los labios, el cuello, todo lo que hasta allí había aparecido lleno de sangre, pálido y desgarrado por el mal, todo resplandecía ahora con un esplendor sobrenatural. . . . Que celes-

Liduvina vino á este mundo en los dias de los dolores de Cristo y padeci6 mucho con El y por El! Justo era que con El saliese de este mundo y subiese á los cielos en los dias de su triunfo y de su Resurrección!

A la luz de la muerte, la verdad muéstrase dejando ver á plena luz lo que nosotros llamamos vicio ó virtud, riqueza ó pobreza, placer ó sufrimiento. . . . Qué horrosos pesares entonces para el pecador! Mas qué santa alegría para el justo!

CAPITULO XXIV.

GLORIA.

Quitad el velo.—Un prodigio.—Qué hermosa está.—Miran su alma en figura de blanca paloma.—La piadosa Catarina la ve llevada al festín de sus bodas por el divino Esposo.—La visión de las dos vírgenes.—El concurso.—Un niño orando.—Magníficos funerales.—Peregrinación.—Una piadosa mujer devorada por un cáncer, viene descalza desde Leyda.—La religiosa de Gouda.—Guillermo Sonder-Dank y su enferma.—Traslación.—El culto de Liduvina nunca interrumpido.—Oración.—Conclusión.

CUANDO se convencieron de que todo había terminado, y de que no quedaba en aquel pobre lecho, teatro de tantos prodigios, mas que el despojo mortal de Liduvina, cubrieron su rostro con un velo. Después el

confesor con los presentes se pusieron de rodillas y lloraban amargamente la pérdida que habían sufrido. Muchas mujeres lloraban también con inconsolable aflicción, por el abandono en que había acabado la vida. Muerta, muerta sin ningún auxilio! decían con voz llena de desesperación; muerta tan miserablemente, Liduvina que era una santa! Y no estábamos aquí para asistirle; nosotras á quienes trataba como amigas! ¿Quién nos perdonará tal ingratitud? podemos jamás perdonarnos el haberla abandonado de esta suerte? Mas Dios en aquella hora iba á mostrarles que no eran lágrimas, sino cánticos de gozo lo que convenía cerca de la virgen tan amada. Su Majestad iba á revelar su gloria, y ese lecho de duelo iba en cierto modo á transformarse en carrosa de triunfo ó en manifiesto trono. En efecto, el pueblo á quien llegó la noticia, había acudido y llenaba el aposento; todos querían ver el rostro de la santa. Es muy justo, dijo el confesor que permanecía arrodillado, y dirigiéndose á una de las mujeres que oraba cerca del lecho, dijo: "levantad el velo," la cual inmediatamente se levanta y extiende la mano. . . . Mas repentinamente, y á una sola voz las mujeres, los sacerdotes y todos los asistentes dan un grito: Un milagro se había obrado debajo de ese velo, uno de los más bellos milagros que se hubiesen visto en aquel aposento. Oh maravilla! Liduvina vivía; parecía revivir y haber recobrado una vida nueva y esplendorosa. Las llagas, las úlceras, las deformidades de su rostro, todo había desaparecido, y una arrobadora hermosura lo había reemplazado todo! Los ojos, las mejillas, la barba, los labios, el cuello, todo lo que hasta allí había aparecido lleno de sangre, pálido y desgarrado por el mal, todo resplandecía ahora con un esplendor sobrenatural. . . . Que celes-

tial vida se miraba en sus ojos! Qué sonrisa tan divina en sus labios! jamás habían contemplado frente más límpida, ni un cuello tan blanco y tan puro, ni una carne tan transparente y refulgente! «¡Oh qué hermosa está! qué hermosa está! repetía la multitud con indecible emoción. Y todos se arrodillaban, lloraban y oraban; porque aquello no era el aspecto de un muerto ni de un mortal, sino el radiante rostro de un bienaventurado!

Aquellos miembros antes separados, corroídos y corrompidos, habían vuelto á tomar con las formas de la salud, su primera suavidad, y cuando las piadosas mujeres envolvieron á la virgen en una sábana, reconocieron alabando á Dios, que todas las partes del santo cuerpo, habían sido igualmente glorificadas! Ni una señal siquiera de llagas, de absesos ni de gusanos; solamente tres cicatrices se dibujaban como un hilo delgado, de púrpura, y eran las tres heridas que había recibido la Bienaventurada, de los soldados sus verdugos; Dios no había querido borrar completamente aquel memorial de su martirio, esos gloriosos títulos á las palmas de la victoria y del triunfo!

Al mismo tiempo, pasaban en el exterior y se contaban varias cosas prodigiosas. Algunas personas piadosas, en diversos parajes y á gran distancia, habían tenido simultáneamente, y en el instante de la muerte de la virgen, idénticas revelaciones, haciéndoles saber á la vez su dichosa muerte y su gloria. Así habían visto á su alma bajo la figura de una paloma blanca como la nieve, con las alas plateadas, el cuello y el pico de oro, y los pies de un rojo como sangre. Hermoso símbolo en verdad, pues la amable virgen había sido una paloma por su dulzura, por sus deseos y sus gemidos, y también por su fecundidad,

ganando tantas almas á Jesucristo, ella era la paloma de pico de oro que daba á todos enseñanzas tan preciosas; y por la obediencia, que bien puede llamarse el oro de la virtud, dócilmente había doblegado su cuello virginal bajo el yugo del Señor, sus pies habían caminado constantemente tras de las huellas sangrientas del divino Maestro, y las blancas alas del amor más puro, habíanla llevado millares de veces á las más altas regiones de la contemplación.

Una de las mujeres que había estado más unida con la santa, la que había sido de ella más tiernamente amada, la piadosa Catarina, fué favorecida también con una revelación. Estando en su aposento vió entrar sucesivamente y en grande orden muchas vírgenes y mártires, una innumerable multitud de santos, todos los cuales se colocaron al derredor de una mesa espléndidamente servida; muy pronto vió venir después de ellos y con el esplendor de una hermosura que el espíritu humano no sabría explicar, un joven que llevaba de la mano á Liduvina. . . . ¿Quién podía ser aquel joven tan hermoso? Liduvina aparecía también llena de prodigios, hermo세ada, con su ser casi divinamente transfigurado. En su frente brillaba una corona de desposada, y venía adornada con la magnificencia de una reina, de suerte que la humilde Catarina se sentía tan dichosa al verla así, que creía estar gozando ya de alguna de las felicidades del cielo. Después vió con inexplicable emoción á su amada Liduvina irse acercando á ella. «Hermana mia, le dijo la hermosa virgen, ¿os acordáis que durante los días de mi vida mortal os hablé muchas veces del Esposo que esperaba poseer en la eternidad? Pues bien! este Esposo que tanto he llamado con mis votos, vedle aquí delante de vos: es Jesucristo mi divino Señor! ¿No te-

nía yo razón de deciros que él era más hermoso que todos los hijos de los hombres? ¿Habré comprado muy caro por mis sufrimientos la dicha que tengo en este instante, de unirme con él, de gozar de su adorable presencia, y ésto, sin temor ni turbación, durante los siglos eternos?». Y la piadosa viuda divinamente consolada, vió á Liduvina ir á colocarse en medio de los santos, y al lado de su celestial Esposo tomar parte en el festín de la inmortalidad!

Algunas otras personas vieron á la dichosa mártir elevándose hacia el cielo, llevada por los ángeles, y saludada á las puertas de la eternidad, por la multitud de los escogidos que acudían á su encuentro llamándola su hermana.

Dos vírgenes también, enclavadas hacía largos años en el lecho del dolor, y cuya edificante piedad era bien conocida, vivían lejos de Squidam, y á gran distancia una de la otra: jamás habían visto á Liduvina, mas las dos la veneraban con el más tierno amor,—esas dos vírgenes tuvieron en la hora del fallecimiento de nuestra santa una admirable visión que vamos á referir, pues parece que Dios se las había concedido para completar la historia de la pobre crucificada, que había muerto sin testigos, abandonada y sola.

Las vírgenes veían abierto un aposento miserable y sombrío, luego un lecho aun más miserable, y sobre él recostada una mujer á quien nadie acompañaba; y no obstante, aquella mujer se hallaba en agonía! era un espectáculo horrible á la vista! La infortunada se retorció con los dolores de un mal sobrenatural, y habrían dicho que era un niño quebrantado bajo una piedra de molino. Ellas oían sus gemidos y sus gritos, y vieron que iba ya á morir. . . . Repentinamente apareció Jesucristo, la Virgen María y los ángeles y san-

tos, todos los cuales se acercaban al pobre lecho de la mujer agonizante. «Liduvina, le dijo Jesucristo.—A esta palabra, las vírgenes se contristaron y conocieron que se trataba de su amiga!—Liduvina, decía el Salvador! con amorosa bondad, mi amada Liduvina, tened valor! aun un momento más de valor! Vé aquí llegada la hora de la recompensa, la hora del triunfo. Al sonido de esta voz divina, la virgen pareció reanimarse. «Ah sois vos! exclamó con transporte, mirando al Salvador, sois vos mi Señor Jesucristo, vos, el deseado de mi corazón, vos mi inmortal Esposo! ¿Venís á llevarme? Venís á sacarme de mi destierro y á llevarme con vos á la patria celestial? Sí, Liduvina, respondió el buen Maestro, sí, regocíjate, pues tus dolores han terminado: heme aquí, ya no me dejarás más, esposa mía, ven á reinar para siempre conmigo!» El alma de la virgen al punto se lanzó. . . . porque sus lazos mortales se habían roto. . . . y cómo se lanzó, radiante, al Corazón de Jesús y del Corazón de Jesús á los brazos de María que le sonreía.

En aquel instante el cielo se abrió, y se escuchó un maravilloso concierto de los ángeles y los escogidos, que cantaban diciendo: «seas bien venida, hermana nuestra, Liduvina, que al verte sentimos acrecentarse nuestro gozo en el Señor.» Y Liduvina en medio de ellos, rodeada de luz, abrasada de amor, entraba triunfante en la eternidad, en donde Jesús la recibía en la infinita majestad de su gloria. «Ven, amada mía, le decía el divino Esposo, con aplausos de toda la asamblea de los cielos, aproxímate, ven muy cerca de mi trono, que ahora quiero recompensar tu fidelidad y tu amor.» Entonces Jesucristo la coronaba mientras los ángeles y los santos continuaban sus cánticos, y entonando en un ritmo divino decían: «Tú has te-

nido, oh Liduvina, la fé de los patriarcas! la esperanza de los profetas y la caridad de los apóstoles! Tú has tenido, oh hermana nuestra, el heroísmo de los mártires, la castidad de las vírgenes y la santidad de los ángeles! y por eso serás coronada como los ángeles y las vírgenes, como los profetas y los patriarcas, como los apóstoles y los mártires!

Las dos vírgenes á quienes Dios honraba con esta visión, vieron aun, á Liduvina después de su coronación, que tenía en la frente una diadema hermosísima y estaba revestida de tales esplendores, que hubieran querido morir para seguirla siempre contemplando!

Esas revelaciones, esos testimonios del cielo en favor de Liduvina, y más que todo, el milagro de la transfiguración de su cuerpo, milagro irrecusable y permanente que se veía y se hallaba en la misma casa de Squidam, conmovieron profundamente á los pueblos, que habituados hacía muchos años á venerar á la virgen como santa, acudían de todas partes. Es cierto que Liduvina había pedido instantemente que se hiciesen sin demora sus funerales, y habían procurado obedecerla; mas había sido necesario renunciar á ello, porque el pueblo había comenzado á quejarse, los magistrados por su parte habían intervenido con sus prohibiciones, y aun ellos mismos habían recibido órdenes superiores, porque el Príncipe de Holanda les había hecho saber por un correo, que él quería también venir á arrodillarse delante del milagroso despojo, y que no quería se hiciese nada antes de su llegada. Fué, pues, preciso esperar.

Sin duda Dios permitió que así pasase para manifestar su gloria y por honrar más á la virgen. En efecto, el concurso fué prodigioso: los historiadores no se atreven, por temor de que parezca fabuloso, á seña-

lar la cifra aproximada de las multitudes que acudieron; y no venían solamente de dia, mas durante la noche las tropas de los peregrinos se sucedían sin interrupción cerca del santo cuerpo, venían de las ciudades, de los campos y de los lugares más distantes en reuniones compactas: de Brielle, de Gouda, de Delft, de Róterdam, de La Haya, de Leyda, de Utrecht. Todos los rangos, todas las condiciones, todos los caracteres se confundían en un mismo apresuramiento: ricos y pobres, sacerdotes y legos, fieles y pecadores, todos querían ver aún una vez en su espléndida muerte, á aquella cuya vida había glorificado Dios con tan prodigiosos dolores! Cuántas lágrimas corrieron! ¡Cuántos corazones se sintieron vencidos y convertidos, seriamente vueltos al bien delante de esta hermosura que se manifestaba en el ataúd, es decir, ante el triunfo obtenido por la virtud sobre la muerte!

Traían también muchos niños muy pequeños, sin duda para que la santa los bendijese, y aun tal vez para atar de este modo con una época honrada con prodigios muy raros á la generación que iba á alejarse, avanzando en el porvenir.

No podemos resistir al placer de referir aquí una sencilla y conmovedora escena, que tuvo lugar con ocasión del concurso de los niños. Una joven, madre de familia, acababa de entrar con otros peregrinos al aposento milagrosamente embalsamado, trayendo en sus brazos un niño de doce á trece meses, la cual después de muchos esfuerzos, y apenas llegada cerca de la virgen, vió que el niño hasta entonces recostado en el seno materno, repentinamente se endereza, todos lo vieron juntar admirablemente sus manitas, y después volverse á inclinar hacia á la Bienaventurada, y así inclinado hacia ella, con las manos siempre juntas, la

miraba con una mirada fija y prolongada, tan inteligente, y tan llena de respeto y de esperanza, que ninguno de los asistentes pudo en ese momento dejar de llorar.

Entretanto, los amigos de Liduvina se reprochaban el retardo de su sepultura, tan contrario á sus deseos, redoblaban sus instancias con el pueblo y con los magistrados para que no se prolongase por más tiempo, pues no había razón especial para más esperar. Al fin, decidióse que la ceremonia fúnebre se celebraría el 14 de Abril, viernes de la misma semana de Pascua. Ese día fué para la virgen un triunfo incomparable: el pueblo todo de Squidam estaba presente, la afluencia de los peregrinos extranjeros, teniendo á su cabeza sus religiosos y sus sacerdotes, superaba todo cuanto hubiera podido imaginarse; las calles y las plazas estaban llenas. Y la santa pasó por en medio de esas multitudes, recostada en su ataúd. Estaba vestida de una humilde ropa de lana, llevando por cinto su silicio; en su frente pusieron una corona de rosas entrelazadas con los dulces nombres de Jesús y de María. Imposible sería el decir la emoción y las lágrimas, las aclamaciones y los testimonios de respeto y de amor con que aquel pueblo innumerable la saludaba al pasar.

En fin, verificóse la inhumación. Un sepulcro se le había preparado en la iglesia misma de Squidam, en aquella iglesia donde había sido bautizada, á la sombra de ese tabernáculo de donde le habían venido tantos gozos, y casi al pie del altar en el que había visto á la Reina del cielo bendecir su infancia sonriéndole, y al que tantas veces había venido misteriosamente con su ángel para subir desde allí á la contemplación de los divinos esplendores. Sin duda su despojo mor-

tal debió estremecerse de gozo en ese lugar de su reposo, porque el descansar en tal lugar era como continuar su vida de adoración y de amor! Además, su último deseo fué respetado, pues el sepulcro estaba revestido en el interior de una pared de piedras que elevándose en forma de bóveda sobre el ataúd, que también quedaba levantado sin tocar el suelo, y así el cuerpo virginal continuó como estuvo por más de treinta años, sin tener ningún contacto con la tierra. Después colocaron sobre este modesto sepulcro una sencilla lápida conmemorativa.

Mas, aun no estaba todo concluido: las peregrinaciones habían comenzado, é inmediatamente la multitud crecía de día en día; contábanse numerosos milagros, y se citaban incontestables y prodigiosas curaciones. Apenas había pasado un año, cuando para satisfacer á la piedad de los fieles se había erigido una capilla y un altar de mármol sobre aquel sepulcro hecho tan glorioso.

Bien pronto las paredes de esta capilla estaban cubiertas de ex-votos, como miembros de cera, cuadros llenos de conmovedoras escenas, pequeños navios recordando los furioses de la tempestad; tal era bajo mil formas diversas la ardiente expresión del reconocimiento de los peregrinos hacia la Bienaventurada, como un alto testimonio de los prodigios que obtenía en favor de tantos desgraciados que la invocaban.

De ningún modo queremos ahora examinar todas esas curaciones y esos benéficos milagros "que se multiplicaban de día en día y de los cuales se podría, como dice Juan Gerlach, componer un gran libro." Citaremos sólo tres de ellos, pues tienen para nosotros un encanto particular, porque encontramos su relación escrita por el venerable Tomás de Kempis de quien

la tomamos, y porque esta obra está firmada por un nombre de mucha autoridad que ya nos es conocido, el doctor Guillermo Sonder-Dank, hijo y digno heredero de los talentos y de la reputación del célebre Sonder-Dank que hemos visto á la cabecera de nuestra virgen, quien reconoció con la autoridad de su ciencia el carácter sobrenatural de sus dolores.

En 1448, cierto dia llegaba una mujer al sepulcro de la santa, venía con los pies desnudos, y desde la ciudad de Leyda, había hecho doce leguas de camino; tan grande era el deseo que tenía de obtener la gracia que pedía! La pobre mujer hacía más de siete años tenía en el cuello un cáncer horrible que le devoraba todas las carnes, al grado que la desgraciada no podía ya comer ni beber, ni aún inclinarse, sin sentir una horrorosa sufocación, causando compasión sólo el verla. ¡Con cuánto fervor y cuánto tiempo estuvo orando! Mas su oración parecía rechazada! nada de curación, ni aún el menor alivio! Por fin, se volvió resignada aunque triste, y con el corazón lleno de lágrimas, mas apenas había entrado á su casa, cuando se encontró de improviso completamente curada! En toda la populosa ciudad hubo un grito unánime en alabanza de Liduvina.

Otra vez en el mismo año, una religiosa de la ciudad de Gouda, que hacía mucho tiempo estaba parálitica, se hizo llevar en camilla á la capilla venerada: era un domingo, y había mucha gente; á nombre de la enferma se celebraba el santo Sacrificio en el altar donde se verificaban tantas maravillas. El sacerdote había llegado, ya el agosto sacrificio tocaba á su fin... Repentinamente la religiosa hace un movimiento, todos ven que se levanta, ya se pone en pie! En medio de la conmoción general, con la frente radiante, con

paso firme y sin ningún apoyo, se adelanta, se arrodilla al pie del altar, y allí prorrumpe en gozosas exclamaciones de reconocimiento. Ya estaba curada; Liduvina le había sido prodigiosamente propicia.

Finalmente, en la ciudad de Delft, todos conocían una mujer retenida en el lecho hacia muchos años por una enfermedad cuyo secreto escapaba á todas las investigaciones de la ciencia. En vano se había hecho uso de todos los medicamentos mas eficaces, y se habían reunido los cuatro médicos más afamados de Holanda; todos los esfuerzos y todos los talentos reunidos habían fracasado, el mal seguía su curso, y la enferma se lamentaba más y más! "Ciertamente, le dijo un dia el piadoso doctor Guillermo Sonder-Dank, como para consolarla, vos padecéis ha mucho tiempo y de un modo cruel: mas tened valor: aplicaos á santificar vuestros sufrimientos, porque ésta es una prueba que vendrá á seros gloriosa. Yo que os hablo, he tenido la dicha de conocer, y qué digo? aún de visitar muchas veces á la virgen Liduvina. Ah! sus dolores han sido más intolerables y más prolongados que los vuestros, y ahora ya veis cómo Dios la glorifica aún con prodigios." Esas pocas palabras fueron para la enferma como un rayo de luz y como una repentina inspiración. Desde ese instante se puso á invocar á la virgen con fervor, comenzando en su honor una serie de oraciones y de ejercicios piadosos, que animaba sobre todo por una confianza sin límites y por las más santas disposiciones. Y he aquí que un dia se le apareció Liduvina, trayendo en las manos una maravillosa bebida, que le presentó, diciéndole. "Tomad esto!" Y cuando lo hubo tomado, ya no vió á la Bienaventurada, mas se sintió divinamente confortada: la enferma en seguida se levantó, anduvo, comió y hacía

todo lo que acostumbraba antes en perfecta salud. Los parientes y los médicos, y muy pronto toda la ciudad, todos al mirarla se llenaban de asombro!

Después el doctor Guillermo Sonder-Dank añade: "Tomó á Dios por testigo de que he visto con mis propios ojos los tres milagros aquí referidos, y otros muchos que sería largo contar, todos esos milagros, gracias á nuestro Dios que se complace en renovar esos prodigios en nuestros días, han sido obrados en poco tiempo y en el año del Señor 1448, bajo nuestro Santísimo Padre el Papa Nicolás V, y en el segundo año de su pontificado."

Además, el piadoso doctor dió otra firma, todavía más elocuente, otro testimonio más expresivo de su veneración por la virgen y de su fe en los milagros que veía obrarse por su intervención, pues fundó á sus expensas y con muchos gastos, una iglesia y un asilo para los pobres, en el mismo sitio donde estaba la miserable chosa que durante treinta y ocho años había abrigado los dolores de la santa.

Así pasaron sobre el sepulcro de Liduvina casi dos siglos de fe, de respeto y de amor; malos días se habían levantado: el protestantismo había llegado como un torrente fangoso más fatal á la Holanda que el oceano que amenaza engullirla. Y no obstante, veíase á los mismos herejes mezclarse con las poblaciones fieles, que acudían siempre á los pies de la Bienaventurada, forzados ellos mismos á proclamar sus milagros y sus beneficios. Mas el protestantismo tiene instintos que lo arrojan fatalmente á un bandalismo impío. Para mantenerse en un patrimonio usurpado tiene necesidad de destruirlo á su alrededor, á fin de sufocar bajo las ruinas en ese suelo lleno de raíces católicas, hasta los retoños que arrojarían bajo sus pies como un

remordimiento viviente ó como una incesante protesta. Así, fué necesario muy luego pensar en guardar al abrigo de toda profanación los preciosos restos de Liduvina, para lo cual fué preciso rescatarlos con muchos gastos del poder de los herejes que se habían apoderado de ellos.

En 1615 el santo cuerpo fué exhumado y transportado á Bruselas, por orden del Príncipe Alberto, Archiduque de Austria, soberano de los Países Bajos, y de su mujer Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II Rey de España, y nieta de Enrique II Rey de Francia. La augusta Princesa quiso tener cerca de ella en su palacio, y hasta su muerte rodeó de honores y del más religioso amor los restos de una pobre mujer á quien habían devorado horrorosas llagas, mas á quien Dios tanto había amado y glorificado!

Finalmente, una primera parte de los santos huesos dióse en 1616 á las Damas Canonisas de Mons, en Hainaut; otra parte se dió en 1626 al convento de Carmelitas que había fundado Isabel en Bruselas; y la tercera y más considerable en 1650, también en Bruselas á la espléndida iglesia de Santa Gúdula, conforme al testamento de la ilustre Princesa.

Allá en esta tierra católica de Bruselas, Liduvina disfruta aún hoy día una veneración que no se debilita ni se amengua con el transcurso de los años.

Mas cosa extraña y misteriosa! la Holanda despojada de las reliquias de la que era su gloria, no ha podido despojarse de su recuerdo. Nada han podido allí ni el tiempo, ni la herejía, ni las revoluciones que todo lo han trastornado; la implacable herejía, ha arrojado á los vientos del destierro las cenizas de la crucificada de Squidam; los siglos al pasar, han nivelado su sepulcro vacío y deshonorado. . . . y, no obstante, el

nombre de Liduvina subsiste siempre viviente, siempre bendito en los lugares que la han visto orar y morir!

Los que escribimos estas líneas, hemos atravesado la Holanda en una época en que ya habíamos saboreado los encantos de la vida de nuestra virgen, aunque nos halláramos lejos de pensar en la publicación de este trabajo. Y en nuestro camino hemos encontrado el nombre de Liduvina, su leyenda, sus milagros y su culto en grande honor; la hemos vuelto á ver ó en los libros, en los grabados que se nos mostraban, en las mil conversaciones que hemos trabado; la encontramos no sólo en Squidam, sino en Róterdam, en la Haya, en Leyda, en Amsterdam. . . . y hasta en los caminos de fierro. ¡Qué no habríamos escuchado si menos extraños al idioma holandés, hubiésemos podido interrogar al pueblo, sobre todo, á ese pueblo de corazón recto y sencillo, cuya ingenua expresión nos hubiera dado más completa noticia del culto tributado aún á Liduvina!

¡Qué significa, pues, ese religioso respeto así guardado? No podemos menos de ver en ello una de las más grandes glorias de nuestra virgen, una de las más hermosas recompensas concedidas aquí en la tierra, á su largo martirio; y una misión de regeneración cumplida por ella en provecho de su amada patria.

¡Preciosa es ante Dios la muerte de sus santos! ¡En gran manera, oh Señor, han sido honrados tus amigos!

CONCLUSION.

HEMOS terminado ya nuestra tarea, y hemos asistido á un tierno espectáculo. Qué horriblos dolores hemos contemplado! Qué desnudez tan deplorable! Qué martirio y qué agonía durante treinta y ochos años! Mas también, qué fortaleza de virtud, y qué gloria! De esos dolores tan heroicamente sufridos, de esas llagas hemos visto cómo se exhalan perfumes del cielo. Ese aposento visitado por los ángeles se convierte en un santuario embalsamado; ese lecho, en un altar perfumado de incienso, ó en una cátedra al derredor de la cual se acercan ávidos de oír á la santa, innumerables peregrinos. Los simples fieles, los sacerdotes, los religiosos, los Obispos, los grandes del siglo, los Duques de Holanda, de Borgoña y de Baviera con su corte, pasan ante ella y recogen dócilmente sus consejos; los pecadores se convierten; los ricos se conmueven, las limosnas abundan; todas las miserias encuentran una visible providencia!

Admirable vida! vida crucificada que aparece como un holocausto unido al del Cordero divino! Vida maravillosa que sólo el pan de los ángeles alimenta, y que parece como una demostración eucarística, como un himno popular á la gloria del Sacramento del altar!

Y bien! nosotros también tenemos nuestras crucifixiones, nuestro martirio, sin más apoyo á veces que el brazo de Dios, sin otro alimento que su gracia.

Como Liduvina, pues, en los tormentos de la enfermedad, bajo los golpes de la aflicción, ayudándonos de la oración permanezcamos unidos al Dios de la cruz por la sumisión, por el amor, y por todas las generosidades de la virtud, cuéstenos lo que nos costare.

Y como á Liduvina, los ángeles de Dios venidos á nosotros, los ángeles de los santos pensamientos y de las divinas consolaciones. De todos nuestros sufrimientos, de nuestra paciencia y de nuestra caridad, se exhalará el buen olor de Jesucristo. Y viendo que no vivimos como viven los otros hombres, viendo nuestra dulzura y nuestros gozos en la amargura, todo el mundo al derredor de nosotros aprenderá á amar una religión que hace tales prodigios. . . . y una vida tan fecunda nos valdrá una dichosa muerte! Nuestros dolores se cambiarán en felicidades, nuestras tristezas en bendiciones, y nuestro lecho de sufrimiento en un trono radiante de gloria!

Volvamos, pues, hacia Aquel que sólo ha sostenido á Liduvina en su larga agonía, y para obtener más seguramente gracia, fuerza y valor, repitamos muchas veces esta oración consagrada por la Iglesia en el Oficio propio de la Bienaventurada, el día de su fiesta que se celebra el 14 de Abril.

Oh Dios que preservasteis á la Bienaventurada virgen Liduvina de las seducciones del mundo, y le enseñasteis á seguirnos con un corazón generoso por el camino del Calvario, concedednos que apoyados en sus méritos y atraídos con su ejemplo, sepamos abrazar así como ella vuestra cruz, y hollando los placeres percederos de la tierra, triunfemos de todo lo que se opone á nuestra salvación, así os lo suplicamos, oh Dios que vivís y reiniás por los siglos de los siglos. Amén.

Y á nuestra amada santa, digámosle al dejarla la última estrofa á lo menos, de un cántico lleno de amor que la Iglesia de Holanda ha cantado á su gloria durante largos años, á la vuelta anual de la fiesta de la Pascua.

Salve feliz Liduvina
Que la muerte no domina,
Con María y en unión tuya
Haz cantemos Alleluia! Amén.

Vale, felix Lydevidis
Quam non ligat nexus Stygis!
Poscas nobis, cum Mariá
Ut cantemus Alleluia! Amén.

NOTA.

Aquí pone el Abate Coudurier unos apéndices en los que refiere la autorización episcopal del culto de la Bienaventurada Liduvina, y la donación á varias personas de la nobleza, de parte de sus reliquias, aduciendo las piezas justificativas de tales actos; todo lo cual siendo sólo propio para los eruditos, y no ofreciendo ningún interés para el común de los lectores, lo suprimimos ahora, poniendo en su lugar una Novena propia para honrar á la Bienaventurada, y solicitar su protección en varias necesidades. Como el 14 de Abril es su fiesta, puede comenzarse en el día 6 del mismo mes para terminarla en el de la fiesta, ó también en cualquier otro tiempo, como lo hacen las almas piadosas con iguales devociones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOVENA

A LA

BIENAVENTURADA LIDUVINA.

(Puede comenzarse el 6 para acabarse el 14
de Abril, fiesta de la Beata.)

Por la señal, etc.

V. Señor, abrirás mis labios,

R. Y mi boca anunciará tu alabanza.

V. Dios mío, entiende en mi ayuda,

R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.

Gloria, etc.

ACTO DE CONTRICION.

SEÑOR mío Jesucristo: adorable Redentor mío, al postrarme en vuestra presencia quisiera deciros con verdad que os amo con todo mi corazón; pero Dios mío, hasta ahora nunca os he amado como debo: toda mi vida no he hecho más que ofenderos; todos mis días están manchados; todos mis años perdidos. Pues qué haré Señor? me entregaré á la desesperación ó al desaliento? Nó, Dios mío: vuestra misericordia es más grande que mi maldad, y bien sé que os honra más una filial confianza, que un temor excesivo; yo recurriré á la poderosa intercesión de vuestra amada esposa Liduvina, y por sus méritos conseguiré el perdón de mis pecados. ¡Oh virgen bienaventurada ofreced por mí al Señor vuestros méritos, y por ellos alcan-

zadme de su Majestad el don de lágrimas para llorar mis pecados, humildad para bien confesarlos, espíritu de penitencia para satisfacerlos y la gracia especial de la perseverancia final para evitarlos en lo de adelante, y para poder acabar santamente mi vida, en los brazos de Jesús crucificado, y lavado con su sangre, entrar á glorificarlo para siempre en la gloria. Amén.

ORACION PARA TODOS LOS DIAS.

Bienaventurada y castísima Liduvina, que amábais á Jesucristo con predilección y no aspirábais á otra felicidad que á sus celestiales desposorios, consagrándole vuestra virginidad; y por eso al proponeros nuestro padre que eligiéseis un esposo, contestásteis que ya era tarde, pues vuestra elección ya estaba hecha, y que no queríais más esposo que á Jesucristo; é instada de nuevo, añadísteis que jamás condescenderíais y que más bien pediríais al Señor os enviase tal deformidad que os hiciese odiosa á todos, cuya ferviente súplica, gratísima al Esposo celestial que apacienta entre los lirios, muy pronto fué escuchada, pues luego os sobrevinieron una multitud de enfermedades incurables que os pusieron deforme como lo deseábais; llagas ulceradas, fiebres continuas, hidropesía, vómitos de sangre, enfermedad de ojos, dolores de dientes, punzadas agudísimas de cabeza, todo el cuerpo paralizado sin poder mover más que un sólo brazo; y todos estos males, y todo este padecer, no por uno ó dos días, sufrido con admirable paciencia, sino por treinta y ocho años continuos. . . . ¡oh virgen atribulada, modelo de paciencia, todas vuestras enfermedades me admiran, todas me parecen terribles, pero vuestra parálisis me espanta: no sé lo que siento al consideraros

recostada sobre las espaldas llagadas, por treinta y ocho años sin movimiento. Oh virgen pacientísima! á mí me parece que en cierto modo ni aún los mártires han sufrido como vos; porque ellos pasaban sus tormentos en pocas horas, y los vuestros fueron muy prolongados, padeciendo sin alivio y sin consuelo humano. ¡Oh pacientísima virgen! cuanto me confunde y avergüenza mi delicadeza, que lamenta malecillos insignificantes, y quisiera que todos los compadeciesen. ¡Oh virgen crucificada, que á tanta costa quisísteis conservar el tesoro de la virginidad! alcanzadme de Jesús, el Esposo de las vírgenes esta virtud angélica, para que en vuestra compañía vaya á entonar el cántico que sólo las vírgenes saben cantar en el cielo. Amén.

Se rezarán cinco Aves Marías, como sigue.

Bienaventurada Liduvina, devotísima de la Madre de Dios, enseñadnos á amarla y venerarla con fervor.

Ave María.

Bienaventurada Liduvina, apasionada amante de la sagrada Eucaristía, alcanzadnos la gracia de recibirla con ardientes afectos.

Ave María.

Bienaventurada Liduvina, que con tanta ternura meditábais la pasión del Señor, conseguídnos un grande amor á Jesús crucificado, y una tierna devoción con sus dolorosas llagas.

Ave María.

Bienaventurada Liduvina, que tratábais tan familiarmente con vuestro ángel custodio, enseñadnos á venerar é invocar á los santos ángeles de nuestra guarda.

Ave María.

Bienaventurada Liduvina, modelo de paciencia y de conformidad con la voluntad divina, alcanzadnos la gracia de padecer con gusto todo lo que Dios dispusiere de nosotros hasta el fin de nuestra vida.

Ave María.

Oración para el primer día.

Bienaventurada Liduvina, niña admirable que desde vuestros tiernos años tuvisteis tan grande amor y tan suave devoción á la Santísima Virgen, siendo vuestro único consuelo el visitarla, pues no podíais pasar por el templo sin entrar devotamente á saludarla. Con cuánto gusto os contempló cuando con el cestito en el brazo, caminábais con tanta prisa para tener unos momentos libres en que entrar á saludar á vuestra amada Señora, y puesta en su presencia repetíais con delicia la salutación angélica, y le decíais las expresiones más tiernas que el amor os sugería. ¡Oh dichosa niña! cuánto agradábais con eso á la Madre del Amor hermoso, pues bien os lo manifestó con aquella sonrisa tan cariñosa que os dejó enagenada y llena de delicias y de amor, el cual aumentando de día en día, al fin de vuestra vida os mereció una fineza de la Madre de Dios, que en un arrobamiento os puso un velo de blancura deslumbrante y de una fragancia exquisita, y os coronó con una corona de flores que con sus virginales manos colocó en vuestra cabeza. ¡Oh virgen dichosísima! yo os ruego que por el amor que tuvisteis á la Santísima Virgen, me alcancéis el que yo la ame como á mi Madre y que le sirva con fervor constante: que sea su verdadera devota en esta vida, para verla y amarla con vos algún día en el cielo. Amén.

Oración para el segundo día.

Bienaventurada Liduvina, á quien en premio de vuestra castidad os concedió el Señor la gracia de ver y conversar familiarmente con vuestro angel custodio, quien os daba el tiernísimo nombre de hermana muy amada, y os servía como un amigo afectuoso: En las desolaciones le enviábais á llevar vuestras amorosas quejas al Esposo celestial, y á suplicarle que no retardase más su presencia, porque os sentíais morir de amor por Él. Y á su vuelta el ángel os traía afectuosos recuerdos y dulces consuelos, que os alentaban á continuar la vida de sufrimientos y trabajos: ¡oh quien tuviera una pureza semejante á la vuestra, que le alcanzase una igual recompensa; mas ya que mis pecados me impiden la dicha de ver á mi celestial conductor, haced que sea yo constante en su devoción y merezca recibir sus favores y protección para que al fin de mi vida conducida por él os vea gloriosa en el cielo. Amén.

Oración para el tercer día.

Jesucristo Sacramentado es el imán que atrae á sí los corazones de los santos ¿cómo no atraería, oh Liduvina, el vuestro tan amante y tan tierno? amábais con pasión á la sagrada Eucaristía; vuestro más ardiente deseo era recibirla, y vuestro consuelo hablar de ella: ¡qué felices sois, decíais á los que os visitaban, qué dicha es la vuestra de recibir á Jesucristo en vuestro pecho, de visitarle en sus templos y de asistir al santo sacrificio! El Señor para acrisolar más vuestro amor permitió que un superior os prohibiese la sagrada comunión y se negase á dárosla por largo tiempo.

¡Oh y cuántas lágrimas os costó esta dura prueba! qué lamentos tan tiernos! qué sentidas quejas, y qué dolor tan profundo fué entonces el vuestro; pero el Señor compadecido de vuestra pena quiso le recibiéseis en una hostia milagrosa, que llenándoos de consuelo, os compensó de cuanto habiais sufrido. Amante fervorosa de Jesucristo, comunicadme vuestro amor al Misterio del Amor, é inflamadme con vuestros incendios, pues yo también quiero amar á Jesucristo Sacramentado, quiero recibirle con fervor, quiero vivir sólo para él, por él padecer, y de amor por él morir. Así sea.

Oración para el cuarto día.

Amante esposa del Crucificado, que enseñada por un buen sacerdote á meditar la pasión de Jesucristo, os entregásteis enteramente á este santo ejercicio, encontrando en él la paciencia para sufrir vuestros dolores, y la mas grande alegría entre las penas mas terribles. Cuán agradable fué á Dios esta devoción, pues os lo dió á conocer en aquella visión en que muchos ángeles que traían las insignias de la pasión rodearon vuestro lecho, y la Santísima Virgen tomándolas de sus manos os las daba á besar una por una. Pero más grande fué aún vuestra dicha, cuando vuestro Esposo crucificado imprimió en vuestro cuerpo virginal sus dolorosas llagas, concediendo á vuestra humildad el que no apareciesen á la vista de los hombres. Crucificada virgen, amante esposa del crucificado, ya con eso quedábais muy semejante á él, y pues no sólo lo sois en las llagas, sino en el amor de las almas por quien las recibió, rogad por mí y por todos los pecadores, para que ninguno se pierda, sino que todos se salven por la preciosa sangre derramada con

tantos dolores, y que no sean estériles en tantas almas, las fatigas y los tormentos de nuestro amantísimo Salvador. Amén.

Oración para el quinto día.

Fervorosísima Liduvina, amante apasionada de la cruz, que estando clavada en un lecho de dolor padeciendo tormentos indecibles, aún no estabais con ellos satisfecha, y pedíais con gran fervor al Señor la gracia del martirio, teniendo por nada lo que hasta entonces habiais padecido. Muy pronto se cumplieron vuestros deseos, pues cuatro crueles soldados simulando piadosos intentos, lograron introducirse en vuestro aposento y os maltrataron, injuriaron é hirieron cruelísimamente, dejándoos moribunda y bañada en sangre, con el cuerpo lastimado, mas el alma rebosando de alegría, la cual se aumentó al saber por vuestro ángel que seríais recibida en el coro de los mártires y que á vuestra rica corona de gloria se añadirían las laureolas de la virginidad y del martirio. ¡Oh dichosa virgen, oh feliz martir, que tuvísteis la dicha de derramar vuestra sangre por Jesucristo, alcanzadme el amor á la cruz y al padecer, para que sufra yo con gusto todo lo que el Señor disponga, y al menos con el deseo aspire á padecer por su amor y á soportar el martirio por la fé santa que profeso. Así sufriendo con Cristo en la tierra, seré con él glorificada en el cielo. Amén.

Oración para el sexto día.

Oh dulce virgen, fervorosa amante de la pobreza que estando desprovista de todo, jamás os quejábais

y no admitíais los donativos que os ofrecían, diciendo que nada os faltaba.—Todo lo que teníais era un aposento pobre y obscuro, húmedo y frío, con un lecho pobrísimo, y con todo eso os llegó á parecer tan delicado, que suplicásteis os pusiesen en un lecho de pajas, lo que no pudo practicarse sin dejar la piel de las espaldas que estaban todas llagadas, en el pobre y duro lienzo. ¡Oh penitente Liduvina, cómo podías soportar aquellas duras pajas estando toda llagada é inmóvil? pues aún siendo poco esto para vuestro fervor pedisteis que os pusiesen en la cintura un áspero cilicio, y sin quitároslo ni un instante, lo tuvisteis en vuestro llagado cuerpo hasta que después de muerta vuestro ángel os lo quitó, y le encontraron aparte en vuestro lecho. Oh virgen inocente y penitente! qué confusión es para mí, el ver vuestra admirable penitencia; vos inocentísima, padeciendo tanto, y yo miserable sin querer hacer nada, y buscando en todo el regalo; rogad por mí á Jesús Crucificado, y alcanzadme el espíritu de penitencia, que tanto necesito para salvarme. Amén.

Oración para el séptimo día.

Caritativa virgen Liduvina, que postrada en un lecho, y en una extrema pobreza, estábais abrasada de una caridad tan grande, que olvidando vuestras propias miserias, llena de compasión para con los pobres, les repartíais copiosas limosnas, distribuyendo cantidades cuantiosas, y socorriendo á los enfermos y necesitados con lo que pedíais de limosna; y el Señor muchas veces premiaba con prodigios vuestra ardiente caridad, pues queriendo vos proveer de vestido á un pobre sacerdote, y siendo muy escasa la tela que os

proporcionaban, se multiplicó de tal modo en vuestras manos, que alcanzó para todo cuanto se necesitaba; y otra vez para que conociéseis cuánto agradaba á Dios la caridad, fuisteis llevada al empíreo, donde en un magnífico festín presidido por la Reina del cielo, vísteis las viandas que dábais á los pobres, servidas por los ángeles, en preciosas vajillas, lo que os llenó de consuelo. ¡Oh virgen caritativa! compadeceos de mí; contadme en el número de vuestros pobres, y dadme á beber el vino generoso del amor de Dios, y el pan sobresubstancial de la divina gracia, para que con un corazón compasivo como el vuestro, sea yo á vuestra imitación compasiva con los pobres, compadecida de los necesitados, y pronta para socorrerlos en sus necesidades, á fin de que ejercitando la misericordia con mis hermanos, alcance algún día para mí, la eterna misericordia de la gloria. Amén.

Oración para el octavo día.

Oh Bienaventurada Liduvina, virgen llena de celo, que no contenta con aliviar las miserias temporales, vuestra compasión era aún más grande para con las espirituales, procurando la conversión de los pecadores, valiéndoos de cuantos medios estaban á vuestro alcance para conseguirlo, usando de la dulzura ó de la severidad, según la disposición de las personas, aterrando á los unos y animando á los otros, descubriéndoles á veces hasta sus más ocultos crímenes, y exhortándolos eficazmente á la penitencia. A alguno que no quería rendirse, le avisásteis que sólo tres días le quedaban de vida, y compungido al fin se rindió á la gracia. Las ánimas del purgatorio también participaban de vuestra caridad, pues siendo llevada allá por

vuestro angel, y profundamente conmovida con los lamentos de aquellas pobres prisioneras, os ofrecíais á padecer por ellas, aumentándose vuestros ordinarios tormentos hasta un grado indecible; pero vuestro gozo era grande cuando las veíais después volar al cielo enteramente purificadas; ejercitad conmigo, Liduvina, vuestro celo, y enseñadme á compadecerme de las benditas ánimas, ayudádoles con mis oraciones, y ofreciendo por su alivio mis penas, para que alcance, algún día, el fruto de sus oraciones en el cielo. Amén.

Oración para el último día.

Llegó al fin el día, oh Liduvina, de vuestro triunfo, y el término de vuestros tormentos: Vuestro amante Esposo acompañado de la Santísima Virgen y de los coros angélicos que entonaban dulces cánticos, os llevaron al cielo, en donde ricamente coronada y magníficamente vestida, reinaréis en su compañía por siglos eternos. Mas no sólo vuestra alma fué glorificada, sino también vuestro santo cuerpo que tanto había padecido, pues en el instante de la muerte desaparecieron todas sus llagas y deformidades, quedando tan hermoso, refulgente y derramando tan celestial olor, que no se saciaban todos de contemplarle. ¡Oh dichosa Liduvina! gozad en buena hora de esa gloria que tan bien merecisteis; pero no os olvidéis de mí que tanto os amo y os venero; oíd mis súplicas y pedid al Señor allá en el cielo por nuestro Santísimo Padre el Papa, por todo el clero y las órdenes religiosas, por la perseverancia de los justos, por la conversión de los pecadores, por la paciencia de los pobres enfermos, y

por el alivio de las ánimas del Purgatorio. Pedidle para mí, una buena muerte, para que alcanzando mi salvación, pueda ir á veros en el cielo, y en vuestra compañía alabar al Señor eternamente. Amén.

GOZOS DE LA BIENAVENTURADA.

*Confiados hoy te rogamos
Oh gloriosa Liduvina,
Que la voluntad Divina
En nuestras penas hagamos.*

Tan ardiente amor tuviste
Niña, á la Virgen María,
Que por verla cada día
Un regaño te atrajiste;
Porque un día sonreir veamos
A esta estrella matutina:
*Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.*

Luego que un esposo humano
Tu padre un día te propuso,
Le dices que ya dispuso
Jesús de tu alma y tu mano;
Pues que al Señor ya tomamos
Como herencia peregrina:
*Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.*

Muy jovencita enfermaste,
Y apenas te levantabas,

vuestro angel, y profundamente conmovida con los lamentos de aquellas pobres prisioneras, os ofrecíais á padecer por ellas, aumentándose vuestros ordinarios tormentos hasta un grado indecible; pero vuestro gozo era grande cuando las veíais después volar al cielo enteramente purificadas; ejercitad conmigo, Liduvina, vuestro celo, y enseñadme á compadecerme de las benditas ánimas, ayudándoles con mis oraciones, y ofreciendo por su alivio mis penas, para que alcance, algún día, el fruto de sus oraciones en el cielo. Amén.

Oración para el último día.

Llegó al fin el día, oh Liduvina, de vuestro triunfo, y el término de vuestros tormentos: Vuestro amante Esposo acompañado de la Santísima Virgen y de los coros angélicos que entonaban dulces cánticos, os llevaron al cielo, en donde ricamente coronada y magníficamente vestida, reinaréis en su compañía por siglos eternos. Mas no sólo vuestra alma fué glorificada, sino también vuestro santo cuerpo que tanto había padecido, pues en el instante de la muerte desaparecieron todas sus llagas y deformidades, quedando tan hermoso, refulgente y derramando tan celestial olor, que no se saciaban todos de contemplarle. ¡Oh dichosa Liduvina! gozad en buena hora de esa gloria que tan bien merecisteis; pero no os olvidéis de mí que tanto os amo y os venero; oíd mis súplicas y pedid al Señor allá en el cielo por nuestro Santísimo Padre el Papa, por todo el clero y las órdenes religiosas, por la perseverancia de los justos, por la conversión de los pecadores, por la paciencia de los pobres enfermos, y

por el alivio de las ánimas del Purgatorio. Pedidle para mí, una buena muerte, para que alcanzando mi salvación, pueda ir á veros en el cielo, y en vuestra compañía alabar al Señor eternamente. Amén.

GOZOS DE LA BIENAVENTURADA.

*Confiados hoy te rogamos
Oh gloriosa Liduvina,
Que la voluntad Divina
En nuestras penas hagamos.*

Tan ardiente amor tuviste
Niña, á la Virgen María,
Que por verla cada día
Un regaño te atrajiste;
Porque un día sonreir veamos
A esta estrella matutina:
*Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.*

Luego que un esposo humano
Tu padre un día te propuso,
Le dices que ya dispuso
Jesús de tu alma y tu mano;
Pues que al Señor ya tomamos
Como herencia peregrina:
*Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.*

Muy jovencita enfermaste,
Y apenas te levantabas,

Cuando en el hielo chocabas
 Y un hueso allí te quebraste:
 Pues cuando enfermos estamos
 Dios es quien lo determina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Si te inunda la tristeza
 Y sientes gran turbación,
 Meditando la pasión
 Se renueva tu entereza:
 Cuando la tristeza veamos
 O el tedio que nos domina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Fractura, abscesos, gusanos,
 Dolores, llagas horribles,
 Con otros males terribles
 Te ligan de pies y manos;
 Y pues tanto en tí admiramos
 Esa paciencia tan fina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Amas á la Eucaristía
 Con un amor tan vehemente,
 Que te quema el deseo ardiente
 De adorarla cada día:
 Haz que al Señor recibamos
 Para bien, no para ruina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Eres tan caritativa
 Que tras los enfermos corres
 Y estando enferma, socorres
 A los pobres con fé viva;
 En una bolsa miramos
 Te dá Jesús una mina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

También por los pecadores
 Trabajas con grande celo,
 Y aun por llevarlos al cielo
 Les revelas sus horrores:
 Que el pecado aborrezcamos,
 De horribles males sentina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Al purgatorio y al cielo
 Te lleva tu angel gozoso,
 Y al Calvario doloroso,
 Te transporta en raudo vuelo;
 Para que al cielo subamos,
 Nuestras culpas extermina:
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

Muerta eres transfigurada
 Y quedas tierna y hermosa,
 Mientras que tu alma gloriosa
 En el cielo es coronada:
 Contigo á Dios alabamos
 Oh dichosa Liduvina!
Que la voluntad divina
En nuestras penas hagamos.

ORACION DE LA IGLESIA.

Oh Dios que preservásteis á la Bienaventurada virgen Liduvina de las seducciones del mundo, y la enseñásteis á seguirnos con corazón generoso por el camino del Calvario, concedednos que apoyados en sus méritos y atraídos con su ejemplo, sepamos abrazar como ella vuestra cruz, y hollando los placeres perecederos de la tierra, triunfemos de todo lo que se opone á nuestra salvación: así os lo suplicamos, oh Dios que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE.

	PAG.
Al lector.....	1.
Capítulo Primero. Nacimiento de la niña.	
Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.	
—Fiesta Bautismal.—Triste y glorioso presagio...	3.
Capítulo II.—Infancia de la niña.	
Una madre cristiana.—Progresos de Liduvina.—Su piedad para con la Santísima Virgen.—Milagro de una imagen de María y veneración que inspiraba.	8.
Capítulo III. Infancia y adolescencia.	
Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.....	14.
Capítulo IV. Designios de Dios.	
Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.....	21.
Capítulo V. Correspondencia.	
Desolaciones.—Risas y lágrimas.—El buen sacerdote.—Vos sois bienaventurada?—La gloria de los	

ORACION DE LA IGLESIA.

Oh Dios que preservásteis á la Bienaventurada virgen Liduvina de las seducciones del mundo, y la enseñásteis á seguirnos con corazón generoso por el camino del Calvario, concedednos que apoyados en sus méritos y atraídos con su ejemplo, sepamos abrazar como ella vuestra cruz, y hollando los placeres perecederos de la tierra, triunfemos de todo lo que se opone á nuestra salvación: así os lo suplicamos, oh Dios que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE.

	PAG.
Al lector.....	1.
Capítulo Primero. Nacimiento de la niña.	
Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.	
—Fiesta Bautismal.—Triste y glorioso presagio...	3.
Capítulo II.—Infancia de la niña.	
Una madre cristiana.—Progresos de Liduvina.—Su piedad para con la Santísima Virgen.—Milagro de una imagen de María y veneración que inspiraba.	8.
Capítulo III. Infancia y adolescencia.	
Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.....	14.
Capítulo IV. Designios de Dios.	
Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.....	21.
Capítulo V. Correspondencia.	
Desolaciones.—Risas y lágrimas.—El buen sacerdote.—Vos sois bienaventurada?—La gloria de los	

- sufrimientos.—Las alegrías de la meditación.—Comunión y dicha.—Aun cuando no fuese más que una Ave María!..... 34.
- Capítulo VI. Estado sobrenatural.
Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al derredor del lecho de la virgen.—¿Queréis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal..... 41.
- Capítulo VII. Nuevas pruebas.
Sensible muerte de la madre de Liduvina.—La virgen aumenta su fervor.—El cilicio, un lecho de paja, un invierno terrible.—Al anciano Pedro, hiélasele un pie.—El Conde de Holanda le señala una pensión de doce escudos.—El lecho de paja se quema..... 52.
- Capítulo VIII. Los ángeles.
Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también querría ver á vuestro ángel!..... 58.
- Capítulo IX. Progreso espiritual.
Pobreza de Liduvina.—Rico es el que se contenta con lo que tiene.—Oferta que hace un gran Señor á la virgen.—Su penitencia, su humildad y dulzura.—Hermosa explicación que dá de la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad en la Encarnación del divino Verbo.—Una mujer de mala vida la eseupe.—Cómo soporta los defectos de los

- otros.—El Duque Juan de Babiera.—Obediencia.—Pureza..... 69.
- Capítulo X. Caridad ó amor á los pobres.
Poder de la inspiración cristiana.—Pobre y crucificada, Liduvina es una providencia.—Santa milicia que organiza.—Los pobres son reyes!—La carne salada.—Una desgraciada epiléptica y el frasco de vino.—Seis varas de lienzo.—La bolsa de Jesús.—Una mujer caritativa maravillosamente consolada.—Beneficio inmediatamente correspondido.—Admirable visión en el cielo..... 77.
- Capítulo XI. Caridad ó celo por la salvación de las almas.
Sabios consejos que dá Liduvina á los jóvenes, á los artesanos, á los ricos, á los esposos, á las almas inquietas é inconstantes, á una viuda, á un religioso llamado al Episcopado.—A todos recomienda el trabajo, el cumplimiento de los deberes de su estado, la obediencia á la iglesia y á los superiores, la caridad..... 91.
- Capítulo XII. Caridad ó celo por la conversión de los pecadores.
Severidad de Liduvina para con algunos pecadores.—Confunde á un visitador mal intencionado.—Una falsa devota.—Sí, Príncipe, llorad!—Peligros de una mala amistad.—Una fácil penitencia se hace dura y saludable..... 100.
- Capítulo XIII. La Eucaristía.
La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas Comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Viático.—Siempre inflexible!..... 109.

Capítulo XIV. La Eucaristía. (Continuación).

Medios que el Cura de Squidam imagina para descubrir lo que llama superchería.—Liduvina hace una nueva tentativa.—Dánle una hostia sin consagrar.—Su ángel le anuncia que vá á ser consolada. Jesucristo le aparece.—El Salvador en la cruz.—Los estigmas.—El viejo Pedro escucha á la puerta.—La Hostia milagrosa.—Qué me queréis? Perplejidad y Comunión.—Cruel alocución á la puerta de Liduvina.—Un tumulto.—El Obispo llega.—Terror del Cura.—La virgen toma generosamente su defensa..... 116.

Capítulo XV. El Calvario ó inmolación y martirio.

En su ardiente caridad, Liduvina se ofrece á Dios como victima para aplacar sus iras.—El mal de dientes.—El carnaval.—La peste.—Guerra civil.—Squidam amenazada por una flota enemiga, mas la virgen intercede.—Muéstrasele una corona.—Horrible martirio que le hacen padecer cuatro soldados.—Pronta y terrible justicia de Dios..... 132.

Capítulo XVI. El Tabor ó el don de los milagros.

Y bien, vamos al Médico supremo.—Una poca de agua arroja la gangrena.—Una madre y su hijo en la agonía.—Admirable conversión de un pecador que solicita tocar la mano de Liduvina.—La santa ora por un Canónigo que desea avanzar en el bien.—Un hombre toma su defensa en una taberna y su admirable recompensa..... 145.

Capítulo XVII. El Tabor ó el don de profecía.

Liduvina había predicho con mucha anticipación el incendio de Squidam.—Salva de la desesperación á una esposa desgraciada.—Avisa á un pecador que no le quedan mas que tres días de vida.—Hace á

otro pecador terribles revelaciones.—Impide á un piadoso armador el partir con sus compañeros de mar, y le salva así de los piratas..... 156.

Capítulo XVIII. El Tabor ó éxtasis y arrobamientos.

Angel y virgen en la capilla de María.—La agonía en el Huerto de los olivos.—Quieres tú venir al Calvario?—Espinas.—Aposento embalsamado.—Admirable revelación que hace la virgen á un padre cuyo hijo ha desaparecido.—Su confesor se oculta para espiarla.—Es arrebatada al cielo en donde le dá un velo la Santísima virgen..... 163.

Capítulo XIX. El Tabor ó éxtasis y arrobamientos (continuación.)

Devoción de Liduvina á las almas del Purgatorio.—Desciende con su ángel á esos lugares de expiación.—Una alma del Purgatorio reclama una moneda de oro.—Libertades que consigue la virgen.—Vé aquí el infierno, quieres mirarle?—Un ángel desolado.—Los granos de mostaza ó advertencia á un sacerdote.—La vasija llena de carbones ardientes ó cuánto el alma de la santa se eleva sobre los sentidos..... 179.

Capítulo XX. Una nube.

Grandes pruebas.—Pérdida de un buen hermano.—El venerable Pedro muere.—Con ocasión de su muerte, persiguen los demonios á Liduvina.—Un cortejo fúnebre conducido por los santos del cielo.—Esta es tu sobrina!—Las dos agonías.—Desolaciones.—Dios se retira.—Los ángeles no vienen ya! 190.

Capítulo XXI. La advertencia.

Vocación extraordinaria sometida á Liduvina.—El Obispo peregrino, á través de los desiertos de la Tebaida.—Una celda sobre un árbol.—Gerardo el

solitario.—El Obispo marcha á Squidam.—Lo que fueron para la virgen estas solas palabras.—«Vos estáis muy desolada!»..... 199.

Capítulo XXII. La vuelta de Jesús.

El día 2 de Julio.—Jesús viene y los ángeles con él.—Multiplicanse los gozos con las virtudes y las penas.—Consoladora aparición del venerable abuelo.—En dónde está vuestro rosal!—Pronto voy á morir!..... 209.

Capítulo XXIII. Admirable muerte.

Liduvina pide perdón.—Acérese su hora.—Jesucristo le dá la extrema—Unción.—Déjale un prodigioso Crucifijo.—Su agonía.—El sobrinito Bodino corre á la iglesia!—Ha muerto!—Veamos sus manos!..... 218.

Capítulo XXIV. Gloria.

Quitad el velo.—Un prodigio.—Qué hermosa está!—Miran su alma en figura de blanca paloma.—La piadosa Catarina la vé llevada al festín de sus bodas por el divino Esposo.—La visión de las dos vírgenes.—El concurso.—Un niño orando.—Magníficos funerales.—Peregrinación.—Una piadosa mujer devorada por un cancer, viene descalza desde Leyda.—La religiosa de Gouda!—Guillermo Sonder—Dank y su enferma.—Traslación.—El culto de Liduvina nunca interrumpido.—Oración..... 226.
 Conclusión..... 241.
 Noyena á la Bienaventurada Liduvina..... 245.



